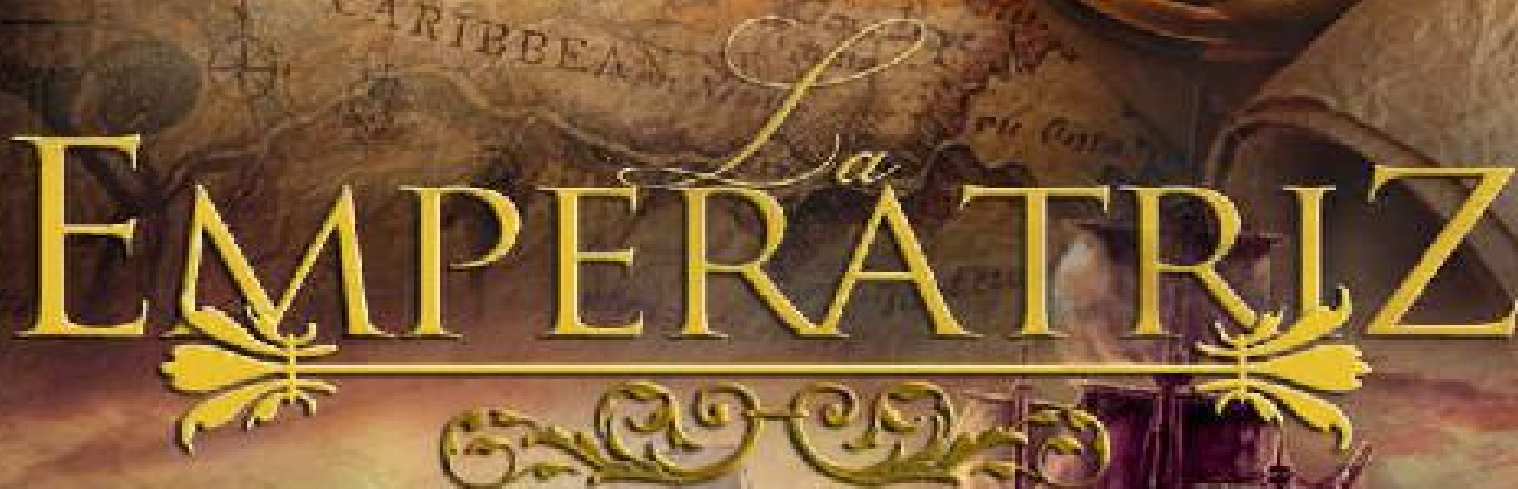


LA AUTORA DE LA SAGA OCASO Y AMANECEER, LA SERIE ARTE PASIÓN Y SEDUCCIÓN.

EL BROCHE Y QUERO QUE SEAS MÍO

Tramany Bustillo

La
EMPERATRIZ



Su herencia ♦ su libertad ♦ su historia

L
EMPERATRIZ



January Bustillo

Copyright © 2017 La Emperatriz – Itxa Bustillo

Copyright © 2017 Itxa Bustillo

All rights reserved.

Portada: Itxa Bustillo

Imágenes cortesía de: R.E. V. S. (y su banco de photo shopping)

Fotografías categorías Océano, Náutica y Piratería: © sus propietarios

Diseño gráfico y montaje: Itxa Bustillo

Primera Edición: Agosto 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Obra registrada también en Safe Creative

Índice

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[Mi gratitud a:](#)

[Prólogo](#)

[1. La Emperatriz](#)

[2. Naufrago](#)

[3. El Saint John](#)

[4. Tentación](#)

[5. El Huésped](#)

[6. Barrabás](#)

[7. Tortuga](#)

[8. Sentimientos](#)

[9. La historia de Matt](#)

[10. El Pasado](#)

[11. Charles e Isabel](#)

[12. El Capitán](#)

[13. Experiencias](#)

[14. Recuerdos](#)

[15. Virginidad](#)

[16. Provocaciones](#)

[17. Decisiones](#)

[18. Alianza](#)

[19. La fuerza del odio](#)

[20. El Engaño](#)

[21. El Arribo](#)

[22. Calígula](#)

[23. Reencuentro](#)

[24. Consecuencias](#)

[25. Pérdidas](#)

[26. De la oscuridad a la luz](#)

[Avances](#)

*En las presas yo divido
lo cogido por igual:
sólo quiero por riqueza
la belleza sin rival.*

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

José de Espronceda

Sinopsis

Perseguir y capturar a “El Fantasma del Galeón” un barco pirata con posesiones inglesas y españolas robadas que iba rumbo a Tortuga era la misión que llevaría a cabo como corsario el capitán Charles Walker, más conocido como “el lobo marino Walker” pero el curso los llevó por otro rumbo trastocándole la misión y los planes.

Cuando “El Emperador” su barco y uno de los navíos más veloces y con la tripulación más temible y sanguinaria llegó a “Puerto de la Cruz” en “La Española” jamás se imaginó que con la ciudad saqueada y el botín, tuviera también que llevarse algo más y la casualidad por haber estado en el lugar equivocado le costaría caro.

Con los años su legado y el peso de su nombre continuaría y “La Emperatriz” surcaría los mares de manera temible haciendo su voluntad y posicionando su lugar en la historia de la piratería con el mismo peso con el que lo han hecho todos aquellos que por siglos han enarbolado con orgullo y fervor amenazante su insignia; esa del cráneo y las tibias o espadas cruzadas, la bandera negra de la calavera.

Ambición, odio, venganza...

Cuando los hombres pierden su voluntad, cuando sólo una mujer es la única perdición.

¿Quieres conocerla?

Esa fue su herencia, esa fue su libertad, esta es su historia.

Nota: Esta obra no es recomendable para menores de edad.

Nota de la autora

Según el diccionario “Pirata” era el individuo que se dedicaba a navegar para asaltar en el mar de manera violenta las demás embarcaciones y despojarlos de todo lo que fuera de valor para su beneficio. En lo que llamaban “abordaje” atacaban peleando y matando a quien se les oponía y rara vez dejaban a los tripulantes asaltados con vida. Los piratas obedecían sólo a sí mismos y no trabajaban bajo las órdenes de nadie más y por ser delincuentes sus cabezas tenían precio, eran perseguidos y no sólo se les capturaba, eran también condenados a morir.

Erróneamente (y aclaro que es mi opinión personal) el tema de la piratería se hace ver como si fueran historias fantásticas y hasta apropiadas para niños e inclusive llegar a creer gracias a la imaginación romántica, que pueden ser como los cuentos y vivir un “felices para siempre” cosa que a mi parecer (y siendo realistas) no es así. La verdadera historia de la piratería no está basada en romances idílicos ni en ir a buscar el tesoro escondido con pistas que nos podrían llevar a vivir una auténtica aventura en alguna isla desierta (y lo dice alguien amante de cierta historia con lo último que acabo de mencionar.) La verdadera historia de la piratería está escrita con sangre, girando en torno de alianzas y traiciones, a intereses mezquinos y a insaciable ambición por la sed del oro, por la codicia del poder y por el dominio supremo de las aguas y las tierras. Si bien la piratería significó libertad para quienes enarbolaban con orgullo su bandera, también significó masacres hacia miles de inocentes, dejando atrás una estela de terror que hombres salvajes —casi bestias— se encargaban de sembrar a su paso sin control, tomando todo sin que nada les importara más que seguir alimentando su propia avaricia.

Y ellos no se limitaban a hacer sus fechorías sólo en el mar.

Nuestro hermoso Caribe de cristalinas aguas narra las más atroces y sangrientas historias, bien sea sobre tierra o sobre el mar ya que fue testigo silencioso de las barbaries cometidas durante siglos en donde robar y matar era la orden del día.

Para escribir sobre piratería no te bases en otros libros de ficción sino en la historia real y documentándote en la misma. La historia que te presento es una muestra del verdadero vivir de esta gente y como realmente existieron, obedeciendo sólo a su voluntad. Esta no es una historia para niños ni adolescentes por la crudeza de algunas escenas sino una historia real, sobre la

piratería en el Caribe en el siglo XVIII creada para la ficción por la autora pero siempre mencionando personajes reales históricos que fueron conocidos y que fueron encajados para dar más vida y soporte a la historia. Es algo diferente a lo que he escrito ya que —obligadamente y contra mi voluntad— tuve que ir más allá en cuestión de vocabulario y escribir otro tipo de lenguaje debido a la posición de los personajes y su ambiente, (incluyendo jergas, modismos y malas palabras, como también diálogos con frases compuestas de manera intencional según el momento y personaje) para hacer de la trama algo más real como se supone es el tema que escogí escribir. Así que les pido me sepan entender porque no es algo que necesite “corrección” sino que como digo, es algo escrito de manera intencional y como creo se va a entender, omití elaborar un glosario de cada término pero también respeté los nombres propios de la época según la región y sobre todo, siempre conservando mi estilo limpio y original con comentarios personales que ya ustedes que me han leído me los asociarán.

Te invito a descubrirla y a sumergirte en ella. Gracias por comprar este ejemplar y apoyar mi trabajo, gracias por tomarte el tiempo para leer, comentar y recomendar, sean bienvenidos a esta nueva aventura.

¡Leven anclas y arrién las velas! El viaje está a punto de iniciar.

Nota:

Todavía en el siglo XVIII el nombre que conocemos hoy como “La Habana” (capital de Cuba) se escribía como “Havana” pero decidí dejarlo como se escribe ahora ya que el Word me insiste en la corrección. Ustedes entenderán. Los personajes y lugares reales dentro de la historia que se conoce, han sido utilizados y colocados dentro de una historia con personajes, lugares y situaciones ficticias. Cualquier parecido a la realidad o a cualquier otra ficción es pura coincidencia.

Mi gratitud a:

Dios en primer lugar por darme siempre lo que necesito para escribir.

Mary Heathcliff porque sin saberlo me alentó a escribir sobre el tema. Gracias por hacerme ver que también podía hacerlo aunque me fuera por otra línea.

A Stefanía Gil porque sus artículos siempre son de ayuda y aunque seguí el consejo de algunos en la prueba empecé con una cosa y terminé con otra. Gracias porque sin saberlo das un impulso y también me hiciste ver que podía hacerlo. Te juro que lo intenté.

A Dolores López que es la persona más sensible y especial, con un gran corazón y la disponibilidad de servir siempre. Princesa es todo un honor conocerte, mis gracias no serán suficientes.

A la señora y también escritora Adelfa Martin porque siempre estaba igualmente dispuesta a apoyar a sus colegas en la difusión de sus obras. En mi corazón siempre será recordada.

A R.E. V. S por su disposición con las imágenes y las sugerencias para el montaje, a I.G. por la edición del vídeo y a mi familia, dos personas especiales que como siempre deben soportar hasta el cansancio esta obsesión mía.

A quien sea que me haya poseído para escribir esta novela sin siquiera permitirme asomarle la nariz a las otras, en el tiempo que me llevó escribir sentí que era otra persona y aún ahora que regreso al presente me sigo sintiendo algo diferente.

Agradezco también a quienes están pendientes de mis post en mis redes, por esos “like” y RT y las reproducciones a los vídeos, gracias por el apoyo y por ser tan receptivos y por lograr llevarme a tener un mayor alcance. Las estadísticas me asombran. Nunca consideré escribir sobre esto, espero haberlo hecho bien.

Y desde ya gracias a ti que como lector me das tu tiempo en esta nueva

historia, gracias por comprar este ejemplar y valorar lo que hago. Gracias por pasar por mis redes y mis blogs, les digo que esa bandera que cada uno de ustedes representa, está en mi corazón.



“Siempre está lista para enfiar el viento con más docilidad y ligereza que si fuera una buena esposa complaciendo a su marido.”

La Isla del Tesoro
Robert Louis Stevenson

Prólogo



Costa sudeste de La Española, dominios del mar Caribe, 1715

“El Fantasma del Galeón” logró perderse de vista debido a la noche que caía, el sol ya se estaba ocultando.

—¡Tierra a la vista capitán! ¡Estamos llegando a tierra! —gritó uno de los hombres desde su puesto de vigía señalando el horizonte.

El primero al mando sin perder tiempo ajustó su catalejo en la dirección indicada.

—Maldita sea tener el viento en contra y no a nuestro favor —mascullaba furioso el contraмаestre luego de observar el mapa que tenía en sus manos—. Llevamos días siguiendo a esos perros asquerosos, ¿y ahora se esconden allí?

—No olvide que casi somos iguales señor Duffray —le contestó con tranquilidad su capitán.

—Lo que sigo sin entender es desde cuando también nos volvimos bucaneros —añadió el teniente Grant la mano derecha del capitán.

—Todo es parte del oficio señor Grant pero no somos contrabandistas aunque persigamos los mismos intereses, simplemente hacemos transacciones comerciales —insistió el hombre de la manera más cortés.

—Por el rey —refutó apretando los dientes el contraмаestre que parecía no hacerle gracia.

—Nuestra misión era tomar *El Fantasma del Galeón* y su interesante carga, cosa que de un modo u otro haremos —insistió el capitán—. Pero si estos creen que nos han perdido y que este señuelo —señaló el puerto—, nos va a engañar y nos hará desistir, se equivocan. Ese barco aún lleva un curso y ese es Tortuga, así que vamos a seguirlo aunque tengamos que rodear esta tierra.

—¿Y para qué iremos a ese puerto entonces? —Inquirió el contraмаestre con desagrado—. Nuestra ruta es Tortuga y luego Virginia.

—Eso lo sé pero si un grupo del Galeón bajó con un propósito para ir a ese lugar por algo lo hizo.

—Para despistar, quieren distraernos —expresó el teniente—. Recuerde que también hay otro asunto que perseguir.

—No lo he olvidado como tampoco van a distraernos, capturar a Edward y tomar posesión de *La Barbaretta* sigue siendo un objetivo del cual no

descansaré pero creo que merecemos un momento en tierra luego de estar tantos días en el mar, así que entonces hagamos algo de turismo señores —le dio su catalejo al hombre dirigiéndose a los tripulantes que lo acompañarían—. Echemos un vistazo a ese lugar, al menos yo todavía no lo conozco... de cerca.

—¿Pero y si hay problemas con los soldados? Recuerde que es dominio español —insistió el contraмаestre.

—Entonces haremos nuestra entrada como sólo nosotros lo hacemos —curvó los labios con malicia—. Además si los otros ya se adelantaron es posible que también hayan limpiado el camino.

—Y quieran limpiarlo también de nosotros —repetía el contraмаestre en su necesidad.

El capitán evitó rodar los ojos. Se prepararon los botes como también un grupo de hombres armados.

—Teniente Grant queda a cargo de la nave —ordenó el capitán al mismo tiempo que preparaba sus armas.

—Señor con todo respeto no me parece prudente, ese no es asunto nuestro —le dijo el hombre—. Sigamos el rumbo hacia Tortuga, perderemos mucho tiempo varados aquí y los enemigos ya nos llevan demasiada ventaja.

—Sólo será un momento, el tiempo lo podremos reponer. No sé cuánto tiempo nos llevará esto pero si para la media noche no hemos vuelto zarpen y sigan el rumbo entonces.

—Pero señor, ¿sin usted...?

—Es una orden —sentenció con firmeza.



Puerto de la Cruz, La Española.

Según sus antecedentes familiares era descendiente de Rodrigo de Triana, un marinero que acompañó a Colón en su primer viaje y el primero en divisar la tierra en su horizonte desde su puesto de vigía pero esa historia a él poco le importaba. El capitán Andrés Heredia era un militar de alto rango, adinerado y leal servidor de la corona de España pero que en ese momento, apelaba a su escasa paciencia mientras acariciaba la empuñadura de su sable de frente a una ventana de cristal en su propia casa. Inhalaba y exhalaba con lentitud tratando de contemplar su horizonte desde otro ángulo; el vasto océano que apenas y ya se miraba. Con los años su vista ya no era la misma y era mejor conformarse. Por su cabeza pasaban muchas cosas en ese momento, haciendo que su mirada se tornara más dura que de costumbre sin saber qué era lo peor;

si la fiesta debido a una promoción a la que debía asistir porque no era dado para esas cosas o el tener que llevar a su hija de quince años para ser presentada y a su vez, comprometida en matrimonio oficialmente nada más y nada menos que con Sebastián de la Cuenca, el recién nombrado Comendador de la ciudad y su contemporáneo y poderoso amigo.

—Estoy lista padre —la dulce voz lo sacó de sus pensamientos, tragó levantando el mentón y con la misma seriedad giró la cabeza para mirarla.

La esbelta joven de piel nácar y ojos ámbar estaba lista como si de mercadería fina para vender se tratara. El vestido color beige y blanco, con adornos y pedrería dorada hacían juego con los ojos de la joven, su cabello negro estaba recogido en delicado moño y coquetos rizos ondulados que caían y que apenas y se dejaban ver por el fino sombrero, en la muñeca izquierda colgaba un tierno bolso de terciopelo y seda y en la mano derecha sostenía el abanico. La tarde era muy calurosa, demasiado y lo que menos quería era que el poco maquillaje que usaba se le corriera debido al calor. Se habían esmerado en arreglarla, incluso hasta su propio vestido y zapatos habían sido traídos desde España expresamente para esa ocasión. El hombre evitó suspirar, su hija era la viva imagen de su bella y difunta esposa y el nudo que comenzaba a formarse en su garganta amenazaba con estrangularlo. No era dado al afecto y menos a mostrar sus sentimientos, ni siquiera a él mismo.

—Vámonos —ordenó sin más—. Estamos algo atrasados.

Giró en sus talones como buen militar y caminó con firmeza hacia la salida, la joven perpleja por la actitud fría de su padre apretó los labios, parpadeó varias veces evitando mostrarse sensible y sin remedio lo siguió después de ser alentada por su nana Tomasa. Para la joven era desconcertante y esperaba sin embargo impresionar a su progenitor, pero al parecer ella no hacía nada bien para que al menos algo de afecto saliera de él.

—No le hagas caso niña Isabel —le dijo la trigueña que la seguía como podía a su paso debido al volumen de su cuerpo—. Ya sabes cómo es el señor, sé que está complacido por tu apariencia, estás preciosa, pareces una muñeca de verdad y esta noche muchos señoritos y caballeros caerán rendidos por tu encanto. Comenzarás a ser asediada y quién sabe, tal vez hasta un buen partido te puedas conseguir. Por algo él va a presumir a su hija.

—¿Tan pronto querrá deshacerse de mí? —la joven se llevó una mano a la boca asustada, eso no lo había pensado. Era obvio que esa “fiesta” podía tener un propósito.

—¿Deshacerse de ti? Já, agradece que de ser así eres tú la que se va a

librar de él. La amargura que carga el patrón no se le va a quitar con nada y...

La joven se perdió en sus pensamientos desconectándose de lo que Tomasa le decía. Sus recuerdos de niña eran otros, una vez conoció a un hombre vivaz que su vida entera era su familia y era muy feliz teniéndola pero cuando la sombra de la fatalidad se cernió sobre ellos él cambió, primero la muerte de su esposa y luego el asesinato de su hijo mayor lo volvió la roca que era ahora. Isabel suspiró con tristeza, ella sencillamente era invisible. Se detuvo y bajó la cabeza, parecía que ella no era suficiente y se sentía inútil.

—¿Niña qué hace? —Le reprendió Tomasa sujetándole una mano—. No se detenga que más él se va a enojar, corra ya.

Isabel obedeció y saliendo al gran pórtico de la pequeña mansión, subió al carruaje. El cochero instigó los caballos y rápidamente —en silencio— salieron rumbo a su destino.

La gala se llevaba a cabo en el “Fuerte de su Real Majestad Felipe V” una fortaleza de piedra situada en lo alto de un peñasco desde donde se podía tener una de las mejores vistas del Caribe. El camino estaba iluminado con brillantes antorchas de vivo fuego, estandartes de la corona española decoraban las paredes y soldados de la Armada resguardaban en cada esquina sin moverse ni un ápice. El motivo de la celebración era el ascenso de Don Fernando Constanzo y Ramírez como el gobernador de la Capitanía General de Santo Domingo que había sido semanas antes y él, había nombrado Comendador del “Puerto de la Cruz” a su amigo y allegado cercano Sebastián de la Cuenca, el mismo Sebastián amigo del capitán Heredia y quien había puesto su mirada en la joven que también podría ser su hija. Andrés Heredia fue nombrado segundo al mando y hombre de más confianza del ahora poderoso Comendador pero como los favores no son gratuitos ni parecen llegar solos y menos ante el chantaje gracias a la codicia, ahora era el momento de cobrar. Andrés estaba sacrificando lo que más amaba, lo único que le quedaba, pensó que una mejor posición era una oportunidad única pero lo que jamás imaginó era el precio y debido a su condición era mejor ceder y tener esa clase de “amigos” a tenerlo de enemigo porque sería peor y lo único que le importaba era el futuro de su hija y que al menos lo tuviera asegurado. Al llegar fueron recibidos como era costumbre y como era digno del capitán Heredia, con el mentón alzado por el orgullo y la quijada apretada por el malestar que sentía sin más sujetó a su hija y la hizo prenderse de su brazo y caminar juntos. La gente más fina de la ciudad era la que estaba congregada en el lugar y la única que había sido invitada, no eran muchas pero si lo suficiente

como para hartarse de miradas y cuchicheos y de tener que saludar sin la menor gana a gente hipócrita y vanidosa que lo único que le interesaba era la posición y la riqueza. “Qué ironía” sintió que su conciencia le reprendía, él era igual que esas personas pero con la única diferencia que tenía una sola razón que lo movía; al amor y el futuro de lo único que le quedaba en el mundo. Notó las miradas de las mujeres a través de sus abanicos que era obvio murmuraban de él y de su hija así como también notó a algunos jovencitos que no dejaban de verla, se sintió aún más mal. Le había negado a su hija la posibilidad de enamorarse de un joven como ella y ahora la conducía hacia un cadalso, apretó los puños y aún más los dientes, no sabía en qué momento había vendido su alma y ni siquiera podía dar un paso atrás. Sabía que Isabel no lo iba a perdonar, sabía que también iba a perderla para siempre.

Cuando algunos militares a su cargo lo encontraron para saludarlo, él trato de fingir bienestar y de presentar a su rosa en botón, todos halagaban la belleza y gracia de la joven y los caballeros de la sociedad y más altos hacendados que gozaban de sus fortunas en fincas y tierras, también pensaron que la joven era un buen partido a considerar para sus vástagos. En ese momento en que se habían perdido entre los invitados, apareció Magdalena, la gran amiga de Isabel que llegaba a rescatarla del asedio del que estaba siendo objeto.

El tiempo parecía detenerse y la fiesta ir de maravilla hasta que los gritos de alarma, las campanadas de alerta y los disparos por todas partes comenzaron a llenar de terror a los presentes que corrían despavoridos buscando refugiarse y salvar sus vidas. El aire empezaba a oler a humo de pólvora y por ende a nublarse el horizonte. Unos fueron perforados por las balas, otros acuchillados y degollados, otros heridos los arrojaron por el acantilado para que se despedazaran entre las rocas y la mayoría de las mujeres fueron ultrajadas para saciar el feroz apetito de sus atacantes. Los gritos de todos y la sangre que corría era la viva muestra del infierno que en ese momento se vivía. Todo los tomó por sorpresa, los que llegaron del mar arrasaron con todo a su paso, fue una noche de terror, fue una matanza despiadada, cuerpos tendidos de hombres, mujeres y hasta niños fue la huella que quedó de su cruel naturaleza en Puerto de la Cruz.

Los hombres que se hacían paso entre los cadáveres cogían en baño de sangre lo poco que les podía servir.

—No entiendo a esta gente de clase alta, es obvio que estaban

confiadamente desprevenidos —murmuró uno recogiendo sables, mosquetes medianos y uno que otro fusil con filosas bayonetas.

—Esto se convirtió en una carnicería. La pregunta es quien limpiará todo esto —añadió el contramaestre.

—Eso ya no nos concierne —indicó el capitán Walker asqueado por lo que veía—. Carguen todo lo que encuentren de valor y regresemos al Emperador, es obvio que aquí ya no queda nada. Seguiremos a Tortuga y en cuanto los encontremos los vamos a despedazar también.

1. La Emperatriz



Diez años después.

Dominica, Pequeñas Antillas.

La noche era silenciosa y alguien de la misma manera esperaba, la mujer estaba trepada en una de las ramas más firmes de ese roble, esperaba con paciencia en la penumbra. Charles le había dicho que jamás perdiera de vista a *El Fantasma del Galeón* ni a su tripulación ni a su capitán, al que apodaban “La Salamandra” el malnacido tenía una deuda que pagar y aunque ya estaba viejo no sería la horca la que se hiciera cargo de él sino ella misma, estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviese en sus manos sin permitir que nada se le interpusiera. Alentada por el deseo de venganza lo había perseguido por años, el único propósito de su existencia era obtener la cabeza de ese hombre y lo iba a lograr así fuera su última hazaña. De ese placer no iba a privarla nadie.

Cansada de esperar como vigía y tener las noticias que deseaba saber, estaba próxima a irse cuando los gritos de otra mujer la alertaron. Se paró en la misma rama y trató de seguir el sonido, parecía venir en dirección de la playa. Sin pensarlo saltó del árbol y como los gatos cayó de pie a tierra, con sigilo corrió siguiendo el sonido de los gritos que cada vez se hacían más fuertes. Con cuidado se escondió en un montón de arena para no ser vista por enemigos pero al observar que no había nadie más —salvo los gritos que pedían auxilio— preparó su sable y caminó con lentitud hacia la dirección que el sonido le indicaba.

El tipo tenía sometida a una mujer bajo su cuerpo, ella forcejeaba intentando liberarse y evitar el acercamiento pero le era inútil. El hombre sucio, maloliente y jadeante buscaba saciarse la lujuria con ella. Le había rasgado ya la poca tela del vestido, sus piernas abiertas y sus pechos al descubierto lo tenían excitado y en descontrol.

—Vamos india mulata, dame lo que quiero, ya verás cómo te va a gustar —le decía con fulminante aliento a alcohol.

La mujer lloraba sin dejar de gritar, al tipo las manos no le ajustaban para taparle la boca, mantenerla quieta y desnudarla.

—Déjala en paz —le dijo la mujer armada que lo había tomado desprevenido apuntándole el cuello con la punta del sable, el tipo reaccionó—. No dudaré en atravesarte el cuello y dejarte aquí retorciéndote hasta que te desangres.

Cuando el tipo lentamente soltó a la mujer que tenía debajo de él y levantó la cabeza, su presa aprovechó para apartarse de él arrastrándose entre la arena. El asqueroso borracho levantó la mirada hacia quien estaba osando amenazarlo y hacia quien le había interrumpido el momento.

—¡Já! —bufó al reconocerla—. Miren nada más lo que trajo la marea, pero si es su alteza real, la reina del mar, nada más y nada menos que “La Emperatriz” ¿Qué hará esta belleza en Dominica?

—Cállate perro sarnoso —empujó la punta del arma en su cuello, el tipo tragó levantando las manos también.

—¿No quieres que nadie lo sepa? —Sonrió mostrándole sus podridos dientes—. Creo que a los franceses les gustaría saberte aquí.

—Si me reconoces significa que no eres un lugareño de aquí —le dijo la mujer al mismo tiempo que miraba a la otra que aún temblando y secándose las lágrimas se cubría la desnudez con lo poco que le había quedado de la ropa—. Y por la aberrante lujuria que cargas imagino que eres una sabandija del mar como tus demás compañeros. ¿Dónde están? —empujó amenazante aún más la punta de su sable, poco le faltaba ya atravesar la carne del cuello.

—¿Compañeros? —Sonrió con burla para no demostrarle miedo—. ¿Acaso no te basto yo dulzura? ¿Quieres hacerlo en grupo?

La mujer se enfureció más y sin pensarlo le soltó una patada en la cara que lo hizo rodar varias veces, el estar completamente ebrio le impedía al hombre ponerse de pie.

—¿Dónde están?! —volvió a exigir gritándole.

—Si buscas a *El Fantasma del Galeón* ya se escapó de tus manos —sonrió a carcajadas.

—¿Dónde está? —se acercó para sujetarlo del cuello poniéndole la hoja de su sable en el mismo otra vez, no iba a dudar en rebanarlo—. ¿Qué hicieron aquí? ¿Hacia dónde va ahora? —le exigía evitando perder la paciencia.

—Primero muerto que decírtelo. —De forma traicionera el tipo cogió un poco de arena y con fuerza la lanzó a la cara de la mujer, al aturdirse ella él aprovechó la debilidad para empujarla y sacando una pequeña daga de su

pantalón se abalanzó sobre ella buscando herirla.

La otra al ver eso se asustó más y a gatas y con la poca luz buscaba hacerse de alguna piedra de buen tamaño entre la arena pero no la encontraba.

—¿Así que muy reina eh? —El tipo le puso la daga en la yugular inmovilizándola cuando se sentó sobre ella—. Eres una mujer como todas y lo que necesitas es dejar de jugar a los piratas y corsarios, buscar un único hombre y servirle como debe de ser.

El hombre desvió la mirada a la tela blanca de la camisa, sólo unas cintas de cuero la ataban de esa parte y sabía que sí se soltaban podía ver los encantos de buen proporción que ella tenía. Se saboreó.

—Y tú como todo borracho también eres un imbécil —con agilidad sacó también una daga de su bota y se la ensartó en el costado, el tipo gritó cayendo a su lado.

—¡Maldita perra traicionera! ¡Eres igual que todas! —gritó de dolor tratando de sostenerse la sangre que le borbollaba.

—¿Y por eso piensas que todas debemos ser ultrajadas? —le preguntó furiosa sujetándolo del cuello haciéndole recordar la manera en la que lo había encontrado, estaba dispuesta a enterrarle las uñas y arrancarle la cabeza ella misma.

—¿Y quieres tu turno? —insistió en provocarla.

—Maldito miserable —le dio un puñetazo para luego amenazar con ahorcarlo al hacer presión, el hombre comenzó a boquear.

—Eso eres, una perra como todas —insistía en insultarla aunque se le dificultara respirar—. Dicen que les abres las piernas al mejor postor, que te vendes como cualquiera, que haces orgías en tu barco y que tu tripulación entera no te sacia, por eso quisiera comprobarlo yo mismo. ¿Quieres placer? Te pondría como perra y por detrás de cogería hasta sacarte las entrañas.

La mujer sentía que ya no podía con su falta de paciencia, apretó la mandíbula y obviando los insultos del tipo lo intentó una vez más.

—Dime dónde está ese barco —le zarandeó la cabeza—. ¡¿A dónde demonios se fue?!

—¡Te cogería hasta matarte! —fue la respuesta.

Ella se hartó, ya no perdería el tiempo.

—Vete al infierno —le sentenció la mujer rebanándole el cuello con tal fuerza que casi lo decapitó.

Jadeando su coraje se separó del cuerpo poniéndose de pie, era una lástima que la playa se ensuciara con basura como esa pero de todas formas no

iba a dejarlo vivo y menos si la había reconocido.

—Uno menos —murmuró furiosa para sí guardando sus armas. Notó una pequeña bolsa que estaba cerca del cuerpo y la cogió, por su peso y al sonarla era obvio que tenía monedas.

Por un momento todo fue silencio y sólo el sonido de ese vaivén de las olas que con suavidad lamían la playa se escuchaba, ese era el calmante sonido del mar pero los sollozos de la otra irrumpieron y le recordaron su presencia. La mulata la miraba asustada, había oído hablar de la llamada Emperatriz pero tenía entendido que era el barco el que tenía ese nombre y ahora estaba confundida.

—¿Quién eres? —le preguntó la mujer acercándose a ella rebotando la bolsa en su mano.

—¿Usted es la Emperatriz? —contestó con otra pregunta.

—¿Te pregunté quién eres? —sentenció con voz firme.

—Soy una simple mesera —la mujer bajó la cabeza, aún estaba sentada en la arena.

—¿Y por qué hablas español?

—Porque soy de La Española —se limpió las lágrimas—. Me llamo Ernestina pero me dicen Titina.

La Emperatriz levantó una ceja.

—Eso está lejos “Titina” ¿y qué haces aquí?

—Vine por trabajo.

—¿En la taberna del lugar? No es un buen sitio para una joven cómo tú.

—Es trabajo y lo necesito.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

La Emperatriz alzó ambas cejas, con razón la fragilidad de su delgado y desnutrido cuerpo, más razón para que hasta un borracho tuviera la fuerza para someterla, otro más grande y fornido y estando en sus cabales con seguridad la desgarró y la parte en dos como a una rama seca.

—Aún eres una niña —exhaló.

—Pero ya sangré.

—Peor para ti. ¿Sabes lo que ese cerdo iba a hacerte?

La mujer tragó y bajó más la cabeza, lloró asustada otra vez. Al verla así la Emperatriz se acercó inclinándose frente a ella.

—Llevaba días tras de mí y aunque ya me había librado hoy...

—Hoy este malnacido se fue para siempre —la calmó—. ¿Eres virgen?

La joven asintió.

—Nunca he estado con un hombre —confesó.

—El problema no es la virginidad, el problema es que puedes quedar embarazada si ya sangras.

La joven se asustó más y la Emperatriz exhaló, le entristecía ver el destino de las niñas en lugares así, no era justo y odiaba la impotencia por no poder hacer nada más para cambiar la situación.

—¿Tienes familia aquí? —insistió la mujer al verla tan desvalida.

—No, vivo con otra amiga y debe estar preocupada por mí. No hace mucho terminó mi turno y debía estar en la casa con ella.

—Toma estas monedas —se las puso en la mano—. Deja ese lugar, compra un pasaje y regresa a tu hogar, creo que hay suficientes para que empieces un negocio propio, compra cosas que puedas vender y vivir de esa manera.

—Pero señora... —la joven la miró con asombro.

—Vete ahora antes de que el hedor de este tipo llame a sus compañeros, no le digas a nadie lo que pasó aquí o te culparán por la muerte de este hombre. Trata de arreglarte esa ropa y que no se note el desgarré luego deshazte de ella quemándola, renuncia a la taberna, di que tienes un pariente enfermo y que debes regresar a La Española, inventa lo que sea pero vete lejos. Incluso te sugiero que no vayas a Santo Domingo si eres de allí, busca otros rumbos e inicia una nueva vida, en Jamaica por ejemplo o en Nassau, vete a donde quieras pero que sea lejos.

La Emperatriz se puso de pie siendo secundada por la chica.

—Pero señora...

—Vete —insistió.

—¿Y usted?

—Yo aún tengo asuntos pendientes —acarició la empuñadura de su espada observando el oscuro horizonte del mar.

—¿Es a usted a la que llaman Emperatriz?

—Vete, olvida ese nombre, no lo menciones a nadie o te meterás en problemas.

—Usted es mi salvadora, a usted le debo todavía tener mi honra.

—No soy ninguna salvadora.

—Usted preguntó por un barco, quiere saber de ese que llaman *El Fantasma del Galeón*, ¿no es así?

La Emperatriz giró la cabeza para verla con seriedad, el asunto podía

complicarse y no quería tener que tomar más medidas.

—Ese tipo sabía cosas, cosas que se llevó con él —insistió la mulata.

—Es naturaleza de estos perros morirse antes de hablar.

—Pero yo también las escuché —le hizo ver—. Usted sabe, en una taberna los hombres hablan de todo y más cuando están borrachos.

—No hables nada con nadie, puedes tener el mismo destino si lo haces.

—Descuide señora, sólo lo haré con usted por gratitud. Mi lealtad será para usted solamente.

La Emperatriz elevó una ceja apretando los labios.

—Entonces habla —le ordenó la mujer.

2. Náufrago



La Emperatriz se ponía una túnica luego de salir de la bañera, era una mujer deseable no había duda, la voluptuosidad de su cuerpo podía volver loco a cualquiera. Su piel húmeda y bronceada brillaba con la luz de las velas, su cabello largo y más negro que el carbón caía por su sensual espalda, era algo alta y esbelta. De piernas torneadas, caderas circulares, estrecha cintura, redondo trasero y un par de firmes senos bien proporcionados que era la tentación de quien se los imaginaba. La mujer era preciosa en todos los aspectos y aunque por lo que, a lo que se dedicaba evitaba el maquillaje no le hacía falta a pesar de algo que la marcaba; una cicatriz de casi seis centímetros que le bajaba desde la sien izquierda hasta el pómulo. Las cejas eran perfectamente delineadas lo que hacía enmarcarle una mirada oscura, refulgente como el fuego, seductora como la tentación pero a la vez amenazante y sus labios de un carmín natural era como la fruta jugosa y deseada. La mujer era admirada por unos y odiada por otros, en algunas partes su presencia era deseada y en otras su cabeza ya tenía precio. Terminando de vestirse se sirvió una copa de dulce vino y se sentó de frente a su escritorio, las cartas de navegación y otro sin fin de pequeños mapas eran su obsesión. Ella no era una mujer cualquiera, era llamada “La Emperatriz” así como su barco y era uno de los terrores del mar que se ha conocido de sexo femenino, aunque algunos la odiaran por eso. Ella llegó para mandar al diablo códigos y leyes piratas impuestas por los que consideraba “machistas” desafió dentro de la comunidad lo que se conocía como “*Matelotage*” que aún se lograba seguir practicando entre algunos, como también los cimientos que dejó establecidos la llamada “Cofradía de los Hermanos de la Costa” en donde ella era el punto negro y una mancha que según, les maldecía. Una mujer dedicada a la piratería y que podía enfrentarse a cualquier hombre sin temor, adiestrada en armas y náutica, capitana de su propia nave y con una lista de difuntos que la precedía, la había impuesto en un lugar dentro de la piratería del Caribe y todo el Atlántico a la altura de cualquier otro nombre que también amenazara en las

aguas del océano.

—Estamos ya a unas millas de Saint Martin —le dijo una voz grave que la desconcentró—. Pronto saldremos de estas Antillas.

El barco navegaba por la ruta del Atlántico no del Caribe adentro.

—¿Timonel de turno? —inquirió ella.

—Fitz, él lleva el rumbo.

—¿Y el viento?

—Por ahora favorable, llevamos buena velocidad.

—¿Y el botín? —bebió sin dejar de ver el mapa mientras marcaba con una pluma otras rutas a trazar.

—Ya seguro junto con todo lo demás.

La mujer sonrió con picardía por su logro, aunque no la saciaba como quería. En cuanto la Salamandra lo supiera se le iban a reventar las tripas del coraje pero eso no era suficiente para ella. Lo que ella perseguía era el exterminio total del *Fantasma del Galeón* y cada uno de sus tripulantes, comenzando por la cabeza. No iba a descansar hasta partir en trozos toda la madera de ese barco y ver cómo el mar se lo tragaba a él y a todas sus almas a bordo. Fuera en agua o en tierra ese asunto iba a concluirlo así fuera lo último que hiciera.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó ella acariciando su brújula.

—Creo que aún falta para las tres de la mañana.

—¿Y por qué no estás con los demás? ve a descansar, hoy no te toca guardia.

—Porque después de lo que pasó pensé que querías... —el hombre se acercó a ella y con confianza acarició sus hombros.

—No estoy de humor Christoff —se movió incómoda en su lugar—. Vete a descansar, mañana te quiero con todas tus fuerzas.

—Mi fuerza siempre la tienes, eso lo sabes —el hombre aún así le masajeó los hombros—. ¿Qué es lo que tiene molesta? Todo salió bien, ¿o no?

—No era su barco el que estaba en Dominica y eso me enfurece. Las madrigueras que tenga esa Salamandra por todo el Caribe no me importan porque son la prueba de su cobardía.

—¿Entonces? Al menos obtuviste lo que querías, eso debería tenerte de buen humor.

—¿Humor para estar contigo? —le refutó.

La mujer dejó la copa vacía a un lado y poniéndose de pie prefirió apartarse del hombre que era como una muralla. Christoff era inglés pero de

padres escandinavos, por lo que —como todos— tenía también un sobrenombre y lo llamaban “El vikingo” era alto, musculoso, rubio y con unos hermosos ojos claros como el área de los arrecifes coralinos del Caribe. Había sido un buen marinero desde muy joven pero la irreverencia la llevaba en la sangre así como la vida libertina y el deseo de llenarla de aventuras. El mar era su pasión pero más lo era esa mujer, él había logrado desde hacía unos años atrás demostrarle extrema fidelidad y devoción, su lealtad hacia ella era a ciegas y por dicha razón se había convertido en su segundo al mando y también en su amante cuando ella lo quería.

—Emperatriz...

—Estoy cansada, vete a dormir, en pocas horas amanecerá.

—¿Y si amanecemos juntos? —el hombre comenzó a desvestirse para incitarla.

—No, hoy no y no hagas eso, vete.

—Eres la única que me hace rogar y lo sabes —se acercó a ella otra vez, el hombre estaba ansioso y ella podía oler eso.

—Pues no ruegues más y obedece. Sabes bien que no me gusta repetir las cosas.

—Dime qué fue lo que pasó en tierra, dime lo que pasó antes de que yo llegara, cuando te encontré estabas con algo de arena encima y al abordar el barco pediste que se llevaran tus armas y las limpiaran, traían sangre lo vi, ¿por qué?

La mujer le sostuvo la mirada al mismo tiempo que apretaba la mandíbula, era obvio que sí seguía molesta.

—Antes de que llegaran tuve que deshacerme de un perro y ese perro me escupió en la cara todo lo que seguramente los demás piensan de mí.

—¿Cómo? —ahora fue el hombre el que apretó los puños.

—Me dijo que era una cualquiera como todas, que le abría las piernas al mejor postor, que me vendía, que toda mi tripulación no me saciaba y que mantenía orgías en mi barco.

—¿Eso dijo? —Apretó los dientes furioso, tensó tanto el cuerpo que hasta los músculos le marcaron más la carne—. ¿Y qué más? —pareció rugir en cólera.

—Olvidalo, ya pasó —ella quiso apartarse pero él la sujetó de los hombros.

—Dime —susurró con seriedad mirándola fijamente.

Sabía que el hombre iba a molestarse más.

—Me dijo que como una perra deseaba ponerme y cogirme por detrás hasta sacarme las entrañas.

—¡Maldito! —el hombre gritó y dio un fuerte puñetazo en la madera.

—Olvidalo, ya no tiene caso, como te imaginarás me harté y le rebané el cuello, quedó parcialmente decapitado. Me provocó porque le impedí violar a una chica y con algo debía desquitarse.

—Debiste decírmelo allá, aún muerto lo hubiera hecho trozos. Debiste arrancarle la cabeza de una vez y dejarla colgada como advertencia.

—Ya cálmate y vete a dormir.

—No —le sujetó la cara y la miró—. Eres mía Emperatriz, mía y de nadie más, ya no permitiré que todas esas ratas te crean una...

El hombre se mordió la lengua, era muy iracundo y se enojaba con facilidad.

—No los culpo, creo que he ganado esa reputación, no soy una mujer normal, no soy una dama que usa vestidos.

—Pero tampoco eres una zorra, nada de lo que dijo es verdad.

—Lo sé pero igual molesta que me crean así —buscó apartarse pero él la detuvo.

—Eres sólo mía, yo soy el único —se atrevió a besarla con fuerza.

—Christoff... —lo apartó.

—Déjame hacerte olvidar aunque sea por un momento —el hombre comenzó a tocarla con desesperación, ella no llevaba nada debajo de la túnica y al sentirlo la hizo jadear, la levantó a horcajadas y volvió a besarla estampándola en un hueco.

Comenzó a morderle el cuello a la vez que se apretaba contra ella, terminó de desnudarse él y al sentirla rendida y prendida de sus caderas, él la sujetó del trasero y entre desesperados besos la llevó a la cama, abrió la túnica y la desnudó. Era mejor calmar esa ansiedad de una sola manera, de la manera que sólo dos lo podían hacer en la intimidad.

A media mañana mientras estaban en cubierta estudiando las rutas la campanada de alarma los alertó a todos.

—¡Restos de un naufragio! —gritó el vigía.

Todos se encaminaron a estribor en proa para observar lo que estaba adelante, nada de un barco, sólo pedazos de las velas y trozos de madera flotando, uno que otro barril y decenas de cuerpos boca abajo.

—Asalto —dijo uno de los hombres sin pensarlo.

—No eran piratas ni corsarios, tampoco bucaneros, no veo la insignia,

eran simples civiles ingleses —indicó Christoff enfocando el catalejo.

Un pedazo de la bandera de Inglaterra flotaba y eso les indicaba todo.

—¿Comerciantes? —le preguntó otro.

—De seguro.

La mujer observaba en silencio, no eran los primeros despojos de una nave que veía pero si volvía a recordarle algo que vivió tiempo atrás y que afianzaba aún más su deseo de vengarse. Algo cercano a ella yacía en el fondo del mar y apretando los puños exhaló con lentitud tragando en seco de la misma manera.

—¡Se llamaba “Saint John”! —volvió a gritar el vigía señalando el madero que flotaba mostrando el nombre.

—Y al parecer no hay sobrevivientes —añadió otro.

—Quién lo habrá hecho y porqué, sería la pregunta —señaló Christoff.

—Piratas —dijo al fin la Emperatriz—. Este es el vandalismo de piratas y el por qué... por desgracia no lo sabrá nadie. ¿Qué traía para que lo atacaran?

—¿Quiere que bajemos a ver qué hallamos? —le preguntó uno de sus hombres.

Ella dudó puesto que no había nada pero sin saber por qué asintió. El hombre se equipó con un par de compañeros más y soltaron uno de los botes.

—¡Recojan velas! —ordenó otro—. Vamos a bajar.

—¿No crees que será una trampa? —opinó Christoff con algo de desconfianza.

—¿Una trampa donde no hay nada? —replicó ella—. Esto se llama advertencia, estas ratas quieren hacerle saber a todos que estas aguas son de ellos y que no se atrevan a cruzarlas. Por el humo todavía en el ambiente esto apenas y pasó hace unas horas, seguramente al amanecer y al parecer no era un barco grande para que lo hayan abordado con facilidad y no dejar nada.

—¿Crees que hayan sido hombres de...?

—Espero que no —lo interrumpió ella tensando la mandíbula.

—¡Necesitamos otro bote! —Gritó uno de los que estaban en el área—. ¡Hay barriles sellados!

—¡¿Qué crees que sea?! —preguntó ella a distancia.

—Licor o pólvora, habrá que ver.

Ella movió la cabeza dando por hecho que fueran a ayudar, otro grupo de hombres bajó también. Mientras miraba a sus hombres remar otro de los primeros la distrajo.

—Pólvora no lo creo, hubiera estallado y las secuelas del fuego se verían,

todavía ardiera, el humo simplemente es porque fue atacado a cañonazos — opinó Christoff.

—¡Hay un hombre vivo! —Lo señaló otro de los hombres en el bote—. ¡Entre los cuerpos hay uno con vida!

Todos le pusieron atención, especialmente ella. El hombre estaba sobre un madero que parecía haber sido puerta, estaba boca arriba pero ahora intentaba moverse y con dificultad ponerse de costado.

—Ayuda —murmuró con las pocas fuerzas mientras extendía un brazo.

—¡Pide ayuda! —volvió a gritar el hombre a su capitana.

—¡Tráiganlo! —ordenó ella.

Cuando todos subieron y la carga era puesta en una esquina, los demás se acercaron al moribundo.

—Que venga el médico —ordenó Emperatriz.

La mujer observó al hombre que habían puesto en el suelo de la cubierta, tenía algunas heridas menores pero también una que otra llaga producto de quemaduras, la ropa la tenía rasgada y obvio estaba descalzo. Estaba joven, el pelo era algo rojizo, se notaba tener una piel blanca pero por el momento estaba algo bronceada, el sol caribeño aunque sea mañanero siempre quema y al menos los labios y pómulos sí notaban esas heridas en llagas.

—¿Seguro que es el único vivo? —inquirió la mujer.

—Al parecer sí, ¿quiere que volvamos para cerciorarnos? —dijo el hombre que lo rescató.

—Sí, verifiquen que todos esos cuerpos que aún flotan estén sin vida.

—Es extraño que no hayan animales volando alrededor o las bestias del mar haciendo lo suyo —insistió el segundo al mando.

El grupo de hombres obedeció a la mujer y en ese momento el médico llegó y se acercó para ver al moribundo.

—Al menos está vivo —le tocó el cuello palpitante.

—¿Y sobrevivirá? —preguntó ella inclinándose también.

—Revisaré las heridas pero no prometo nada. Si Dios quiere vivirá si no... —exhaló sin dar esperanzas—. Puede que pase a mejor vida antes de la media noche.

—Espero sobreviva —señaló Emperatriz—. Sólo él puede decir lo que pasó y yo lo quiero saber.

—Haré lo que pueda —le dijo el médico.

El hombre pidió que le llevaran al moribundo adentro para poder atenderlo, se encaminó junto con él cuando lo cargaban.

—¡Arrien las velas! —Ordenó la Emperatriz—. Debemos continuar, recuerden que aún tenemos que seguir un rumbo.

Cuando el ocaso ya teñía el cielo y el horizonte y la mujer hacía unas anotaciones estando en su camarote, Christoff llegó a buscarla.

—El muerto revivió —le hizo ver algo serio.

—¿En serio? —se sorprendió soltando su pluma y haciendo a un lado el tintero.

El rubio la miró evitando tensar la mandíbula, quería estudiar sus facciones y reacción, no iba a ocultar los celos porque el interés de su Emperatriz por otro hombre no le hacía gracia.

—Apenas y ha reaccionado —contestó.

—¿Y dijo algo? —se puso de pie.

—Sólo balbuceaba, preguntó dónde estaba y como es obvio también está asustado.

—¿Le han dado de comer?

—Seguramente ahora estará comiendo algo si es que el miedo lo deja.

—Iré a verlo —la mujer caminó rápidamente hacia la puerta de su camarote pero antes de salir él la detuvo del brazo. La Emperatriz lo miró molesta, no quería lidiar con sus celos, eso le hartaba—. Suéltame —le sentenció.

—No me hace gracia.

—Eso no me importa —se soltó con fuerza—. Y no te atrevas a volver a hacer eso.

—Si se recupera se quedará en la primera isla que divisemos.

—Eso lo decido yo.

—No será parte de la tripulación —insistió apretando los dientes.

—Tú no me das órdenes Christoff, no te equivoques sólo porque te permito retozar en mi cama, eso no te da ningún derecho sobre mí ni sobre mis decisiones. Siempre he hecho lo que quiero y si no te parece puedes dejar a La Emperatriz cuando quieras, sabes bien que nadie se amotinará contra mí porque quien lo intenta se muere. Hombres a mi servicio me sobran y mi flota me es leal hasta la muerte porque nadie les paga mejor que yo.

El hombre tragó su enojo y retuvo la respiración, a él no le importaba las humillaciones ni ser siempre el perro faldero detrás de ella, mucho menos intentar una rebelión contra su Emperatriz, molestarla no era su intención y tenerla de enemiga sería lo peor. Si la provocaba ella no iba a perdonarlo y para ella matarlo de la manera más sutil mientras duerme o más despiadada

mientras tienen relaciones, para luego lanzar su cuerpo al agua era lo de menos, así que debía aguantarse. Ella no dijo nada más y salió, necesitaba saber más del moribundo y escuchar por boca de él lo que había pasado ese amanecer en las aguas del todavía Atlántico.

Caminando rápidamente y seguida por el rubio entró al camarote que servía como enfermería. El médico estaba con el paciente y el náufrago intentando comer como sus reventados labios se lo permitieran. La mujer entró y ante su presencia el paciente dejó a un lado la cuchara con la avena, tenía vendada la cabeza y ambas manos, el costado, el hombro derecho y la pantorrilla izquierda. El médico se terminaba de lavar las manos.

—Bienvenido a la vida —fue la manera de saludar de ella luego de observarlo.

El hombre la miró fijándole los ojos a los de ella, le parecieron atrayentes pero no iba a demostrarle miedo, ya estaba un poco más lúcido y parecía no tener ánimos de seguir balbuceando como lo había dicho Christoff.

—Gracias —se limitó a decir volviendo a llevar la cuchara a su boca.

—¿Se siente mejor? —insistió ella mostrándose algo orgullosa.

El hombre volvió a mirarla pero esta vez de pies a cabeza, llevaba el pelo recogido por una trenza, un pañuelo en la cabeza y argollas doradas en sus orejas, creyó alucinar pero no sabía por qué no le sorprendía ver a una mujer vestida como hombre aunque debía reconocer que la ropa sin duda a ella le quedaba mucho mejor. Botas negras altas, pantalón marrón ceñido a sus piernas, un corsé negro que le resaltaba las caderas y estrechaba la cintura y una camisa blanca manga larga con vuelos que le dejaba ver los hombros y la forma de sus pechos que lo hizo tragar con lentitud. Quiso sacudir la cabeza y lo que consiguió fue una punzada en la misma, se quejó soltando la cuchara para sostenerla, se sentía mareado y muy adolorido.

—No se mueva con brusquedad o no soportará el dolor de cabeza —le ordenó el médico.

—No lo soporto ahora —le contestó quejándose.

—Con lo que le di se le va a bajar el dolor y también le dará más sueño, intente estar tranquilo.

—¿Sabe lo que pasó? ¿Lo recuerda? —preguntó la mujer al médico.

—No ha dicho nada, al menos nada coherente, estuvo delirando porque le bajó alta fiebre pero ya se le quitó. No traía nada sobre él excepto eso —le mostró un pequeño libro sobre un banco de madera.

La mujer lo miró y se acercó, la cubierta era de cuero pero estaba hendida

y sujetándolo lo abrió, las páginas interiores también estaban igual. Tensó los labios y elevó una ceja.

—¿Una Biblia? —murmuró apenas, creyó que era algo más interesante. Se volvió a mirar al que estaba en el catre convaleciente—. ¿Por qué cargas una Biblia? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

El hombre tragó su avena y contestó.

—Me llamo Matthew Brown.

—¿Y eres religioso?

—No lo que se entiende como religión, no predico religión sino el evangelio, la verdad.

La Emperatriz apretó los puños y evitó molestarse más y bufar, era lo que le faltaba en su trayectoria y lo que menos quería en su barco era a un religioso, tratando de pensar con claridad qué hacer prefirió salir del cuarto. Christoff sonrió con malicia y a la vez saboreando una victoria, elevó una ceja al médico y salió siguiendo a su mujer.

—¿Qué? —preguntó el convaleciente algo desconcertado por esas actitudes.

—Será mejor que le pidas fuerzas a tu Dios porque te quedarás en la primera isla que se vea —le contestó el médico resignado.

—¿Y por qué?

—Porque estás en La Emperatriz.

—¿Y eso qué? ¿Quién es esa mujer?

—La Emperatriz.

El hombre quedó aún más confundido.

3. El Saint John



Terminando de cenar la mujer decidió volver a la enfermería, si el náufrago estaba dormido no habría remedio pero si estaba despierto era mejor que dijera lo que sabía porque ella no iba a poder dormir hasta saberlo.

Cuando llegó, el médico terminaba de ponerle un unguento en los rasguños menores, por fortuna estaba despierto aunque algo soñoliento.

—¿Cómo sigue? —preguntó la mujer.

—Al menos algo más lúcido —contestó el médico limpiándose las manos con otro paño.

—¿Y puede hablar? —esta vez la mujer se volvió al convaleciente.

—Y en tres idiomas —se jactó él aunque frunciendo el ceño evitó sacudir la cabeza otra vez, había mostrado orgullo y vanidad y en él eso no debía ser.

—Pues bien señor ilustrado, eso no me extraña siendo lo que usted dice ser —le dijo la mujer manteniendo la tranquilidad—. Sus estudios y experiencia como letrado no me importan, lo único que quiero saber es qué fue lo que pasó con su barco, de dónde venían, hacia dónde iban, quiénes lo tripulaban y cómo fue que perecieron en medio del mar.

El hombre cerró los ojos y exhaló, aún le parecía escuchar el sonido retumbante que sacudió la nave, los gritos desgarradores de todos y el abismo al abrirse para tragárselos. En un solo momento vivió su propio infierno pero Dios lo había salvado y por eso estaba infinitamente agradecido.

—El *Saint John* zarpó por última vez desde Irlanda hace unas seis semanas atrás —comenzó a decir—. El barco venía desde Southampton, Inglaterra pero debía ir allá también, yo vengo desde Inglaterra, como ve soy inglés. Era un barco comerciante nada más, apenas y habíamos menos de cien personas entre civiles y marinos, la carga del barco era solamente productos para abastecer a los colonos de la Nueva Inglaterra, íbamos hacia allá.

La mujer le dio toda su atención y hasta se sentó en un banco maltrecho cerca de él para escucharlo mejor.

—Para ir tan lejos me parece que no iban en la ruta adecuada, estas son

las aguas casi pertenecientes al Caribe señor Brown y ustedes debían ir más al norte, ¿sabe si su barco venía a alguna isla de estas Antillas?

—No estoy seguro, la verdad... —el hombre se sujetó la cabeza.

—Pues yo creo que sí, haga memoria.

Se quedaron un momento en silencio, por lo que entonces ella tomó la palabra otra vez.

—El nombre del barco es algo religioso —apuntó ella—. Es como decir el “Dulce María” o “La Providencia” de la flota española por mencionar algunos, son naves para comercio que también abastecen algunas islas caribeñas pero en este caso por ser católicos llevan el nombre de la virgen. Me parece que hay una falta de originalidad a la hora de bautizar navíos pero bueno, ese es asunto de cada quien, conocí uno al que llamaban “Satanás” y hasta el mismo diablo estaba como mascarón.

La mujer no pudo evitar sonreír con picardía y maldad cuando dijo eso, quería molestar al religioso y verle la cara de susto pero al hombre pareció no extrañarle. Reponiéndose volvió a tensar los labios en línea recta.

—El Saint John no era un barco religioso pero llevaba algunos —volvió el hombre a comentar.

—¿Más como usted? —ella elevó una ceja como si se tratara de una plaga.

—No somos católicos sino protestantes —refutó él.

—¿Qué? —la mujer evitó sorprenderse.

—Sólo éramos un grupo pequeño, apenas veinticinco voluntarios de una congregación que aceptamos la misión de evangelizar con nuestra doctrina y levantar otras congregaciones que se expandieran por toda Nueva Inglaterra.

—Pues me parece que Dios quiso otra cosa —ella insistía en provocarlo.

—Dios siempre tiene el control.

—Si ya lo veo, o mejor dicho no, no lo veo, allá atrás no quedó nada.

—Creo que soy la prueba de su milagro.

—¿Milagro?! —ella se puso de pie rondando el cuarto—. Mire señor... clérigo, misionero, pastor, ministro o como sea que se llamen, ahora no estoy de humor para sermones religiosos ni para saber lo que Dios haga o deje de hacer, lo que quiero que me diga es cómo demonios ese barco se hundió y cómo es que usted fue el único que sobrevivió.

—Si sobreviví fue por la gracia de Dios.

—¡Sin sermones! —le gritó perdiendo la paciencia.

En ese momento entró el rubio y ella se calmó, el pelirrojo y él se miraron

con seriedad.

—¿Ya habló? —preguntó Christoff a su mujer.

—Eso está haciendo. —La Emperatriz no le quitaba los ojos al que estaba en el catre—. Soy la capitana de este barco así que no va a engañarme —le hizo ver ella al convaleciente—. Estas aguas son muy tranquilas en esta época del año y bastante profundas también, ni el clima ni ningún choque contra rocas los hizo hundirse, así que no encallaron por nada, ¿un fallo humano? ¿Error en navegación? Usted dice que iban a Nueva Inglaterra pero estaban lejos de la ruta, igual algo les produjo inestabilidad y lo único que me hace suponer es un enfrentamiento. Su barco venía a las Antillas y con seguridad a alguna jurisdicción inglesa pero alguien los atacó y no fue precisamente un barco fantasma, ¿no es así?

El hombre algo sorprendido con la mujer al escucharla continuó con su relato.

—No tengo claro lo que fue ni cómo. Era la madrugada y mis compañeros y yo dormíamos en nuestros camarotes cuando el estruendo nos despertó dejándonos sordos y aturcidos, creímos chocar con algo pero no había sido así a pesar de ver ya el agua en nuestros pies.

—Cañones —indicó el rubio.

—Sí —le contestó el hombre—. Eso había sido y directo al casco de babor de la proa por eso el agua comenzó a penetrar, escuchamos los gritos afuera y que sobre todo venían de la cubierta. Como pudimos nos vestimos y salimos antes de que otro cañonazo nos matara allí mismo, ya el barco comenzaba a hundirse.

—¿Quiénes fueron? —la mujer sentía que la ira de pronto se apoderaba de ella y trataba de controlarse.

—No lo sé pero eran hombres salvajes, parecían animales sin razonar, mataban a diestra y siniestra a quienes se les resistían. Estaban armados de espadas, mosquetes, hachas y toda arma que pudieran cargar, los hombres más fuertes no tuvimos más remedio que pelear para defendernos mientras a nuestra vista intentábamos evitar la matanza, fue inútil. Se deshicieron de los más ancianos y de los pocos niños, unos vivos y otros ya muertos pero todos fueron a dar al mar y mientras los que podíamos seguíamos peleando sin poder hacer nada más, miramos como delante de nosotros las cuantas mujeres, especialmente las más jóvenes eran violadas por ellos para luego matarlas, parecía que no querían dejar a nadie vivo. Saquearon todo el barco, los camarotes, las bodegas, lo que eran las galeras, no quedó ningún hueco sin

registrar, no dejaron nada.

—¿Y qué pasó con usted? —inquirió ella.

—En un respiro me apresuré a socorrer a nuestro ministro mayor que yacía en un charco de sangre cerca de la popa, lo único que sacó de la bolsa de su saco fue esa pequeña Biblia y me la dio. *“He peleado la buena batalla, he guardado la fe...”* murmuró apenas, él era como un padre para mí y mis lágrimas ya me impedían verlo. *“Esta es la única arma que necesitas”* apretó la Biblia en mis manos. *“Esta es la espada de dos filos, es la única que penetra hasta el alma, recuérdalo siempre. El señor ya me llama a su presencia como siervo aprobado y voy feliz a mi patria celestial. Si vives no decaigas, que tu fe no mengue, Dios sabe lo que hace, él siempre tiene el control”* fue lo último que dijo y expiró.

El hombre hizo una pausa y tragó, el médico le sirvió un poco de agua y se la dio, tenía la carne tostada y se le notaba fatigado. Luego de beber continuó.

—Rogué a Dios por esa alma que se iba y por todas las demás, lo único que me pregunté era “¿Por qué?” ¿Por qué pasaba eso? ¿Por qué Dios lo permitió? Apenas y me puse de pie y guardé la Biblia en la bolsa interna de mi saco también, cuando un golpe en la nunca me lanzó al suelo, reaccioné y el tipo harto seguramente comenzó a golpearme. Sujeté como pude un trozo de madera y con fuerza lo golpeé rajándole la cabeza, el barco ya estaba sucumbiendo y las astillas volaban por todas partes, como sea logré ponerme de pie sólo para que el tipo me sorprendiera sin poder reponerme. Me sujetó con fuerza y sin pensarlo me clavó lo que logré ver como un estilete, me doblé y en retroceso me lanzó desde esa altura de la popa hasta caer yo al mar, luego de rebotar en los alfeizar externos de la nave y de herirme entre madera y vidrio. Me hundí algo profundo y sólo Dios me dio la fuerza para salir a flote, no sé cómo lo hice, estaba débil y apenas y me aferré a un trozo del mástil para sostenerme, el barco se partía en dos en un sonido tan lúgubre que hizo eco en el aire. Ya los últimos gritos de ese infierno me sonaban lejos y luego sólo se escuchan los de ellos, sus risas por la victoria y con la poca luz sólo alcancé a ver que los tipos, saltando como pulgas regresaban a su barco con todo lo que podían cargar, mientras el Saint John que había ardido parcialmente en fuego comenzaba a ser tragado por el mar.

El hombre exhaló y cerró los ojos. El médico le ayudó a reclinar la cabeza para que descansara.

—Lo encontramos encima de un madero —le dijo ella.

—No sé cómo llegué allí —susurró él ya cansado—. Después de eso ya

no recuerdo nada.

La mujer también exhaló.

—Que coma bien y que se le provea de ropa y zapatos —le ordenó al médico y a Christoff—. Hay que dejar que descanse, lo que le pasó no ha sido fácil.

Giró en sus talones y salió del cuarto. Cuando se quedaron sólo los dos hombres, el protestante no pudo evitar preguntarle al médico.

—¿Qué pasará conmigo? ¿De verdad me dejarán en alguna isla o seré prisionero?

—¿Prisionero? —sonrió el médico.

—Sé quiénes son y este tampoco es un barco comercial.

—Sí. *La Emperatriz* no es un barco comercial pero es mejor que usted se dé de santos y respire algo aliviado, el que ella ordenara darle de comer y proveerle ropa ya es ganancia, de hecho creo que el que usted esté en este barco ya es demasiado privilegio.

El hombre prefirió no saber más, también estaba en un barco pirata o al menos contrabandista y eso no lo podía cambiar. Al menos lo habían rescatado y atendido y no dejarlo a su suerte en medio del mar, debía darle gracias a Dios por eso aunque sus caminos fueran extraños e incomprensibles.

Un par de días más pasaron y según la ruta ya había tierra a la vista, no era la isla de *La Española* pero sí eran parte de las Grandes Antillas. El “*Protestante*” como habían bautizado al náufrago estaba algo más restablecido, caminaba apoyado de una muleta improvisada, aún tenía algunas vendas en las heridas que milagrosamente cicatrizaban con rapidez pero siempre seguía adolorido por las mismas. Ya la cara la tenía algo mejor, las quemaduras de los pómulos y los labios sanaban también y vestido más decentemente, parecía un hombre diferente al desvalido que habían encontrado más muerto que vivo. La Emperatriz que lo había observado ya notaba que era un hombre diferente, seguramente pasaba más de los treinta y tantos, de físico atractivo y cuerpo algo torneado que no le pasaba desapercibido, era alto aunque caminara algo encorvado por la muleta. El hombre prefería estar sentado en cubierta sintiendo la brisa marina, específicamente cerca de babor o estribor dependiendo de la posición del sol y por tratarse de un “recogido” no hacía nada más que limitarse a leer su Biblia y a tratar de hablarle a quien quisiera oírlo de su experiencia y a la vez del evangelio. Por ser quien era parecía haberse ganado la confianza de algunos pero también no faltara quien desconfiara de su apariencia de rectitud y uno de ellos era precisamente

Christoff. Esa mañana que la Emperatriz estaba en el castillo de popa observando su cubierta y el horizonte que a lo lejos tenía, fue interrumpida por el rubio que subía para encontrarla.

—Ya casi estamos en tierra, si quieres yo mismo acompaño al Protestante.

—¿Tanto te urge que se vaya? —inquirió ella acomodándose una argolla.

—Quedamos que bajaría en la primera isla.

—Quedaste tú, yo no dije nada.

La mirada del hombre se endureció, estaba molesto y deseaba que el religioso se marchara porque desde que estaba en el barco él no había vuelto a estar en la cama de su Emperatriz y eso lo tenía mal. La mujer lo miró y con la misma seriedad ordenó.

—Que un grupo vaya a tierra y compre lo que haga falta, debemos abastecernos de más comida y agua.

—¿No bajarás?

—No, acompáñalos, que el médico y el cocinero les den una lista de lo que ellos necesitan.

El rubio no le quitaba los ojos imaginándose muchas cosas por la negativa de la Emperatriz al no querer bajar. Se mordió la lengua y tragó, sin protestar obedeció y bajando las escaleras con voz de mando ordenó bajar los botes y las indicaciones de la mujer.

—¡Aferren las velas y suelten el ancla! —ordenó molesto.

La Emperatriz volvió a observar al “*hombre de Dios*” y al notar la atención que lograba captar de sus hombres supo que no podía ser una buena influencia y que el apartarlos del “mal camino” no le era difícil.

—Esto puede ser problemas —se dijo elevando una ceja, no podía permitir distracciones.

Ya Christoff le había comentado sus dudas y le sugería a ella que no se confiara, la historia del Protestante podía ser creíble pero también podía ser una treta. A Christoff se le había metido en la cabeza que ese cuento de la Nueva Inglaterra era una mentira, que era alguien comprado por la Salamandra para lograr acercarse a ellos y si estaba en lo cierto era un peligro, por eso en parte insistía en dejarlo a su suerte en alguna isla y que él no volviera a saber de ellos. El rubio prohibió que la tripulación se soltara de la lengua hablando de más con él, podía ser un espía y todo ya hacía dudar a la mujer. Viendo que sus hombres se preparaban para bajar a los botes, ella bajó a la cubierta. Un serio Christoff de mala gana, se ordenaba unas sogas al hombro antes de bajar al bote.

—¿Llevas lo suficiente para comprar? —preguntó ella en tono suave.

Él asintió sin dejar de hacer su trabajo, ella lo detuvo sujetándole la cara y hacer que la mirara. Él quiso evitar mirarla a los ojos pero no pudo, era un bronce al que no podía resistirse.

—Con cuidado —insistió la mujer—. Mantengan los ojos abiertos y límitense a hacer su trabajo, recuerden que deben aparentar ser simples comerciantes. Nada de irse a burdeles o a beber de más.

—Pero los hombres querrán sacudirse el humor, eso los tiene más entusiasmados.

—Lo harán después, para eso está Sodoma y Gomorra y allá podrán hacer lo que quieran. Tampoco vayan a crear pleitos y menos, hacer alguna carnicería. No respondas a provocaciones, ¿está claro? Recuerda quien eres para gente extraña.

Él asintió.

—Soy William Clarke, un inglés y un comerciante de clase media que sólo busca comprar provisiones y mercadería, vengo de Inglaterra y voy para Virginia —contestó sin remedio.

—Bien —sonrió ella, luego con sutileza le dio un beso en la comisura de la boca para despedirse, el rubio cedió a la tentación y quiso besarla con fuerza. Todos, absolutamente todos en ese barco debían saber que ella era su Emperatriz, suya y de nadie más pero ella lo esquivó y lo detuvo—. Luego —le susurró.

—¿Cuándo? —rugió.

—Esta noche —lo sedujo con la mirada, el hombre sintió respirar.

—¿Lo prometes? —le apretó la cintura pegándola a él.

—¿Ha roto una promesa la Emperatriz? —inquirió con seriedad, le molestaba el que se dudara de ella.

—No.

Se miraron y sin decir nada más él siguió a sus hombres y una vez en los botes soltaron las sogas y comenzaron a remar. Cuando se alejaban ella notó que el *Predicador* la observaba también, la expresión de su cara era de desconcierto y ella supo por qué. Caminó acercándose a él y los que estaban cerca escuchando la palabra, mejor se apartaron a buscar que hacer, siempre había trabajo en el barco, en uno que debía estar siempre reluciente como su ama lo ordenaba.

—Buenos días —saludó la mujer—. ¿Entretenido?

El hombre observó el libro y supo que lo decía por eso.

—Buenos días —saludó él.

—Hable —lo instó ella—. Sé que notó lo que acaba de pasar.

—No es asunto mío.

—¿No?

—No —la miró él sin temor. Lo cierto era que él se refería a una cosa y ella a otra—. Lo que hagan no es mi problema.

—¿Cómo?

Estaban cayendo en un malentendido.

—Ya me escuchó.

—¿No se pregunta por qué no se fue con los demás? —inquirió ella. Él reaccionó, si eso también lo había pensado.

—¿Piensa retenerme?

—No, pero me dice el médico que usted todavía está algo convaleciente aunque si cree que se las puede arreglar en esa condición puedo mandarlo a tierra. Esa isla es ruta comercial, hay de todo, puede coger otro barco y seguir a su destino.

—Haga lo que usted quiera, por desgracia no tengo opción.

—Creo que si tiene opción, el problema con los religiosos es que deben obedecer mandatos... divinos y apegarse a reglas establecidas.

El hombre acarició el cuero de la Biblia, ese agujero que tenía le recordaba la salvación que —literalmente— Dios le había ofrecido.

—¿Sabes por qué la Biblia tiene esta marca? —le preguntó él comenzando a tutearla.

—Pues es obvio que no la adquirió así.

—Esta es la marca que me salvó, cuando el tipo ese me sujetó de frente y enterró su arma en mi costado lo que atravesó fue la Biblia. De haberme atravesado normalmente me mata, dice el médico que si ese estilete me perfora los órganos que tengo aquí... hubiera muerto en minutos al desangrarme.

La mujer lo miró tratando de asimilar la relación de ese hombre con las autoridades de arriba, sin duda tenía buenos contactos que aún lo mantenían en esta tierra con algún propósito.

—No sabría qué decirle pero es usted un caso extraño. Como navegante he visto de todo, menos sirenas ni tritones, tampoco calamares gigantes ni serpientes marinas pero si hay cosas inexplicables y usted es una de ellas.

—¿No cree en Dios?

—Le sugiero no abusar de su buena suerte.

—No se trata de suerte, es bendición.

—Mire señor con influencias divinas, no soy una persona muy paciente y hago una labor titánica para tenerla, es usted un hombre afortunado y con eso dese por bien servido. En unos días más estaremos al norte de La Española y allí podrá quedarse y seguir su rumbo a la Nueva Inglaterra, ¿aún está muy lejos sabe? Tiene mucho camino por delante. Por desgracia su barco fue atacado por ladrones y asesinos a sueldo pero siendo religioso usted no podrá hacer más, ni así hubiese visto cara a cara al capitán de la otra nave, así que intente recuperarse los días que restan, abandone mi barco como quiera y siga con su vida y labor misionera a donde sea que se vaya.

La mujer dio por terminada la conversación dejándolo allí, cuando él la detuvo de la única manera en la que podía hacerlo.

—¿Y quién dice que no sé quién es el capitán del barco que nos atacó?

4. Tentación



La mujer se detuvo y paró de respirar, por un momento el cuerpo se le heló y no quiso pensar en las palabras que le había venido repitiendo Christoff. Se volvió para mirarlo y acercándose otra vez lo enfrentó.

—Dígame quién es —ordenó más que preguntar.

—¿Y eso en qué cambiará? ¿Vas a vengar a los que cayeron? ¿Tu vida también es matar a todo el que se te cruza?

—Soy hija del mar que no se le olvide, pirata si prefiere llamarme así porque no tengo amo ni dueño al que servir así que no entro en la categoría de los corsarios porque tampoco tengo una patente que me respalde —le sentenció—. Conozco a demasiada gente, buena y mala y esas ratas no serán la excepción, si decido vengar o no es mi problema. Como dicen por estos rumbos yo también cargo con la cruz de mi parroquia y otro pecado más añadido me tiene sin cuidado, tengo muchos y otro será ninguno, así que dígame quién es la rata esa y yo decidiré si vale la pena o no.

El hombre se puso de pie ayudado por su muleta, no soportaba el dolor en la cadera izquierda.

—No sé el nombre real, creo que los “piratas” sólo usan apelativos pero lo vi —le dijo bajando la voz—. Supe que era el manda más porque así lo llamaron, era un tipo asqueroso, con una peluda barriga, de pelo escaso en la cabeza que ya le mostraba la calva, con una horrenda cicatriz en la cara como si se la hubiesen quemado y además usaba un parche en el ojo izquierdo.

La Emperatriz tensó la mandíbula, por la descripción lo reconoció.

—Sé quién es, esa rata está en mi lista de futuros difuntos, ya una vez se escapó y en cuanto lo tenga otra vez no permitiré que lo haga.

—La venganza es de Dios —el hombre intentó caminar para irse a descansar, necesitaba reposar el cuerpo en algo, la cabeza le dolía y para colmo se sentía mareado.

—Dios se tarda mucho señor Brown y como le dije yo no tengo paciencia.

—Pues pide que te la dé, es una virtud.

—¿Acaso no quieres tener a los asesinos de tu gente de rodillas suplicándote piedad?

El hombre se detuvo, ella también sabía cómo atacar y más, al tutearlo ya igual que él. Se volvió para mirarla.

—Eso no me corresponde, lo dejo en las manos del Señor.

—Pues yo a ayudaré al “Señor” si eso te consuela un poco —se acercó a él y lo miró de manera amenazante—. Si alguno de esos tipos te ve y reconoce igual serás hombre muerto. Los enemigos son los enemigos y si tienes la oportunidad en tus manos de quitarlos no veo porque desaprovecharla. Me llaman “La Emperatriz” y cuando los encuentre sabrás porqué, uno por uno suplicarán misericordia pero esas ratas no merecen vivir. Esos malnacidos no atacaron tu barco porque se les dio la gana, algo más debió haber.

—Eso no lo sé.

—No, seguro que no, eres sólo un religioso que dormía junto con sus demás hermanos sin mostrar interés alguno por las cosas del mundo sólo lo espiritual y para colmo, parecía no saber exactamente a donde iba. Por desgracia los barriles que se encontraron cerca de ti sólo contenían vino, si había pólvora que es obvio que la había se la llevaron entonces, si el Saint John iba hacia Nueva Inglaterra es obvio que se desvió de su camino entonces y debía contener algo más entre su carga. La pregunta es qué y por qué.

—¿Dudas de lo que dije?

—No, creo en tu historia y más te vale que sea verdadera como también agradeceré que seas honesto siendo un “hombre de Dios.”

—Pero así sucedieron las cosas, lo juro.

—Bien, entonces prepárate para conocer la ira de la Emperatriz en cuanto esas ratas estén en mi camino, serás testigo de mi “piedad” para con ellos y escuchando sus gritos de súplica verás con tus propios ojos como son destripados y degollados, ¿te atreves a ponerme a prueba? Quédate y verás.

El hombre abrió los ojos asustado, lo que tenía frente a él era un demonio con cuerpo de mujer y por un momento no supo qué pensar. Ella al notar que se había quedado sin habla no agregó nada más pero sólo caminó unos pasos y se detuvo, estaba disfrutando el fastidiarlo o el asustarlo.

—¿Sabes lo que hacemos con los traidores? —le preguntó.

—¿Qué? —El reaccionó.

—Los traidores, ¿sabes lo que pasa con ellos?

El hombre negó, la verdad era que estaba parado en un terreno peligroso y a lo único que apelaba era a la misericordia de Dios y a que le diera más

fortaleza. De historias sobre piratería no sabía mucho, de hecho nada, su conocimiento era nulo.

—Eres inglés, ¿oíste hablar de Barbanegra? —insistió ella.

—No estoy seguro —contestó él.

—Ah sí... —sonrió ella—. Se me olvida que no eres hombre de mundo sino de... ¿monasterio? No sé si ustedes se recluyen allí pero bueno, el hombre se llamaba Edward Teach y le cortaron la cabeza para luego colgarla en el mástil de la proa exponiéndola como trofeo y advertencia.

El hombre tragó, si antes no se había interesado por la historia ahora sí, lástima que le era tarde. La mujer seguía sonriendo y de esa manera siguió caminando.

—Y eso sucedió en las Américas, allá por donde vas, no cerca pero si en la misma nación —agregó con picardía para dejarlo aún más asustado.

Al llegar a su hueco el hombre no pudo más y apenas alcanzó coger una cubeta, vomitó todo.

Por la tarde que acababa de despertar luego de intentar dormir algo prefirió no salir de la enfermería, por su condición seguía allí y al menos agradecía estar solo y no con más moribundos alrededor. Lo cierto era que la medicina no era lo suyo, lo intentaba pero siempre fracasaba, lo intentó de adolescente y luego como miembro de la congregación pero tampoco, en ese aspecto se sentía un perdedor.

—¿Ya mejor? —le preguntó el médico que entraba para verlo.

—Ya mejor, gracias —apenas y movió la cabeza para mirarlo—. Lo que me dio me ayudó y me bajó el dolor de cabeza, logré dormir algo y descansar.

—Eso es bueno, aprovecha la suerte que te ha tocado y el privilegio que tienes con la Emperatriz.

—¿Privilegio? —enarcó una ceja.

—Puede que este no sea un barco con personas decentes pero al menos estás a salvo y mientras goces de la protección de la Emperatriz puedes sentirte seguro.

—La protección y la seguridad la da Dios, él utiliza a las personas, ellos son sus instrumentos, si vivimos o morimos es voluntad de él porque de él somos, esa es nuestra confianza.

—Claro, se me olvida con quien hablo —sonrió el hombre de estatura baja y volumen algo redondo cuando se acomodó sus lentes, ya pasaba de los cincuenta y llevaba años en el mar ejerciendo lo que mejor sabía hacer, atender a heridos y a enfermos.

—¿Tiene usted un nombre? —Le preguntó Matthew—. Y me refiero a un nombre de verdad no a un apodo.

El hombre volvió a sonreír y se sentó cerca de él.

—Si tengo un nombre, me llamó Abraham, Abraham Marshall pero puedes llamarme Bram, sólo Bram.

Matthew lo miró con asombro, tener un nombre cristiano ya era ganancia.

—Muchas gracias por todo Bram —le extendió la mano y el médico se la estrechó también—. Como sabe me llamó Matthew y puede decirme Matt, sólo Matt —sonrió.

—Sé que te alivia la coincidencia de los nombres bíblicos, creo que no todo está perdido.

—Sí, eso me alivia, esto que los piratas no usen nombre normales...

—Es naturaleza, debes aceptarlos como son, creo que de eso se trata tu doctrina ¿no? de tener tolerancia.

—Vaya, al fin alguien que no dice “religión.”

—También crecí con una familia luterana, no soy ajeno a esas cosas.

—¿De verdad? —el hombre se sintió aún más esperanzado, alguien que lo entendiera de verdad que ya era bastante.

—Sí pero fue hace mucho, mucho tiempo y cómo ves... cada quien escoge la vida que quiere.

—¿Usted también piensa así?

—¿Acaso no es el libre albedrío? No eres ajeno a eso.

—Sí pero... —suspiró resignado—. Algo así me dio a entender ella.

—¿La Emperatriz?

—Sí, ¿así se llama en realidad? ¿Ella tiene un nombre real?

—Sí lo tiene pero hace muchos años prohibió que se le llamara por él.

—¿Quién es ella?

—No seas curioso y no hagas preguntas, mantén la cabeza en su lugar, sé prudente y vivirás.

—Ella habló de cortar la cabeza.

—Ya ves, respétala y acéptala tal y como es.

—Pero debe de tener un nombre.

—Y de seguro ruegas que se llame Rebeca o Raquel, o Rut o Esther o te conformarías con un Jane, o Elizabeth o Catherine, ¿no es así? —Matt tragó y lo miró algo apenado—. ¿Y qué si se llamara María, o Fátima? —Insistió el médico—. O Isis, o Freya o Diana o Helena o cualquier otro nombre católico o pagano. ¿Qué cambiaría? Te aseguro que nada, juzgar es lo que el hombre

mejor sabe hacer y ese es su principal error, conocen un nombre y ven un físico, pero son incapaces de ver el interior, el alma y el corazón, la esencia que la persona es.

Matt sintió que con esas palabras le había dado una patada al estómago y le había cerrado la boca sin poder refutar nada más. Bajó la cabeza avergonzado.

—Sólo te diré que antes de ser la Emperatriz se hacía llamar “La Asturiana” —continuó—. Pero ese nombre también murió y confórmate con eso, no lo menciones ni lo repitas, ella puede molestarse.

—¿Asturiana? ¿Es española?

—Sí y de Asturias precisamente.

—Pero su acento no...

—Ha pasado mucho tiempo entre americanos e ingleses —el hombre habló más bajito sólo para que él oyera—. Y también habla varios idiomas, ella no es ninguna ignorante —le guiñó un ojo.

Matt se sintió aún más mal, como hombre de doctrinas cristianas aún tenía mucho que aprender y Dios le enseñaba con la gente que menos esperaba.

—Perdón creo que no soy lo que predico.

—Te excuso debido a lo que te pasó, de verdad yo también creo que eres un milagro y que algún propósito tiene Dios para ti.

—A veces ni yo mismo sé qué pensar, es difícil creer que le permitió a esa gente hacer esa masacre, me cuesta creer que él pudo habernos librado y no lo hizo. Todo fue horrible, fue un infierno vivido en minutos.

—Aprendí que a Dios no hay que cuestionarlo, él es soberano, a lo largo de la vida vemos pasar muchas cosas, algunas muy injustas sí, muchas, pero la Biblia enseña de quien es este dominio desde que cayó de los cielos y el hombre sólo tiene una opción; volverse a Dios y tener la vida eterna, esa vida eterna que los mortales no entienden y que creen beber de alguna copa. La Biblia enseña que el mundo y sus deseos pasan pero que el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

—Primera carta de Juan dos diecisiete —contestó Matt con deseos de llorar. El hombre le recordaba a su maestro, al mismo que el mar se tragó.

El médico sonrió. Matt no dejaba de estar triste.

—Es hora de verte esas heridas “reformador” —dijo el hombre sonriéndole y poniéndose de pie y buscar lavarse las manos—. Mientras no estés completamente restablecido te será difícil dejar el barco y supongo que quieres ir a iniciar tu misión, como sea deben esperarte en la Nueva Inglaterra.

—Después de esto que pasó ya no sé si esperan a alguien, creo que no.

—Seguramente sabrán del naufragio y se sorprenderán cuando te vean en algunos meses.

—La Emperatriz dijo que era peligroso por si alguien me reconocía.

—Dudo mucho que allá haya dominio pirata, no te asustes, lo que te aconsejo es que no le cuentes tu historia a todo el mundo. ¿A dónde ibas exactamente?

—A Massachusetts.

—Bueno pues estos tipos tienen ojos y oídos por todas partes, en Virginia por ejemplo y lugares más abajo y lo que menos esperan es que un sobreviviente les denuncie.

El hombre se preparó para cambiar el vendaje, algunas todavía tenían sangre y procedía a quitarlas. En ese momento se escuchó el escándalo de los demás tripulantes que aliviados decían que los demás ya estaban llegando con la provisión.

—Ese hombre... el rubio, el alto —comenzó a decir Matt—. ¿Quién es?

—El teniente, es el segundo al mando después de ella.

—¿Segundo al mando? Creo que es algo más, ¿no es así? ¿Un pirata puede ser teniente?

—Ya te dije que no seas curioso y no preguntes, si él se llega a enterar que andas husmeando donde no te llaman tendrás serios problemas.

—Creo que aún así ya los tengo, es obvio que no le caigo bien.

—En la piratería se les llama contramaestre y su nombre es Christoff aunque le dicen “El Vikingo” te aconsejo que te mantengas alejado de él, es muy celoso en lo que se refiere a la Emperatriz. Él fue marino de verdad y con grado de teniente, no es cualquier tipo y sí, es algo más para ella.

—¿Su amante?

—Son pareja... a medias.

—¿A medias? ¿Cómo es eso? ¿No es el oficial?

—Son pareja cuando ella lo decide y confórmate con saber eso, ¿está bien?

Asintió sin remedio no preguntando nada más.

Por la noche y luego de tener una buena cena todos y cuando se disponían a irse a dormir y dejar a la guardia hacer su trabajo nocturno, Matt quiso arriesgarse y aventurándose, cuando estuvo solo subió al camarote principal de la Emperatriz sin hacer el menor ruido y cuidándose de que nadie lo viera. Bajo ese castillo de popa estaba el timonel haciendo su trabajo y con sigilo

Matt avanzó sin ser visto. Haciendo memoria de su corta travesía en el Saint John recordó algunas cosas que seguramente a la mujer le interesaría saber. Caminó con lentitud entre el apenas iluminado pasillo y al llegar a la puerta supo que era la habitación de la Emperatriz, inhaló y a la vez soltó el aire con lentitud, iba a tocar la puerta cuando escuchó el chapoteo de algo. Miró hacia todos lados creyendo que se trataba de afuera pero el sonido del agua venía de adentro. Notó que la puerta no estaba del todo cerrada y apenas empujando, la medio abrió y a través de la ranura miró la bañera de material blanco y fino; mármol. La mujer estaba de espaldas dentro de la tina bañándose, sólo le miró el pelo mojado, los hombros y los brazos, se apartó un momento de la puerta y tensó los labios, no era eso lo que esperaba ver y como la curiosidad es la perdición volvió a poner el ojo sólo para toparse con otra escena, ella se levantaba en ese momento por lo que pudo verla completamente desnuda. Tragó, sintió que el corazón se le desbocó, su piel era bronceada y atrayente, ella estaba de espaldas así que lo único que miró fue su pelo, espalda, su redondo trasero y las largas y contorneadas piernas. La mujer se escurría el agua de los brazos con las manos, a la vez que también se torcía el pelo para que no le chorreara el agua, poco más y si se giraba iba a verla de frente. El hombre estaba estático, su razón y conciencia le decía que se quitara de allí pero algo más le impedía moverse y no sabía qué. Antes de salir la mujer terminó de escurrirse completa y creyendo él que saldría desnuda y que la vería de frente, su vista fue opacada por algo más; una túnica blanca la esperaba para cubrirla pero ese no era el problema, el problema era quien sostenía la prenda y Matt se decepcionó más. El rubio que también estaba desnudo se acercó detrás de ella y la cubrió, con delicadeza le puso la prenda y de la misma manera la secó. Ella se giró y en ese momento él aprovechó para besarla con fuerza, ambos gimieron, la mujer lo sujetó del cuello y él levantándola a horcajadas haciendo que sus piernas lo rodearan, la sujetó del trasero que apretó y girándose del todo se perdieron de la vista del curioso, la cama ya no se miraba pero si se escuchaban los jadeos de ambos y el choque de los cuerpos por el encuentro. Matt intentó cerrar la puerta y con una sensación extraña de decepción y culpa regresó al pasillo para irse a su catre, lo mejor que podía hacer era evitar a esa mujer e ir a ponerse de rodillas para pedirle perdón a Dios por lo que había presenciado. El haberla conocido e incluso el tenerla cerca era una influencia maligna, ella era un instrumento del diablo, el pecado con forma de mujer que él debía evitar para poder lograr mantener su comunión con Dios. Debía pelear contra la naturaleza humana y

obtener una victoria espiritual sobre la tentación que debía soportar en esa nave, donde algunos —por no decir todos— los pecados capitales estaban a la orden para arrastrarlo también a la perdición.

5. El Huésped



Cavilaba sin lograr dormirse, tenía que quitar de su cabeza la imagen de ella y el no poder hacerlo sentía que lo condenaba más. No se esperó presenciar algo así, lo que miró iba más allá pero eso le hacía constar más las jugarretas que el diablo le ponía a los mortales para arrastrarlos al infierno de la manera más simple. En su mente repetía ese nombre “*La Asturiana*” y llegó a la conclusión sin remedio de que la mujer había sido alguna prostituta desde adolescente y que, seguramente se vendía en los puertos. No era difícil deducirlo, ya le constaba, además tenía esa cicatriz en la cara que lejos de asustar o repugnar más bien atraía. ¿Orillada por qué? ¿Por necesidad o simple gusto? ¿Cómo llegó a ser pirata entonces? Esa era la duda que ya lo tenía intrigado, eso de ponerse sobrenombres no lo hacían las personas decentes, no era lo mismo llamar a un rey “El Justo” o el “Magnánimo” incluso habían personas que usaban un tipo de apodos derivados de sus propios apellidos y la curiosidad por saber el verdadero nombre de la mujer ya lo corroía. Había ido a buscarla con una intención, mismas que se le vinieron abajo en cuanto la vio sin pudor desnuda y para colmo teniendo a sólo unos metros de ella, a un hombre también desnudo que la esperaba sólo para saciarse la lujuria y el deseo que ya le quemaba, “*que les quemaba a ambos*” se corrigió al pensar. Exhaló, era mejor mantenerse firme ante la tentación, mantenerse a distancia de todo, recuperarse y dejar ese barco de una vez como ya se lo habían dicho aunque supiera que esa visión y el haber conocido a esa extraña mujer jamás se le iba a olvidar. Por alguna razón ya era parte de él y eso comenzaba a atormentarlo pero debía apartar esos pensamientos de él si quería vivir en paz y santidad lo que le restara de vida.

En la mañana siguiente luego de que “La Emperatriz” zarpara de Dominica el cuerpo del desdichado fue encontrado por los pescadores en la misma playa donde había quedado y no sólo eso, los hombres a los que él les había pagado para que cargaran unas cajas de madera lo reconocieron, como

también supieron que las dichas cajas que ellos mismos habían cargado y “guardado” en “*La gruta del Estigia*” tampoco estaban. Era obvio que el dueño de esas cosas iba a enfurecerse mucho en cuanto lo supiera y lo iba a saber sin importar la distancia porque los días ya habían pasado, pasaban y seguían pasando.



Al noroeste de La Española y separada sólo por un estrecho, se encuentra la *Isla de la Tortuga*, la guarida y paraíso de piratas, filibusteros y contrabandistas y en donde podían hacer y deshacer a su antojo debido a su proliferación de tabernas y burdeles, al mismo tiempo de gozar la libertad de ir y venir sin que fueran capturados y poder esconder sus botines. Aún en pleno 1725 y en el que se supone el oficio estaba en “decadencia” allí las cosas no habían cambiado mucho y aunque el lugar seguía siendo en su totalidad una completa jungla por lo menos aún estaba habitada. La isla tenía una espesa vegetación por todas partes como también sus áreas rocosas, aguas cristalinas de un hermoso azul que la rodeaban y una envidiable arena en la playa lo hacía uno de los lugares más atractivos. Si bien algunos caseríos y puertos estaban de cara al estrecho, en el lugar que nos ubica esta historia lo está comenzando la isla entre el estrecho y el Atlántico, como quien dice de cara a Europa y teniendo a Cuba a las espaldas, geográficamente se trataba de la punta Este por eso era más fácil llegar desde las pequeñas Antillas o desde Europa y desembarcar allí primero, porque debido al comercio proliferado — entre lo legal y contrabando— el lugar era favorito como primera parada fuera para civiles o piratas. Los franceses llamaban al lugar “*Joyau des Caraïbes*” o Joya del Caribe debido a la belleza natural del lugar. Esa mañana en una de las mesas de las tantas tabernas del lugar, estaba sentado un tipo al que apodaban “Barrabás” era el contacto que tenía la Salamandra entre el mar y la tierra. Por ser un tipo perseguido jamás frecuentaba islas, la Salamandra casi nunca dejaba su *Fantasma del Galeón* ni siquiera para abordar otra de sus tantas naves. Para él no había nada más seguro que el mar y si de pelear se trataba prefería hacerlo en su barco y con cañones listos para atacar, nada le daba más placer que saborear la victoria ante el enemigo al robarse el botín y ver como el barco oponente se hundía hasta lo más profundo del mar. Su naturaleza sanguinaria y violenta estalló más cuando en 1708 no pudo tener lo que tanto deseaba; el valioso botín en oro, plata y joyas valorado en millones de pesos que se dice cargaba el “*San José*” un galeón español que había salido de la Cartagena del Poniente o de Indias con el tesoro más grande

transportado en la época, pero que un ataque de la flota inglesa se encargó de mandar al fondo del mar adelantándose a él, enviando a su vez sus planes al diablo. Eso lo frustró y su odio hacia los ingleses se avivó. Barrabás tenía su concepto de él y bien lo comparaba con cierto tipo que para colmo, su vida y carrera había sido admirada por la Salamandra siguiendo en parte su ejemplo en algunas tácticas, ya que decía que de haber sido pirata el terror sembrado hubiese sido peor que lo que hizo en tierra. Sí, así mismo era, según Barrabás la Salamandra era tan maldito como si el mismísimo Cortés lo hubiese parido y bautizado como su heredero. La Salamandra rara vez dejaba a alguien vivo sin importarle quién era, su objetivo era robar y matar como estaba acordado y por nunca pisar tierra casi nadie sabía su ubicación exacta en alta mar, eso los tomaba por sorpresa y la única que se había atrevido a desafiarlo era La Emperatriz, él odiaba ese nombre pero había jurado tener el cuerpo de esa mujer para disfrutar de ese placer como él lo quisiera para luego hacerlo trozos y lanzarlo al mar. Barrabás esperaba noticias de otros que trabajaban para él y sabía que si no eran buenas la Salamandra iba a enfurecerse por no salir las cosas como él lo quería. Se bebía un tarro de cerveza, no era muy dado al ron, el tipo era alto, bronceado, de pelo negro y barba escasa, con una argolla en una oreja y sin oreja en el otro lado. Ya pasaba los treinta y tantos pero debido a la vida que llevaba se miraba mayor. En Tortuga lo conocían muy bien y mejor preferían tenerlo como amigo porque por los contactos que tenía era mejor tratar de conservar la vida. Bebiendo de su tarro estaba cuando un par de jóvenes pobres diablos entraron al lugar algo borrachos para seguir bebiendo, uno era gordo y de vientre caído en cambio el otro era bien seco de carnes. Se acercaron al tabernero y soltándole algo de monedas exigieron sus botellas.

—Así que ya volvieron—les dijo el hombre que los conocía dándoles un par de botellas—. La Pulga y la Lagartija ya están de regreso en Tortuga. Estuvieron mucho en el mar, ¿no es así?

—Algo pero ya estamos acostumbrados—le contestó la Lagartija, destapando la botella.

—Eso lo veo, si no, no estuvieran tan contentos—les dijo el hombre—. Hay muchos que todavía no se acostumbran al agua y nunca dejar de vomitar por todas partes.

—Pues a nosotros nos ha ido bien, tan bien que fuimos testigos del atraco a otro barco, ¡hip!—el hipo interrumpió a la Pulga.

—No, no sólo eso, especifica más—lo codeó el otro que no paraba de

reírse—. No fue sólo un atraco, no pensé que el “Rabioso” llegara tan lejos pero lo hizo, creí que su nombre era sólo eso pero ahora si le tengo miedo.

Con disimulo el tabernero miró a Barrabás y este hizo lo mismo.

—Chicos, ustedes están entre los tipos más crueles y sanguinarios —les dijo con tranquilidad—. Ustedes sirven a piratas y que no se les olvide.

—Claro que no se nos olvida y después de lo que pasó dudo mucho que alguien nos olvide también —se rieron a carcajadas mientras seguían bebiendo.

—¿Y qué pasó? —insistió el hombre sin mostrar interés.

—Hace unos días abordamos otro barco en la madrugada, no entendí muy bien lo que había que hacer o lo que el Rabioso quería hacer pero las cosas no salieron como él las esperaba. Ordenó hacer lo que estaba planeado en ese caso y así fue, mientras la Pulga y yo cargábamos lo que podíamos entre la masacre el barco comenzó a ceder y antes de que se hundiera y todos se murieran preferimos divertirnos un rato, ¿verdad tú? —codeó también al otro para que siguiera con el relato.

—¿Ayudaron a matar? —Preguntó el tabernero con sarcasmo—. Porque si es así y nadie quedó vivo pues es obvio que nadie lo va a saber y entonces nadie va a olvidar lo que no tiene en la memoria. En otras palabras eso que pasó sólo lo saben los que lo hicieron porque no quedaron testigo que puedan decir lo contrario o en caso de saberlo, asociarlos a ustedes y al Rabioso.

Los chicos miraron al hombre sin haberle entendido nada. Lo dicho les había resultado bastante enredado.

—Lo que quiero decir es que sólo ustedes saben lo que hicieron, supongo que para dos jovencitos como ustedes debió ser emocionante —aclaró el tabernero.

—Y no sólo eso, habían unas chicas preciosas a las que les dimos placer —se saboreó la Lagartija.

—¿Ah sí? —insistió el hombre al fingir limpiar unas migajas.

—Bueno yo creo que el placer fue sólo para nosotros —se carcajeó el otro.

El tabernero volvió a mirar a Barrabás ante la distracción del dúo que apenas y se mantenían en pie.

—Aunque coger vírgenes es algo molesto, al menos ser el primero es un privilegio —señaló la Pulga con burla—. Si no sabían lo que era tener un hombre encima al menos lo supieron antes de irse.

Los dos se volvieron a soltar en carcajadas.

—¿Y que sería lo que quería el Rabioso? —preguntó el tabernero mostrándose interesado en el relato de los chicos para captar más la atención de ellos.

—No lo sabemos, lo único que puedo decir es que nos encontramos con el barco, él y un grupo en cuenta nosotros lo abordamos y mientras nosotros esperamos en cubierta él se retiró a hablar con otro hombre, creo que era un oficial o algo así que lo condujo a unos camarotes. Nosotros esperamos, notamos que no era barco español porque la mayoría de los tripulantes eran rubios y no hablaban como nosotros pero luego de un momento ¡bum! Que la cosa cambió y se ordenó atacar, el resto es historia.

—Aunque el Rabioso tiene muchos enemigos por lo que dicen ustedes entonces no era barco pirata extranjero, si no, no hubieran habido mujeres a bordo. ¿Quién lo habrá molestado? —insistió el tabernero.

—Sí, no eran piratas, eran gente normal que venía de las tierras del otro lado del mar.

—Tampoco sabemos quién molestó al Rabioso ni que era exactamente lo que quería, el barco no era pirata sino comerciante, ni siquiera recuerdo como dijeron que se llamaba pero igual, ya está en el fondo del mar.

El dúo chocó las botellas brindando y se empinaron las mismas como dijeron, hasta el fondo.

—Bueno chicos ya que se sienten muy orgullosos de su hazaña y más hombres en ese aspecto, por qué no se van a celebrar a donde “*La Cortesana*” ¿les parece? —Les sugirió el hombre—. Estar con una mujer a la fuerza puede no ser excitante y menos si no tienen experiencia ni idea de lo que tienen que hacer y a la *Madame*, dicen que le llegó un buen producto hace unos días. Son unas chicas lindas y dispuestas a todo y cuando digo todo es todo, así que imagínense.

—¿De veras? —preguntaron al mismo tiempo saboreándose el licor.

—Son unas muñecas —insistió el hombre incitándolos—. Dicen que tienen una piel suave, tetas redondas, cintura estrecha, caderas circulares y lo mejor; vaginas calientes, ¿les gustaría ir a probarlas? Creo que andan el dinero para gozar lo que quieren.

—¡Por supuesto! —dijeron aún más felices—. No hay nada mejor como meterla en el lugar indicado, eso sí que es una delicia.

Volvieron a chocar las botellas.

—Vayan, vayan y diviértanse —los instó el hombre—. Dicen que son unas fieras y que les gusta tomar el control, montar a los hombres, balancearse

sobre ellos y gemir el placer hasta gritarlo.

Los chicos no se lo pensaron más y al escuchar eso como pudieron salieron corriendo, compitiendo a ver quién llegaba primero.

Barrabás y el tabernero se miraron, por fortuna era media mañana y sólo ellos dos estaban en el lugar.



Esa tarde la Emperatriz hizo reunir a sus hombres de más confianza — entre ellos Christoff y Bram— en el salón bitácora de su camarote mientras observaba un enorme tapiz de las rutas marinas que comprendían el Caribe, las Américas y el Atlántico Norte.

—Señora —saludaron al entrar, eran doce en total.

Los más diestros en armas y contacto físico. Cuatro de ellos eran tipos enormes que eran los de más confianza de Christoff, uno usaba una larga trenza y el otro por el contrario usaba la cabeza afeitada, les decían Herodes y Goliat. El otro por ser un negro de más de dos metros se hacía llamar “El Africano” y el cuarto que era una mezcla de árabe e hindú también alto y por cargar siempre una espada de hoja larga, gruesa, filosa y algo curva, — especial para decapitar— era llamado “El Persa”

—Los hice llamar por un motivo —dijo ella tomando la palabra sin despegar la vista del tapiz.

—¿Llegó a puerto el Fantasma? —preguntó uno.

—¿Supo quién atacó el barco de los ingleses? —inquirió otro.

—¿Nos sigue alguien desde Dominica? —insistió un tercero.

—¿Cambiaremos de rumbo? —cuestionó el cuarto.

—Señores por favor dejen hablar a la Emperatriz —sugirió Bram.

Ella se giró para verlos con seriedad.

—No los hice llamar por eso —les contestó—. No sé si ese maldito Galeón amarrará por fin, no sé si alguien nos sigue desde Dominica y no, no cambiaremos el curso. Pero aunque ya sé quién atacó el Saint John tampoco es por eso que los hice venir.

Los hombres se miraron desconcertados.

—La Emperatriz quiere que se le hable del “Predicador” —dijo Christoff. Todos fruncieron la frente al oír eso.

—He notado que es un hombre bastante reservado —insistió ella—. Casi no habla y si lo hace es para “predicar” de su doctrina y recitar fragmentos bíblicos, come cuando tiene que hacerlo pero no participa en nada más,

obviamente sólo bebe agua y se retira a dormir temprano. Pasa leyendo su Biblia cuando está solo y vuelvo a repetir, habla con los demás sólo para compartirles la palabra.

—Pues si es un hombre raro pero dado a su religión... —uno de los hombres que opinó se encogió de hombros.

—En cuanto esté completamente restablecido puede ayudar como los demás —apuntó Bram.

—En cuanto esté restablecido abandonará el barco —le refutó el rubio.

—¿Piensa que eso es una mala influencia señora? —Le preguntó Goliat—. Lo único que he notado es que desde que él está en el barco los hombres están más dóciles, es decir...

—Los está haciendo dudar —interrumpió ella—. Para un religioso independientemente de su religión todo es pecado, todo y con sus predicaciones eso es lo que está haciendo. Que si el amor al prójimo, que si los mandamientos, que si el sermón del monte, que si las exhortaciones de Pablo, de verdad que yo estoy harta. Ante él somos pecadores, pecadores que quiere “evangelizar” para que nos enmendemos del mal camino, esa es su misión, la única misión de personas como él y no quiero que convierta mi barco en una congregación, en una especie de iglesia. Conozco su doctrina, para ellos el que un alma se arrepienta es motivo de gozo, a eso le llaman “conversión” y lo que menos me esperaba era tener en mi barco a un “cristiano.”

Los hombres la miraron sorprendidos, la mujer no era ajena a nada y ellos se sintieron ignorantes en ese aspecto porque no le hallaban ni pies ni cabeza al asunto. Como piratas sólo habían conocido una vida, pero ¿y si Dios de verdad ofrecía otra?

—Una conversión implica renunciar a todo —insistió ella al notarlos—. Significa dejar esta “vida” y vivir una nueva, lejos de pecados, con mansedumbre, obedeciendo mandatos de Cristo, evangelizar a más gente y tratar de vivir una vida de santidad. Ellos no le temen a la muerte porque creen que su alma va directo al paraíso por lo que hicieron aquí, por eso les da igual lo que pase en el mundo, les da igual vivir en la pobreza y morir de cualquier manera. Ellos confían a ciegas en su Dios y en lo que les provea y si los llama para ellos es lo mejor.

Esta vez los hombres se miraron entre ellos, de verdad que nunca era tarde para aprender.

—¿Significa que nunca están con alguna mujer? —preguntó tontamente

uno.

—¿Qué? ¿Y renunciar al placer carnal que es lo más delicioso que hay después del ron? Ni loco —negó Herodes—. Son como los sacerdotes entonces, que siga hablando lo que quiera que a mí no me va a convencer.

—Según su doctrina si pueden tener mujer —señaló Bram, como médico gozaba del respeto y admiración de la tripulación porque sabían que sus vidas estaban en las manos de él—. Ellos pueden tener una mujer y tener relaciones carnales.

—Entonces no está tan mal —sonrió otro rascándose la cabeza.

—Ellos deben tener “una” sola mujer —corrigió el médico.

—¿Qué? —dijeron al unísono todos los demás.

—Y estar casados —insistió Bram.

—¡¿Qué?! —esta vez todos brincaron en su lugar. Eso si los asustó.

—Ellos, los *protestantes* deben casarse si desean tener relaciones con una mujer, toda relación fuera del matrimonio es pecado, es... fornicación.

Christoff con disimulo se acercó a su Emperatriz poniéndose detrás de ella, eso a él le valía un coco, si fornicaba al estar con ella entonces se iría al infierno feliz.

—Y en el caso de la mujer debe mantenerse “virgen” si profesa esa doctrina, debe llegar pura al matrimonio y entregarse sólo a su marido —continuó Bram—. La Biblia dice que el hombre dejará a su padre y madre y se unirá a su mujer para ser “una sola carne” el hombre una vez unido a su esposa no puede tener otra mujer, ni siquiera ver a otra. Cristo dijo que cualquiera que viera a otra mujer ya pecó en su corazón, a eso, a una relación fuera del matrimonio que pueda tener el esposo o la esposa se le llama “adulterio” y prácticamente más que un pecado también es un delito.

—Creo que hoy tendré pesadillas —murmuró el Africano.

—Yo me siento un poco mareado y con ganas de vomitar —indicó el Persa.

La Emperatriz evitó reírse por las ocurrencias de sus hombres.

—Creo que Bram ya cayó en las redes del predicador —opinó un tercero.

—Y sí que ellos preparan las redes —le dijo el hombre—. Ellos se dicen “pescadores de hombres” en honor a los discípulos de Cristo, específicamente por Pedro.

—Pues entonces no por nada lo hallamos en el agua —sonrió otro con burla, el compañero que tenía al lado lo codeó para que se callara.

—¿Ha preguntado él algo más? ¿Algo sobre nosotros? —La Emperatriz

volvió al tema, todos reaccionaron.

—No que sepamos —le contestó Goliat—. Si algo se le admira es que no se mete en nada, creo que no le interesa saber de nuestras andanzas, sólo tratar de “enmendarnos” para ir por el buen camino.

—Él me describió a uno de los tipos que atacó el Saint John —insistió ella—. No supo quién era porque nunca escuchó el nombre pero sí logró describirlo bien y se trata de “El Rabioso”

Los hombres con ella cambiaron el semblante y por un momento se olvidaron del tema anterior, conocían al enemigo.

—¿Pero por qué atacó a un barco mercante? —preguntó uno.

—Eso es lo que no sabemos, ni siquiera él —contestó la mujer—. Y por lo que me imagino según su relato, el Saint John debió ser más una especie de fragata de buen tamaño.

—La Emperatriz piensa que el barco inglés debió cargar algo más —dijo Christoff—. El predicador dijo que iban a Nueva Inglaterra pero como ven, el barco que aún estaba en aguas del Atlántico ya estaba por entrar al Caribe, lo que significa que se había desviado de su ruta.

—El señor Brown dijo que el barco salió de Inglaterra y luego pasó por Irlanda —insistió ella—. ¿A qué fue allá?

—Eso es lo más lógico —opinó Bram—. Yo también creo que todo se debió a alguna carga y es obvio que el Rabioso lo sabía.

—Estoy segura que el hombre que maté en Dominica era perro de él, o al menos un contacto allá. Esta rata zarpó también de Dominica ya que el naufragio estaba en nuestro rumbo y por la ventaja que nos llevaba. La mujer que me dijo sobre las cajas que estaban en la gruta poco alcanzó a escuchar sobre el Galeón, pero si me habló de otro barco que tenía relación con él y que algunos hombres se habían puesto en contacto con el tipo que maté. Ella no pudo escuchar el nombre del que pagaba y el que ordenaba el resguardo de esas cajas, pero ahora que todo comienza a encajar estoy segura que era el Rabioso.

—¿Seguirá teniendo tratos con la Salamandra? —preguntó otro de los hombres.

—Cuando le quemé la cara era parte de su tripulación —la mujer apretó los puños.

—Pero ha pasado algún tiempo —le dijo Christoff.

—Y no creo que nada haya cambiado —le contestó ella y luego se volvió a sus hombres—. Estoy segura que si escondieron esas cajas en Dominica era

porque alguien iba ir a recogerlas y la Salamandra recibió algún pago por adelantado por dicha mercancía y si fue así será él, el que se meta en más líos quien sabe con quién cuando el otro no encuentre lo que busca. Nos desviaremos un momento a Tortuga antes de lo previsto —ordenó—. Christoff escuchó mientras estaba en tierra que alguien preguntaba por un tal Barrabás y esa, es otra rata que resulta está en Tortuga y donde está él habrá información sobre el paradero del Galeón. No puedo perderlo de vista.

Los hombres sonrieron con malicia y a la vez aliviados, ir a Tortuga significaba mucho para ellos y después de escuchar lo que Bram decía sobre las leyes de los protestantes con mucha más razón estaban con ganas de ir. Para hombres como ellos tener las botellas de ron y, una mujer por cada botella era la gloria, el pecado les sabía delicioso y más tratando de tener todo junto a la vez en el mismo momento y lugar. Las botellas en una mesa y al menos un grupo de cinco prostitutas en la misma habitación por cada uno.

6. Barrabás



Esa misma tarde en Tortuga, ante el insoportable calor que hacía Barrabás estaba sentado al pie de una palmera frente a la playa y algo alejado del muelle, al mismo tiempo que mascaba el tallo de una hierba, estaba intranquilo, el contacto que esperaba en la taberna no llegó y eso lo tenía pensando. Era de sus hombres más confiables y una carta que siempre tenía bajo la manga para sus asuntos personales, el tipo era bastante escurridizo, se hacía pasar por tonto y muchas veces hasta por mudo. Su trabajo era hacerse el ignorante y mezclarse entre otros cargueros sólo para dedicarse a escuchar y luego ir con el chisme a Barrabás. Mientras el hombre rogaba a quien lo escuchara por tener noticias, divisó un pequeño velero que llegaba a la playa y el primero en brincar a tierra fue su amigo. Apenas y lo reconoció, el tipo tenía el pelo negro algo largo y ahora se lo había cortado. Respiró aliviado, al menos estaba vivo, le silbó agitando los brazos y al verlo el hombre corrió a encontrarse con él. Respondía al sobrenombre de “Anguila”

—¿Anguila? ¿Eres tú? ¿Qué te pasó? —preguntó con desconcierto cuando el otro se acercó—. Caramba ¿Dónde estabas? ¿Por qué llegas hasta ahora? —insistió Barrabás.

—No pude embarcarme anoche aunque ya estaba en La Española por eso no pude llegar en la mañana y las pocas horas, me tocó dormir junto a indios, negros y criollos, tenía que hacerme pasar por nativo —le contestó agitado por lo que se sentaron otra vez debajo de la palmera—. No tienes idea de todo lo que he tenido que hacer para llegar lo más rápido desde Dominica, poco me faltó ser rata de verdad entre carguero y carguero pero me urgía llegar porque me dijiste que me esperarías aquí, no he descansado nada.

—¿Y bien? Lo importante es que estás aquí, dime que pasó.

—Malas noticias.

—¿Cómo?

—Al principio todo iba bien, llegué y me hice pasar por un pordiosero buscando ganarse la vida en el puerto, logré hacerme de ayudante por unas

cuantas monedas cuando otro tipo pidió hombres que contratar para lidiar con una carga que le iba a llegar. No sé si la Salamandra estará enterado y si el Rabioso actuó por él o por su propia cuenta pero sus botes llegaron al caer la noche y de inmediato el tipo que nos contrató nos indicó acercarnos, mientras él hablaba con dos de sus hombres.

—¿Hombres del Rabioso?

—Sí, nosotros procedimos a descargar todo, no pude escuchar porque parecía más un cuchicheo pero al menos vi cuando le pagaron y también sé a donde tenían que ir esas cajas. Nunca dijo lo que transportaba, sólo nos indicó el camino así que internándonos en una gruta las escondimos allí.

—¿Esconder botín en Dominica? ¿Por qué?

—No lo sé.

—Eso debió haber sido para alguien. ¿Sabes si iban a recogerlas después?

—La verdad no, no sé qué tratos hizo el muerto con los que habló.

—¿El muerto? —lo miró con el ceño fruncido.

—Al amanecer el tipo apareció muerto en la playa, apenas y tenía pegada la cabeza al cuello. Lo único que se sabe es que estuvo en una taberna luego que dejáramos todo y nos pagara, amenazándonos con no irnos de la lengua con nadie porque entonces sería él quien nos buscaría para matarnos. El tabernero lo vio salir luego de hartarse de beber, los porteños piensan que se debió a alguna pelea o a algún asalto porque los que estaban bebiendo con él sabían que tenía dinero, dinero que no encontraron junto con el cuerpo.

—Ajuste de cuentas, eso debió haber sido —opinó Barrabás—. O de verdad un simple asalto, un tipo borracho y con dinero es un blanco fácil.

—Pues igual quien quiso callarlo lo hizo. Lo único que los que estaban en la taberna con él dijeron era que había dicho que deseaba irse a un burdel y que pasaría toda la noche cogiéndose a todas las que estuvieran disponibles, se jactó de eso y luego fue cuando salió. Encontrarlo en la playa y muerto llenó de sorpresa a sus amigos de codo.

—Callarlo —repitió Barrabás algo pensativo.

—Como verás y por lo mismo yo salí desde esa mañana para regresar acá y más, cuando se corrió el rumor entre algunos en el puerto de los que habíamos ayudado con la carga, de que la misma había desaparecido como por arte de magia.

—¿Cómo? —el hombre se asombró más.

—No me consta pero lo afirmaron, las cajas que llevamos a esa gruta

tampoco estaban esa mañana. Los rumores eran “*las cajas del muerto también desaparecieron.*”

—Eso no me gusta, no me gusta —insistió Barrabás.

—Tampoco a mí.

—¿Y por eso te cortaste el pelo?

—Tuve que meterme el cuchillo como pude porque no puedo dejar que alguien me reconozca, si mataron a ese tipo es posible que también lo hagan con quienes llevamos esa carga para borrar testigos.

—Ese asunto está peligroso —insistió el hombre exhalando al mirar el horizonte.

—Después de esto yo al menos necesito algo de respiro para poder moverme otra vez, voy a afeitarme toda la cabeza, no me hace gracia pero todo sea por la vida. Lo que quiero hacer ahorita es ir a comer como bestia todo lo que encuentre y así también ir a cogerme a unas cuantas.

Barrabás movió la cabeza para entonces avanzar tierra adentro, se levantaron y caminaron.

—Hubo un atraco a un mercante no sé exactamente a donde. ¿Qué sabes del asunto? —le preguntó al Anguila.

—Nada, no me doy cuenta o al menos no he escuchado nada y eso que he venido por las aguas del Caribe dentro.

—No fue en estas rutas pero si fueron los hombres del Rabioso.

—¿Qué?

—Dicen que abordaron otro barco y aunque al principio parecía un trato algo diplomático luego todo se volvió una masacre, no dejaron a nadie vivo y el desdichado barco junto a toda su tripulación yace ahora en el fondo del mar.

—¿Qué barco era?

—No sé pero por la descripción no era español, si venían rubios es posible que sea inglés o vikingo.

—Creo más que sea inglés, los salvajes de las tierras heladas del norte son hombres gigantes y tan fuertes que con sólo apretar una cabeza con la mano son capaces de deshacerla como si se tratara de quebrar un huevo. No hubieran cedido al mar a menos que les llevaran ventaja.

—Pues no creo que tampoco hayan sido sorprendidos.

—Significa que si lo hizo el Rabioso...

—¡Lo hizo viniendo de Dominica! —exclamaron ambos a la vez.

—Deberé verme con la Salamandra —murmuró Barrabás—. No está muy lejos y si ya se dio cuenta de esto, sea de su conocimiento o no como sea se va

a enfurecer.

—Y hay otro asunto —insistió el otro.

—¿Cuál? —lo miró preocupado.

—Se rumora que *La Emperatriz* anda rondando y se acerca.

Barrabás bufó, las tranquilas y cristalinas aguas del Caribe o del Atlántico estaban a punto de sacudirse y si el asunto se complicaba también a teñirse.



“*Ya una vez estuve a punto de mandar a esos malditos al fondo del mar, nada impedirá que vuelva a hacerlo*” pensaba la mujer con ira. Esa noche la Emperatriz hizo llamar a Matt al salón de su camarote, necesitaba hablar con él a solas. Cuando le llevaron al hombre y se quedaron a solas él la observó. Ella seguía de espaldas a él mirando el tapiz de las rutas que navegaban, él no dijo nada pero verla de nuevo por detrás le hizo recordar la visión de la noche anterior. Esa mujer tenía un cuerpo que era una completa tentación, la figura torneada por todas partes era imposible que pasara desapercibida hasta para un tuerto. La verdad, era la primera vez que miraba a una mujer con ropa de hombre desde que estaba en ese barco, los vestidos impedían ver una figura más allá de la cintura pero ella y vestida así, hacía que hasta al más ignorante le aflorara la imaginación. El que un hombre mirara los tobillos de una mujer ya era demasiado pero él que había visto de más —y mucho más de lo que hubiese imaginado— comenzaba a apelar a su fortaleza espiritual y a rogarle a Dios que lo mantuviera en su lugar y no ceder a la tentación que el demonio le presentaba en cuerpo de mujer. Había tratado de evitarla durante el día desde que la vio desnuda y ahora era ella la que lo llamaba.

—¿Cómo se siente señor Brown? —preguntó ella haciéndolo reaccionar a él. Volvía a tratarlo de usted. La mujer notó su perturbación.

—Mucho mejor, gracias.

—Sí, eso ya lo veo.

La mujer seguía observándolo, el hecho que aún dependiera de la muleta y tuviera algunos de los vendajes no le quitaba lo que el hombre era realmente. Las heridas de la cara se ocultaban para dejarle ver sus atractivas facciones, ya no andaba la venda en la cabeza por lo que ese pelo rojizo era algo llamativo, sumado al gris de sus ojos y sin contar el cuerpo del hombre. Era alto como Christoff ahora que lo miraba pararse derecho y podía deducir que tenían una contextura casi igual, eso le extrañó para ser un religioso, todavía no lo había visto sin camisa pero por la forma de su pecho y lo poco que se miraba por el escote de la camisa podía deducirlo.

—¿Quería verme? —preguntó él manteniéndose en su sitio y tratándola con respeto también. La distancia era lo mejor.

—Eso hago —sonrió ella elevando una ceja.

La situación le estaba resultado incómoda al Predicador porque esa mujer insistía en provocarlo, parecía que con sólo verlo de esa manera era suficiente para incitarlo y él tragó tensando más los labios.

—He notado que hoy parece más serio que de costumbre, ¿su doctrina les obliga a mostrar algo de amargura? —inquirió ella tratándolo con respeto, si él quería su distancia ella iba a aceptarlo y complacerlo.

El hombre frunció el ceño y prefirió olvidar lo que había escuchado.

—Mi deber es mantenerme como lo que soy —le contestó.

—¿Y cree mantenerse en su sitio? —ella se acercó y de manera seductora caminó rodeándolo para observarlo mejor en todos los ángulos ahora que lo tenía cerca.

—Haga la prueba —la retó.

—Vaya que llevas algo de rebeldía en la sangre —le sonrió volviendo a tutearlo—. ¿Eres osado?

—Por favor dígame de una vez para qué me llamó.

—¿Por favor? Eso suena a un ruego —susurró ella—. Creo que el acercamiento te está doblegando aunque intentes disimularlo, ¿has estado con alguna mujer?

El hombre la miró aún más asombrado, esa pregunta no se la esperaba.

—Ah no... —se corrigió ella misma caminando tan cerca que sus ropas se tocaban—. Dicen que ustedes los protestantes lo hacen hasta que se casen, lo que me hace suponer entonces que... de ser así aún te mantienes virgen, todavía no has estado con alguna, ¿de verdad crees ser fuerte y mantener un celibato?

—Señora le pido que...

—¿Me pides? —insistió ella parándose justo frente a él y tan cerca que su pecho y el de él casi se rozaban, el hombre cerró los ojos para evitar verle el comienzo de sus senos. El corsé se los resaltaba de maravilla.

Él se mantenía inmóvil como una estatua y hasta pareció dejar de respirar para que su aliento y el de ella no se mezclaran, el aroma de él era entre la madera y el almidón en cambio el de ella, era una mezcla de aromas exóticos que sintió jamás iba a olvidar. Ella emanaba olor a vainilla, a canela, a coco y a algo como los duraznos y hasta eso comparó, era un aroma que como el terciopelo lo estaba acariciando. No, ella no olía a flores silvestres ni a

dulces rosas, ella olía a especias y como tales, era ardiente y picante y sumado al color de su piel la hacía aún más deseable. Ahora entendía por qué los hombres querían devorar a una mujer así, despertaba el apetito en todo aspecto y comenzó a darle hambre y más sed. Ese día lo había dedicado a estar en ayuno y oración y ya se acercaba el momento de levantarlo y entregarlo, sólo necesitaba más fuerzas. Recordó al apóstol Pablo y en sí a eso que le pasaba a él era lo que el apóstol se refería con el “aguijón de la carne” Tragó apretando más la quijada.

—Debo reconocer que logras engañar a cualquiera aunque dudo que lo hagas contigo mismo —le dijo ella provocándolo y haciéndolo reaccionar otra vez. Él abrió los ojos y la miró directo a los de ella.

—¿Cómo? —se extrañó.

—Anoche... me viste, ¿no es así?

Él se quedó aún más quieto y tragó, ella se enfocó en cada músculo de su quijada y garganta, supo que también lo ponía nervioso como siempre lo hacía con los demás. Se separó un momento de él para verlo mejor.

—No me imaginé que también te gustara husmear —insistió—. Creo que para ser el religioso que dices ser estás dejando mucho que desear, ¿creíste que no me daría cuenta?

El hombre se sintió aún más avergonzado, eso no se lo esperaba.

—¿Lo vas a negar? —inquirió ella con seriedad.

—No —le contestó con firmeza, el tono grave de su voz le gustó a ella.

—Pues espero que hayas disfrutado lo que viste —le dio la espalda y caminó de nuevo a su admirado tapiz—. Dicen que la curiosidad mata, así que si esa es costumbre tuya ten más cuidado la próxima vez. Si Christoff se entera perderás más que la cabeza, él tiene sangre del norte, de los vikingos y lo salvaje lo lleva en las venas.

Ahora entendía más ese carácter del rubio como también entendía por qué era el segundo al mando y el amante de la mujer.

—No era esa mi intención, lo reconozco —intentó disculparse—. Fue una osadía y me aventuré pero no esperaba que la puerta no estuviera del todo cerrada, fui yo quien la cerró después.

—¿Querías aventurarte a conocer la parte superior de mi barco? ¿Te atraen las popas? —inquirió con algo de burla.

—Lo que hice fue algo estúpido, lo sé.

—¿A qué venías en realidad? —se volvió para verlo—. Subiste valerosamente hasta mi camarote principal y hasta te tomaste el tiempo para

verme desnuda cuando salía de mi bañera, entiendo que no era eso lo que esperabas ver pero aún así lo hiciste y es algo que ya no puedes cambiar. ¿A qué venías?

—Durante la tarde que dormí traté de hacer memoria de lo que fue mi travesía y pensé que te sería de ayuda saberlo.

—Bueno ya estás aquí, habla —se sentó en uno de sus sillones y le indicó a él hacer lo mismo, el hombre obedeció.

En ese breve momento que se movió para sentarse aprovechó para admirar el salón, tenía una decoración barroca pero también con mucha influencia española, le llamó la atención el librero, las cartas de navegación que miraba enrolladas y algo más; un fino clavicordio que decoraba una esquina. Le gustaron los cuadros de paisajes que colgaban y observó uno que era el retrato de un hombre, preguntándose quién había sido en la vida de la mujer. También tuvo especial atención en una rueda de timón que decoraba una de las paredes, un adorno inusual pero total, estaba en un barco y no debía extrañarse, aunque se preguntaba del porqué tenía en su centro una placa de plata con una fecha; *1667-1722* imaginó que debía ser el tiempo que el barco dueño de ese timón estuvo de servicio, aunque le pareció mucho pero decidió no reparar en él. También le gustaron todos los demás adornos que estaban en las mesas de fina madera, notó que los candelabros no eran cualquier baratija y ahora entendía porque la mujer prefería pasar encerrada, allí tenía toda la comodidad que necesitaba, por desgracia no pudo ver nada más de su dormitorio principal pero imaginó que era igual o más lujoso que ese salón. Ella notó que él se había quedado mirando el lugar con atención por lo que lo dejó admirar un momento. Cuando él se sentó y se sintió cómodo en ese sillón, reaccionó y habló.

—Cuando llegamos a Irlanda algunos hermanos y yo estábamos en la cubierta del Saint John, ellos no repararon en lo que se bajaba o subía al barco pero yo sí y subieron muchas más cajas. No sé qué era ese cargamento pero si fueron varias cajas, estaban divididas en grupos, pensé que podía ser más provisión para la Nueva Inglaterra o algo así por eso no le di más importancia. La verdad, hasta mucho después de abordar en Inglaterra supimos que íbamos a desviarnos a Irlanda y eso en parte nos molestó porque serían más días de viaje.

—Señor Brown para serle sincera eso ya lo había pensado y ya que lo dice no es nada nuevo —volvía a tratarlo de usted pero ya como a una manera de jugar y mostrar encanto—. Era obvio que ese barco debía llevar algo más

que provisiones, lo que quiero saber es qué.

—Eso si no lo sé, lo único que vi fue eso, un grupo de hombres del mismo Saint John le prestaron especial interés a un grupo de las cajas que estaban algo separadas de las otras y que incluso, parecían llevarlas a guardar sin que se mezclaran con las otras.

—¿Notó algo en esas cajas? ¿Un sello? ¿Alguna marca?

—No, eran cajas de madera igual que las otras pero lo extraño es que parecían tener más cuidados por esas que por las demás. A uno de los hombres, otro que estaba en el puerto y que parecía ser el encargado de eso le dio una serie de sobres, el hombre los observó, luego vi que se los dio a otro que parecía oficial del barco y ese, se los guardó en la chaqueta.

—Es extraño pero no sé por qué no me asombro, esto parece tratarse de contrabando, las autoridades del barco parecían haberse dejado sobornar y hacer negocios con alguien y para ese alguien era el destino de esas cajas, el problema es que ahora ya no va a recibir nada porque seguramente alguien más las tiene.

—Los piratas que nos atacaron —confirmó.

—Esos mismos, lo que quiere decir que ese barco sí venía al Caribe y ustedes lo desconocían, un viaje de meses por el mar es natural, ¿qué más daba desviarse? Presiento que de ser así y por tratarse de ingleses, el rumbo que ustedes traían era para Port Royal o Kingston. Señor Brown, usted y sus hermanos se subieron al barco equivocado, quien sabe cuándo iban a llegar a Nueva Inglaterra pero por los momentos el Saint John venía al Caribe a entregar ese cargamento que traía. Ahora debemos estar al tanto de las noticias que vayan a circular porque ya es tiempo que este asunto se sepa.

El hombre exhaló con horror, como ella dijo se habían subido al barco equivocado.

—Lamento decirle que fueron víctimas de una carnicería premeditada —le dijo ella al notarlo—. Las mismas autoridades del Saint John los llevaron a esta masacre, gente inocente pagó por la ambición de ellos sin imaginar también que ellos mismos iban a perecer.

Matt apretó un puño y de esa manera lo llevó a su boca, pensar que el horror que toda la tripulación vivió pudiera ser culpa hasta del mismo capitán lo llenó de ira e impotencia.

—Parece que no existe la gente decente señor Brown —insistió ella—. Por muchos trajes finos que usen, por mucha preparación, por muchos títulos, por muy bonito que hablen y por muy rectos que intenten comportarse no dejan

de ser la misma escoria, lo más falso, lo más hipócrita, los más mentirosos, los peores seres humanos que se esconden tras un perfecto disfraz logrando engañar a cuanto estúpido caiga en sus redes, eso son, pero también son como nosotros, también son delincuentes capaces de vender el alma al mismo diablo con tal de tener el poder y el dominio de todo. Este es el mundo, así es, será mejor que aprenda a conocerlo y a no confiar ni en su propia sombra.

El hombre la miró evitando que la vista se le nublara por las lágrimas, perdió a sus hermanos, a su mentor, a lo único que consideraba familia y gracias a la corrupción del corazón humano estaba tan solo como ese barco en medio del mar.



Un bote que navegaba de manera lenta se acercaba a un navío anclado entre las sombras. El tipo iba cubierto con una capucha y su dirección era “El Fantasma del Galeón”

—¿Quién ronda? —preguntó uno que hacía guardia cuando el bote llegó al costado del barco.

—Soy Barrabás —contestó soltando los remos y quitándose la capucha—. Necesito hablar con la Salamandra, es urgente.

El hombre que lo había cuestionado junto con otro le soltó una soga para que amarra el bote y de igual forma, también le soltaron una escalera para que subiera.

—En su camarote —le indicó uno de ellos a Barrabás. El hombre caminó con rapidez.

Por ser un hombre con muchos enemigos, Salamandra tenía secuaces custodiándole hasta la puerta de su camarote montándole guardia. Cuando Barrabás llegó, antes de dejarle entrar le quitaron todas las armas que llevaba y mientras lo hacían, escuchó la diversión que el hombre se tenía adentro. Las risas y gemidos lo hicieron exhalar con fastidio.

—Pasa —le dijo uno de ellos abriéndole la puerta.

El peculiar hedor en el lugar le hizo arrugar la nariz, en la cama del hombre estaban tres rameras mientras él estaba de pie metiéndosela a otra por detrás. Las cuatro estaban totalmente desnudas y mientras él embestía a una, esa misma masturbaba a otra que estaba frente a ellos con las piernas abiertas, al mismo tiempo que las otras dos también se tocaban y tenían sexo entre ellas, ver todo eso excitaba más a Salamandra.

—Ah Barrabás, no me imaginé verte —el hombre sin pudor alguno sonrió al verlo, se inclinó para lamer la espalda de la que tenía de turno y apretarle

con fuerza ambos senos a la vez.

—Yo tampoco y menos así —le dijo el hombre al ver toda la orgía.

—¿Te unes? —lo incitó el otro.

—No, gracias —se quedó en la puerta que ya estaba cerrada detrás de él.

—Entonces tendrás que esperarme —el tipo estaba bañado en sudor—.

Siéntate allá y goza mirar.

Barrabás no tuvo opción que obedecer, el capitán estaba de buen humor en el momento y al menos debía aprovechar eso pero no era tan paciente y ver como se revolcaba con todas esas, lejos de incitarlo a masturbarse lo estaba asqueando. El Salamandra era un tipo asqueroso en cualquier aspecto, era alto pero gordo, lo que le faltaba de escasas nalgas le sobraba en enorme barriga, usaba las uñas largas y lo que tenía de pelo algo canoso también era igual de barba. No conocía el aseo personal, podía pasar meses sin bañarse, el aliento de la boca era una mortandad, los dientes no sólo estaban amarillos porque no se los lavaba sino porque también fumaba y masticaba tabaco y lo único que podía hacer era compadecer a esas mujeres que estaban con él y así era porque de seguro les pagaría bien con dinero y joyas. Un sacrificio que él como hombre no entendía si valía la pena pero no tuvo más remedio que ser espectador y aguantarse. Entre jadeos y gritos al llegar el Salamandra terminó, por el momento. Le dio una nalgada a la mujer en la que había terminado y saliendo de ella le ordenó a las otras no parar, luego seguiría con ellas y las quería bien mojadas. Se dio la vuelta y sonriéndole a su amigo se bebió algo de una copa muy sediento y buscando una camisola que tenía encima de una mesa se la puso sólo para estar más presentable, mostrarle su pene bien erecto a otro hombre no era lo que quería. Se acercó a Barrabás y se sentó cansado cerca de él.

—Es una lástima que no quieras unirte, estas perras están bien calientes, ni te imaginas lo deliciosas que están, le di una mamada a una que sólo mi lengua la hizo gritar —se jactó el tipo asqueroso sacando la misma a la vez y saboreándose—. A otra le metí casi toda la mano y tan dispuesta estaba que la saqué toda mojada y con los fluidos chorreándome.

Barrabás evitó respirar —no podía— y de la misma manera tensó los labios, los asquerosos detalles de lo que hacía Salamandra cuando estaba con mujeres no los quería saber ni ver, de haber sabido cómo iba a encontrarlo no lo visita.

—La rubia —insistió y la mostró señalándola, estaba abierta frente a ellos tocándose también—. Esa perra tiene una boca que ni te imaginas, se la metí

hasta el fondo y se tragó lo que le di. Deberías probarla, te la prestó —se rió a carcajadas.

—No, gracias y no vine por nada de esto, necesito hablarte de algo pero veo que no estás disponible para nada más que no sea coger rameras.

—Caramba que serio, habla entonces.

—No frente a ellas, es delicado.

El hombre frunció el ceño y también tensó los labios, eso ya no le gustaba, exhaló.

—¡Salgan! —Les ordenó a las mujeres—. Luego seguimos.

Las cuatro obedecieron bajándose de la cama y así, completamente desnudas salieron. Salamandra se paró y se sirvió otro trago, le ofreció a Barrabás pero negó, no le apetecía nada.

—Bien, habla ya, que no por nada me interrumpes la diversión y más te vale que sea por algo que valga la pena.

—Eso espero yo también, no en vano arriesgo el pellejo.

—Suelta todo pues.

—Hace unas semanas atrás alguien asaltó un barco no muy lejos de las costas entre la pequeñas y grandes Antillas, no tengo claro la distancia en millas pero es algo de lo que ya la gente habla desde que lo supieron. Dicen que el mismo rey de Inglaterra está furioso por el hecho ya que ahora se sabe que era un barco inglés, no uno de corsarios sino de comercio y con civiles.

—¿Un barco inglés?

—¿Lo sabías? ¿Tú ordenaste el atraco?

—¿Me estás acusando? —Le preguntó molesto—. ¿Crees que se me olvida la intranquilidad que mantengo gracias al maldito Walker?

—El abordaje lo hicieron piratas —insistió—. Atacaron un barco con personas inocentes y creo que todo el mundo puede tener en la mira a todos los que profesamos el oficio así que pueden ponernos precio a las cabezas.

—¿Más? ¿Y es que acaso sólo yo tengo la culpa de todos los cagadales que hagan? Yo no he parido a todos estos malnacidos para que me asocien a cada hijo de la tiznada que se diga pirata.

—Reconoce que por tus antecedentes eres el blanco más fácil para ser señalado y para que crean que son parte de tus hombres. Para fortuna nuestra parece que nadie sobrevivió pero no iban a hacer una barbarie así sin un propósito.

La Salamandra exhaló apretando tanto labios como la misma copa, tronó hasta los dientes.

—Aunque lo dudes no fui yo —le dijo el tipo con algo de molestia—. Yo no ordené nada, ni siquiera tenía conocimiento de que algún barco inglés vendría por aquí. El único que sé que irá a Port Royal y a Kingston y que tiene previsto llegar en dos semanas es el “Queen Elizabeth” pero no carga nada que me importe.

—¿Entonces?

El tipo volvió a apretar la copa y exhaló.

—Averiguaré si fue alguien a mi mando o alguno de mis enemigos.

—¿Y después?

—Si fueron los enemigos no es de mi incumbencia, por mí que los encuentren y les saquen la lengua, los destripen o vean que hacen pero si fue alguien a mi mando que actuó por su propia cuenta y sin decirme nada... —volvió a rechinar los dientes.

—Y hay otra cosa hablando de eso —insistió Barrabás.

—¿Ahora qué?

—Se vio al *Calígula* en las costas de Dominica.

—¿Y? —el hombre conocía muy bien el barco.

—Al parecer dejaron unas cajas en tierra pero el tipo encargado apareció muerto al siguiente día.

—¿Cómo?

—Y sin rastro de las cajas, desaparecieron.

Salamandra no tardó en enfurecer y en lanzar con fuerza a una pared la copa que sostenía. Comenzó a moverse de un lado a otro ofuscándose. Barrabás tampoco tardó en sacar conclusiones debido a su actitud.

—¿Y por qué ese malnacido no me ha informado? —rugió.

—¿Quién? ¿El Rabioso?

Salamandra lo miró con ira, supo que se había delatado sin pensar.

—Si se ha atrevido a traicionarme se muere, ya una vez le pasé una estupidez no habrá otra oportunidad —sentenció bufando.

—Sé que no es tu obligación hablar tus negocios con todo el mundo pero creí que lo hacías con tus hombres de confianza —le dijo Barrabás poniéndose de pie también—. Y creí que yo era uno de ellos —sonó resentido al desconocer el tema.

—No cuestiones mis actos.

—No, no lo hago pero por confiar en los equivocados mira lo que te pasa ahora.

Salamandra se calmó un momento y trató de respirar.

—Tienes razón, esto me pasa por estúpido, si la misión hubiera estado a tu cargo ahora no estaría así. A veces ya no sé qué clase de ratas me rodean.

—No sé si el Rabioso lo sabrá ya pero si lo sabe estará hasta con diarrea por no saber qué decirte.

—Con razón todavía no sé nada de ese maldito inútil.

—Bueno, ya que estoy en esto, ¿puedes decirme que hacía en Dominica?

Salamandra lo miró con seriedad, era mejor llevar el asunto por las buenas o al menos seguir utilizando a la gente mientras le sirvieran. Si el otro se le escondía Barrabás podía encontrarlo y ordenar deshacerse de lo que no le servía era lo de menos. En ese momento le dijo algo sobre el asunto y Barrabás supo que el precio para salir del Galeón esa noche sería un absoluto silencio si no, su cuerpo también lo encontrarían en cualquier parte, prefirió seguir sirviendo al diablo que atravesársele.

7. Tortuga



A la mañana siguiente ya había tierra a la vista otra vez, la Emperatriz ajustó su catalejo, nada cambiaba en ese lugar.

—Ya saben a dónde esconder el barco —les dijo a sus hombres—. Iremos quince y los demás se quedan, como siempre vamos a turnarnos en grupos, no desesperen, todos irán a meterla donde quieren.

Los hombres se rieron al entender el lenguaje de su ama.

—Todos menos uno —dijo Herodes al referirse al Predicador que observaba el horizonte desde otro ángulo.

Por los momentos ella si debía de bajar, cosa que esta vez al rubio no le parecía. Cuando la mujer era vista en Tortuga ponía de cabeza y muy firme a todo el que se dijera hombre y en cuanto a las rameras del lugar, se molestaban porque estando la Emperatriz cerca todos querían con ella y nadie con ellas. El sentirse desplazadas las irritaba en gran manera porque no podían compararse con esa mujer.

—Quien te entiende Christoff —le dijo ella al notarlo ya serio.

—Aún no me acostumbro —le contestó. Ella negó algo sonriente mientras se ajustaba el cinturón con su sable—. ¿Y él? —insistió el rubio.

—No me parece dejarlo aquí. No es lugar para él, es peligroso.

—Ya no está convaleciente, ni usa la muleta, puedo conseguir quien lo lleve ahora mismo a Port Royal o a Kingston si quieres. Allí podrá conseguir un barco para las Américas.

—No tiene nada y no puede irse sólo con su Biblia.

—¿Quieres que le dé dinero?

La Emperatriz miró a su vikingo y luego miró al Predicador, lo pensó un momento y dejando al rubio se acercó a él.

—¿En dónde estamos? —le preguntó el pelirrojo.

—Es el noroeste de La Española.

—¿Pero y ese lugar? —señaló a tierra.

—Es Sodoma y Gomorra —le contestó notando su divertida expresión.

—¿Cómo? —el hombre la miró con el ceño fruncido.

—Se llama la Isla de la Tortuga y es la cueva de gente como nosotros, por eso le digo que para usted es Sodoma y Gomorra, no le aconsejo que baje a tierra, va a corromperse.

—¿Es habitada por piratas?

—Por ellos, por corsarios, por bucaneros, filibusteros, prostitutas y toda la calaña corrompida que esta tierra pueda escupir. Allí no hay nadie decente.

—¿Qué?

—En ese lugar verá de todo señor Brown, desde mujeres completamente desnudas que se exhiben en los umbrales al mejor postor hasta las más fieras y sangrientas peleas en donde sacarle las tripas al oponente es lo de menos, sin que nadie se meta y nadie vaya a prisión por eso, es más, hasta apuestan por eso, ¿está listo para ver cosas así?

El hombre la miró con horror, le habían hablado en Europa de los “salvajes” en América pero creyó que era un cuento.

—Sé lo que piensa señor Brown —insistió ella a la vez que se recogía su pelo en un moño alto, notar ese cuello y esos hombros volvieron a desestabilizarlo—. Esta es una tierra de salvajes y usted no entiende cómo es que mucho tiempo después de la colonización siguen habiéndolos, pero le aclaro que no se trata de los indígenas de las islas sino de los mismos criollos nacidos de los europeos y de los europeos mismos. Así que los salvajes, las plagas de Egipto y toda la corrupción, decadencia y putrefacción que se pueda imaginar proviene tanto de su Inglaterra, de España, de Francia, de Portugal o de cualquier otro país que se diga “potencia” y que menosprecie a los demás como nada sólo por tener monarquías y decirse civilizados. Cualquiera que sea provocado y sometido con violencia va a responder de la misma manera en su defensa. ¿Quiénes serán los villanos entonces?

Terminó de sujetarse el pelo y lo miró, el hombre estaba con la boca abierta.

—Y viéndolo de esta manera creo que los usurpadores, los indeseables, los saqueadores y los que tomamos por la fuerza cosas que no nos pertenecían, despojando a sus verdaderos dueños de sus tierras valiéndonos del poder somos nosotros, ¿no lo cree? —insistió ella—. ¿El ser más fuertes nos dio ese derecho? Yo lo llamo abuso, nosotros aquí somos los invasores y ellos, los legítimos dueños y en el caso de las rameras sólo diré que a algunas les gusta dedicarse a eso pero otras son obligadas. Son mujeres nacidas en la pobreza que no son valoradas por los oficios domésticos que puedan hacer y trabajar

de esa manera para ganarse la vida de forma honrada y decente, por lo que entonces no tienen otra opción más que hacer lo que sea con tal de llevar el pan a sus familias.

Ella volvió su vista al mar otra vez y él, recordó lo que había venido deduciendo desde que le dijeron su otro sobrenombre, no le quedó más duda, al escucharla supo que ella había sido de esas mujeres y por eso las defendía. La mandíbula se le tensó.

—Creo que esperaré aquí —le dijo apartando la vista de ella también.

—Bien, yo regresaré al anochecer, casi nunca duermo en la isla aunque goce de tener un lugar cómodo y una de las mejores vistas al Atlántico.

Lo dejó allí y ella al ver que los botes ya estaban listos se preparó para bajar, Matt miró que el vikingo le daba dos pequeñas dagas que ella se escondió en las botas.

—Vaya que te permite escoger —el pelirrojo escuchó que alguien que se acercaba a él le decía. Era Bram que comiéndose una manzana le ofreció la otra—. Tu ayuno de ayer debió servir.

—¿Escoger? —preguntó él dándole también un mordisco a la suya.

—De verdad que tienes fuertes influencias divinas —le dijo a la vez que miraban el grupo de hombres que en fila abordaban los botes—. Conozco a la Emperatriz y de haber sido otro te obliga a bajar e irte, es más, creo que lo hubiera hecho desde la parada anterior pero contigo no lo hace. Sé que ella se desconoce pero también creo que es Dios quien la obliga a estar sí.

Matt sonrió apenas, eso debía ser una ganancia para él.

—¿Usted conoce el lugar? —con un gesto de la cabeza le señaló la isla mientras seguía comiéndose la manzana.

—Si la conozco y por eso evito bajar.

—Ella dice que es Sodoma y Gomorra.

—Yo creo que es peor —sonrió.

—Menos que me apetece conocer entonces.

—Matt... —el hombre se volvió para mirarlo—. ¿De verdad crees predicar tu doctrina?

—¿Cómo? —lo miró también.

—Ustedes son “pescadores de hombres” son llamados a seguir la Gran Comisión como Cristo lo ordenó.

— “Id por todo el mundo y predicad el evangelio” —repitió

—¿Y a quienes?

—A toda criatura —contestó.

—¿Entonces? ¿No crees que Tortuga es parte del mundo? Soy médico y alguien sano no necesita de médicos, ¿a quienes veo yo? A los enfermos, a los heridos y esa gente de allá está enferma y herida espiritualmente, también de manera física pero para el cuerpo muchas veces no hay solución, en cambio el alma descarriada sí necesita conocer esa luz, sé tú esa luz. Como hombre maduro debes saber a lo que te vas a enfrentar porque no creo que en Nueva Inglaterra no hayan pecadores, conoce este mundo, no cedas a él sino sé esa luz, esa lámpara que alumbra, esa luz que el mundo necesita.

Matt supo que el hombre citaba las parábolas y que estaba en lo cierto. Sonrió y sintiéndose entusiasmado se terminó de tragar la manzana para correr hacia la escalera.

—¡Emperatriz! —llamó a la mujer que ya estaba en uno de los botes a distancia.

—¿Qué? —le contestó al oírlo.

—Cambié de idea, ¿puedo ir con ustedes?

—¿Se va a quedar en la isla?

—No, sólo quiero conocerla.

—Ay Dios, si este hombre no le cumple a las que le echen el ojo lo van a violar —murmuró Goliat cerca de ella y la mujer evitó reírse cuando los demás sí lo hacían.

—Está bien, suba pero tendrá que cuidarse solo —le hizo ver.

El hombre sonrió y siguiendo a los últimos subió también en el segundo bote, cuando estuvieron listos soltaron las sogas y comenzaron a remar.

—¡Sigamos el curso! ¡Desplieguen todas las velas! ¡No debemos perder el sotavento! —se escuchó decir al que estaba de timonel, el barco no podía quedar a la vista ni a la merced de otros, no cuando ellos también llevaban una carga.

Remaron los botes hasta la orilla y a medida que se alejaban, Matt pudo observar por fin el barco desde otro ángulo. Era precioso viéndolo a distancia, de un color marrón y bronce y con el tamaño justo para adquirir la velocidad en el mar. El aparejo tenía tres mástiles y de la proa salía un cuarto que era el bauprés, notó el mascarón y parecía tener la figura griega de una mujer que aunque estaba cubierta de la cadera para abajo igual le pareció erótica porque mostraba ambos pechos desnudos. El acabado barroco construido en la popa era imponente, era realmente un castillo; tres niveles más de cubiertas inferiores, de pasillos y habitaciones privadas mostraban también los relucientes cristales que el sol hacía brillar y al menos, los

apostentos de ella ya sabía que eran algo lujosos. Era un barco que tenía un as bajo la manga y también utilizaba los remos cuando era la ocasión y por lo mismo también notó su armamento; dos líneas horizontales de cada lado —que en ese momento estaban con las troneras cerradas que eran doce— le indicaban el número de cañones que poseía, en total eran cuarenta y ocho, más cuatro que escondidos estaban de frente en proa, muy abajo del mascarón y cuatro más que había visto en popa. Lo que no entendía era el motivo de no tener la suficiente tripulación, el barco bien podía cargar con más de cien personas y él ni siquiera había contado cincuenta.

—Ya saben que quiero ojos y oídos por todas partes —les hizo saber la Emperatriz a sus hombres cuando llegaban a la playa—. Si aquí ya se dan cuenta de lo que pasó con el barco inglés eso es la comidilla de todos, averigüen todo lo que puedan, ustedes saben qué métodos usar. Quiero toda la información por muy pequeña que sea así que espero me den buenas noticias, ya saben dónde nos encontraremos.

Los hombres sonrieron con malicia tronando los dedos y prepararon sus armas por si las dudas. Uno de ellos pagó por el amarre y cuidado de los botes y de esa manera todos bajaron a tierra.

—Usted cerca de mí —le hizo ver la Emperatriz a Matt y luego se volvió a sus hombres otra vez—. Es obvio que el señor Brown será una cara nueva en Tortuga y como alguien dijo en especial para las rameras, así que quien sea que pregunte por él simplemente digan que es un protegido mío. Esperemos que nadie lo reconozca como tripulante del Saint John y mucho cuidado con que alguno de ustedes se vaya de la lengua entre licor y rameras. Nadie debe saber que es el único sobreviviente de ese naufragio porque su vida correría peligro y de paso también nosotros.

—¿Pero y si preguntan quién es? Me refiero a su nombre —inquirió uno de ellos.

—Digan que sólo lo conocen como... —la mujer lo miró sin poderle encontrar algún apelativo digno.

—¿El Predicador? —sugirió uno.

—¿El Misionero? —opinó otro.

—¿El Protestante? —añadió un tercero.

—No —contradijo ella sin dejar de mirarlo de pies a cabeza y de golpe recordó un nombre vikingo que le caería como anillo al dedo—. Sólo digan que se hace llamar Erik “El Rojo” o “El Pelirrojo” nadie debe saber tampoco que es religioso, esa gente quedó registrada en el Saint John y no me refiero

sólo a sus nombres, lo pueden asociar, sería peligroso también. Además sumado a su altura y seriedad le sienta bien, es mejor que el nombre le dé algo más de presencia, tal vez no tan imponente pero algo es algo.

Matt la miró con algo de desconcierto pero era mejor que ni siquiera protestara. Lo cierto es que tener el nombre de un hombre pagano no le hizo gracia, el rubio podía invocar a su Odín pero él no iba a negar su fe cristiana ni en su último aliento.

—Bueno está bien —dijo uno sin remedio y los demás asintieron—. Lo tenemos claro, se llama Erik “El Rojo” o “El Pelirrojo” y es protegido de la Emperatriz.

—Y lo demás a nadie le importa —sentenció ella.

Con lo dicho se adentraron a tierra, los lugareños al verla le temían y otros la respetaban y más cuando caminaba frente a sus hombres sin miedo haciéndose acompañar a cada lado por sus gigantes, los que sabían algo de religión la asociaban con los jinetes del Apocalipsis porque sabían que al menos si la provocaban, ella y sus hombres terminarían desatando la ira y una carnicería sin que nada les importara. La primera parada fue una taberna, la única que la Emperatriz frecuentaba cuando estaba allí porque era lo más “limpio” y sin malos olores que se podía encontrar por lo que al saberla en la isla y verla entrar al mismo tiempo, el tabernero del lugar se acercó en persona a saludarla y a disponerle todo el establecimiento como era la costumbre con ella.

—Mi Emperatriz, es un gran placer verte y un honor la que tu presencia le hace a mi humilde posada, bienvenida seas —la saludó con cortesía hasta besándole la mano, ya era un hombre mayor pero había respeto entre ambos.

—Gracias.

—Imagino que todos llegan cansados por las travesías, pasen por favor, pasen y pónganse muy cómodos, en un momento les sirvo todo lo que quieran.

—¡Mucha comida, mujeres, cerveza y ron! —dijeron los hombres a coro.

El hombre palmeó con fuerza y un grupo de meseras corrieron a atender a los que se habían acomodado en las mesas, también un trío de músicos se pusieron a sonar sus instrumentos y darle más vida al momento. Cuando la Emperatriz estaba allí ese lugar era exclusivamente para ella así que nadie más entraba porque total, sólo ellos lo llenaban. Al momento el hombre hizo sonar una campana jalándole una cadena, la cual sonaba en la parte alta y de inmediato, de la parte superior de la casona otro grupo de mujeres casi desnudas corrieron para bajar y seguir atendiendo —de la manera en la que

ellas lo hacían— a todos los hombres. Estos emocionados gritaron con roncadas voces la alegría que les daba al verlas, eran tantas las mujeres que por lo menos le tocaban tres a cada uno. Matt no estaba nada cómodo ante eso, él y Christoff se habían sentado en la mesa junto a la Emperatriz, uno a cada lado y al ver de verdad la sodoma que ya se tenían estaba quitándole el hambre. Esas mujeres apenas y besaban, lamían era la palabra, notaba como se dejaban manosear de todas las maneras posibles, no llevaban nada debajo de sus escasas y transparentes faldas, los hombres les metían las manos y ellas jadeantes lo que más hacían era abrir las piernas. Notaba que mientras unos se besaban o lo que entendieran por besarse, otros iban más allá y jamás se esperó ver que casi todos estaban teniendo sexo ya en el pleno comedor. Miró como algunas de las mujeres se metían debajo de las mesas y a su vez, miró como las caras de los hombres se deshacían en gestos por el placer que sentían, era obvio que no sólo estaban tocándolos sino metiéndoselas en la boca también. De la misma forma, miró como unas se montaban en las caderas de ellos y comenzaban a balancearse, otros les chupaban los senos y se los estrujaban con fuerza y ellas gemían de placer. Miró que otro ya tenía a una en un rincón y ella, con las piernas bien abiertas se dejaba embestir con fuerza y otro lo que hizo fue despejar una mesa y lanzando a una allí, le levantó toda la falda y sacándose él el pene bien erecto se lo metió con fuerza. No muy lejos de allí, miró como una chupaba el pene de otro al mismo tiempo que ella — que estaba a gatas— era embestida por detrás por otro de los hombres y aunque también miró que no todos estaban teniendo sexo sino que se limitaban a ver y a comer, eso no impidió sus náuseas y malestar. Matt bajó la cabeza, se sentía hasta mareado, ver vaginas y penes nunca se lo imaginó, sabía que los hombres iban ir a buscar prostitutas pero se suponía que iban a hacerlo en alguna habitación no en el comedor y sin ningún pudor a la vista de todos y para colmo, entre ellos parecían competir a ver quién lo hacía mejor. Ensartaban el pene en un lado y con la otra mano, sostenían las botellas las que se empinaban mientras embestían, comer y tener sexo al mismo tiempo no era algo que él quería ver. El olor del guiso estaba siendo sustituido por “otros” y eso le revolvió más el estómago.

—¿Señor Brown? —murmuró ella bajito al notarlo.

—Nada, nada —le dijo él prefiriendo ver la madera del suelo, se preguntó cuánto tiempo tenía esa casona de construida y si la plaga se la carcomía. En algo debía distraerse.

“Perdóname Señor porque soy débil y estoy pecando, dame fuerzas por

favor” —pensó avergonzado.

En ese momento cuatro de las meseras se acercaron a la mesa llevándoles las bebidas y la comida, botellas de ron y jarras con cervezas, una pierna de cerdo guisada en una bandeja y un enorme pavo horneado en otra, acompañados de pan, queso y frutas. Cuando él levantó la cabeza seducido por el olor de la comida, al verla se saboreó pero más tardó en hacerlo que su mirada a desviarse hacia dos de las prostitutas que lo observaban con detenimiento a distancia y para colmo no sólo eso, estaban incitándolo. Se tocaban entre ellas, se besaban y se descubrían los pechos sin dejar de sonreírle a él, con seriedad tensó la mandíbula y por fortuna, su panorama fue obstruido por otro de los hombres que se acercó a ellas y tocándolas con ambas manos al levantarles las faldas, les descubrió las nalgas y comenzó a apretarlas. El hombre quedó en medio de ellas así que era hora que las mujeres hicieran su trabajo con él, aunque mantuvieran la vista en el pelirrojo que tanto les había llamado la atención. Harto de eso, Matt se movió de su silla y se sentó en otra de frente a la Emperatriz y en dirección al tabernero para darle la espalda a toda la asquerosidad que veía. No le importaba quedar junto al rubio que lo miró con desconcierto, pero es que si no lo hacía así no iba a poder comer en paz y hambre tenía.

—Lo siento, pero si no hago esto no comeré y esto se ve delicioso —dijo al notar que la mujer se le quedó mirando también desconcertada.

—Yo no lo probaría si fuera usted —le dijo la Emperatriz.

—¿Cómo?

—La Emperatriz nunca come nada fuera de su barco, si alguien no lo prueba primero —le dijo Christoff al mismo tiempo que se empinaba un tarro con cerveza y empezaba a comerse la carne y el pan.

Matt los miró a los dos con el ceño fruncido pero a la vez asombrado. Si el rubio dijo eso no entendía por qué entonces él sí estaba comiendo.

—¿Entonces para que piden la comida? —inquirió.

—Porque a eso vienen los hombres, ¿lo ve? —la mujer le señaló la orgía que se tenían.

—Por supuesto que los vi y no quiero volver a hacerlo —le contestó moviendo con negatividad la cabeza.

—¿Qué notó? —insistió ella.

—¿Notar? —El hombre abrió los ojos—. ¿Quieres oírlo de mí?

Qué más decir si todo era muy explícito.

—Mis hombres no son tontos señor Brown y le diré un secreto —le hizo

ver con una sonrisa—. No sólo duermen con el arma bajo el cuello, ni se trata sólo de que estén fornicando con media isla sino de... utilizarlas. Sus armas y ellas. Las armas a la violencia y ellas... son una carnada, ellas prueban todo antes que ellos, beben y comen lo que ellos pidan. Para ellas es matar dos pájaros de un tiro, les pagan por sexo y por comer a la vez, ¿no es un buen negocio? Cualquier tipo de veneno por muy sutil que sea en menos de una hora hace efecto y al menos si así fuera, estas tipas ya estuvieran vomitando, echando espuma por la boca y retorciéndose en el suelo.

—¿Entonces si no hay veneno por qué no comes tú? Tu mano derecha lo está haciendo.

Miró que Christoff hasta se atoraba entre pan, piernas del pavo y cerveza.

—Porque mi comida es esta y no aquella —le contestó ella con tranquilidad.

—Y la Emperatriz se cuida las espaldas —le dijo el tabernero que se acercaba a ella para beber de su licor y para probar delante de ella un enorme pedazo que le arrancó con un cuchillo a la pierna del cerdo, era para demostrarle también su lealtad—. Es una mujer que no confía en nadie, ya deberías saberlo —masticó la carne y volviendo a beber se lo tragó.

Matt lo miraba con asombro, para colmo todos comían delante de él y él muriéndose de hambre.

—A él no lo conocía —insistió el hombre con la Emperatriz—. Es la primera vez que lo veo entre ustedes.

—Es mi nueva adquisición —se mostró sensual y coqueta al mismo tiempo que veía al pelirrojo, Matt también la miró.

El tabernero miró al vikingo ajeno a todo y que mejor prefería comer, decidió no seguir preguntando.

—Bueno pues también estoy a la orden de... —el hombre insistía al ver a Matt.

—Erik “El Rojo” —le dijo la Emperatriz.

El tabernero abrió más los ojos y se tensó al oír que se llamaba así, no por nada era seguro y lo de rojo dedujo que era porque tenía una naturaleza sanguinaria, a parte del color de su pelo.

—Pues a las órdenes de Erik “El Rojo” —repitió el hombre y se volvió a él—. Yo soy Cesare y mi taberna y posada “*El Pequeño Juan*” está a tu entera disposición siempre que lo desees.

El hombre muy sonriente los dejó en la mesa, Matt sonrió con eso de “El pequeño Juan” ya que el hombre bien podía parecerse al personaje pero justo

en ese momento se acercó una de las meseras y muy coqueta con el cuento de querer saber cómo estaban y atender a los hombres, acarició los hombros de Christoff y de Matt poniéndose en medio de ellos. Algo que hizo que al menos el pelirrojo se tensara.

—Si quieres seguir conservando las dos manos será mejor que las quites de mi propiedad —le sentenció la Emperatriz fulminándola con la mirada al mismo tiempo que acariciaba un cuchillo sobre la mesa.

La mujer se asustó y de inmediato, retiró las manos para dejar de tocarlos.

—Lo siento señora, no quise molestar —se disculpó.

—Imagino que eres nueva y lo desconocías, nadie toca lo que es de la Emperatriz, ¿te quedó claro? —La mujer asustada asintió—. Y será mejor que corras la voz y le digas a las demás zorras que también quiten su vista de mis hombres, ellos dos están conmigo y ninguno de los dos está disponible así que será mejor que se quiten las ganas con los demás.

La mujer se asustó más y sin decir nada asintió dejándolos en la mesa.

Matt estaba aún más asombrado, ser testigo de la autoridad de esa mujer lo dejaba sin habla.

—La comida está buena —murmuró el rubio—. No tiene nada, pueden comer.

La Emperatriz al ver que sus hombres estaban bien y con más fuerzas para seguir retozando asintió para Matt.

—Coma señor Brown, se nota que se está muriendo de hambre —le ordenó ella.

—¿Y tú?

Ella negó.

—A pesar de todo y aunque lo dude tengo estómago —se defendió con una pícaro sonrisa.

Él sonrió y entendió, ella si tenía de frente a Sodoma y Gomorra y era difícil comer con semejante vista. Por eso él se cambió de lugar y sirviéndose un poco de todo procedió a comer.

Cuando algunos se cansaron de la comida y recordaron parte de su misión solicitaron irse con algunas de las mujeres a una habitación en privado, no sólo se trataba de seguir poseyéndolas a su antojo y completamente desnudos los dos, sino de sacar también toda la información que las mujeres pudieran saber. Además sólo gozaban de algunas horas antes de regresar al barco y era mejor aprovechar el tiempo. Ya los demás que vendrían después seguirían en el mismo juego.

Luego de un momento y dejando a sus hombres a cargo de todo, la Emperatriz se levantó de su mesa, no era su intención quedarse allí.

—Vámonos —ordenó, Christoff se paró también y se dirigió a pagarle todo al tabernero.

—¿A dónde ahora? —preguntó Matt levantándose también y cogiendo una manzana que limpió con su camisa antes de pegarle una mordida.

—A mi morada —le contestó ella.

El hombre le frunció la frente, creyó que era alguna habitación. ¿Querría esta mujer hacerle creer a los demás que iba a tener sexo con dos? ¿Iba a hacerle creer a todos que ella también llegaba a la isla a divertirse? Sintió que las piernas se le sacudieron. A la señal de ella caminaron rumbo a la salida, algo que le dio alivio, salir de esa cueva de lobos le dio respiro y más, cuando antes de salir las dos mujeres que le habían coqueteado desde el principio le dijeron adiós muy sonrientes, guiñándole los ojos con coquetería al mismo tiempo que le lanzaban besos y pasaban la lengua por sus labios. El hombre de inmediato desvió la mirada antes de que le enseñaran también las vaginas.

—Creo que algunas necias se están ganando el quedar sin ojos ni lengua —dijo la Emperatriz con seriedad mientras caminaban.

Matt se sorprendió, la mujer no había movido la cabeza para nada sin dejar de ver hacia adelante. ¿Cómo supo lo que las otras hacían?

Al momento que salían ellos tres lo hicieron también cinco de sus hombres, los que no habían estado con prostitutas. A la mujer y a sus acompañantes les tenían listos tres caballos pintos y relucientes, con decisión ella montó el suyo y Christoff el otro.

—Ya lo saben —les dijo ella al grupo—. Ojos y oídos.

Los hombres sonrieron y salieron caminando con tranquilidad, Matt pensó que iban a pasear por el lugar.

—¿Viene? —le insistió ella al pelirrojo—. ¿Sabe montar verdad?

—Algo.

—Pues apresúrese, tenemos que cabalgar y no se quede atrás.

El hombre rápidamente montó el suyo.

—¿A dónde van ellos? —preguntó curioso.

—Si los notó, se fijó que ellos no cogieron y ahora van a divertirse —le contestó ella.

—¿A dónde? —sujetó con fuerza las riendas del caballo.

—A la Casa de Venus.

—¿A dónde? —volvió a preguntar frunciendo el ceño.

—Imagínese lo que es señor Brown, las chicas de allí son algo exclusivas para mis hombres.

Matt no siguió preguntando nada e instigando los caballos cabalaron siguiéndola a ella. Matt notó como todo el mundo que estaba en la calle, hombres y mujeres se habían quedado mirándola, de verdad que la presencia de esa mujer no le pasaba desapercibida a nadie ni siquiera por curiosidad.

8. Sentimientos



Poco después de galopar la Emperatriz, Christoff y Matt llegaron a una preciosa y enorme propiedad entre palmeras, árboles frutales y matas de plátano. Quienes montaban guardia la reconocieron y al hacerlo, sin perder tiempo abrieron el portón principal haciendo un gesto de saludo. El trío se adentró hasta la pequeña mansión y al llegar a la entrada, una mujer delgada, que pasaba los cuarenta y bien trigueña salió a recibirla, era la encargada de la casa.

—Niña Emperatriz —la saludó con alegría al verla—. Qué feliz me hace saberte aquí.

La mujer casi lloraba al verla, se limpió la cara con el delantal.

—A mí también me da gusto verte Zafira —la mujer bajó de su caballo cuando otros sirvientes los detenían y se hacían cargo de ellos.

Las mujeres se abrazaron.

—No sabes las gracias que le doy a Dios y a la virgen porque siempre me escuchan cuando les pido por ti, porque te protejan y te cuiden.

—Y yo te agradezco esas oraciones. ¿Qué me cuentas? ¿Y Santiago?

—Pues aquí siempre los mismos chismes niña y tu leal administrador no está en Tortuga, él mismo llevó producto a La Española para cerrar tratos comerciales en persona, se fue hace unos días.

—Es una lástima que no esté, me hubiese gustado sentarme con él a revisar los libros de cuentas, pero no importa, sé que todo lo hace bien. ¿Qué tienes guisado?

—Como que intuía que hoy llegabas a tu casa niña, te tengo uno de tus platos preferidos; sopa de gallina en arroz de maíz y tostones de plátano maduro frito, también hay carne asada, tortillas calientes y tu atole de maíz que tanto te gusta.

—Pues ve sirviéndome de todo porque me muero de hambre.

—¿Y tus hombres?

—Ellos comieron donde Cesare.

—¿Vienes de ese lugar de perdición? —la reprendió.

—Sabes que mis hombres siempre hacen su primera parada ahí, no puedo impedir que se diviertan.

—¿Y supongo que como siempre vendrán después? No quiero ver una estampida de mal portados en mi cocina.

—Zafira no nos insultes —le hizo ver el rubio fingiéndose indignado.

—No, no es insulto pero ustedes son un pozo sin fondo, vienen de comer de allá y luego quieren asaltar mi cocina.

—Es que nadie cocina cómo tú —le dijo con un beso en la mejilla. Matt se sorprendió de ver al vikingo algo cariñoso, se notaba que le tenían mucho afecto a esa mujer.

—Adulador, eso nadie te lo quita —sonrió la mujer.

—Y por eso yo también quiero comer de lo que hiciste, especialmente tomar del atole ese, desde que lo probé me volví adicto.

—Está bien, me convenciste —le acarició una mejilla—. Y el niño de pelo rojo, ¿quién es? —preguntó volviéndose al ver a Matt.

—Él es Erik el Rojo —le contestó la Emperatriz—. Y por ahora viene conmigo.

—Es la primera vez que lo veo y para ser un desarrapado como todos estos se ve muy bien.

Matt intentó sonreír.

—Sí es la primera vez, apenas y es mi nueva adquisición —insistió la Emperatriz.

La trigueña la miró y exhaló, contra el pecaminoso estilo de vida de la Emperatriz no podía y mejor se resignaba en aceptar lo que dispusiera.

—¿Y tú también vas a tomar atol? —le preguntó Zafira a Matt.

—Pues no sé lo que es pero no debe de ser tan malo —le contestó.

—Claro que no es malo, lo hice yo y se nota que es la primera vez que vienes a estas tierras del Caribe, ya lo vas a probar y me dirás.

—Pues si a Christoff le gusta creo que también me gustará a mí.

—Vamos pues —sujetó del brazo a la Emperatriz—. Vamos adentro y coman todo lo que quieran.

Cuando las mujeres se adelantaban, Matt detuvo al rubio para hablar sin que ella se diera cuenta.

—Christoff, quiero preguntarte algo.

—¿El qué? —lo miró con seriedad.

—En la taberna, ¿por qué probaste la comida corriendo el riesgo de

envenenarte?

El rubio lo miró a los ojos.

—Porque moriría por ella —le contestó sin dudarle adentrándose a la casa.

El pelirrojo se quedó tieso y pasmado por lo que escuchó, la respuesta de Christoff fue firme, constató su fidelidad por esa mujer y supo que el asunto al menos para él era mucho más. Eso sólo lo haría por amor.

Luego de comer los tres y de que Matt alabara también el atol, la Emperatriz le mostró algo de la casa mientras Christoff decidía descansar arrullándose en una hamaca de lona en uno de los corredores. En el Caribe no había nada más delicioso que comer bien y luego acostarse y mecerse en una rica hamaca, que te hiciera bajar el más delicioso de los sueños para dormir. La Emperatriz le mostró algo de las tierras y sus plantaciones a Matt y desde la casa, se tenía una bonita vista de la playa y del vasto océano. Le mostró al pelirrojo una pequeña vertiente que pasaba por la propiedad y le dijo que ella pasaba por una gruta en donde el agua era deliciosa. El hombre quiso conocer y ella lo llevó, no era muy alejado así que se fueron caminando. Al llegar de verdad que él quedó admirado del juego de colores en las rocas del lugar y no sólo de allí sino de las que también salían del cristalino fondo del agua. Descendieron un trecho hasta llegar. La roca estaba erosionada por el agua y las cavernas submarinas que podían haber allí abajo debían ser fascinantes, la Emperatriz lo notó embobado por el lugar.

—¿Te gusta? —lo tuteó.

—Es hermoso —se inclinó para tocar el agua, tenía una temperatura divina.

—Si quieres darte un baño hazlo.

—¿Puedo?

—Por supuesto, nada todo lo que quieras.

—Gracias, me encantaría.

—Te dejaré para que lo hagas a tu gusto, aquí no hay nadie más, puedes hacerlo con confianza, ya sabes el camino de regreso a la casa, no te vayas a perder —le sonrió. El hombre sonrió también y agradeció las atenciones, lo cierto era que si quería un baño algo decente.

La Emperatriz lo dejó allí y comenzó su ascenso de regreso para salir de la gruta pero justo antes de abandonarla completamente y quedar fuera de la vista se dio la vuelta para verlo, Matt comenzaba a quitarse toda la ropa, la que dejó a un lado encima de una roca y al momento quedó por completo

desnudo. La mujer lo estudió un momento, insistía que para ser religioso tenía muy buen cuerpo, largas y gruesas piernas y pantorrillas torneadas, espalda fuerte y algo musculosa y el trasero ni se diga, sin querer se humedeció los labios y se los mordió. Lo cierto era que el hombre estaba muy bien para su gusto y pensando perversidades sacudió la cabeza cuando vio que él se había lanzado de clavado al agua. Caminó saliendo de allí porque verlo de frente le podía quitar el sueño y al menos lo que restaba de esa tarde ella también quería descansar, darse un baño y dormir algo. Estaba en su casa y el breve momento debía aprovecharlo.

Al ocaso que había logrado dormir algo después que se bañara, Zafira le subió a su habitación una jarra con chocolate caliente y pan amasado con canela y leche de coco y que estaba recién horneado. El dulce aroma terminó de despertar a la Emperatriz, se levantó y vistiendo sólo una bata se acercó a una mesa redonda cerca de su ventana donde la trigueña había puesto la bandeja.

—¿Dormiste bien niña? —Le preguntó sirviéndole en una fina taza el chocolate.

—Algo, al menos descansé.

—Esas andanzas en el mar te están acabando, deberías sentar cabeza y tener ya un marido decente, tienes todo para dejar esa vida y retirarte a disfrutar una nueva.

—¿Quieres que deje de divertirme y me ate al aburrimiento? —sonrió cuando probaba el chocolate, se saboreó.

—Lo que quiero es que tengas un esposo que te ame y a tus propios hijos para que puedas heredar todo esto. ¿Eso es aburrido para ti?

—No sirvo para estar encerrada en una casa y lo sabes.

—Podrías volver a acostumbrarte.

—¡No! —sentenció evitando alterarse.

—Niña —la mujer le sujetó una mano—. El señor Charles lo hubiera querido, no por nada te heredó esta casa.

—Charles ya no está.

—¿Y no crees que una manera de honrar su memoria es complacerlo en sus deseos?

—Eso es algo que ya no importa.

—Yo creo que al rubio no le importará atarse a ti en un matrimonio, se pondría loco de la alegría y más después siendo padre, ese hombre te quiere.

—Me quiere en la cama, nada más —caminó en dirección a la ventana con

taza en mano y uno de los panes que mojó en el chocolate—. Por cierto ¿dónde está?

—Se quedó dormido largo rato en la hamaca del corredor de abajo y ahora se está bañando en su habitación, preguntó por ti pero le dije que también estabas dormida y se tranquilizó.

—¿Y... Erik? —saboreó el chocolate recordando cómo lo había visto la última vez, era una pervertida, lo reconocía pero al menos ya estaban a mano con respecto a los panoramas.

—El pelirrojo dijo haberse bañado en la gruta, regresó bien contento, preguntó por ti y también le dije que estabas dormida. Le ofrecí más atol que se bebió con gusto, no hace mucho le invité a chocolate y pan de coco y ahora parece que ya se enamoró de mí.

—¿Cómo? —la Emperatriz sonrió y se giró para verla.

—Poco le falta hacerme un altar, ha halagado todo lo que ha probado, dice que mis manos están benditas, que lo que le he dado ha sido un manjar y que seguramente una delicia que no volverá a probar, está encantado con mi sazón para las carnes. ¿Quién es ese hombre niña? La verdad no se parece a los desgarrados que no hace mucho se fueron al barco porque vendrán los otros, ¡esos si se quisieron comer hasta mis ollas! ¿Qué no comieron hartos donde Cesare?

—Erik... es algo diferente —la mujer sonrió.

—Pues no le veo cara de matón, es algo serio pero tiene un semblante tan tierno cuando habla que es imposible negarle algo, sinceramente te digo que es lo mejor que te he conocido y al que más placer me ha dado atender, ese hombre es un pan. No sé qué tiene pero da mucho gusto escuchar su voz, tiene un sonido bien bonito y no quieres que pare de hablar, tiene unos ojos preciosos y que sonrisa también. ¿Dónde lo encontraste? ¿No se siente celoso el rubio? Este si es de pocas pulgas y no entiendo como se ha aguantado el que esté cerca de ti.

La Emperatriz elevó una ceja volviéndose a la ventana, Matt se estaba descubriendo solo debido a su carácter doctrinal.

—Erik... se unió a mi tripulación hace poco —contestó para disimular—. Apenas y está aprendiendo, como todos tiene también su naturaleza y su seriedad me ayuda, impone algo de presencia y con Christoff... bueno a él no le hizo gracia que se nos uniera pero es un buen elemento.

—Pues yo siento que este pelirrojo nunca se ha despachado a nadie, no tiene cara de asesino, es más, ni siquiera le veo aspecto de buscar pleitos, ya

lo noté y por ratos se pone hasta triste y sus pensamientos se van quien sabe a dónde, parece algo callado. No sé si de verdad será un pirata pero no le veo esa corrupción.

—¿Y a mí sí? —la Emperatriz sonrió.

—Niña tú escogiste esto por una razón, una razón que aunque no es buena es lo único que pareció haberte dado las fuerzas para seguir, tú no lo haces por maldad sino como un desahogo, como algo que te distrae, como algo que te mantiene ocupada, no eres una persona corrupta, eso quieres hacerle creer a todos. El hecho de que te rodees de desarrapados, pervertidos, asesinos y hombres sin moral ni razón no significa que tú seas igual. Ellos actúan sin instinto pero tú lo haces por instinto y aunque le permitas al rubio tenerte como quiere eso no significa que es lo que tú quieres. Él es fuego y pasión candente que puede saciarte al momento ¿pero y después? ¿No te has sentido vacía? ¿No sientes que algo diferente falta en tu vida? Sé que no soy nadie para decirte las cosas pero si me permito aconsejarte porque te quiero mucho y sólo quiero lo mejor para ti, si ya te acostumbraste al rubio pues entonces cástate con él, yo sé que él aceptará feliz pero si no estás segura...

—¿Zafira que insinúas? —se volvió para mirar a la trigueña a la vez que se terminaba de comer el pan con el chocolate.

—Que estás en medio de dos hombres que te gustan, que te atraen pero que también hacen que te confundas, como dije uno es fuego candente pero el otro es como la brisa, como esa brisa del atardecer que acaricia, que da paz.

—Zafira, ¿ahora eres poeta? —la Emperatriz no dejaba de verla muy sonriente, la trigueña hasta parecía inspirarse en el pelirrojo más que con el rubio.

—Sabes que digo la verdad —se defendió—. Una cosa es la costumbre con el otro pero aunque no lo reconozcas este pelirrojo también te sacude toda, ponlos en una balanza pero eso si niña... no permitas que la ira y los celos vayan a cometer una locura y desaten una tragedia en el que los pierdas a los dos.

La Emperatriz tragó al oír eso, fue como un golpe en su pecho.

—Lo tendré en cuenta —suspiró—. Gracias por atenderlo bien, sigue haciéndolo, hazlo sentir bien.

—Lo haré con gusto y si me preguntas... —la mujer le acarició una mejilla y luego se dirigió a la puerta—. Creo que yo me inclinaría por el pelirrojo, no sé porque siento que él sería un excelente marido que te amaría toda la vida.

La trigueña salió y la Emperatriz se quedó parada como estatua en su lugar, ni siquiera parpadeó, las palabras de la mujer le calaron profundo pero lo que logró fue preocuparla más. Cuando se cambió con su ropa habitual y se hacía un moño alto, tocaron la puerta.

—Pase.

Christoff entraba vestido también con ropa limpia y recién bañado porque aún tenía mojado el pelo.

—Creí que aún dormías —se acercó a ella.

—Ya lo hice, me siento más relajada.

El hombre se colocó detrás de ella y acariciándole los hombros descubiertos como era costumbre comenzó a besarlos con delicadeza, la Emperatriz cerró los ojos al sentirlo y por un momento se dejó llevar. Christoff bajó las manos a la cintura y la atrajo a él, la pegó con fuerza y su respiración comenzó a tornarse de tibia a caliente, besó su cuello y girándole la cara la besó en los labios. La giró por completo y apretándola más a él comenzó a devorar más que besarla, el deseo ya lo dominaba y jadeante cuando bajó una mano para apretarle una nalga ella reaccionó y lo detuvo.

—Christoff no.

—Te deseo Emperatriz, calma mi ansiedad —susurró.

—Ahora no.

—¿Crees que fue fácil para mí ver toda la fornicación de los hombres en la taberna? —exhaló—. ¿Crees que no me excitó verlos? ¿Crees es fácil dominarme mientras ellos lo hacen con libertad?

—Y si tanto querías ¿por qué no fuiste a cogerte a una de esas zorras? la disposición la tenían a la orden.

Ella se separó molesta pero él la detuvo y volvió a pegarla a él.

—Porque a la única que quiero es a ti. A mí no me importa ver más mujeres desnudas, ni que se me insinúen ni se me ofrezcan, sólo tú me sacias, a la única que quiero tener siempre es a ti.

Volvió a besarla con fuerza sujetándole hasta de la nuca, la mujer sintió la erección del hombre que se ensartaba en ella. Él se controló buscando respirar, sabía que su acción iba a molestarla más.

—¿Quién te pone así? —Inquirió ella mirándolo con seriedad—. ¿Ellas o yo?

—Sólo tú —le acarició la mejilla, ahora se mostraba manso—. Sólo tú eres mi dueña. Ese es el precio para estar contigo.

—Creo que entonces deberé dejarte en libertad —le hizo ver.

—¿Qué? —reaccionó.

—No quiero que estés conmigo por un mandato o solamente para quitarte la calentura, sabes bien que yo no todo el tiempo estoy de humor. Si te abstienes sólo por mí o delante de mí reprimiendo tu verdadera naturaleza no estamos en nada, así no son las relaciones.

Ella se sentó en otro sillón para acomodarse sus botas y esconder sus acostumbradas armas en ellas.

—¿Reprimiendo? —cuestionó él—. No Emperatriz, yo no reprimo mi naturaleza, la libero contigo, no me importa que sea cuando lo quieras, yo te soy fiel y lo sabes. Me pusiste una condición para estar contigo y la respeto con gusto, no por obligación. Lo hago porque para mí eres la única y no existe nadie más, porque no puedo ver a nadie más, tú eres todo para mí, ¿me escuchaste? Tú eres mi todo, en eso te convertiste desde el momento en que te conocí.

La mujer suspiró, tragó y terminando con sus botas se quedó un rato inclinada mirando el suelo. Zafira tenía razón, ella comenzó a sentirse confundida. Christoff nunca le había dicho que la quería, no al menos de la manera de querer por amor y menos le había dicho que la amaba y por eso comenzó a cuestionarse en qué era lo que el rubio sentía por ella realmente porque si era puro ardor y deseo, si era sólo una atracción sexual tampoco eso era nada, no habían sentimientos más profundos aunque por la manera de hablar de él parecía que sí.

—Una relación no se basa sólo en sexo —dijo ella algo decepcionada—. Eso no es todo y tú...

—Yo soy tuyo —se apresuró a hincarse frente a ella poniendo ambas manos en los brazos de la silla, ella quedó en medio de él—. Emperatriz tú eres mi vida entera, tengo el privilegio de tenerte sólo yo, ¿crees que no agradezco eso? Eso para mí tiene mucho valor, es un privilegio, mucho más de lo que pude haber pedido. Mi vida tiene más sentido desde que estás en ella y por eso, con la misma devoción te cuido y te protejo, ningún botín que signifique el mayor de los tesoros se compara contigo, yo te prefiero a ti que a todas las riquezas que puedas ofrecer. No me has comprado Emperatriz, no has comprado un amante, a tus pies tienes un siervo, a tus pies tienes un hombre que te adora con el alma, a tus pies tienes un hombre que te jura fidelidad a ciegas y que te sigue de la misma manera. A tus pies tienes un hombre incondicional que te lo ha demostrado de mil maneras, en tus manos está puesta mi vida y entre tus brazos tienes...

—¿Qué? —inquirió ella—. ¿Qué más tengo?

—Tienes a un hombre que lo daría todo por ti.

Ella volvió a decepcionarse, era como tener un monigote, un juguete de momento pero nada que le indicara intensidad de sentimientos. ¿O era que ella no lo quería ver? Christoff se mordía la lengua por decir más, sí la quería, estaba muy enamorado, podía amar a esa mujer de una manera en la que nadie más podría hacerlo pero en el fondo le temía. La Emperatriz había sido una mujer que rechazaba todo sentimiento de amor, parecía no creer en él y él por retenerla, prefería hacer lo que ella dispusiera evitando hablar de cosas como esas. A él le gustaría hacerlo, no era de piedra, tenía sentimientos profundos por ella, tan profundos como el mismo mar, pero ¿cómo decirle que sí estaba enamorado? ¿Cómo decirle que la quería mucho más de lo que ella se imaginaba? ¿Cómo decirle que la amaba tanto que estaba dispuesto a dar su vida entera por ella sin dudarlo? Tal vez él no era un hombre ilustrado, ni estudiado, de hecho poco leía y escribía pero eso no significaba que fuera un tonto ignorante que no conociera el sentimiento del amor y las locuras que eso era capaz de engendrar. Podía hablar bonito si lo quisiera pero no iba a exponerse a un ridículo frente a ella, por lo que prefería mostrarse como siempre sin imaginar que no sólo él se hería sino que lo hacía con ella también. La Emperatriz sintió removerse algo extraño dentro de ella sin saber a ciencia cierta lo que era, pero en ese momento lo único que sentía al ver al hombre así de rodillas frente a ella era... compasión. Se acercó y dándole un casto beso se paró, caminó a su espejo para terminar de arreglarse.

—¿Hay algo más? —preguntó él no sintiéndose bien.

—No.

—¿Alguien más? —insistió él cambiando el semblante.

La Emperatriz lo miró a través del espejo, era mejor que actuara con cautela.

—No hay nadie más —sentenció con seriedad—. Quitá esas ideas de tu cabeza.

—¿Por qué celaste al Predicador en la taberna entonces?

—Porque tenía que aparentar y espero me sigas el juego, ¿crees que a él le hace gracia?

—Yo también aparenté pero los celos consumen y carcomen.

—Pues tranquilízate y sabes bien que no me gusta sentirme asfixiada en ese aspecto.

—Por eso te di tu espacio cuando llegamos, dejé que le mostraras la casa

y que lo llevaras a pasear, confío en ti Emperatriz, así como yo te aseguro mi ser yo debo estar seguro que eres solamente mía y mía no sólo en cuerpo sino también en alma y corazón. No quiero sólo tu cuerpo, quiero también tu corazón, no quiero que haya nadie más en tu cabeza sólo yo, no quiero que nadie más penetre tu alma sólo yo, así como tienes mi corazón en tus manos yo quiero tener también el tuyo.

En ese momento tocaron la puerta de la habitación y una mulata más joven entró cuando su ama dio el permiso.

—Señora sus hombres acaban de llegar, la esperan en la estancia del corredor, dicen que quieren hablarle.

Ella asintió.

—¿Y el pelirrojo? —preguntó.

—Se durmió un momento en una hamaca pero no hace mucho despertó y luego de beber más chocolate se encaminó a la playa, ha estado viendo el mar y lleva largo rato sentado en la arena.

La Emperatriz evitó suspirar ante la presencia de Christoff.

—¿Quiere que se le mande a llamar para la reunión? —insistió la sirvienta.

—No, déjenlo, luego hablaré con él, diles a los demás que en un momento voy.

La mulata asintió, obedeció y salió, el rubio seguía mirándola a ella. La Emperatriz se acercó a él.

—Vamos —le ordenó ella encaminándose a la puerta.

—Aún no me contestas —la detuvo él sujetándole la mano—. No sabes cómo sufro al no tenerte aquí, en esa cama o en la mía. Quisiera que cada rincón que te rodea sea testigo de nuestros encuentros.

“Testigos de encuentros pasionales no de amor” —pensó ella.

—Sabes bien que no lo hacemos aquí, respeto la memoria de Charles, esta es mi habitación privada y como mi hombre tienes también la tuya, tienes todas las comodidades...

—Pero no te tengo a ti y por eso me siento solo —la interrumpió.

La mujer prefirió terminar con la plática que a nada los estaba llevando. Se acercó y volvió a darle otro casto beso.

—No tienes porqué sentirte solo y para compensarte te...

—No quiero nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera a mí? —lo miró con coquetería.

—¿Cómo?

—Te compensaré esta noche en el barco —acarició su pecho.

—¿De verdad? —le apretó la cintura.

Ella asintió.

—Aprovecharemos que la mayoría de los hombres están en tierra y lo tendremos sólo para nosotros.

—Creí que dormiríamos aquí —susurró él.

—Puedo cambiar de parecer, luego veré —le guiñó un ojo.

El rubio sonrió y volvió a besarla con fuerza, con ese frenesí que ya ella conocía. Los besos de él estaban cargados de un anhelo desmedido, de una sed que no podía saciar, de un deseo febril que no podía reprimir y de una fuerza que a ella la sacudía entera haciendo que cada fibra de su cuerpo respondiera de la misma manera. Como sea, eso la dominaba aunque ella se negara a reconocerlo. Cuando se dieron un respiro, él le puso la mano en su pecho.

—Es tuyo —susurró en sus labios.

9. La historia de Matt



Luego de su reunión la Emperatriz ordenó a sus hombres ir por su “Fragata” ya que aún tenían trabajo que hacer esa noche, mientras ellos desalojaban su salón, ella miraba por ese balcón la vista hacia la playa donde Matt seguía sentado viendo el mar. Tenía las rodillas flexionadas a la altura de su pecho y los brazos descansando en las mismas a la vez que se sujetaba ambas manos. Christoff la estremeció al tocarle los hombros.

—¿Te inquieta lo que los hombres dijeron? —inquirió.

—No tanto, por favor ve con ellos, te encargo la embarcación.

—¿Y tú? —la notó que ella observaba al hombre en la playa.

—Iré a hablar con el señor Brown, necesito que disimule mejor, Zafira no es tonta y ya notó que él no es como los demás, nadie debe de enterarse de lo que en realidad es.

—¿Te importa?

—Es un hombre inocente Christoff, por favor no empieces —lo miró con fastidio—. Me importa su vida, él no tiene que pagar ni por nuestras andanzas ni por lo que le pasó a su barco, nadie debe de saber que es un sobreviviente del Saint John, no cuando esa rata del Rabioso anda cerca.

—¿Crees que siguió órdenes de Salamandra?

—Es posible, como también es posible que lo que pasó en Dominica sean negocios turbios de ese otro miserable por eso debemos esconder el botín, todavía no nos asocian pero no hay que descartar la idea. El que el tal Barrabás desapareciera desde que llegamos es para pensarlo, ¿no crees? Ese es otro perro de Salamandra y sé que él sabe dónde se ubica en este instante el Galeón pero por desgracia es tan leal a su amo que ni borracho de placer es capaz de soltar la lengua.

—Está bien, me iré con los hombres a la bahía ahora y espérame, prometo volver lo más rápido que pueda.

Ella asintió y él mostrándose algo más cariñoso le dio un beso en la frente, salió del salón y ella se quedó un momento más en ese balcón. Sus

hombres no habían averiguado mucho, pero al menos siempre encontraron quienes hablaran de más. Quienes frecuentaban las tabernas se daban cuenta de todo porque no había chisme que saliera del horno que ellos no tardaran en devorarlo y escupirlo para que la isla completa supiera las cosas, las ramera igualmente hacían lo suyo. Algunas eran fieles a los hombres que las tenían como exclusividad pero eran mujeres y por desgracia todo lo que escuchaban lo comentaban y lo que una decía, la otra lo repetía, y así, y así, y así hasta que ese eslabón se iba haciendo más grande y largo. Las sirvientas eran otras que al menos cuando iban a los mercados por algo, también se daban cuenta de los chismes y de esa manera nada podía estar oculto. Algo de lo que más se hablaba era de un par de cadáveres de dos jóvenes que días atrás habían sido encontrados degollados en una selva adentro, parecía que los habían llevado para matarlos o los emboscaron para hacerlo. El caso es que habían sido reconocidos como la Pulga y la Lagartija, huérfanos pordioseros más que piratas novatos que se habían enlistado en el *Calígula* y que, habían sido vistos la última vez frecuentando el burdel de "*La Cortesana*" una de las casas de prostíbulo más solicitadas por hombres de bajos instintos por ser del tipo de mujer que estaba dispuesta a hacer de todo y dejarse hacer de todo hasta con el peor y más asqueroso de los hombres. Eso sí, por eso eran de las mejores pagadas y el burdel era de los más caros, la asquerosidad del tipo la hacían a un lado mientras soltara todo el oro que pudiera, pero algo estaba garantizado; que quien quería morirse de placer y hacer todo lo que la imaginación le permitiera ya sabía a dónde debía ir. Caso contrario era la "*Casa de Venus*" un burdel algo más fino para tipos no tan desarrapados, era favorito especialmente de los corsarios, de piratas más finos por así decirlo y que no tenían un instinto bestial y aberrado como los otros. Las pupilas de Venus eran chicas preciosas, unas muñecas en otras palabras cuyo aseo personal diario era la primera regla. Poseedoras de la piel más tersa, de los cuerpos más esbeltos, de la seducción más candente y con la apariencia más atrayente que los hombres no podían resistir. Ninfas hermosas según ellos, tan perfectas que sólo habían podido salir de una pintura. No tenían ni un tan solo vello corporal fuera de lugar, eran totalmente lampiñas, depiladas por completo de axilas, piernas y sobre todo de lo que ofrecían, su carne completa podía verse sin problemas y la exposición sin pudor era lo que más loco volvía a los hombres, encandilándolos hasta el éxtasis cuando abrían las piernas para verlas y tocarlas. Esa era la casa que frecuentaba Charles Walker y sus hombres cuando visitaba Tortuga y una de sus favoritas, fue premiada

con la adquisición del lugar comprado por él para ella y aunque cinco años atrás era una joven de veinticinco años, la mujer y la Emperatriz habían trabado algo de amistad o al menos de “negocios” a su modo. La capitana le cedía préstamos a bajos intereses o a veces ni le cobraba con una sola condición; que ese lugar sería el exclusivo de sus hombres y de otros corsarios extranjeros siempre y cuando, sus chicas fueran adiestradas para sacar toda la información posible que le pudiera servir para sus propósitos y beneficios. Fidelidad a la Emperatriz y a su tripulación a cambio de no tener apuros económicos, asunto que “*La Venus*” como la mujer se hizo llamar después aceptó de buen agrado, todo lo que fuera para honrar el legado de su Charles ella lo secundaría y más teniendo como benefactora a su heredera. De esta manera, sus hombres que ya venían de allí le habían comentado lo del degollamiento del par, así como de lo que anduvieron hablando en su borrachera con respecto a un asalto en alta mar, que es lo que suponen les sentenció a morir aunque otros dicen que fue pleito por las mismas ramerías que tenían dueños y éstos decidieron quitarlos del camino, en fin lo único cierto era que dos muertos habían sido encontrados. También se enteraron de lo que había pasado en Dominica y del supuesto robo de unas cajas pertenecientes al Rabioso, botín que lo atribuyen a él porque era el Calígula el que andaba rondando la isla y el tercer asunto, era sobre el naufragio de un barco extranjero y de cómo nadie había quedado vivo. Habiendo sobrevivientes que atestiguaran lo sucedido, el asunto se podía esclarecer mejor ante las autoridades inglesas pero gracias a la lengua suelta del par de desdichados, supieron que se debió a un atraco por parte del Calígula y ahora que el suceso había sido denunciado y llegado a oídos ya del mismo rey de Inglaterra, se había girado la orden de proceder a una cacería contra los responsables a quienes les esperaba la horca sin el derecho a un juicio. El asunto menor era nada más la presencia de Barrabás en la isla y eso era lo que más le intrigaba a la Emperatriz, los pescadores sólo lo vieron hablando con otro tipo que se bajó de una balandra y nada más, lo extraño es que al principio el tipo tenía pelo y ahora estaba completamente calvo y eso significaba que no quería ser reconocido. La mujer exhaló con molestia y cansada de pensar sin hallar respuestas decidió bajar a la playa y distraerse con Matt, le gustaba el sonido de su voz y hablar con él un rato aunque fuera del clima no estaría mal, necesitaba amansarse. Cuando se acercó a él notó que tenía los ojos cerrados pero debía interrumpirlo.

—¿Todo bien señor Brown? —volvía a tratarlo con respeto.

El hombre reaccionó a su voz y abriendo los ojos de golpe, giró y levantó la cabeza para verla.

—Hola—contestó con esa dulce voz.

—Lamento interrumpir su... meditación u oración —se sentó junto a él.

—No, no estaba orando, para platicar con Dios se puede hacer de muchas maneras, lo que hacía era solamente desligarme de todo y escuchar el rumor del mar y sus olas, pero por favor ya no me digas señor Brown, tutéame y dime Matt, me agrada el tono de voz que empleas cuando lo haces.

—Está bien Matt pero lo haré sólo cuando estemos solos, además se supone que te llamas Erik y por Christoff te trataré de “usted” cuando estemos frente a todos, no se trata de aparentar sino de protegerte, es muy celoso y lo que menos quiero son más dolores de cabeza. —El hombre intentó sonreír, respetaría lo que ella dispusiera—. Me dijeron que estabas aquí, ¿te gusta? —insistió ella.

—Este lugar es hermoso, se siente tanta quietud y la vista me parece maravillosa, ser testigo de un precioso atardecer ha sido un privilegio.

—¿Has ido alguna vez por el Mediterráneo?

—No, sólo fueron planes.

—Es bonito pero nada se compara con las aguas del Caribe, este es un paraíso inigualable. Las cristalinas aguas del Atlántico no tienen comparación. Este lugar en específico se llama “*Joyau des Caraïbes*” o Joya del Caribe.

—Y lo creo, me parece magnífico. Cada vez que observo cosas así confirmo que Dios todo lo creó perfecto.

—¿Aunque haya hecho también al hombre?

—El hombre se corrompe debido al pecado, desde que desobedeció en el Edén su naturaleza pecaminosa lo dominó, el tener conocimiento de todo lo condenó y desde entonces la maldad en el mundo se ha expandido.

—¿Y por eso Dios mandó el diluvio?

—Sí, sólo los que creen en él y obedecen sus mandatos serán salvos, ese también es el simbolismo.

La mujer exhaló y miró el mar, ella sabía que estaba lejos de tener una salvación así, no era que no creyera sino que no tenía la intención de obedecer.

—Creo que soy una vergüenza en lo que digo profesar —suspiró él también con tristeza.

—¿Por qué? —ella lo miró.

—Porque no tengo el valor para hablar, para hacerle ver a toda esta gente

la paga del pecado en el que viven, porque no tengo la fuerza ni autoridad para hacer que crean en mis palabras y hacerles cambiar e ir por el buen camino y dejar esta perversión. Nadie creerá que entre el hombre y Dios hay la distancia de un abismo pero que hay un camino para llegar a él y ese es el puente de la cruz.

—Puedes deshacerte en predicaciones y aquí nadie te escuchará, hasta podrían matarte para callarte porque te convertirías en una molestia, nadie quiere saber de religiones aquí, al único que adoran es a Baco y a Venus, licor y perversión sexual es el “abismo” de Tortuga. Es posible que si hablas más de alguno crea que hay un Dios que les pueda cambiar la vida pero el problema es que nadie quiere dejar la vida fácil ni el obtener las cosas a su manera, además estás solo y se necesita más que una misión aquí, la verdad no te lo aconsejo.

—La conversión no es fácil pero es la única manera, es una decisión que se debe tomar con el corazón.

La Emperatriz lo miró con atención, tenía mucha curiosidad por ese hombre.

—¿Conoces la diferencia entre un ateo y un religioso?

Matt frunció el ceño y la miró.

—Es obvio, ¿no?

—No, no se trata de que unos no crean en Dios y los otros sí, sino de otra cosa.

—¿Cuál?

—En que los ateos jamás tendrán el conformismo que tienen los religiosos, el religioso se estanca en su doctrina y ya, sin indagar más, cree a ciegas sobre cosas divinas y milagrosas. En cambio el ateo no se cansa de cuestionar, de buscar, de estudiar, de encontrar un porqué a esto o a aquello, siempre irá más allá buscando y encontrando explicaciones lógicas, es por eso que la ciencia y la religión jamás se llevarán.

—Y es por eso que la inquisición cazó a varias de esas personas, quiso ponerles un alto a su “intelectualidad” y evitar que los perjudicaran.

—¿Cómo llegaste a ser religioso? —inquirió—. No me lo vas a creer pero... me cuesta creer que... nunca... ¿De verdad no has hecho el sexo?

Matt sonrió y bajó la cabeza con algo de sonrojo, la mujer lo notó a pesar de que ya la luz del día estaba desapareciendo y estaba por oscurecer.

—¿De verdad te causo curiosidad? —preguntó él mirando la arena en sus pies.

—Es que de verdad admiro esa fortaleza, te crees débil pero no lo eres, no sucumbes a la seducción. Lo que sea que tu Dios haya puesto en ti es algo fuerte, tu estadía aquí por ejemplo, llegamos donde Cesare y en vez de excitarte con lo que viste te dio repugnancia, tanto que preferiste cambiar de lugar y no seguir viendo nada. ¿No te gustan las mujeres? —Lo miró con algo de reserva—. No me digas que eres eunuco también o algo por el estilo.

El hombre sonrió más abiertamente al escucharla.

—De verdad que eres curiosa —murmuró.

—Sé que los sacerdotes católicos tienen el celibato pero ustedes no —insistió—. Ustedes pueden casarse y al menos tener sexo así, aunque de seguro no deje de ser algo aburrido.

—¿Aburrido? —la miró divertido.

—Creo que viste lo suficiente en la taberna para saber cómo se goza el asunto, si bien las “damas” se conforman con la posición del “misionero” las rameras no y por eso gozan más, por eso los hombres las prefieren.

—¿Posición del “misionero”? —la miró elevando una ceja conteniéndose la risa.

—Es la típica donde él está arriba y la mujer abajo y de esta forma se ven cara a cara. Para muchos sólo esa es la manera de hacer el amor por considerarlo un contacto íntimo, a lo demás le llaman coger o copular.

—¿Y por qué del nombre? Me parece algo blasfemo.

—No has leído historia, ¿verdad? Luego de que llegaron los colonizadores a estas tierras dicen que notaban como los nativos tenían sexo y era el poner a la mujer hincada y apoyada en sus manos y de esa manera las embestían por detrás. Los sacerdotes que llegaron con ellos para evangelizarlos se escandalizaron por la práctica de copular así, ya que lo consideraron aberrada y animal y entonces tuvieron que aconsejarlos y hacerles ver “cómo” debía hacerse.

—¿Un sacerdote católico diciendo cómo tener sexo? —Matt no pudo con la risa contenida y se soltó en carcajadas. A la Emperatriz le asombró verlo así, era la primera vez—. ¿Así que los sacerdotes dan también clases de coito? ¿Cómo un sacerdote puede dar consejos así? ¿Será que ellos lo hicieron primero?

—Pues no sé pero así es la historia —continuó ella—. El hecho es que algunos indígenas comenzaron a practicarlo así y por eso del nombre.

—¿Y a las mujeres les aburre hacerlo sólo así? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —se relajó en la arena apoyándose en sus brazos y extendiendo las piernas, él notó como su cuerpo sobresalía al estar así, especialmente sus caderas y pechos.

Él volvió la cabeza para mirar con la escasa claridad el mar. Era mejor no preguntar nada, imaginarla a ella tanto en esa posición y en todas las demás no le hizo tanta gracia y menos teniendo encima o detrás al rubio. Como lo hicieran no era asunto de él.

—La corrupción de la iglesia católica es peor que la de Babilonia —dijo él con seriedad—. Ellos son la gran ramera ahora, ellos son la abominación de la tierra, he sabido de las orgías que las autoridades eclesiásticas hacen en Roma o en cualquier otra parte y puedo decirte que por mentir y engañar y abusar de su poder y autoridad en nombre de Dios para hacer el mal y azotar al hombre, una de las partes más ardientes del infierno les está reservada.

La Emperatriz lo miró con asombro ya que el semblante de él cambió por un momento cuando dijo eso, ella nació en un seno católico pero a esas alturas de su vida la religión le valía un coco así que no le apetecía discutir. En lo que alguna vez ella creyó ahora ya no lo hacía.

—Veo que te molesta el tema —dijo ella.

—Algunos de esos depravados se escudan en las llamadas “confesiones” para atrapar en sus telarañas a mujeres tontas, a las que de verdad hacen pecar diciéndoles que para expiar su pecado deben purificarse con ellos porque sólo ellos pueden hacerlo. Las hacen tener sexo con ellos y durante el coito muchas veces las hacen rezar mientras ellos gozan el asunto. Ellos practican toda clase de posición sexual y todo placer carnal pervertido, hacen que las mujeres los toquen y hasta que se las metan en la boca y aunque ellas se escandalicen, lo hacen en ignorancia porque creen que es cosa de Dios ya que ellos lo mandan y así se evitan el castigo divino. Eso es lo que odio de la religión, la manera en la que quieren someter a los débiles valiéndose de su ignorancia. No soy tonto Emperatriz y conozco esa lacra —se volvió a ella y la miró—. Muchas mujeres así han quedado embarazadas y también muerto después de sacarse lo que llevan dentro por consejo de ellos mismos que no quieren ser descubiertos.

»De la boca de esa calaña sólo salen mentiras y por eso nosotros nos rebelamos para hacerla saber y decir la verdad, nos pueden perseguir, encerrar, azotar, torturar pero jamás negaremos la verdadera fe ni las enseñanzas de Cristo. Nos pueden llevar al cadalso y quemarnos en la hoguera pero jamás nos arrepentiremos de predicar la verdad y escupirles a ellos la

putrefacción que son y el cómo han corrompido la iglesia y las enseñanzas que Cristo dejó establecidas. Nosotros tenemos claro la aflicción de la carne y que lo que le pase a nuestro cuerpo sólo es breve porque nuestra alma será encontrada por los ángeles pero ellos, ellos si sufrirán el castigo eterno porque Dios reprobó todo lo que hicieron y dijeron en su nombre, para ellos si les está reservado su lugar en el lago de fuego que sólo les espera para quienes siguen a Lucifer.

—Debo decir que tienes cierta autoridad espiritual, hiciste que mi cuerpo se estremeciera al escucharte —le dijo ella con algo de desconcierto—. Pero qué bueno que no eres un sacerdote, serías un pecado y un desperdicio.

—¿Qué? —la miró evitando reír.

—Eres un hombre muy atractivo —le hizo saber ella con osadía, él reaccionó—. Zafira ya te agarró cariño, te cree encantador para ser “pirata.”

—Es una buena mujer, todo lo que cocina es delicioso, estoy encantado por su atención.

—Pero será mejor que no te muestres tan dócil, tu apelativo como Erik el Rojo debe infundir temor y como dice ella, se nota que nunca has matado a alguien.

—No hago bien mi papel.

—Ni en la taberna de Cesare —sonrió.

—Dijiste que era de tu propiedad, debía mostrarme obediente.

—¿Pero en extremo? —insistió muy risueña—. Se supone que llegabas a tierra después de meses en el mar, lo más lógico era escoger a una.

—¿Escogerla? Aunque hubiera sido un hombre de mundo creo que no me lo hubieras permitido. Además... —arrugó la nariz—. Soy algo delicado y al menos creí que el olor a pescado crudo debía estar en el puerto o en el mercado, no en la dichosa taberna.

La mujer no pudo más y se soltó en carcajadas. Matt se sorprendió al verla así.

—Será mejor que a nadie le digas sobre mis carcajadas —le dijo ella—. Eres el único que me ha visto así.

—Pues que privilegio pero tampoco te rías de mí —sonrió también.

—¿En serio estás traumatado? —Se repuso sentándose al cruzar las piernas como los turcos—. Señor Brown le aconsejo que busque estrenarse —le dijo en broma. Esta vez fue el hombre que se rió con ganas.

—Pero no aquí —le siguió el juego él.

—Pues donde sea, cástate entonces para que no peques pero haz algo, no

puedes desperdiciarte así.

—¿De verdad crees que nunca he estado con una mujer? Eso que dices sobre la posición del “misionero” lo desconocía. Desconocía el origen de la idea para los nativos pero es interesante saberlo, aunque no es un mandato y menos viniendo de sacerdotes que son también hombres y el que se haga sólo así tampoco significa que no haya placer. El acto no sólo es para procrear sino para disfrutarlo.

La mujer lo miró sorprendida y tanto se sintió así que no pudo cerrar la boca.

—¿Entonces si...? —con la mirada señaló su miembro.

—Deja de hacer eso —sonrió apenado—. ¿Tanto te interesa ver una erección mía?

—¡Oye! —ahora fue ella la que volvió a sonreír.

A Matt le gustaba verla reír, la Emperatriz era una mujer hermosa, mucho para dedicarse a la piratería porque al menos su apariencia personal y el aseo eran muy importantes para ella. Siempre vestía con ropa limpia, siempre lucía su pelo, fuera suelto, en moño o en larga trenza, siempre ella olía a esas esencias que ya se sabía de memoria haciendo que su piel fuera algo más para desear y al menos, su dentadura seguía siendo algo impecable. Aunque lo negara se sentía muy atraído por ella, asunto con el que su yo carnal y su yo espiritual ya mantenían una constante lucha desde el momento en que él la miró por primera vez.

—No soy virgen si eso te interesa saber —continuó él cuando terminó de estudiarla—. Fui muy promiscuo desde mi adolescencia y con quien probé... la primera vez... fue también en un burdel.

—¿Cómo? —ella elevó ambas cejas.

—Vivía en un pequeño puerto en Suffolk y tenía quince años recién cumplidos, como imaginarás no era lo mismo para un chico haber imaginado la desnudez de una mujer y que mostrara algo más que los tobillos y el cuello, a verla de verdad completamente desnuda. Creo que tuvieron compasión de mí y la mujer con la que estuve era una que ya pasaba de los treinta, era muy atractiva y fue muy paciente. Además de que el lugar no olía tan mal, ellas tenían sus reglas en el aseo. Me dijo de lo que se iba a tratar el asunto y de la misma manera me preparó, me enseñó sobre la manera en la que iba a conocer las reacciones de mi cuerpo y el deseo que el mismo iba a dominarme. Me habló sobre las erecciones y sobre la manera en la que podía... “retrasar” el... líquido que iba a salir de mí, me habló de ese alivio y el cómo podía

controlarme luego de “abandonarme y explotar” al placer.

—Buena tutora, ¿eh?

—Para un chico sí, aprendí mucho. Me dijo cómo las mujeres querían ser tocadas y acariciadas, me enseñó a hacerlo, me dijo que si quería volverlas locas de placer debía hacerles ese tipo de cosas. Me enseñó algunas posiciones y el cómo yo tenía que hacer las cosas.

—¿Y todo eso en una noche?

—No, ella me adiestró en una semana, le caí bien y por algunas cosas no le pagué aunque eso no significó que me quedara con mis ahorros, casi todos fueron para ella.

—¿Y entonces?

—Como imaginarás me volví insaciable, al menos cada tres días debía estar con una mujer, trabajé como burro no sólo para ayudar a mi familia que se dedicaba al comercio sino que la mayoría de mis ganancias iban a parar a los burdeles. Así pasaron los siguientes tres años hasta que mi papá quiso que me hiciera a la mar para tener mejor futuro. Gracias a un amigo suyo me volví marinero y eso en mi orgullo me ayudó según para volverme más hombre, conocí otras tierras, navegué otras aguas, me sentí un hombre de mundo pero ya te imaginarás el tiempo embarcado, me disparó peor la sexualidad.

—¿Marino? Entonces no eres ajeno a estar sobre el agua. Ya me imaginaba algo así porque parece que los barcos no te sorprenden.

Ahora la mujer entendía el porqué de su cuerpo, la disciplina militar también la conocía.

—En el caso de un barco pirata sí, nunca había estado en uno, ni en mis sueños me lo imaginé, en mis años de marinero nunca me aventuré al Atlántico. El caso es que apenas y tocábamos tierra lo primero que iba a buscar era un burdel, era una desesperación muy fuerte y comencé a asustarme porque era demasiado. Podía estar con una y con otra al mismo tiempo sin problemas, podía terminar y saciarme pero en menos de quince minutos necesitaba volver a...

Matt notó como la mujer se había quedado mirándolo asombrada y poniéndole toda la atención al relato.

—¿Qué? —insistió él.

—No, nada, sigue —reaccionó ella.

—¿Te preguntas cómo es que ahora soy religioso?

—Tú lo dijiste —se defendió ella. Él sonrió.

—Esa promiscuidad excesiva casi me mata —continuó—. Sin saber desde

cuándo ni cómo me contagié de enfermedades y casi, por poco desarrollo una sífilis. Fue así como me dieron de baja en la marina y enfermo regresé con mis padres, de verdad que estuve a punto de morir porque las fiebres me estaban matando. Tenía una seria inflamación en mis... bueno ya sabes, para colmo tenía problemas hasta para orinar y cuando comenzó a salir una pus me asusté más. No pude ocultarlo a mis padres y el médico que me vio lo constató, hongos y bacterias estaban carcomiéndome acabando con mi hombría y comencé a perder peso, apenas y la fiebre se controlaba pero no podía engañarme.

»Para ese tiempo llegaron un grupo de protestantes al lugar y mi madre comenzó a escuchar lo que predicaban, ella creyó como también creyó en que el Hijo de Dios podía sanarme. Comenzó a invitarlos a la casa y ellos a su vez a hablarme de lo que eran, yo estaba escéptico y al principio no quería saber nada, estaba resignado a morir, según yo no era justo ya que estaba joven pero era el precio por mis pecados y eso lo entendí después, yo mismo había escogido lo que me había pasado. La Biblia es clara cuando dice que la paga del pecado es muerte y yo, había pecado desde adolescente viviendo una vida sexual desenfrenada y sin control, pude decidir no hacerlo pero preferí lo contrario y disfrutar a mi manera lo que yo creía vida. El hermano Balthassar que era el ministro mayor se encargó de hablarme de la palabra y hacerme entender, él no sólo me enseñó las historias del Antiguo Testamento sino que me evangelizó con los del Nuevo, me leyó las bienaventuranzas, la historia de Jesús y la manera en la que murió entregando su vida por pecadores como yo, luego me habló de sus apóstoles y lo que vivieron al llevar la Gran Comisión a todo el mundo. Él me enseñó a ver la vida de otra manera, a orar y a platicar con Dios y entonces algo se agitó en el corazón de este pecador y sentí que era el poder de Dios que me estaba transformando y lo hizo porque creí. Comencé a sentir esa sed de saber más, de leer la Biblia y de acercarme más a Dios si es que era digno de su perdón, ya estaba resignado a vivir el poco tiempo que me restara de vida y partir con él si es que me lo permitía como decía en su palabra. De pronto comencé a tener más fuerzas, las medicinas me estaban ayudando y el dolor a menguar, las fiebres fuertes no volvieron y al orinar ya no sentía tanto dolor y lo mejor; la pus que me tenía infectado había desaparecido. Cuando el médico me revisó se sorprendió mucho, no lo creía y sólo lo atribuía a un milagro, las medicinas que me recetó no iban a sanarme sino a ayudarme a sobrellevar la enfermedad y entonces entendí que el milagro de sanarme lo había hecho solamente el mismo Dios. Fue por eso que

agradecido decidí volcarme a su servicio, sabía que no iba a ser fácil dejar de ser lo que era pero al menos había aprendido la lección y apelaba a que me diera esa fortaleza. Decidí abstenerme de todas relaciones pecaminosas y vivir de una manera sana, tanto física como espiritual y sorprendentemente lo pude hacer.

La mujer estaba muda al escucharle decir todo eso, le era imposible de creerlo.

—¿Y tu familia sigue en Inglaterra?

—Mis padres murieron hace unos años y mi hermano mayor que se hizo cargo del comercio murió hace poco más de uno, dejé que su esposa e hijos vivan de nuestra poca herencia, así que como ves estoy solo. Mi familia fue la que pereció en el Saint John, cuando decidí unirme a la congregación y seguir la misión junto con ellos, el ministro Balthassar me adoptó como a otro de sus hijos, eso éramos nosotros para él y ahora...

—Ahora creo que debes honrar su memoria y continuar con la vida que escogiste.

Matt la miró con tristeza, de verdad que se sentía solo.

—A veces dudo que pueda.

—Creo que te enseñó bien —insistió ella—. Sé que serás como él. Si la doctrina de ustedes les permite casarse y tener una familia, hazlo.

El hombre la miró con más atención.

—Tú decides si quieres continuar solo o hacerlo con tu propia familia —continuó ella—. Eres un hombre atractivo y muy recto en tu manera de ser, yo sí creo que Dios te cambió y aún tiene más para ti. Tienes un propósito, eres como un instrumento para él y...

—Y él avivará la obra que creó y terminará lo que empezó —la interrumpió él.

—Sí —asintió ella.

Se quedaron en silencio un momento al mirarse y lo único que se escuchaba era el sonido de las olas acariciando la blanca arena de la playa.

10. El Pasado



El hablar con Matt, había logrado en ella distraerse de la reunión con sus hombres y no entendía el porqué quería dejar fluir lo que sentía y abrirse un poco más con él con respecto a su vida. No sabía lo que le pasaba, no solía hacerlo así, no con nadie que no conociera pero él le inspiraba confianza y deseaba hacerlo.

—Mi historia es muy diferente a la tuya —comenzó a decir ella.

—Ya lo creo para que hayas decidido... ser una mujer pirata, la verdad jamás creí ver algo así, creí que una mujer no podría ser eso.

—Pues ya ves que sí, como te enseña tu doctrina nada es imposible.

—Pues como sea eres una mujer inolvidable.

Ella medio sonrió sin querer mirarlo, él si la miraba y se dio cuenta que lo había dicho con el sentir de su corazón.

—Supongo que con todo lo que he hecho será difícil que alguien me olvide —suspiró—. Seré recordada como una delincuente, como una rebelde, como una mujer pirata que no dudaba en matar y en hacerse de cuanto botín le fuera posible.

—Creo que serás recordada como tú deseas que lo hagan.

—Pues como ves habrá mucha más gente que jamás se olvidará de mí por lo que he sembrado en sus propias vidas, esa es mi huella Matt, eso es lo que dejaré.

El hombre no dijo nada más, lo cierto es que al menos en él si dejaría otra clase de huellas y muy profundas.

—Tú ya me contaste tu historia y sé que tienes mucha curiosidad por saber la mía —insistió ella.

—Sí es verdad, quisiera saber más de ti, conocerte más pero sobre todo conocer tu nombre real.

—¿No te conforma llamarme Emperatriz?

—La verdad no —la miró fijándole los ojos.

Ella exhaló, no sabía por qué ni qué la estaba orillando a hacerlo pero

necesitaba hablar con él aunque eso implicara volver a sus recuerdos, recuerdos que deseaba borrar y enterrar.

—Te diré lo que quieres saber, con una condición.

—¿Cuál?

—Que luego de escuchar lo que te diga, lo olvides y nunca más lo repitas a nadie.

—¿Cómo? ¿Es un secreto?

—Júralo —tragó apretando la quijada.

—Te lo juro —contestó con firmeza. Ella exhaló.

—Mi nombre verdadero es... Isabel —confesó.

—¿Isabel? —sonrió él al saberlo, le gustaba. La miró dándole toda su atención.

—Isabel Heredia de la Fuente —sus labios temblaron cuando dijo su nombre completo.

—Es hermoso, en inglés sería Elizabeth.

“*Elizabeth*” —recordó, sólo uno la llamó así.

—Sí pero es español —encogió los hombros—. Nací en Asturias, España hace veinticinco años pero desde los cuatro mi familia y yo vinimos a La Española lo que me hizo crecer en este Caribe, en un lugar que se llamaba “Puerto de la Cruz” Tenía a mis padres y a un hermano ocho años mayor, habitamos una mansión hermosa y yo tuve la oportunidad de ser libre durante mi niñez y disfrutar de la playa y hacer todo aquello que me gustaba. Por desgracia la felicidad de una nueva vida no nos duró mucho. Cuando tenía diez años mi madre murió y mi padre no pudo recuperarse de su pérdida, para colmo mi hermano que también siguió el camino militar de mi padre, siendo un soldado murió también tres años después de ella y con eso mi padre cambió totalmente, yo no era suficiente, se alejó aún más de lo que le quedaba de su familia que era yo y se volcó a su profesión de capitán. Apenas y nos veíamos y hablaba conmigo, sentí que yo no le importaba.

»Recién cumplidos mis quince años apenas y se hizo una reunión en la casa, la famosa “presentación en sociedad” de la que hablan pero creo que esa fiesta firmó mi sentencia. Un amigo de él que también era militar poco después lo nombraron Comendador de Puerto de la Cruz, gracias al nuevo gobernador de la Capitanía General de Santo Domingo y se decidió hacer una fiesta para honrar al Comendador. Una tarde que se celebraba su promoción en una fortaleza militar del lugar, acompañé a mi padre a dicha fiesta pero nunca nadie imaginó el final de la misma. Apenas y había estado hablando con mi

mejor amiga cuando uno de los jóvenes tenientes nos dijo que nos solicitaban en la fiesta. Mi amiga se quedó cerca de su familia y el soldado me llevó por un largo corredor que era donde estaban mi padre y el Comendador. Me dejó a unos cuantos metros señalándome la puerta y yo con timidez me asomé, estaba medio abierta así que antes de tocar y entrar escuché lo que hablaban, estaban haciendo planes de matrimonio, más el Comendador que mi padre. El hombre estaba feliz porque mi padre le había cedido mi mano y darme cuenta de eso me llenó de terror, era un hombre como él, ya bastante maduro, yo podría pasar por su hija más sin embargo me quería como mujer y mi padre había otorgado su permiso. Eso me asustó mucho y sin saber cómo preferí salir de allí y buscar aire que respirar, la verdad era que quería correr, irme lejos y huir. Imaginar una vida junto a ese hombre, e imaginar lo que iban a ser mis noches junto a él me llenaba de tristeza y terror. No soporté la noticia ni enterarme así, para eso me llamaba, para decirme que iba a casarme con ese hombre sin que mi opinión valiera algo.

»No sé cómo corrí entre algunas personas a las que evitaba me vieran llorar, llegué a uno de los muros del Fuerte y comencé a llorar sin poder controlarme, rogaba por un milagro que me salvara de ese destino que me haría completamente desdichada y sin darme cuenta, en minutos la vida cambió por completo para todos y para mí. Piratas atacaron el Fuerte masacrando a todo el mundo, apenas y asomé la cabeza hacia el patio de armas cuando el infierno que vi me llenó de terror. Una gente de aspecto horrible con salvajismo estaba acabando con todo, los soldados peleaban pero no fue suficiente, sonaban disparos y choques de espadas por todas partes. Los gritos de la gente que corría desesperada eran callados por ellos mismos, vi también como civiles caían en sus propios charcos de sangre y también vi como lanzaban al suelo a las mujeres para violarlas delante de todos. Yo traté de esconderme, no quería que me encontraran porque iba a tener el mismo destino, el humo de la pólvora tenía todo nublado y el olor estaba intoxicando. Quemaron las bodegas, las cuales explotaron con tal estruendo que una parte del Fuerte se cayó al mar pero mi escondite no era suficiente y cuando ya casi no escuché más gritos sólo las carcajadas de esos tipos, uno de ellos me saltó de la nada cayéndome encima. Me levantó del pelo y sujetándome de la cintura me arrastró al patio donde estaban todos, con horror miré los cuerpos tendidos y la mayoría de las mujeres con los vestidos rasgados, abiertas y desnudas pero también muertas.

»Forcejé con el tipo pero no logré liberarme hasta que me lanzó a los pies

del más horrendo que yo había visto. Se saboreó, comenzó a abrirse el pantalón y a decirme que iba a disfrutar lo que estaba a punto de hacerme, sin saber qué me impulsó cogí un pequeño cuchillo que estaba en el suelo y cuando me lanzó de espalda para ponerse encima de mí le lancé un golpe directo a la cara, apenas y lo herí pero eso lo enfureció más. Me dio un golpe en el pómulo y me sujetó de la muñeca, la apretó tanto que me hizo soltar el cuchillo, él lo agarró también y lo puso en mi cuello. Cortó los lazos del corsé que tenía mi vestido para descubrir mis pechos y al hacerlo volví a atacarlo como pude, se molestó más y entonces me puso el cuchillo en mi cara y tuve que quedarme quieta. *“No sabes cómo me encantan las vírgenes, me excita mucho ser el primero pero contigo no tendré piedad por no cooperar y por haberme hecho esto, me dijo mostrándome lo que le hice en la cara. “Eres muy bonita pero pagarás por necia, vas a sangrar de tu vagina pero también de tu cara”* Me hizo un corte con el mismo cuchillo desde mi sien hasta el pómulo y al gritar yo de dolor, aprovechó para rasgarme el vestido y abrirme las piernas. No supe de los segundos que pasaron cuando otro tipo lo atacó dándole una patada y apartándolo de mí, igual yo quedé en el suelo sintiendo en mi cara un ardor espantoso, apenas y logré ver que se estaban peleando entre ellos, llevé mi mano a la cara y la sangre no dejaba de correr.

»No sé cuánto tiempo pasó pero cuando intenté ponerme de pie, miré que unos corrían saliendo del Fuerte y otros se quedaban, el que me había quitado al tipo de encima se acercó a mí guardando su espada y yo me arrastré retrocediendo de miedo. Me calmó diciéndome que no iba a lastimarme y que le dejara ver mi cara, sin remedio accedí, apenas y le vi la cara en ese momento y una debilidad se cernió sobre mí. *“Está herida”* le dijo a uno de sus hombres que se acercaba, *“aquí no hay nada y si se queda correrá peligro”* *“Pero debe tener familia, es una niña de clase rica”* oí que le dijo otro. *“Si su familia estaba aquí ya no tiene nada”* insistió el hombre. *“Si la dejamos se va a desangrar y de igual forma morirá, llévensela”* Cuando dijo eso quise reaccionar para que no me tocaran pero no pude, *“tranquila”* me calmó acariciando mi frente y poniendo su pañuelo en la herida. *“Mis hombres te llevarán, yo cuidaré de ti, no permitiré que mueras”* fue lo último que le escuché, me desmayé porque ya no podía respirar ni mantener la conciencia. Todo sonido cesó en ese momento y cuando desperté ya no estaba en el Fuerte, ni en mi casa, sino en un barco.

Hizo una pausa y Matt estaba sin habla también, para empezar se sentía un miserable por haber pensado mal de ella y creer que había sido una prostituta,

al darse cuenta que no era así sino que había sido una niña de bien, una joven de principios, sueños e ilusiones lo llenó de alivio aunque seguía sin entender su cambio entonces. A pesar de eso la miraba hipnotizado y sintiendo una serie de cosas dentro de él que no entendía. Sentía el corazón en la garganta al haberla escuchado y sabía que eso era sólo el comienzo, tragó al imaginarse lo demás. Ella debió seguir siendo la dama que era pero el destino o lo que sea le cambió la vida para siempre.

—Desperté al amanecer —continuó ella—. Cuando lo hice creí que todo se había tratado de una pesadilla pero al sentirme adolorida supe que no. Abrí los ojos con lentitud, o mejor dicho el único que podía abrir, apenas y vi que estaba en una habitación algo lujosa, mi cuerpo reposaba en una cama muy cómoda pero sentía un inmenso dolor en la cara, la cual me la sentía deforme, estaba inflamada. Al intentar mover la cabeza miré a un hombre que dormía sentado en un sillón frente a la cama y al verlo desconocido reaccioné y me quejé. Él despertó y al verme se acercó a mí, yo me asusté más pero él volvió a calmarme y entonces reconocí su voz, ya la había escuchado.

—Tranquila, no te muevas, te limpiaron la herida y hubo que coserla, tienes la cara muy inflamada y parcialmente vendada —me dijo en un tono de voz grave.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Dónde está mi padre? —logré preguntar en un balbuceo, algo me dieron porque no sentía fuerza en la lengua y apenas hablaba pero al menos él entendió lo que pregunté.

—¿Recuerdas lo que pasó? —me contestó él con otra pregunta. Negué, la verdad estaba muy confundida en ese momento, todo era muy vago y confuso—. El lugar donde estabas fue atacado por delincuentes y a ti, te hirieron acuchillándote la cara. Te rescaté para salvarte y ahora estás en mi barco, soy el capitán Charles Walker y tu padre... no lo sé, creo que debe haber muerto.

Cuando dijo eso intenté gritar mi dolor, comencé a llorar y él a calmarme otra vez.

—No, no... —fue lo único que repetí entre lágrimas.

—¿Recuerdas quién eres? —insistió él. Asentí.

—Me llamo Isabel —le contesté.

—¿Eres de España?

Volví a asentir.

—Nací allá pero crecí en Puerto de la Cruz cuando nos mudamos con mi familia.

—¿Y toda tu familia estaba en esa fiesta?

—Sólo tenía a mi padre.

El hombre exhaló con tristeza.

—¿Y quién era él? —insistió.

—Su nombre era Andrés Heredia.

—¿Era comerciante, señor de tierras, militar o noble?

—Militar —susurré—. Era capitán.

Noté que el hombre volvió a exhalar bajando la cabeza, al mismo tiempo que fruncía la frente y apretaba los labios.

—Es una penosa situación y muy incómoda además —dijo él—. No tengo idea lo que estaban celebrando en ese Fuerte pero todo acabó muy mal.

—Tengo que ir a mi casa —rogué—. Mi nana debe estar muerta de la preocupación.

—Si tu nana está viva lo que debe estar haciendo es llorando a sus amos.

—¿Cómo?

—La ciudad fue atacada y no sabemos si también lo hicieron con las casas de los ricos pero es lo más lógico.

—¿Quiénes hicieron eso?

El hombre me miró, seguramente se compadeció de mi ignorancia.

—Piratas —contestó—. Hombres salvajes y sanguinarios que lo único que hacen es asaltar, robar y matar.

Cuando dijo eso comencé a asustarme más, poco sabía de ellos, le había escuchado hablar a mi padre una vez sobre las embarcaciones que eran asaltadas en el mar y que debían buscar la manera de acabar con esa plaga. Decía que el capturarlos, condenarlos y llevarlos a la horca luego de que los torturaran no era suficiente y menos exponer sus cuerpos colgados en jaulas hasta que se pudrieran, porque entre más lo hacían más aparecían como si los quisieran provocar y hacerles saber que ellos eran los señores de esas aguas y que iban a seguir siéndolo y haciendo su vida sin que nada ni nadie se los impidiera. Había estudiado sobre la colonización y lo que Colón hizo al descubrir el Nuevo Mundo y también saber la historia de todos los demás que llegaron después de él pero de los llamados “piratas” no sabía mucho.

—Tengo que ir a mi casa —insistí—. Por favor lléveme allá.

—No creo que sigas teniendo casa, allá no hay nada, debieron saquear todo lo que pudieron y si se dan cuenta que hubieron sobrevivientes del asalto al Fuerte, tu vida correrá más peligro. ¿Tienes a alguien que te defienda? Si alguien sabe que sobreviviste a ese ataque van a interrogarte, las autoridades

españolas lo harán y como único testigo te van a obligar a hablar.

—Pero yo no sé nada, yo no sé quiénes hicieron eso.

—Y es mejor para ti. En el peor de los casos, alguno de esos tipos puede reconocerte, secuestrarte y terminar de hacer lo que no pudieron.

Me llevé una mano a la cara, me dolía, toqué el vendaje en la misma, me sentía la cara redonda y ver sólo con un ojo me asustaba mucho.

—¿Entonces qué pasará conmigo? —murmuré.

—Por desgracia para ti... parece que no tienes nada —suspiró él—. Ahora eres huérfana y sin hogar y para colmo... sin tener los recursos para sobrevivir. ¿Sabes lo que les pasa a jovencitas como tú en situaciones así? —Negué, no quería imaginar nada.

—¿Un matrimonio obligado? —inquirí.

—¿Matrimonio? —Sonrió él levantando las cejas—. Eso sería en el mejor de los casos y con mucha suerte.

—¿Suerte?

—¿Cuántos años tienes? —me miró con atención.

—Quince recién cumplidos.

—Pues con quince años eres como una perla de gran valor, una joya si se toma en cuenta la posición que tenías pero a los hombres eso no les importa si van detrás de otra cosa. Serías una gran adquisición para cualquier... —él iba a decir otra palabra pero se detuvo—. Isabel, una niña como tú sería vendida para que entregue su cuerpo y lo ofrezca para satisfacer los deseos carnales de los hombres por las buenas o por las malas —prefirió decir—. ¿Eres virgen verdad?

—Su pregunta es impropia —le hice ver molestándome.

—Puede ser como también la plática pero será mejor que te acostumbres a “lo impropio” este es el mundo y, si nunca habías salido de tu burbuja de fantasías ahora ya estás fuera de ella así que bienvenida y supongo que como buena señorita criada bien aún eres virgen, no conoces varón, quiero decir que nunca has estado con algún hombre, aún no eres mujer así que siendo así sería mucho peor para ti. Si la primera vez para una virgen no es apropiada puede sufrir algún trauma, puede que casada no le vaya tan mal pero en otra circunstancia... no.

—¿Se refiere a que alguien me tome a la fuerza?

—Puedes ir a dar a algún burdel, ¿sabes lo que es verdad? Si te venden te aseguro que nadie tendrá piedad contigo en un lugar de esos y menos sabiendo que eres virgen, hasta serías un buen negocio y podrían pagar más por eso con

tal de ser el primero en estrenarte, ¿me entiendes?

Tragué, no era del todo ignorante, mi amiga Malena me había dicho algunas cosas y aunque muchas veces llegué a sentirme curiosa, no fui tan al extremo de averiguar las cosas de manera ilustrada como ella sí lo hacía.

—Por desgracia en este tiempo la mujer sólo parece tener tres opciones —me ilustró él—. O se vuelve monja, o la casan a la fuerza “sin amor” sea que le guste o no o sencillamente se entrega a los placeres de un burdel sea que también le guste o no —fruncí el ceño molesta, recordé las palabras de Malena, era cierto, la mujeres parecíamos que no valíamos ni merecíamos nada, exhalé—. Y presiento que el volverte religiosa ni siquiera lo consideras y menos por vocación —elevó una ceja.

Comencé a odiar mi condición de ser mujer, suficiente tenía con soportar el molesto sangrado mensual como para lidiar con otras cosas también y él decía la verdad, volverse religiosa sería lo último que hiciera, de hecho no lo consideraba para nada.

—¿Recuerdas que fuiste atacada? —insistió él—. ¿Recuerdas que ese cerdo estaba sobre ti y que no sólo te sometió hiriéndote la cara sino que estaba dispuesto a hacer algo más? ¿Sabías lo que iba a hacerte?

Lo recordé, era cierto, faltó poco y sí, si lo sabía. Me horroricé imaginarlo. Bajé la cabeza. El hombre se acercó más y cuando lo hizo me asusté, me tocó la frente.

—Creo que comienzas a tener fiebre otra vez —se levantó y se dirigió a la puerta—. Llamaré al médico.

En ese momento pude observarlo mejor, era alto, algo fornido, de un extraño color de pelo algo cobrizo que le bajaba hasta los hombros. Cuando estuvo cerca miré sus ojos, eran de un café claro, sus facciones eran atractivas a pesar de los golpes y cicatrices que tenía. De nariz fina y labios algo carnosos, un delgado bigote y barba lo adornaban, no vestía tan mal, de hecho al observar la habitación miré que no era una pocilga sino algo muy acogedor y con una decoración muy fina y objetos de igual valor. Él notaba ser un hombre mayor, seguramente menor que mi padre pero con la misma madurez, noté el lugar donde yo reposaba, las sábanas eran finas y las almohadas muy cómodas pero cuando me vi que estaba con una camisola y de hombre, me asusté reaccionando. Me habían quitado mi vestido y ahora otra prenda me cubría, me avergoncé mucho y me pregunté quién lo había hecho, ¿él mismo? El que me haya visto desnuda me avergonzaba, tragué y busqué cubrirme con la sábana, sentía que debajo de la camisola no llevaba nada, al menos no de la

parte superior aunque al tocarme una cadera respiré aliviada al sentirme mi fina ropa interior. Significaba que al menos no me había visto del todo desnuda. En ese momento entró otro hombre casi de la edad de él llevando un pequeño bolso, usaba unos delgados lentes redondos y rápidamente se acercó a mí.

—¿Lleva rato despierta? —el de lentes le preguntó al capitán.

—Unos minutos pero la fiebre le volvió.

—Es una infección por la herida, hay que tratarla o será peligroso.

El hombre procedió a hacer lo suyo, preparó una bebida en una copa alta de metal, miré que le echó un polvo con una pequeña cuchara, lo revolvió y luego me lo ofreció. Dudé en aceptarlo. Lo vi con desconfianza.

—Es amargo pero no hay remedio —me dijo al notarme la cara de desagrado—. Esto te ayudará con la fiebre, si no se controla puedes convulsionar, también te ayudará con la infección que se te quiere desarrollar así que te sugiero por tu propio bien que te lo tomes.

—¿Eso va a dormirme? —inquirí temerosa. Estar en un lugar donde al parecer sólo había hombres me asustaba mucho.

—Es posible, estás débil y necesitas reposo, una vez que la fiebre ceda te puede bajar mucho sueño y es mejor para que te recuperes.

Sin remedio sujeté el vaso y ayudándome él mismo a medio sentarme me acomodó las almohadas detrás de mí, la cabeza me dolió mucho. Arrugué la cara al beber, de verdad que era muy amargo.

—Bébelo todo —insistió al notarme mientras comenzaba a quitar los vendajes de mi cara.

Bebí como ordenó, me quitó la copa después y luego con cuidado me terminó de quitar las vendas, se habían pegado a mi piel por la sangre y despegarlas fue una hazaña porque me quejaba del dolor. Con un paño limpio que mojó con agua procedió a limpiar cerca de la herida, lo hizo con cuidado de no lastimarme porque me dolía mucho y al menos agradecí ese cuidado. Mire que destapó un frasco y se untó dos dedos en esa mezcla pero cuando iba a ponérmela lo detuvo.

—Quiero verme —le ordené más que pedir. Se detuvo y me miró con desconcierto.

—Todavía no es conveniente —me dijo el capitán.

—¿Por qué voy a horrorizarme? —ataqué.

El hombre tensó los labios y sin remedio se acercó a una mesa y cogió un fino espejo barroco. Se acercó y exhalando antes de ponerlo frente a mí me

miró.

—Sé fuerte —dijo mirándome a la cara.

Asentí como pude pero sabía que no iba a serlo, me habían marcado como a un animal y sabía que esa cicatriz iba a estar conmigo desde ese momento y para toda mi vida. Con lentitud levantó el espejo y la horrenda imagen se reflejó, tragué al mismo tiempo que lágrimas brotaban de mi ojo bueno. Mi lado izquierdo tenía varios colores mezclados sin contar la exagerada inflamación que me deformaba más y aunque sabía que con el tiempo iba a bajar la hinchazón, ver lo demás no me daba nada de esperanzas. El corte que casi lo tenía en el ojo bajaba hasta el centro de mi pómulos y al menos a simple vista, ver mi piel cosida y sangrando me hizo descontrolarme y gritar. El capitán soltó el espejo y me sujetó para tranquilizarme, la inflamación por poco me saca el ojo izquierdo, lo tenía brotado, no podía abrirlo, no había fuerza en él. Era un completo monstruo, nunca volvería a ser igual, ese reflejo no era yo pero me mostraba en lo que me había convertido, eso era ahora.

11. Charles e Isabel



La Emperatriz volvió a pausar su relato al mismo tiempo que se rozaba la cicatriz exhalando con lentitud, Matt no había dejado de verla ni un segundo y notó que ella se había quedado pensativa. No era difícil suponer lo que pasaba por su cabeza, no sólo era su recuerdo sino la imagen de quien le hizo eso y con seguridad la venganza que ella llevó a cabo después para cobrarse. Por un momento sólo el sonido de las olas acariciando la playa se escuchaba otra vez. Él respetó su silencio.

—Tuve que aprender a vivir así —continuó ella—. No tenía otro remedio, el médico me alentó mientras me ponía el unguento diciéndome que si bien era cierto que la cicatriz no se iba a borrar era posible que con el tiempo la piel pudiera regenerarse, con cuidados, con cremas, con brebajes con lo que fuera. Me dijo que en unos días cuando comenzara a sanar, el hilo que había unido mi piel cuando la coció se iba a caer y que si era constante con las curaciones iba a ver el progreso al sanar. Eso no me colmaba puesto que la cicatriz nunca iba a desaparecer pero al menos y como lo dijo él, podía regenerarse y no ser tan visible con el tiempo y poder esconderla. Yo no le creí porque sabía que lo decía para hacerme sentir mejor pero lo único que me restaba era obedecer y esperar que el tiempo hiciera lo suyo.

—¿Entonces nunca volviste al puerto? —preguntó Matt por fin con curiosidad.

—No tenía nada ni a nadie esperándome y por seguridad Charles sugirió cambiarme el nombre y hacerme llamar “Elizabeth” él comenzó a llamarme así y yo no tuve más remedio que aceptar. Estando con él ahora sólo tenía una opción; aceptar lo que el capitán Walker dispusiera para mí. Él me salvó y al menos lo que podía hacer era portarme bien, ser agradecida y obedecerle.

—¿Y qué hizo?

—Su vida era el mar y una mujer cómo yo, sola y desvalida no era más que una carga para él, o al menos eso pensé yo.

—¿Qué hizo? —volvió a preguntar el hombre con seriedad, sintiendo que

sus pensamientos lo llevaban a deducir lo más lógico al ser ella una señorita y para colmo, la única mujer en ese barco.

—No tuvo más remedio que llevarme en la travesía, al principio yo no sabía a dónde iban así que tuve que conformarme. No salí de su camarote durante una semana y sólo él y el médico entraban a verme. Afuera escuchaba las voces de todos los hombres y por la ventana miraba el único horizonte que tenía; el mar. En esos días y cuando él tenía tiempo me contó todo lo que había pasado, o al menos de lo que fueron testigos cuando llegaron a Puerto de la Cruz. Ya otros habían saqueado todo y fueron los que cometieron la masacre a su paso, ellos los iban siguiendo y de no haber sido así...

—Tú no estuvieras aquí —la interrumpió Matt.

—Es lo más seguro —suspiró ella—. Charles me dijo que ellos se enfrentaron a los piratas en lo que restaba del saqueo, pelearon contra ellos pero ya era tarde porque habían matado a todos, la única a la que pudo salvar fue a mí.

—¿Y corroboraste que tu padre de verdad murió?

—Charles me dijo que ellos revisaron todo luego de que los piratas huyeran, en el momento en que me llevaron a su barco él y sus hombres restantes aprovecharon para inspeccionar lo que quedó, dijo que al menos los cuerpos que estaban a la vista si estaban muertos y habían otros tantos adentro entre soldados y civiles también. Él no los conocía pero por los uniformes lo pudo deducir, cuando le describí el uniforme que ese día vestía mi padre me lo confirmó, él fue uno de los caídos. Me resistí a creerle pero cuando me dijo dónde estaba el cuerpo supe que no mentía, a él y a su amigo los sorprendieron en su despacho, en el mismo donde me habían llevado a mí antes de que ocurriera todo. Me dijo que habían otros cuerpos de soldados afuera en el pasillo, lo que hace suponer que se les había avisado pero no tuvieron tiempo de reaccionar.

»Charles nunca entendió como es que un Fuerte militar pudo caer tan fácil y de manera sorpresiva, era obvio que los soldados lucharon porque hasta cuerpos de los mismos piratas habían también entre los muertos pero aún así, ellos ganaron llevándose lo que pudieron. Robaron armas, pólvora, objetos de valor militares, el dinero y joyas de los civiles así como también aprovecharon divertirse mientras lo hacían, me dijo que la mayoría de las mujeres mayores parecían estar intactas a lo que se refería un ataque sexual pero eso no ocurrió con las más jóvenes, ellas si fueron ultrajadas y degolladas. Le di la descripción del vestido que usaba mi amiga y aunque no

estaba seguro era posible que también haya tenido el mismo destino de las demás.

—No imagino el horror que las autoridades presenciaron cuando lo supieron, el reconocer y levantar cuerpos no es una tarea fácil —dijo Matt al exhalar con pesar—. Y el dolor que les produjeron a los parientes de todas esas personas que estaban allí, debió ser algo terrible y un suceso en la historia del lugar para no olvidar nunca.

—Han pasado diez años y dicen que aún se puede respirar ese ambiente a sangre, sé que es exagerado pero eso es lo que dicen, sin contar que en el lugar asustan a cualquier hora. Las almas que perecieron allí deben estar atrapadas vagando por el lugar. El Gobernador de la Capitanía de Santo Domingo no podía creerlo cuando supo lo de la masacre y obviamente fue motivo de repudio por parte de todas las autoridades. Cuando la noticia llegó a oídos del rey de España informándole todo, éste ordenó sin piedad una cacería contra los hechores, el odio hacia la piratería se avivó porque lo que había pasado fue una clara provocación hacia la corona española y a sus autoridades en la isla.

—¿Y qué fue de ti entonces?

—En esos días que me recuperaba llegaron a una isla, no podía verla desde ese camarote pero él me lo hizo ver, íbamos a estar varados allí algo de tiempo. Él y sus hombres iban a bajar por turnos y el único que se quedaba conmigo era el médico. Charles me dio la libertad de salir del camarote y pasearme por su barco con total confianza pero obviamente sin hacer algo estúpido, total estaba sola, huir no era la mejor solución y herida menos. ¿A dónde huir en un barco? A veces tan mareada me sentía que me movía balanceándome sin querer de estribor a babor como una auténtica borracha que no encuentra estabilidad y dando tumbos de aquí para allá pero como no había mucho a donde ir me lo aprendí de memoria después.

»No dio la orden de vigilarme, si quería podía irme, no era su prisionera pero como estaba mi condición era responsabilidad mía si quería vivir o morir. Me recomendó ser sensata nada más, pensar en mí y tratar de recuperarme aunque era la tristeza la que me estaba matando. Obviamente no podía bajar con ellos, el primer motivo porque el medicamento que tomaba me mantenía mareada y mi herida debía lavarse a diario y curarse después y el segundo motivo porque no era un lugar para una señorita como yo. Él me dijo que lo que allí había yo no podía verlo y mucho menos, él iba a exponerme.

—¿Y qué isla es esa? —preguntó Matt curioso—. ¿Qué había allí que tú

no podías ver?

La Emperatriz sonrió y se mordió los labios, lo miró para verle la expresión a él también.

—Es aquí —le contestó elevando una ceja.

—¿Cómo? —él se sorprendió.

—Anclaron el barco en Tortuga, estaba escondido pero igual no estaban tan lejos, yo podía ver la orilla desde la cubierta, él fue el primero en decirle “Sodoma y Gomorra” para que yo entendiera dada mi religiosa educación, así que sí lo imaginé.

—Ahora entiendo por qué no te dejó bajar, conociendo él y ahora conociendo yo hubiera hecho lo mismo con una señorita. Por cierto... —sonrió también con algo de sonrojo—. Gracias por haberme librado de...

—¿De las ramera? —inquirió ella.

—Por favor no me recuerdes eso porque mi estómago se empieza a revolver, como ves no son las primeras que veo pero lo que vi aquí sí es lo primero. Nunca me imaginé que el asunto fuera así, es demasiada perversión.

—Era la única manera de protegerte, te creí casto y no iba a permitir que dejaras tu supuesta virginidad con una de esas zorras.

—No sé cómo decirlo pero si es una clase de celos... me halaga.

—Quienes me conocen saben que nadie toca lo que es de la Emperatriz —dijo ella—. Sólo así marco mi territorio y sabiéndote “mío” estas mujerzuelas lo pensarán para intentar algo contigo aunque noté cierto par que se morían por tenerte, me desafiaron porque viéndote conmigo y en mi mesa, era suficiente para que dedujeran que eras de mi propiedad y no intentarían nada.

—¿Quieres decir que... tu vikingo nunca ha estado con alguna de ellas?

—Christoff conoce bien el precio a pagar por estar conmigo, además me es fiel en ese aspecto, yo también debo cuidarme de las enfermedades y si él me contagia de algo sabe que le puede ir muy mal, así que también se cuida y prefiere abstenerse. Yo me basto para saciarlo y mantenerlo contento y hará lo que sea con tal de no perderme.

—Ese hombre está a tus pies, te quiere —murmuró él con algo de nostalgia.

—¿Amor? —Lo miró ella con asombro—. Creo que es más bien temor, admiración, apego, costumbre, qué sé yo, pero dudo que sea amor.

—Yo sí creo que es amor —insistió él—. Sólo por amor se harían muchas cosas y al menos él te cuida.

—Es su deber como mi mano derecha pero nada más —exhaló ella

observando la playa.

—Cuando te adentraste a tu casa lo detuve un momento y por curiosidad, le pregunté por lo que había hecho en la taberna cuando probó toda esa comida sin siquiera dudarlo, ¿y sabes qué me contestó?

—¿Qué dijo? —preguntó ella sin mostrar interés.

—Que moriría por ti.

La mujer bajó la cabeza y tensó los labios, debía de reconocer que ese rubio era algo más que una distracción para ella.

—Igual te agradezco mucho la protección, saber que tienes esta casa y que esta propiedad es tuya es un alivio, es como olvidar por un momento donde estás y al menos nadie más acecha —le hizo ver él.

—No sé por qué pero... me llena de satisfacción hacerlo.

—Y yo le doy gracias a Dios porque él ponga eso en tu corazón.

—Pues deberás aprovecharme mientras puedas —sonrió—. No todos tienen ese privilegio.

—Y es algo que le agradezco a él y a ti. ¿Qué paso luego entonces? —Volvió él al tema—. Me intriga saber cómo es que te convertiste en lo que eres ahora.

—Le obedecí a Charles en todo, como sea estaba agradecida, estaba viva cuando la gente que conocí ya no entonces no tenía elección. La única distracción que tenía en su barco era hablar con el médico, con él y en leer los libros que tenía en su librero, me gustaba dibujar desde pequeña por lo que me dio todo lo necesario para que me distrajera de esa manera. Su cariño hacia mí era puro y auténtico a pesar de su profesión.

—¿Lo dices por ser el capitán de un navío? No todos los militares son amargados.

—Él era un corsario —contestó.

—¿Cómo? —el hombre la miró sin poder creerlo.

—Cuando lo supe también tuve la misma expresión tuya pero fue peor —suspiró—. Me molesté y le reproché muchas cosas, para mí, pitaras y corsarios eran lo mismo cuando él me dijo que eran y lo que hacían, para mí eran las mismas alimañas que por eso se mataban entre ellos llevándose de paso a gente inocente. Lo culpé injustamente por lo que pasó ese día, si ellos no hubieran estado siguiendo a los otros, esos otros no hubieran decidido desembarcar en Puerto de la Cruz y nada de lo que ocurrió hubiera pasado.

»Sentí que una cosa llevó a la otra, hasta cierto punto es posible que se haya sentido culpable pero también me hizo ver el otro lado de la moneda, ese

lado en que aún así esos tipos ya tenían en la mira el puerto y la ciudad y de no haber sido por ellos que los siguieron, yo no estaría aquí. Fue una noche en la que discutimos, yo estaba muy dolida y decepcionada porque también lo creí capitán de alguna marina real y más siendo inglés pero no era más que un corsario, un pirata con título, sueldo, permiso por escrito para hacer y deshacer en las aguas y leal servidor del rey inglés Jorge I que lo protegía. Esa era la única diferencia, ser un ladrón con dueño, el faldero de una monarquía. Le grité todo eso y como verás fue una humillación.

—E imagino que se molestó mucho.

—Más que molestarse se entristeció, sintió que nada de lo que hacía iba a llenarlo de orgullo, yo hice que sintiera que nada de lo que hacía valía la pena.

—¿Y qué pasó después?

—Después yo puse distancia y nos dimos un tiempo, desde que estaba con él me había dado todo lo que necesitaba, desde ropa y zapatos de hombre obviamente para protegerme, hasta estar pendiente de mi recuperación y obsequiarme libros y material para dibujar y pintar pero todo eso gracias a su trabajo como “saqueador” por lo tanto sentí que no era digno pero nada más podía hacer. No podía dejar de curarme la cicatriz y menos andar desnuda, no cuando en el barco la única mujer era yo.

»Para ese tiempo él ordenó un camarote especial sólo para mí luego de estar yo molesta con él, pero para colmo aunque algunos de sus hombres le eran muy leales otros no tanto y las miradas lujuriosas estaban a la orden, motivo por el que pasaba más tiempo encerrada y para protegerme de todos esos, les hizo creer que me había tomado por mujer ya que insistían en que yo no debía estar en el barco, orillándolo a tomar esa decisión. Como desde el principio pasé encerrada en su camarote no fue difícil que se creyeran el cuento, yo dormía en su cama recuperándome y él en un sillón en la misma habitación, así que diciendo eso era la única manera en la que me respetarían. El único que sabía la verdad era el médico porque era gran amigo de él pero cuando los demás si creyeron que él me había hecho su mujer y que me había tomado sólo para él, comenzaron a verme con más respeto, para esos tipo yo me había vuelto “la favorita” de su capitán y más les valía ni siquiera ver lo ajeno.

»De esa manera, pasamos por otras islas que están más al norte hasta llegar a Virginia luego de una larga jornada que a mí me pareció eterna, él tenía encargos para ellos que traía de Inglaterra y al cumplir con la misión estuvimos un par de días en tierra. Él tenía una preciosa propiedad en

Williamsburg, una pequeña mansión situada en una colina que tenía una hermosa vista al mar pero igual yo seguía molesta y todas las atenciones que ordenó para mí me eran muy indiferentes, mi actitud lo entristecía y yo no sabía por qué me sentía mal también. No podía quejarme, me presentó ante esa gente como Elizabeth y hacía que los sirvientes me atendieran como una princesa mientras yo, me volvía más caprichosa cada vez.

»La siguiente noche fue invitado a cenar con el gobernador pero yo no quise acompañarlo, lo que menos quería era exponerme a una tertulia donde las miradas de curiosos estuvieran sobre mi cara. Eso me tenía amargada y evitaba que pudiera sentirme confiada en mí misma, por lo que respetó mi sentir yéndose él, su teniente y el contramaestre. Yo me encerré en mi habitación, estaba molesta con todos, molesta con él, molesta conmigo misma, por mi destino y molesta hasta con Dios mismo, sentí que comencé a cambiar, la cicatriz en mi cara me recordaba lo que había pasado y eso me llenaba más de ira y rencor. Ya él me había dicho el nombre del pirata al que perseguían como también me dijo el nombre del tipo que me marcó, juré vengarme, sin darme cuenta me estaba convirtiendo en lo que más odiaba así que iba a utilizar todo lo que estuviera a mi favor para llevar a cabo mis propósitos. Poco a poco estaba dejando atrás a la señorita que había sido para ser otra persona, cada día que me miraba en el espejo hacía ese juramento.

—¿Y cómo seguiste así? —preguntó Matt muy atento al relato.

—Con determinación, es increíble la fuerza que el deseo de venganza te puede dar, lo sentí y en eso convertí mi vida haciendo completamente mía esa maldición. Si la tenía entonces iba a servir a mis deseos, ya era parte de mí ¿por qué no hacer que te sirva entonces? Ya él me había hablado de la libertad que hombres como ellos tenían, una libertad que yo jamás imaginaría pero que cuando la conociera la iba a querer también y a depender tanto de ella, que también se iba a volver parte de mí. Es parte de una naturaleza que los seres humanos llevamos y que muchas veces, desconocemos, rechazamos, o simplemente la relegamos por falta de valor.

—Eso no te dio libertad, te hizo esclava de tu deseo, de tu propósito.

—Puede ser pero es poder, ¿por qué desaprovecharlo?

—Es una carnada, entre más lo tienes más te consumirás, nada va a saciarte, nada, es una condenación.

La Emperatriz exhaló, no quería reparar en las palabras del hombre, no quería reconocer que tenía razón porque hasta el momento parecía tenerlo todo y a la vez nada, nada la saciaba aún.

—No puedo esperar que me aceptes como soy —le dijo ella—. Yo no hago las cosas para ser del agrado de todo el mundo. No espero que me admiren. Por desgracia con el ser humano jamás, jamás se va a quedar bien, aprendí a vivir mi vida como la quise, es mía, es mi decisión y a quien no le parezca puede olvidar que me conoció, no me importa, me da igual. Aprendí a ser egoísta cuando el mundo me demostró ser igual conmigo, simplemente doy lo que recibí. Toda mi vida o al menos hasta los quince viví en una burbuja como lo dijo él, engañada, con una venda en los ojos y ajena a toda la maldad que de verdad había. Cuando salí de esa burbuja y pude ver lo que en realidad era la vida sólo tenía dos opciones; o seguir siendo azotada por las circunstancias, callar y bajar la cabeza o rebelarme y enfrentar la vida como era y gritarle a la misma que ya era suficiente, que aquí estaba yo de pie, herida pero dispuesta a pelear y a hacerle frente con valentía así me siguiera azotando, pero le iba a demostrar que conmigo no iba a poder así lleváramos una lucha eterna de provocaciones, ella en su capricho y yo en el mío.

Matt estaba sorprendido, esa mujer estaba realmente herida para que hablara así, supo que su corazón era como una coraza y que sería muy difícil penetrar en él. Demostrarle que la vida podía ser diferente sería una hazaña y ella parecía no tener ninguna intención de cambiar. Un cambio de corazón sólo Dios lo podía hacer si es que ella lo dejaba y eso lo dudaba. Suspiró con tristeza.

—¿Y eso mismo le hiciste ver al corsario? —insistió él.

—Una noche me hizo llamar al salón de su habitación, teníamos que hablar o al menos él hacerme ver algunas cosas.

—Pasa y cierra la puerta —me dijo cuándo me miró. Le obedecí con seriedad.

Me señaló un sillón cerca de él que estaba en un escritorio enrollando lo que parecían mapas.

—Te hice llamar porque mañana al amanecer debo zarpar.

—¿Otra vez? —levanté una ceja.

—Es mi vida Elizabeth y lo sabes ya.

Evité rodar los ojos cuando dijo eso.

—¿Y qué pasará conmigo? —insistí.

—A donde voy no puedes ir.

—¿Por qué? ¿Otra vez a Sodoma y Gomorra?

—¿Celosa? —sonrió. Yo exhalé haciéndole ver que no me importaba—.

No, no se trata de allí pero igual no puedo llevarte, sería exponer tu vida.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

—No preguntes, es mejor que no sepas nada, entre más ajena mejor, es por tu propia seguridad.

—¿Entonces me voy a quedar aquí? ¿Por cuánto tiempo?

—Por el que sea necesario, ya di instrucciones y la servidumbre está a tu disposición, puedes disponer de la casa como quieras pero como siempre te pido no hacer una locura, no salgas de la casa, alguien podría reconocerte y más por tu cicatriz, evita ser vista por gente extraña, aquí tienes todo, no vas a aburrirte. Como señorita imagino que te enseñaron a montar a caballo, yo tengo algunos aquí pero no lo hagas porque según el médico le puede molestar a la cicatrización de tu herida, aún cuando sólo hagas caminar al caballo, cualquier tipo de esfuerzo puede abrirte esa herida otra vez.

—¿Y si yo decido ya no ser una muñeca de sala?

—¿Qué? —lanzó los papeles al escritorio.

—Ya no quiero ser la mujer que he venido siendo, ya no soy la misma.

—Elizabeth no puedes cambiar, no puedes dejar de ser tú.

—Sí puedo, la joven que fui murió en ese Fuerte junto con todos, ahora soy otra ¿no me ves! —Le señalé la cicatriz—. Con esto recordándome cada día lo que pasó jamás volveré a ser la misma, ya no. Enséñame lo que ustedes hacen, enséñame a pelear, a usar la espada, trátame como a otro de tus hombres, hazme más fuerte, quiero aprender todo sobre ustedes, quiero saber todo sobre barcos, quiero saber todo sobre el mar.

—¿Has perdido el juicio? —me miró asustado.

—Estoy muy cuerda.

—No, no lo estás y no vuelvas a pedirme algo así, no sabes lo que pides.

—Si lo sé.

—No Elizabeth, eso sería exponerte, eso sería... poner tu vida en peligro y eso significaría que yo no lograría pelear, ni pensar, ni concentrarme en nada por pensar en ti, no te salvé de ese lugar para que te conviertas en otro delincuente. Te salvé para que sigas con tu vida como la has conocido, yo tengo los recursos para que tengas todo lo que quieras, tutores que te instruyan y te hagan una dama y con suerte más adelante puedas conseguir un buen partido, casarte como debe de ser, tener tu familia, tus hijos y así yo me sentiré mejor y sabré que al menos hice algo bueno en mi vida.

—¡No me digas eso! —me solté a llorar cubriéndome la cara con las manos. ¿Quién iba a verme con semejante marca en la cara?

—Elizabeth por favor... —se acercó a mí y sujetándome las manos también me levantó la cara—. Tú aún tienes un futuro, un futuro que yo puedo ofrecerte hasta que otro lo haga por mí. No permitas que esta cicatriz te marque también el corazón y la cabeza, no te menosprecies por eso, yo haré en cuanto esté en mis manos para que con lo que sea esa marca disminuya.

—Perdóname Charles —lloré mirándolo a los ojos—. No he sabido valorar lo que hiciste por mí, me acoges en tu vida como lo haría un padre y te comportas como mi padre no lo hizo, en pocos días me has demostrado más cariño y afecto que lo que él lo hizo en los años que puedo recordar. Ese día en el Fuerte yo iba a la fiesta como oveja al matadero, creí que por fin él se sentía orgulloso de mí y que iba a lucirme con la sociedad pero no era así, él no me dijo nada y tuve que enterarme por escucharle una conversación. Me había ofrecido en matrimonio con su amigo el Comendador, el hombre por quien hacían la dichosa fiesta celebrando su promoción, mi propio padre me había ya vendido a otro hombre igual de mayor que él sin importarle para nada mis sentimientos y tú Charles me has demostrado lo contrario por eso es que ya no quiero ser la misma, ayúdame a ser diferente, ayúdame a cambiar, ayúdame a ser una mujer mucho más fuerte, quiero ser cómo tú. Sé que te herí, te dije muchas cosas y te humillé, perdóname por favor pero la única manera de pagarte es ayudarte y estar cada día a tu lado.

—Elizabeth... —él casi lloraba también.

—Por favor, quiero estar al mismo nivel que los hombres, quiero aprender a defenderme sola, a pelear sola. A valerme por mí misma, quiero aprender todo sobre ustedes, estoy dispuesta a hacer el sacrificio que sea.

—¿Tienes idea de lo que pides? ¿Tienes idea del precio que quieres ponerle a tu vida?

—Estoy segura, enséñame, quiero saber.

Charles exhaló y besando mis manos se separó de mí un momento.

—Lo pensaré Elizabeth, me halaga que me consideres mejor que tu padre pero pones en mis manos la mayor de las responsabilidades que he tenido, te pones a ti misma y me asusta que te ofrezcas de esa manera. Por los momentos no puedo llevarte, entre barcos piratas existen los abordajes en alta mar y no es para ir a tomar el té, los barcos se asaltan para ir a pelear, robar y matar.

—¿Y tú vas a eso?

—Tengo una misión y no puedo irme a Inglaterra sin finiquitar ese asunto por eso no puedo llevarte ahora, si el barco es atacado hasta con cañones el asunto se volverá también una carnicería y no puedo exponerte a que te pase

algo y yo no pueda defenderte. No te salvé de ese Fuerte para que vayas a perecer como cualquier delincuente, no te salvé de una violación para que si lo hagan en mi barco o en cualquier otro, no te rescaté ni te tengo conmigo para que te secuestren y te lleven de mi lado para luego me chantajeen o me envíen tu cuerpo como advertencia o lo cuelguen de alguna parte exponiéndolo de esa manera. Elizabeth en este momento mi mente debe estar muy lúcida en un solo propósito, ayúdame tú entonces de esa manera si quieres hacerlo. Quédate aquí, siendo sensata y obediente. Prometo vivir como lo he hecho hasta ahora y volver por ti, este tiempo te dará lo necesario y te permitirá pensar si en realidad quieres ser como nosotros y si para cuando vuelva sigues en la misma necesidad... entonces veré la manera en que seas adiestrada en todas las cosas que quieres porque esta vida no es nada fácil.

Cuando dijo eso salté de alegría y colgándome de su cuello lo abracé.

—Te necesito Charles —le confesé.

—¿Y dirás lo mismo cuando veas a tipos comer tranquilamente carne con el mismo cuchillo con el que puedan destripar al oponente?

Tragué al escucharlo pero no por miedo sino por asco.

—Por favor regresa por mí —le hice ver sin que nada me importara.

Besó mi frente y sonrió acariciándome la cara.

—Ahora me has dado una poderosa razón para vivir y un motivo para volver.

—Y te estaré esperando.

Volvimos a abrazarnos. En ese momento nos habíamos reconciliado, en ese momento nos unimos más, en ese momento supe que una nueva mujer iba a nacer y lo que fui quedaría atrás y a él, como sea sé que el gesto de cariño lo hizo sentir bien, algo que agradeció. La vida de Charles tenía otro sentido desde que yo estaba en ella.

12. El Capitán



—En ese amanecer vi zarpar a “El Emperador” —suspiró la mujer al volver de sus recuerdos.

—¿Emperador? —repitió Matt con desconcierto.

—Sí, así se llamaba su barco y rogué con todas mis fuerzas por la vida de Charles, era extraño pero sentir esa separación me puso bastante triste. Lloré su partida y aunque me dejó mucho dinero por cualquier cosa eso no era suficiente, sentí que necesitaba de él como nunca antes había necesitado de alguien ni siquiera de mi propio padre.

—¿Y a dónde iba?

—A las mismas islas que ya habíamos pasado antes y que en ese tiempo yo no las conocía. Iba hacia New Providence y durante su ausencia aproveché todo lo que pudiera servirme, ejercitaba mi cuerpo a mi manera para volverme más flexible y ágil. De pequeña recibí clases de montar a caballo así que sabía hacerlo y también algo de esgrima y este segundo, volví a practicarlo utilizando un florete de una armadura que decoraba la biblioteca. En el patio de la casa, formé unas marcas con ruedas viejas de carruajes que tenían una distancia de varios metros cada una, formando un cuadrado y en donde corría en ese círculo todas las mañanas.

»De las ramas de los árboles colgué sogas gruesas que encontré en una bodega y así me pasaba de un árbol a otro con las mismas, los sirvientes no se creían lo que miraban, me había vuelto un mono verdadero subiendo árboles y saltando de uno a otro sin ningún problema. Utilizaba unos enormes barriles para acostarme en ellos y doblarme hacia atrás, al principio fue difícil pero luego conseguí doblarme de espaldas con ellos hasta tocar el suelo con ambas manos y pies. En una vara larga de hierro amarré a cada extremo una cubeta, luego las llenaba de agua y con ese peso me ponía la vara entre la nuca y los hombros y con las piernas separadas comenzaba a doblar las rodillas hasta bajar lo más que podía y luego a subir. Hacía esa repetición hasta quince veces y descansaba otros minutos para luego volver a hacerlo.

»Me acostaba en la hierba de manera recta, luego me sentaba tratando de mantener recta también la espalda y luego, sin doblar las piernas intentaba tocarme la punta de los pies al inclinarme hacia adelante, luego volvía a poner recta la espalda y después a acostarme otra vez, eso mismo lo repetía también hasta quince veces, descansaba unos minutos y volvía a hacerlo. No era posible al principio pero luego de perseverar y de estirar mi cuerpo lo logré. Cuando no hacía ejercicios entonces me encerraba en la biblioteca de la casa a leerme todos los libros que estaban allí, desde volver a repasar la vida de los colonizadores hasta saber todo de los piratas y corsarios y hasta vikingos. En otras palabras debía de estudiar la vida de navegantes y exploradores como Vesputio, Colón, Cortés, Pizarro y Ponce de León y también de hombres de mar como Henry Morgan, Francis Drake y otros nombres de famosos hombres como ellos. Por las noches me lavaba la herida con el agua de una corteza llamada *Quina* que me desinfectaba y a la vez, me ayudaba a cicatrizar para después ponerme el unguento que el médico me había dejado, en esa rutina pasé mi tiempo hasta que dos meses después Charles volvió. No podía describir la alegría que me dio al verlo, corrí a él y lo abracé, al menos estaba completo y eso me alegraba y me llenaba de alivio. Luego de saludarlo, me mostró una sorpresa que me traía, uno de sus hombres le dio la pequeña caja de madera y lo que venía dentro de ella me enterneció; entre mantas de lona estaba un bebé hurón de color café y blanco, ya era de los que podía valerse solo pero no por eso dejaba de estar pequeño. Charles esperaba que el animalito lograra distraerme de mis propósitos y él mismo, en sus adentros rogaba eso pero no fue así.

»Esa noche que cené con él hablamos de lo que había sido este tiempo y al ver que yo no había cambiado de parecer no tuvo más remedio que complacerme. Iba a asignar a cada uno de sus hombres más diestros para que me enseñaran lo que sabían. Uno era un excelente espadachín y con él terminé de aprender a usar los sables y las espadas y también a lanzar las dagas. Otro era muy bueno con las armas de fuego, tenía una puntería bárbara, no te miento con decirte que le podía quitar un gusano a un caballo a una distancia de varios metros sin siquiera rozar el lomo del animal, con eso te digo todo y con él aprendí a usarlas. Otro era muy diestro con el arco y las flechas y creo que las amé tanto que se volvió mi arma favorita pero hablando de tácticas de guerra en este tiempo... ya no son tan recomendables y menos, donde la pólvora gana terreno y rapidez. Otro me enseñó a pelear y a defenderme cuerpo a cuerpo, hizo un monigote muy pesado y grande, lleno de arena y

colgándolo de un árbol me hacía entrenar con él, me enseñó cómo dar de puños y patadas y cómo asestar golpes en partes claves como el cuello, la nuca y testículos. Charles no permitía que me excediera en entrenamiento, más que todo por la sanación de mi herida y por eso había dispuesto que cada uno escogiera un día a la semana para mí y una hora específica al día, fuera por la mañana o por la tarde mientras que por las noches era de él para encerrarnos en su biblioteca y escuchar de él toda la instrucción e ilustración en letras e historia.

»Debía conocer sobre la vida de los piratas y corsarios por boca de él mismo y a tener muy clara la diferencia entre filibusteros y bucaneros. No era lo mismo conocer sobre colonizadores y exploradores, ellos eran diferentes y al menos Charles, me dio clases de historia sobre los corsarios ingleses al servicio de la reina Isabel I como Drake, Hawkins y Raleigh y hasta de una irlandesa que se dedicó a la piratería en ese tiempo y también me habló del famoso Morgan a quien conoció siendo él joven y a quien admiraba. También me habló de las atrocidades que cometió un tal Olonés, uno de los tipos más crueles y sanguinarios que se ha conocido y que odiaba de manera sádica a los españoles, convirtiéndose en un auténtico terror en las aguas del Caribe. Eso me lo dijo para atemorizarme pero tampoco lo logró, me narró la manera que ese hombre tenía para matar y aunque reconocía que sí me daba algo de miedo me hice la fuerte, el que el tipo ya estuviera muerto no era para pasarlo por alto pues siempre había quien seguía sus pasos, pero yo también seguía bien necia en el camino que había escogido. Me enseñó a leer las cartas de navegación y a conocer las coordenadas geográficas y marítimas y también sus técnicas, creo que eso ya lo notaste, mis dibujos pasaron de flores, esculturas y paisajes a ser solamente para trazar mapas, me obsesioné con la cartografía. También me enseñó algo de astronomía, me hizo aprenderme de memoria rutas y distancias y el nombre de islas menores, me enseñó a conocer y determinar el tiempo, rumbos, velocidad y hasta la profundidad para no exponer el barco. Me enseñó a conocer las partes de los barcos, las herramientas de las que se ayudaban y a entender el lenguaje de los hombres del mar, también me enseñaría a nadar mejor cuando la cicatriz ya lo permitiera. La casa se volvió un campo de tiro al blanco al menos, el patio cuando practicaba los disparos, el lanzar dagas y flechas.

»En poco tiempo aprendí rápido y el mismo Charles estaba asombrado, junto con el médico escogí una dieta especial que me mantuviera fuerte, ágil y con mayor resistencia y de esa manera en unos cuantos meses ya era otra

persona, una que ahora podía formar parte de la tripulación del capitán Walker. Dos meses después zarpamos para Inglaterra y esta vez ya me sentía diferente, como sea esos hombres se convirtieron en mi nueva familia y siendo yo misma una de ellos me miraban de un modo diferente. Les demostré que no tenía miedo y que podía hacer del mar mi vida también y así como ellos, yo también tendría un sobrenombre y me hice llamar “La Asturiana” nombre que le gustó a Charles. Conocí por fin las dichas islas en donde el capitán había estado pero hasta después supe lo que significaban para Charles, llegamos a la que se llamaba *New Providence* y conocí algo de Nassau, su ciudad principal y el escondite de otros piratas con los que él tenía contacto y otros no tanto, no me presentó con nadie pero sí vi a los tipos de largo. Cuando íbamos en la travesía me habló de los piratas que él conocía, con los que tenía cierto trato pero en los que tampoco se debía confiar tanto, mi deber era conocerlos y mantenerme al margen por lo menos mientras estaba como aprendiz. Esa vez pasamos de largo por Tortuga ya que el barco llevaba una carga directo para Inglaterra y no podíamos desviarnos de ninguna manera, me entretuve con la mascota que Charles me había dado a quien llamé “Bill” pero no por eso dejaba mi entrenamiento aún en el barco, mi necedad no dejaba de tener perplejo al capitán y temía en lo que yo pudiera convertirme. “*Al menos tiene determinación y disciplina y eso es admirable*” le decían sus pobres hombres a los que después yo era que acosaba para obligarlos a cumplirme.

Matt estaba embobado observando y escuchando con atención todo lo que la mujer decía, era increíble la manera en la que su vida había cambiado de la noche a la mañana.

—Este Charles parecía ser un hombre especial para ser corsario —opinó Matt con interés.

—De verdad que sí, era de los pocos —contestó ella con un suspiro—. A su modo tenía algo de moral, era serio, respetuoso y con buenos modales, siempre andaba bien vestido con ropa limpia. Él mismo, su cuerpo lo mantenía limpio, usaba una extraña fragancia entre frutas y café que podía atraer a las mujeres y este segundo era de sus bebidas favoritas. El aseo de su cuerpo era una prioridad para él, debía bañarse al menos cada dos días cuando no había actividad que lo hiciera sudar. Tenía un excitante don de mando pero siempre propio en su manera de ser y era algo que le inculcaba a sus hombres también. Igualmente ellos debían bañarse al menos cada tres días, los malos olores no los soportaba pero al momento de algún enfrentamiento los modales los mandaba al diablo cuando ya su paciencia llegaba al límite. Era diestro con

las armas y también en la lucha cuerpo a cuerpo, él también me enseñó a pelear. Muchas veces lo vi y aunque me llenaba de terror verlo morir también cuando salía victorioso me inspiraba más, su figura como persona, capitán y corsario inspiraba, por eso mantenía una amistad con otro pirata llamado Bartholomew Roberts por tener personalidades a fines y estar de acuerdo en varias cosas. Creo que si Charles debió llamar “amigo” a alguien fue a ese hombre y este hombre a quien también conocí, lo consideraba igual.

»Charles no podía impedir que su tripulación fuera sanguinaria y fiera cuando de atracar barcos o ciudades se trataba pero eso sí, sólo exigía una sola cosa de sus hombres en momentos así; que jamás atacaran a las mujeres de manera salvaje, que no se atrevieran a mancillarlas por muy deseo sádico que tuvieran, para eso estaban los burdeles en donde podían hacer y deshacer a su antojo y que para eso él les pagaba bien. Ese era el precio para pertenecer a su tripulación y cuando más de alguno desobedeció de igual forma también fue castigado. Varios terminaron sin pene luego de ser azotados y poco le importaba si lograban vivir así o se morían desangrados, esa lacra no sólo perdían su apreciado miembro que los llevó a pagar ese precio sino también a ser abandonados y dejar de ser parte de su tripulación. Las órdenes eran saquear, pelear para defenderse, apropiarse del botín, matar a quien fuera necesario y mostrar algo de piedad con quienes se rindieran. Charles prohibió atacar a mujeres sin importar su edad, como también ordenó respetar los centros religiosos, sacerdotes y monjas no estaban en sus planes ni en sus intereses y por eso y por tantas otras cosas y por su manera de ser mantenía el respeto a ciegas de su tripulación, la estima de algunos colegas y nobles así como hasta la confianza del mismo rey de Inglaterra pero también mantenía la molestia y el odio de muchos otros.

—¿Y cómo llegó a tener esa vida?

—Inició siendo marino como todos, en sus primeros años, desde los doce dijo luego de perder lo único que tenía; a su madre. El clérigo del lugar lo acogió unos días en su parroquia pero él no tenía vocación para volverse religioso, así que el mismo clérigo que conocía a muchas personas lo recomendó a uno de sus conocidos que era hombre de mar y le suplicó hacer de ese niño un hombre de bien que pudiera labrarse una vida y crecer. Por ser amigo el otro accedió pero al ser un niño le hizo ver lo que era la vida en el mar, el trabajo pesado y los riesgos que habían, el clérigo lo sabía y al niño no le importó, dijo que quería irse, que algún día iba a ser un capitán y que regresaría a Gloucester en su propio barco.

»Aprendió todo lo que pudo y cuando logró ahorrar quiso comprar su barco, un bergantín pequeño para empezar pero luego lo pensó y decidiendo no ser un don nadie sin preparación, decidió entrar al servicio militar naval de la marina real costeándose todo él solo y eso le ayudó aún más. Fue de los más aplicados alumnos y uno de los mejores con más altos índices, veía esos mayores con rangos y condecoraciones y títulos y quiso ser así. Estaba decidido a llegar a ser almirante, estaba decidido a ser un hombre respetable y a pasar a la historia de esa manera, pero para cuando ya tenía algo de experiencia como marino también le llegó una oportunidad para cruzar más allá del Atlántico y quiso aventurarse a hacerlo. Para ese tiempo ya era un joven poco más de dieciocho y por su preparación y dedicación, fue seleccionado para ser parte de la tripulación militar de un barco inglés que zarparía para Jamaica, luego para Florida y luego más al norte de América. Tener la oportunidad de conocer todas esas provincias inglesas así como la experiencia y por qué no decirlo “ascenso” lo tenía feliz.

»Al llegar al Caribe en ese 1685 se sintió fascinado, un clima delicioso a pesar del calor, una vegetación increíble que incluía atrayentes palmeras, arena blanca y suave en la playa y las aguas más cristalinas que había visto, eran de un turquesa que enamoraba. Estando en Port Royal conoció casi a pie todo el lugar, sentía curiosidad por el tipo de casas y edificaciones construidas, por la manera en las que estaban alineadas, se fascinó por las estrechas calles y más por los Fuertes construidos que estaban estratégicamente ubicados. No podía creer que había uno con su nombre y apellido y aunque nada tenía que ver, la coincidencia no dejaba de resultarle agradable y graciosa porque algo curioso era que el que tenía su nombre fue el primer Fuerte construido y el que tenía su apellido, había sido el último por lo que ante tal cosa sus compañeros hasta le hacían burlas que él se tomaba a broma también. En esa visita conoció a un ex gobernador de la época que en su tiempo también fue corsario; Henry Morgan y tuvo la oportunidad de tratarlo y saber de su vida y sus aventuras.

»Charles se sintió cautivado por sus narraciones y dice que en una de esas veces, durante una cena en donde la bebida ya tenía dominados a varios, él le dijo que si estaba dispuesto le daría el secreto para ser libre y feliz, *“tu vida como marinero jamás te dará lo que una vida irreverente sí, puedes servirle al rey y tener un sueldo pero jamás, ni viviendo noventa años llegarás a tener el tesoro que en poco tiempo puedes tener por acá”* dice que le dijo sembrando en él la curiosidad. Le dijo que el Caribe era fascinante, de Norte a

Sur y de Este a Oeste y que los tesoros que podía extraer, jamás los iba a tener en toda su vida que dedicara a ser un simple marinero. De él fue que supo de piratas y corsarios, así como de filibusteros y bucaneros y tipos extraños con los que se encontraría en ese territorio. Charles comenzó a interesarse mucho en el tema y al menos, tuvo algo de tiempo para saberlo antes de que Morgan falleciera dos años después. La leyenda de un hombre que él conoció y trató se expandió después y más, sobre todo cuando se corrió el rumor del escondite de los tesoros que dejó producto de sus botines, se escatimaba que era una gran fortuna en oro y joyas pero el problema era saber exactamente donde estaban. Nadie lo sabía ya que se decía que Morgan mandaba a matar a quienes si lo sabían luego de hacer su trabajo de esconderlo, para que así nadie pudiera revelar su ubicación y traicionarlo.

»Las especulaciones decían que los innumerables cofres con su tesoro podían estar en cualquier lugar del Caribe ya que obvio, los había distribuido de manera estratégica. Fue famoso por unos sucesos en donde atacó la ciudad de Panamá como también lo era por la crueldad que demostró, dicen que era un tipo despreciable y desalmado, pero se le reconocía ser un diestro filibustero, líder tenaz y hábil explorador que aunque estaba al mando de las autoridades de Jamaica para muchos no dejaba de ser sólo un vulgar pirata que para colmo —de estas personas— el rey inglés de la época lo asciende nombrándolo “Sir” y Teniente Gobernador de Jamaica tiempo después, asunto que terminó por convertirlo de verdad en corsario. Igual la espina ya estaba clavada en Charles al saber todo eso y el que los rumores de su oro estuvieran en lugares como Roatán y Trujillo en la Provincia de Honduras, San Andrés a unas millas de la costa de la Provincia de Nicaragua y entre otras islas por todas las Antillas hasta la misma Cuba, obsesionó más a Charles y más, cuando de verdad conoció a ese tipo de hombres. Él era un gato más entre otros, de eso se dio cuenta, pero la vida que esos tipos tenían aunque fuera peligrosa y los buscaran porque ya a sus cabezas les habían puesto precio, eso no le importaba. Él debía decidir si quería una vida aburrida y sin ningún tipo de emoción, a convertirse de verdad en el dueño de su destino.

»Cuando pisó suelo de las colonias americanas ya no era el mismo y nada más parecía interesarle, no fue hasta años después que conoció al escocés William Kidd y sus correrías como corsario en el Caribe y sintió que la luz volvió a él. No sé cómo le hizo para convencerlo de que lo hiciera pupilo y le enseñara todo y fue así como renunció a la marina real y pasó a formar parte de su tripulación. Kidd era corsario y no un hombre cualquiera, él tenía una

patente de corso otorgada por el rey inglés de la época y residió en New York, luego decidió casarse y gozando de la gracia del gobernador del lugar, se le confiaron tareas contra la piratería que ya tenía colmados a los ingleses para que los atacara y fue así que junto con él, Charles inicio también sus andanzas. Decía que Kidd no era un tipo ordinario como los que Morgan le había descrito, incluso era algo más caballero que el propio Morgan y fue de Kidd que Charles aprendió también a ser un hombre diferente y con el ejemplo de la enfermedad y muerte de Morgan, más por eso se cuidaba del alcohol. Junto a Kidd, Charles sintió hacerse más hombre llegando a conocer hasta los confines de África, se mantuvo fiel a su capitán aun cuando no faltaban los amotinamientos, algo para lo que el pobre Kidd tenía mala suerte porque no sería la primera vez que le pasara, volviéndolo en parte un hombre violento y por lo cual, luego se le acusó de volverse pirata gracias a un error pero en parte Charles lo entendía y defendía. Al parecer sólo Charles logró comprenderlo, para él Kidd era lo más cercano a un familiar y caballero y parecía que el hombre era provocado de manera deliberada y tener una excusa para librarse por fin de él, los que se dijeron sus amigos lo traicionaron y sólo unos cuantos permanecieron a su lado.

»Kidd regresó a New York luego de pasar por el Caribe y Charles permaneció con él pero al saber Kidd que era acusado de piratería y que ahora se le buscaba tomó medidas. No sólo escondió su tesoro acumulado sino que premió la lealtad de Charles dándole un jugoso porcentaje, le ordenó seguir con su vida como la quisiera, que comprara su propio barco, que se hiciera de hombres leales y como último acto, lo nombró capitán. Era mejor separarse porque el rumbo de su vida ya era incierto y no quería llevar a sus pocos hombres leales e inocentes a la muerte junto con él. Les ordenó alejarse de él y olvidar todo lo que vivieron pero Charles se resistía, aunque al final no tuvo opción. Solamente cinco de los hombres que le habían quedado a Kidd se unieron al mando de Charles y juntos, se embarcaron en un navío mercante de regreso a Inglaterra cuando se enteraron que Kidd había sido apresado y llevado a Boston. La idea de Charles era ir a interceder por él ante el mismo rey de ser posible aunque arriesgara su vida al hacerlo y utilizó la poca influencia que tenía por haber servido a la marina inglesa. Se mostró como un hombre serio y honesto, vestido con ropas finas y aunque también lo tenían engañado bajo el cuento de que se le iba a procesar nada más, prometiéndole que se le iba a respetar la vida aunque pasara algún tiempo en prisión, las intenciones reales no eran esas. Charles hizo lo que pudo sin darse a conocer

como miembro de su tripulación pero también lo estaban engañando.

»El tiempo pasó de esa manera hasta que Kidd fue llevado a Inglaterra para ser juzgado, Charles estaba confiado en la justicia de los hombres pero no fue así, supuestamente le comprobaron sus actos vandálicos como pirata y por lo mismo fue sentenciado a morir. La clemencia solicitada por el hombre al rey y también por el mismo Charles no fueron escuchadas ni aceptadas. A Kidd lo encontraron culpable de todos los cargos de los que se le acusaba y ya nada se podía hacer. Charles volvía a sentir por segunda vez luego de la muerte de su madre, lo injusta que era la vida, porque para él aunque Kidd tenía lo suyo lo demás fueron calumnias, le tendieron una trampa y lograron por fin condenarlo de manera injusta a una horca que no merecía y no sólo eso, el escarnio de exponer su cuerpo colgado sobre el Támesis fue demasiada humillación para un hombre que señalaron y vituperaron como el delincuente que no era. A partir de allí Charles decidió rebelarse y hasta pensó en volverse al bando de los españoles, quienes técnicamente y en cuestiones navales parecían ser mejores que los ingleses o al menos en el Caribe pero se tomó su tiempo antes de actuar movido por la rabia. Se había comprado una pequeña residencia en su natal Gloucester y se encerró en ella más de tres meses, años atrás había perdido al clérigo que lo ayudó y que él a su vez le ayudaba después económicamente, así que se sentía de verdad solo.

»Pero él sólo tenía dos opciones; o se volvía un comerciante normal o un granjero por el resto de su vida con todo el dinero que tenía o se hacía a la mar con bravura e irreverencia en honor a Morgan y a Kidd, obvio lo segundo lo excitó más y fue así como decidió comprarse su barco por fin y hacerse de su tripulación. Ya le había echado el ojo a uno que todavía estaba en su astillero recibiendo sus toques finales, aprendió a conocer lo que él consideraba los mejores barcos y ese lo tenía todo; buen tamaño, estabilidad, comodidad, algo de lujo en sus camarotes principales, imponentes mástiles y velas y sobre todo, la durabilidad y ligereza a pesar del tamaño, se enamoró de él desde que lo vio. Volver al Caribe por una temporada era lo que quería porque respirar el mismo aire fétido junto con los asesinos de su maestro, le revolvió las tripas y le provocaba ira.

—¿Pero cómo llegó a ser corsario entonces? Creo que ya tenía un claro ejemplo de que podían traicionarlo también.

—Charles logró hacerse de algo de fama y sí, supo que en la vida que había elegido menos debía confiar en la gente, había sido testigo de alianzas y traiciones y lo seguiría siendo mientras tuviera vida. Los intereses de los

hombres eran sólo por ellos mismos y eso nunca iba a cambiar. Finalizando 1701 pasó más tiempo en el Caribe asentándose en Kingston y no en Port Royal, ya que este segundo se había reducido a un pueblito. Salió de Inglaterra en su orgulloso Emperador y con una tripulación de apenas cincuenta hombres, de los cinco fieles que conocieron a Kidd sólo uno se quedó con él y se convirtió en su mano derecha. Se alió junto con otros seguidores de Morgan aunque trabajara por su cuenta y así, se fue haciendo de botines propios pero sin llegar al extremo de descuartizar a sus oponentes para someterlos. Era fiero peleando y al abordar, perdonó la vida de algunos pobres gatos que no hacían otra cosa más que seguir órdenes de otros, lo que le ganó el apodo de “El benevolente Walker” pero no era una buena carta de presentación para lo que hacía. Conoció piratas sanguinarios pero él tampoco encajaba en ese perfil, no era su manera, el sadismo no era parte de él aunque tuviera sus maneras de castigar. Se dice que una vez, un barco de los hombres que dirigía, buscaron desbancarlo y evitar recibir órdenes suyas, se enteró que planeaban un amotinamiento contra él y el abordaje a su Emperador, ya que el barco era bastante deseado y eso jamás lo iba a permitir. El que le buscarán problemas con otros no le importaba pero ceder su barco, lo que realmente era de él ni muerto, prefería verlo en trozos siendo tragado por el mar que dejar que alguien más lo comandara. Así que de manera sutil se deshizo de toda esa tripulación.

—¿Cómo?

—Organizó un banquete cerca de una bahía y los invitó a la celebración, todos comieron como amigos, luego les repartió unos barriles con ron y cerveza y otros con pólvora que los tipos cargaron y llevaron a su barco. Hicieron que Charles los acompañara para que les hiciera el honor de beber en su barco en agradecimiento y sellar una supuesta paz y alianza. Obvio lo que el otro quería era ganarse la confianza de Charles y lograr embriagarlo algo junto con los hombres que lo acompañaban, en ese momento querían información sobre el oro del capitán Walker y el cargamento de municiones y artillería que poseía. Charles le siguió el juego pero llegó la hora de la verdad y el momento de actuar, la tripulación pirata siguió en la bebida así que no tardaron en retorcerse como gusanos.

»Comenzaron a vomitar y a caer al suelo, habían sido envenenados con la cerveza, los que todavía no la probaban ardidors por al acto se dispusieron a pelear con los hombres de Charles en cuenta, el que incitó el motín que aún no bebía. Charles peleó con él cuerpo a cuerpo y espadas contra espadas, el tipo

estaba furioso pero los demás ya tenían su plan y en determinado momento sólo se escuchó un disparo que era la señal para saltar del barco al agua. Charles con un golpe certero logró aturdir al otro y saltó al agua junto con sus hombres. De pronto otro estallido peor que retumbó como los truenos sonó, el disparo fue la chispa que necesitaba la pólvora que subieron al barco y en un abrir y cerrar de ojos todo explotó, las llamas iluminaron esa noche y Charles junto a sus hombres observaron todo estando en el agua. Continuaron nadando hacia los botes que les tenían preparados para alejarse de allí, porque la lluvia de trozos de madera amenazaba con herirlos también. Cuando subieron todos y remarón, desde la distancia apreciaron su hazaña y los que quedaron en el Emperador y presenciaron lo que pasó, supieron que era mejor no provocar la ira del capitán Walker porque siempre buscaría la manera de vengarse. Seguramente no era un tipo sanguinario que disfrutaba la carnicería humana pero era un tipo peligroso que por las malas, no dejaba pasar nada y hacía ver a sus enemigos sus métodos para actuar sin contemplaciones. Esa fue la primera vez que de verdad se sintió asesino, ya que había hecho las cosas premeditadas como también al saberse el suceso los demás comenzaron a respetarlo más, aunque no faltaran los enemigos ocultos que se ganaría. Sin hacer tanto esfuerzo y de una manera no tan violenta, esa noche mandó al fondo del mar una fragata de tamaño considerable y a todos sus tripulantes también. Poco le importaba el botín que el barco tenía, su objetivo eran esos traidores que buscaban despojarlo de su posición y a modo de advertencia para los demás hizo lo que mejor le pareció, erradicar a esa lacra de la faz de la tierra.

—¿Y nunca alguien volvió a intentarlo?

—No, Charles es de los pocos que tuvo esa suerte, se ganó el respeto y temor de sus hombres no sólo por eso sino por lo generoso que era al momento de recompensarlos. Seguramente una manera de comprarlos y retenerlos pero esos hombres le juraron fidelidad y servicio sin reservas como retribución porque como sea, en ninguna otra parte iban a tener la suerte que tenían con él, servían al mejor hombre y estaban a bordo como la tripulación del mejor barco. El nombre de Charles Walker comenzó a conocerse por todo el Caribe haciendo temblar a algunos y debido a lo que hizo, se ganó el apelativo de “El lobo marino Walker”

—El lobo marino Walker —repitió Matt.

—Y respondiendo a tu pregunta de cómo se volvió corsario fue otra oportunidad, una que él nunca se esperó y una que tuvo que pensar muy bien dada a su experiencia con Kidd. Corría ya el año de 1703 y el Viejo Mundo ya

pasaba por un conflicto que estaba sacudiendo todo, se había desatado un enfrentamiento provocando una batalla, una guerra por sucesión, una revolución española que no sólo se quedó en el interior de dicho país dos años atrás sino que abarcó a otros, volviéndose un conflicto ya internacional y los ingleses no se quedaron atrás. Ellos libraron su propia guerra contra los franceses por los dominios del lugar a donde vas y fue así como en nombre de la ahora reina inglesa, se comenzó a hacer un llamado a los que estaban en el Caribe para a cambio de obtener una patente de corso en el caso de “ser piratas” se unieran a la lucha por su país. La noticia llegó a Charles pero al principio no le interesó, no quería tener nada que ver con la monarquía inglesa, no después de la manera en la que según él traicionaron a Kidd. Eso lo tenía muy presente y tal era su indiferencia que si la misma Inglaterra desaparecía de la faz de la tierra en la dichosa guerra poco le importaba, según él no se perdería nada que valiera la pena.

—De verdad estaba dolido —opinó Matt.

—Mucho —suspiró ella—. Estaba haciendo oídos sordos al asunto hasta que el mismo gobernador de Jamaica de ese tiempo que se llamaba Thomas Handasyde le solicitó. Charles no quería obedecer pero fue sensato, ya que rebelarse contra la corona podría ser peor así que se presentó aún a arriesgo de ser capturado. Debido a que ya tenía una reputación que lo precedía fue tratado con respeto y además de saber que también había servido en la marina real, recibió una especie de amnistía para ese momento. Se supo también que había formado parte de la tripulación de Kidd y que había intercedido para que al hombre se le librara de la horca como también se le hiciera justicia debido a las calumnias y traición de la que fue objeto pero a pesar de eso, la misma reina Ana le solicitaba y ella misma le había enviado expresamente para él una patente especial que le servía como una amnistía así como una breve carta. Ella sabía que debido a la experiencia, el hombre no iba a confiar en ellos así que de manera personal le hizo saber sus deseos y como también por escrito, le aseguró recompensas por su fidelidad mientras tuviera vida así como la seguridad de una vida cómoda y solventada y más que nada, la protección y amparo por parte de la corona para con su persona y gozar de su jurisdicción a través de los gobernadores ingleses en el Caribe. Charles aún así se mostraba desconfiado y conociendo a las mujeres, no quería caer en una trampa incitado por una. El mismo gobernador le dio la invitación expresa de la reina para que la visitara en Inglaterra y así entonces, hacerle ver personalmente lo que ya le había dicho en esa carta.

—¿Y aceptó volver a Inglaterra?

—Sin saber qué diablos lo movió lo hizo pero no fue en su Emperador sino en otro barco más pequeño que formaba parte de su flota privada, se llamaba “*Espartaco*” y dejando al mando a su contramaestre Duffray se embarcó hacia el Viejo Mundo.

—¿Y la reina lo recibió?

—Charles no perdió el tiempo ni ella tampoco, fue recibido casi como noble y como lo dijo volvió a repetirle todo exactamente tal cual estaba en la carta. Le prometió honrarlo por sus servicios como era debido, estaba dispuesta a hacerlo noble y otorgarle tierras y residencias si él lo quería, todo lo que él quisiera con tal de tenerlo bajo su mando como corsario. Estaba dispuesta a ascenderlo a un grado militar si él estaba dispuesto, a ponerle a disposición la flota y los hombres que fueran necesarios y a darle a él el poder que quisiera, pero Charles también y con osadía le hizo ver a ella que eso a él no le aseguraba nada. Su cuñado, el rey anterior también le había dado una patente a Kidd y eso de nada le sirvió, además le recordó que el partido político Tory y del que ella era simpatizante, fue el que solicitó que Kidd fuera juzgado por piratería y asesinato.

»La reina se sentía avergonzada pero no podía negar que lo que él le decía era la verdad, no iba a obligarlo a nada si él no lo quería pero también le hizo ver a él que la vida que había escogido en el Nuevo Mundo podía llevarlo a la muerte más temprano que tarde sin que Inglaterra pudiera intervenir sin ninguna obligación. Él insistía que ni con la dichosa patente había obligación que los protegiera y por eso, él se negaba a creer y a ceder. Sabía que en la dichosa guerra su obligación era sólo dos cosas; servir a su reina y luchar contra los franceses, él había sido seleccionado e incitado por haber servido en la marina real tiempo atrás dándole la oportunidad de volverse más poderoso. Las patentes concedidas no le garantizaban nada en una guerra en la que él nada tenía que ver, más que tener el deber y la obligación de servir a su país como ya lo había hecho con anterioridad. Él le hizo ver la libertad que tenía y que no quería perder, ella le hizo ver que lo necesitaba como militar y estratega pero no iba a obligarlo a nada. Le dijo que tenía tres días para pensarlo, podía volver al Caribe como el mismo delincuente o volver como un hombre de verdad poderoso.

—Y es obvio que decidió lo segundo.

—No le hizo gracia, era volver a atarse y además de saber que esa guerra tardaría años en acabarse, también supo que tendría que perseguir “piratas”

que fueran considerados enemigos. Eso no le gustó, era traición a la vida que había escogido, valerse de eso para después ser una especie de “azote” para personas con las que él había convivido lo hacía tener un conflicto interno. Poca diferencia había si decidía estar en un lado o seguir por el otro porque como ella le dijo, si seguía con su vida así podría ya estar contada sin tener ningún beneficio en cambio como corsario no es que fuera a librarse de más peligros pero al menos, como servidor de la corona gozaría de ciertos beneficios, mismos que ella se comprometía a otorgarle mientras tuviera vida. Era una oportunidad que no volvería a llegar, la reina sólo la daba una vez así que no sintiéndose muy bien aceptó pero le hizo ver que no dejaría de lado su oficio y que tampoco iba a estar subordinado a almirantes o generales que lo menospreciaran porque eso él no lo iba a permitir, ni siquiera de su mismo marido que estaba al mando de algunas flotas. Si él decidía aceptar su propuesta, el trato sería con ella directamente y el dar cuentas de sus actos también. Ella aceptó quedando en constancia en otro documento firmado por ambos y quedándose él con su respectiva copia.

—¿Una manera de cuidarse las espaldas?

—Puede ser, el caso es que estando en Inglaterra y al conocer toda la flota que viajaría al Nuevo Mundo también se encontró con un amigo de sus años de marinero y que ahora era teniente, se llamaba Benjamin Grant y al menos saber que serían compañeros de lucha de cierto modo le llenó de alivio. Regresando al Caribe tuvo que hablar con sus hombres, a unos les dio igual pero a otros no y uno de los que se molestó fue su contramaestre, le dijo que había cometido un error porque así como traicionaron a Kidd podían hacerlo con él también. *“Dejaste que te compraran, eres igual que todos, vendidos por ambición”* dice que le dijo y luego escupiendo el suelo lo dejó solo. Charles les dio la opción de dejarlo, que quien quisiera irse podía hacerlo, no iba a retener a nadie. No iba a negar que las palabras de su compañero le dolieron pero sintió que le dijo la verdad. Desde que se vio en esa encrucijada que le puso la vida de cabeza, en lo único que pensaba era en las palabras de Morgan y en que ni aún sirviendo toda su vida jamás iba a tener lo que con la irreverencia sí pero él mismo se volvió corsario después y se valió de eso para ser peor. El poder y la autoridad confiere ascender tan alto como se quiere, el chiste era aprovechar eso y que sirviera a favor, tal vez el problema de Kidd se debió a que era algo confiado en cambio Morgan era más sagaz y al menos Charles ya comenzaba a sentirse en medio de los dos.

—Vaya dilema.

—El caso es que el tal Duffray no quiso dejarlo y después de disculparse volvió a su lugar pero la rebeldía nadie se la quitaba, quien había firmado un acuerdo era Charles no él y él si estaría enemistado con la monarquía inglesa hasta que dejara de respirar.

—Nunca faltan los necios —sonrió Matt.

—Y vaya que era testarudo, el caso es que fue así como Charles se volvió corsario, hizo su parte en la dichosa guerra que como dijo duró años pero eso le valió más experiencia así como el agrado de la reina y los honores que ella le prometió. La mejor época de Charles como hombre de mar vino después, cuando ella fue nombrada reina de Gran Bretaña cuando Inglaterra y Escocia se unieron. El Capitán Walker llegó a coleccionar condecoraciones y a amasar algo de fortuna personal, logró llegar a tener una vida de la que económicamente no iba a carecer de nada, podía tener los barcos que quisiera, la tripulación que quisiera, las residencias que quisiera pero no fue ambicioso y de todo eso Duffray fue testigo. Charles fue nombrado “Sir” por ella pero hasta allí, no quiso que se le dieran títulos nobiliarios que sentía no merecer, el caso es que de ese triunfo y de ese bienestar todos sus hombres también disfrutaron y cuando la guerra acabó, el teniente Grant se unió a él y a su tripulación. Charles llegó a tener docenas de barcos a su disposición y más de setecientas personas a su mando pero todo eso le parecía excesivo y lo único que quería era volver en su Emperador a su añorado Caribe y disfrutar de unas merecidas vacaciones sin tener presión de nada. Con toda la riqueza que ya tenía tanto de botines como del servicio a la monarquía, podía retirarse a vivir muy bien por el resto de su vida sin tener que preocuparse de nada.

—Que bien suena eso.

—La reina le permitió retirarse a su paraíso y disfrutar de un merecido descanso por casi un año pero por desgracia la reina murió en 1714 y Charles debía ahora someterse al nuevo rey y presentarse ante él como lo que era. Por suerte sus cartas de presentación más su experiencia y la gracia con que la reina le favoreció le precedían, además era Sir Charles Walker y los deseos que la reina dejó estipulados para con los corsarios debían respetarse, así que el rey Jorge no tenía la intención de cambiar las cosas siempre y cuando siguieran habiendo beneficios para la corona.

—Como siempre no hay favores gratuitos.

—Y a Charles no le importó, al menos cumplió con mostrar sus respetos al nuevo rey y que cada quien hiciera su vida en paz.

Matt se moría de la curiosidad por saber más del hombre que estaba

seguro era el mismo que estaba en el cuadro en el salón de bitácora de la Emperatriz pero también quería saber más de ella y de cómo maduró pasando de ser una señorita de sociedad a una pirata. Le intrigaba saber todo de él y qué fue de su destino porque comenzaba a presentir que el hombre estaba muerto y no quería parecer indiscreto al preguntar lo que le había pasado y abrirle a ella más heridas. Estaba seguro que su cambio más drástico se debió a su muerte pero mejor esperaría para saberlo a su tiempo si es que lo tenía. Lo que ahora deseaba saber era más de ella.

—¿Y tú...? —Inquirió con reservas—. ¿Cómo fueron tus inicios en esa vida?

—Lo dices como si fuera lo peor.

—Dímelo tú.

13. Experiencias



Ella lo miró, total ya había comenzado a hablar y no tenía caso parar.

—Cuando llegamos a Inglaterra era otro mundo —continuó—. Jamás pensé en volver a estar cerca de España, casi no tengo memoria de la vez que salí con mis padres para venir a La Española así que como era lógico me dio algo de nostalgia y a la vez tristeza. Él cumplió con sus encargos al rey y así mismo tuvo su tiempo para enseñarme las posesiones que tenía. Londres me pareció un lugar bonito pero demasiado asfixiante, nada que ver con lo que había en el Caribe. Su mansión en Gloucester era preciosa y de ese modo me fui compenetrando a lo que era su vida, fue para ese tiempo que me contó cómo había llegado hasta ese momento de su vida y de cómo debido a eso tampoco nunca se casó. Él podía ofrecer estabilidad económica a su esposa e hijos pero no les podía ofrecer su tiempo, ni tampoco heredarles esa maldición y perderlos por algún enemigo que quisiera hacerle daño y golpearlo con lo que él más quería, era como para que él terminara de volverse el peor de los asesinos sin importarle pasar hasta por la cabeza del mismo rey, por eso en parte prefirió sacrificarse y vivir solo. Tenía las rameras que podían satisfacer su cuerpo pero sólo eso, nada más y yo vine a convertirme en una especie de hija para él y es desde que estaba con él, que sintió el peso de las cosas que había estado evitando.

—El perderte.

—Sí y lo menos que yo podía hacer era demostrarle ser fuerte y valerme también por mí misma, poniendo en práctica todo lo que había aprendido para que al menos se sintiera algo confiado. Durante los saqueos no permitió que bajara del barco, enfrentarme a tipos horrendos según él no era algo para lo que yo estaba preparada todavía pero algún día llegaría el momento y así fue. Poco antes de cumplir mis dieciséis una fragata enemiga interceptó al Emperador cayéndonos por sorpresa. Fue como a las dos de la mañana a unas millas de las costas de Jamaica, nuestra bandera no estaba izada y creyeron que el barco era de nobles. Los tipos nos abordaron ayudándose de largas

sogas y enormes y filosos arpeos, fueron osados para ser piratas pero no tenían la suficiente experiencia. Un mal viraje del timonel que tenían desvió el primer cañonazo que pudo hacerle al Emperador un agujero al casco de babor en proa, eso nos alertó a todos lo que dormíamos porque en cubierta ya se tenían una batalla.

»Charles salió para pelear rogándome que me quedara encerrada en mi habitación pero que me vistiera y me armara por cualquier cosa. Me vestí y me armé como lo dijo pero no me encerré, sentí un extraño deseo por luchar que me quemaba el cuerpo. Nuestros cañones tuvieron el tiempo para responder al fuego y teniendo el barco enemigo a nuestro tiro, sin piedad y sin dudarlos atacaron al otro. Salí a cubierta y vi como todos luchaban, era mi oportunidad para demostrar de lo que estaba hecha, salté con furia como si esa llama me hubiese envuelto todo el cuerpo y subido por el mismo para darme valor y fue así como decidí pelear junto a todos. Al primer tipo que encontré y que al ver de donde yo salía, cuando se me abalanzó al verme mujer nunca se imaginó que sería lo último que hiciera. Le ensarté un filoso estilete en el estómago sin que tuviera la oportunidad de tocarme, ese fue el primero, el primero de muchos que vendrían a lo largo de la vida que había elegido y no entendía por qué pero me dio una extraña satisfacción y ningún remordimiento. Al salir a cubierta me uní con los demás, comencé a pelear como si algo me poseyera, mi agilidad con la espada me valió para echarme otros cuantos, no era tonta, dejaba los tipos más grandes para los demás y yo me enfoqué en los más jóvenes y atolondrados que podía dominar. Con la espada los destacé como cerdos, con el pistolete perforé a varios y también tuve la oportunidad de romperle el cuello y desnucar a algunos, fue algo cansado pero por alguna razón me sentía más fuerte.

»Cuando vi que el barco enemigo intentaba huir, o la distancia que pudiera alcanzar antes de hundirse y los que sobrevivían se lanzaban al agua buscando salvar sus vidas, noté como un tipo alto peleaba con Charles cerca del castillo de proa. Mi capitán ya tenía una herida en el brazo izquierdo pero peleaba con fiereza, así que cogiendo uno de sus mismos arpeos lo lancé hacia un extremo del mástil deteniéndose en la verga del trinquete que tenía las velas plegadas y recordando mi entrenamiento en los árboles, me colgué decidida a caerle encima a la lacra que se había encaprichado con Charles. Lo hice y antes de llegar le grité a Charles para que se apartara, me entendió y yo logré darle una buena patada al otro en la cabeza lanzándolo al suelo. Yo logré detenerme encima de unas cajas porque casi y que llego al bauprés y cuando el tipo miró

quien lo había golpeado, furioso corrió hacia mí. Charles quiso detenerlo lanzándole la espada pero no logró clavársela sólo hacerle un rasguño, le grité que lo dejara venir a mí y cuando el tipo se acercó intentando clavarme su espada al estar yo encima de las cajas, en un giro del que ni yo misma tuve conocimiento de la agilidad con la que lo hice lo esquivé, lo que él consiguió fue fallar y quedar justo a mi merced cuando su espada se clavó en otra caja. Apenas y pudo levantar la cabeza para verme furioso y yo, sonriendo con satisfacción solamente hice un movimiento de brazo y eso fue todo. La cabeza del desdichado salió rodando.

Matt la miraba con la boca abierta y sin parpadear, imaginar a una chica fiera lo excitó en el buen término. La escena había estado emocionante.

—¿Y sólo son dieciséis? —inquirió él.

—Así es, puedo sonar sádica pero... en ese momento me sentí orgullosa. Ese fue mi principio y entonces la Asturiana sería conocida como una asesina también. Charles no podía creer lo que había hecho pero en parte se sintió aliviado porque supo que mi verdadera preparación comenzaba, ya no en teoría sino en práctica. Los tipos que quedaron al ver que habían sido vencidos y que los demás huían hicieron lo mismo, Charles no quiso prisioneros esa vez pero más de un moribundo quedó, al menos para decir quiénes eran y el por qué nos habían atacado. El hombre simplemente dijo que ellos eran piratas comunes y que habían creído que el barco era de nobles y que cargaba oro. Eso nos molestó más a todos, haber interrumpido nuestra tranquilidad sólo por eso había sido el colmo. Al momento escuchamos gritos a lo lejos de los que seguían en el agua, habían teñido la misma de sangre y en consecuencia llamaron a los tiburones. En poco tiempo esas aguas se infestaron llamando a otros y eso sí me dio más miedo que todo lo anterior, la noche era clara por la luna así que pude ver algunos que se acercaron al barco. Eran enormes, mucho más grandes a lo largo que un hombre, podían medir más y al menos parecían tener mucha hambre. Charles estaba ofuscado por ese ataque salvaje a su Emperador, ordenó mantener izada la bandera hasta llegar al menos a las costas de Jamaica. Ordenó limpiar su barco de toda la lacra que había quedado, incluyendo el que acababa de expirar y ya que las “mascotas” nos estaban rondando por más comida, los cuerpos se lanzaron al mar para después proceder a limpiar toda la sangre de la cubierta, el pobre Emperador era un completo asco y eso lo puso a él de mal humor. Quería ver su barco limpio para cuando amaneciera que sería en poco tiempo y saber por boca de su carpintero, las reparaciones que le “maquillara” la madera a su Emperador.

Ordenó que se quedaran con las sogas, los arpeos y las armas que los demás habían dejado, seguir a los tipos no, ya que con ese casco lleno de agujeros no llegarían tan lejos y esa fragata terminaría por hundirse. Bram se acercó a él para verle esa herida del brazo mientras Charles, comenzaba a darme uno de sus sermones por haberlo desobedecido en vez de halagarme por mi hazaña.

—¿Bram? —Inquirió con asombro—. ¿Es el mismo...?

—Sí —lo interrumpió ella—. El médico que servía a bordo del Emperador, el médico que me curó de la cicatriz y el mismo que iba a curar la herida del brazo de Charles, es el mismo Bram que ya conoces.

—Increíble —murmuró.

—Se conocieron durante la guerra esa y así como el teniente Grant, Bram también quiso unirse a Charles. Él fue un médico de marina, es estudiado así que conoce muy bien su trabajo.

—De verdad que has tenido una vida intensa.

—Escuchar el sermón de Charles y soportar su mal humor mientras Bram lo curaba, más que todo por el ataque sin sentido a su barco por parte de aficionados que jugaban a ser piratas ya me estaba mareando, hasta que por fin se calmó y reconoció que yo ya no era una simple mujer a la que debía proteger toda su vida. Se admiró por lo que hice y aunque le había desobedecido agradeció que lo hiciera, nunca esperó verme en acción y menos constatar que tuviera la sangre tan fría como para hacer lo que hice. Me dijo que algo había dentro de mí, una naturaleza propia, algo que ya era parte de mí y de lo cual yo desconocía. Posiblemente la personalidad que mantenía dormida era fiera pero reconoció que yo había nacido para dominar el mar, para imponerme, era algo que ya había comenzado y no iba a acabar y de esa manera, a partir de ese momento sería reconocida. Le dolió saber que de la joven inocente y débil que rescató en Puerto de la Cruz ya no había nada y no restaba otra cosa, más que apoyarme y seguir instruyéndome en todo lo que sabía y como sea, se sintió orgulloso de mí. Olvidó su enojo y me abrazó. A partir de ese suceso sus hombres me vieron y trataron con más respeto, era una joven y hábil asesina y un buen elemento para ellos. Meses después fuimos a España y pasamos por Asturias, fue allí donde...

La mujer hizo una pausa y sonrió con sonrojo.

—¿Qué? —insistió él—. ¿Qué pasó en Asturias?

—Perdí la virginidad —contestó sin remedio.

—¿Te hicieron algo?

—No, no, gracias a Dios no, pero era algo que tenía intranquilo a Charles,

a él como hombre le apenaba decirme algunas cosas así que tuvo que armarse de valor y hacer lo que estimó más conveniente.

—¿Y qué fue? —levantó una ceja con desconfianza.

—Que aprendiera en un burdel.

—¡¿Qué?!

—No, no es lo que piensas —sonrió—. A mí tampoco me hizo gracia al principio pero como siempre las cosas se hicieron a mi modo, el propósito era salir de ese asunto y lo hice.

Matt seguía mirándola con desconfianza. ¿Qué podía hacer en un burdel donde las servidoras son mujeres? ¿Y ella como cliente? Su mente no lo dejó pensar más, a menos que también hubiera hombres que se dedicaran a eso, era lo más factible. Una vez oyó hablar de sitios así en Italia, era posible que ya hubieran también en España.

—La perdí con un hombre pero no te daré detalles —le aclaró adivinándole los pensamientos.

—No, mejor no, eso no me interesa saber, al menos fue con un hombre, ya hubiera sido el colmo que con otra mujer —arrugó la frente con desagrado y la Emperatriz se soltó en risa.

—Mi vida comenzó a ser más emocionante —continuó ella—. Aprendí mucho de las andanzas de Charles, tanto que en menos de tres años él me dio una sorpresa.

—¿Cuál?

—Me regaló mi propio barco.

—¿A la Emperatriz?

—Sí —suspiró—. Él mismo lo llamó así. Me lo dio más que todo para que tuviera un lugar sólo para mí, luego de que...

—¿De qué? —insistió él al notar que se había quedado callada.

—Un año antes había llegado a la tripulación un joven, tenía veinte años, era alto, guapo, de piel bronceada, ojos oscuros y pelo café claro. Se llamaba Axel Jones y era un marinero que desertó del servicio militar inglés y como desde niño escuchó hablar sobre Sir Charles Walker y su valor en las aguas del Caribe y en la Guerra de la Reina Ana estaba deseoso por formar parte de él. Como a todos, Charles lo probó y le permitió servir aún creyéndolo un cobarde por el hecho de no soportar el servicio militar, lo que no se imaginó era que él y yo íbamos a gustarnos. A ningún otro yo le había demostrado afecto, de hecho no miraba hombres, no reparaba en ellos, el ser la protegida de Charles me volvió más orgullosa pero con él no sé por qué las cosas fueron

diferentes. Él era fiero al pelear también, evitaba beber alcohol, era diestro con las armas de fuego más que el sable, tenía muy buena puntería, le gustaba mantenerse limpio y presentable y lo mejor de todo era que sabía tratar a una mujer.

»Desde que me miró la primera vez hubo algo en sus ojos alquitrán, su mirada hacia mí era diferente, al principio no lo soporté porque creí que su insistencia al verme era por la curiosidad a mi cicatriz y eso me molestaba pero luego me demostró que no era eso y así poco a poco comenzamos a tratarnos. Todo empezó por una amistad y luego su interés fue más allá, siempre estaba cerca de mí, se preocupaba por mí. De esa manera a meses de tratarnos llegó a confesarme lo que realmente sentía y la atracción que ejercí sobre él desde el principio, también llegó nuestro primer beso y un día cerca de esta misma playa... no pudimos más y nos entregamos. Mantuvimos un idilio por un par de meses más, asunto que no le oculté a Charles pero que igual me pedía ser discreta y que al menos en el barco no mantuviéramos relaciones sexuales recordándome cuál era mi lugar, yo en mi puesto y él en el suyo. Eso sí era una proeza dado a que pasábamos más tiempo en el agua que en tierra, tuve que aprender sobre los métodos para no quedar embarazada, lo que incluía beber unos téis amarguísimos pero era lo mejor. Un día luego de una tormenta en alta mar, yo amanecí resfriada por la lluvia que me había caído y para colmo, dos días después otro barco enemigo nos atacó. Todos se enfrentaron con los demás, todos pelearon y yo aún con el malestar y la debilidad que sentía, me uní a la fiesta.

»Logré pelear como pude hasta que uno de los tipos me sujetó del pelo y furioso me empujó contra el balaustre, no sin antes chocar de estómago contra unas cajas de gruesa madera. Me sacó todo el aire, no podía respirar y eso comenzó a marearme, estaba aturdida y justo cuando iba a querer atacarme otra vez antes de levantarme, Axel lo arrojó al otro extremo con un solo empujón, mientras ellos peleaban yo logré recuperarme pero lo cierto era que no me sentía bien. Otro tipo me atacó de igual manera, me embistió de cuerpo completo estrellándome en la dichosa baranda otra vez y sentí mi espalda partirse debido al dolor. Sonrió con burla al mismo tiempo que sacó su asquerosa lengua para lamerme la cara, por lo que con fuerza lo golpeé, le di un puñetazo y a la vez una patada pero no fue suficiente, volvió a sujetarme esta vez del cuello y doblándome me hizo ver que me lanzaría al mar. Me pegó con la rodilla en el estómago doblándome ahora hacia adelante y aprovechando mi debilidad, me levantó y como lo dijo me lanzó al agua. Caí

al mar pero tuve las fuerzas para salir a flote, Axel lo supo y sin dudarlo me siguió lanzándose también para salvarme, no sin antes gritarle a los demás que la Asturiana estaba en el agua.

»No sé cómo ni por qué en ese momento los que nos atacaron se retiraron, nadaban hacia su barco que estaba a buena distancia del Emperador así que esta vez los cañones no sirvieron. Igual los hombres de Charles lanzaron las sogas para recatarnos y al llegar a la escalera subimos él y yo, yo iba primero y él detrás de mí y justo después de abordar el barco un disparo me asustó porque lo sentí silbar cerca de mi cabeza. Uno de los malnacidos que quedó en cubierta y que creyeron muerto, disparó su arma hiriendo a Axel directo al pecho lo que hizo que cayera al mar otra vez, grité y dos de los hombres de Charles se lanzaron a recogerlo mientras que yo, con las fuerzas que tenía me incorporé sólo para quitarle la espada a uno y acercarme al tipo que le había disparado. Sin pensarlo le clavé la espada con todas mis fuerzas terminando de matarlo de una vez, tanta fue mi rabia que en ese momento caí sentada, el mareo y la debilidad eran demasiadas, sentía que me era difícil respirar. Charles corrió hacia mí y se preocupó más al verme sangrar también, intenté calmarlo diciéndole que no estaba herida pero entonces no se explicaba la sangre que me corría por las piernas hasta que los dos nos miramos, el dolor que sentía en el estómago era insoportable. Sin saber de Axel, Charles me llevó en sus brazos hacia la enfermería de Bram y luego de eso no supe más.

—Imagino tu despertar —le dijo él.

—Fue doloroso y no me refiero sólo al cuerpo, mi corazón volvió a sufrir otro golpe. Por más que lo evité no entendí como me había embarazado y debido a los golpes tuve un fuerte sangrado que se lo llevó y mi condición me hizo convulsionar con altas fiebres que Bram no lograba controlar, haciendo que casi me llegara la hora también. Perdí lo que estaba dentro de mí como también perdí a Axel que era el padre.

—Lo lamento —suspiró Matt.

—Desperté al anochecer del siguiente día con incontrolables delirios, apenas y logré preguntar sobre lo que había pasado, recordé que habían herido a Axel y que yo misma estaba sangrando también. Al ver mi condición, Charles no quiso decirme nada hasta que estuviera más calmada porque lo que iba a decirme no era fácil y Bram no lo recomendó, al menos no por la manera en la que había despertado. Lograron dormirme otra vez y a la mañana siguiente, ya más calmada pude saber todo. Había perdido un bebé y también a Axel, el disparo que le pegaron fue directo al corazón, cuando lograron subir

su cuerpo al barco apenas y sobrevivió unos minutos más, sin recobrar conocimiento. Él junto a diez hombres más fueron las pérdidas de Charles en tripulación y ese mismo día luego de prepararlos, de encostalarlos y de decir unas palabras deslizaron los cuerpos al mar, siendo yo ajena a todo.

—Que dura experiencia —murmuró él.

—Así es esta vida y debía acostumbrarme, lloré ambas pérdidas y por días estuve encerrada en mi camarote, la tristeza me tenía mal. Charles estaba pendiente pero yo casi no hablaba, casi no comía, todo me daba igual, mi mente se alejaba de esa realidad y comencé a creer que estaría mejor en la otra vida que en esta. Había perdido a mi madre, a mi hermano, a mi padre, al compañero que tenía y también al fruto de ambos, estos dos últimos en un solo día, él nunca llegó a saberlo y eso me atormentaba más. No sé qué habría pasado de continuar la vida normal, seguramente Charles nos hubiera obligado a casarnos y a renunciar a la vida del mar para poder criar al niño como debía ser. Todo eso lo pensé después y lo más seguro, era que ni a él ni a mí nos hubiera hecho gracia. El caso es que el tiempo empezó a sanarme las heridas y yo a sentar cabeza con más madurez, tenía que seguir con mi vida y olvidar esa experiencia.

»Luego de eso que llegamos a Inglaterra lo primero que Charles hizo fue hacerme ver por otros médicos especializados en partos y esas cosas, me revisaron y en efecto constataron que había perdido un bebé luego de que escucharan a Bram. Me pidieron que les dijera cómo y sólo dije que tropezando caí encima de unas pesadas cajas y que después de eso me vino un dolor espantoso. Me dijeron que debido a las fiebres, era gracia de Dios el que no estuviera muerta porque por la sangre que perdí estaba débil y no podía haber resistido. Pedí indicaciones claras sobre el cómo evitar embarazos, la verdad era que quería disfrutar del sexo sin tener que preocuparme por otra sorpresa, para empezar me dijeron que debido a lo sucedido tenía el deber de reponerme y evitar otro embarazo por al menos los siguiente seis meses, porque otra pérdida igual no la iba a soportar. Si realmente quería evitarlos con seguridad por el período de ese tiempo, entonces lo mejor era no estar con ningún hombre, de todos modos no pensaba estar con ninguno. No sabía si me había enamorado o no de Axel pero todavía me dolía el que ya no estuviera y lo extrañaba pero igual hice lo que me pidieron, aparte de contar ciertos días cada vez que me venía mi sangrado, me sugirieron anotar todo para llevar cuentas claras y precisas. Volvieron a hablar de ciertas bebidas que me podían ayudar y sobre dos métodos con el que el varón podía evitar hijos indeseados;

invertir en el envoltorio o la funda de tripa que protegía el pene y evitaba que su líquido pasara a la vagina y la otra manera, menos bíblica era la expulsión del líquido afuera de la vagina durante el coito. Esto último lo hacían hombres experimentados porque no era fácil para ellos salir del interior de una mujer mientras copulaban, sólo para que su líquido no entrara en ella. El placer no era el mismo y rara vez lo hacían o rara vez estaban de acuerdo en hacerlo, no por lo anti-bíblico sino porque el placer lo veían de cierta manera interrumpido y eso no les gustaba. En el caso de la mujer podía hacerse lavados de vagina con algunas hierbas o el más seguro de todos, recurrir a un método de anticoncepción permanente lo que significaba nunca más volver a tener hijos. Charles me prohibió eso último.

—¿Y qué decidiste?

—Por los momentos estaba otra vez de luto así que ni siquiera pensaba en otro hombre, creo que le llegué a tener cariño a Axel y era mejor darme mi tiempo. No asimilaba la idea de haber estado embarazada pero tampoco era indiferente y como sea, esa ilusión se me arrebató y por sentirme “vacía” decidí que no quería ser madre. Por Charles no recurrí a lo que él me prohibió pero decidí no serlo, el instinto maternal no es algo que tenga, decidí hacerlo a un lado.

—Pero algún día...

—Ni ahora ni nunca —lo interrumpió.

—¿Pero tus relaciones con el rubio...?

—Christoff toma sus precauciones y yo también aprendí a ser más cuidadosa, Bram está pendiente también, tanto de mi salud como de la llegada de mi costumbre. Me recuerda los días en los que puedo quedar embarazada y entonces evito todo contacto con Christoff, él lo sabe aunque gruña como cavernícola pero es algo que evito a toda costa. También utilizo una clase de ungüentos especiales que... usándolos para el momento y en... bueno ya sabes —evitó sentirse apenada—, no sé qué tan efectivo sea pero por el momento todo lo que he hecho me ha servido para evitarme otro embarazo.

Matt suspiró y volvió su vista al oscuro horizonte, era increíble como una determinada situación podía cambiar la mentalidad de una persona. Ella perdió un compañero sin embargo, no por eso dejó de tener otro pero también perdió un bebé y por eso, si decidió no volver a experimentar por lo mismo. El que ella haya sepultado su instinto maternal era algo que a él le dolía y se preguntaba si al rubio eso le importaba.

—Y a... Christoff, ¿cuándo lo conociste?

—Fue poco antes de tener mi barco, un día paseábamos con Charles por el puerto de Dover antes de volver al Caribe, veníamos de las costas africanas y también de Asturias e hicimos una parada ahí antes de pasar por Gloucester y fue donde nos vimos por primera vez. Me pareció guapo, mucho y más vistiendo uniforme que también lo hacía ver más alto, tenía un porte que era llamativo, pertenecía a la marina pero desde que me miró pareció obsesionarse conmigo. Yo no le di mucha importancia, ya habían pasado unos cuantos meses desde lo que me había sucedido y no quería volver a tocar un tema así y menos, a vivirlo otra vez.

»Estando en un hostel del lugar y mientras Charles y yo cenábamos volví a verlo, él también parecía quedarse allí, andaba con otro grupo de compañeros pero sus miradas e interés estaba sobre mí. Seguramente nunca había visto a una mujer vestida como hombre, con la ropa ajustada al cuerpo, con una cicatriz en la cara y eso de seguro lo encaprichó más. Con osadía se acercó a nuestra mesa y nos invitó las cervezas, Charles que se comía su lechón lo miró con desconfianza y a mí, me miró alzándome las cejas pero evitó rodarme los ojos pues dedujo porqué se había acercado. Yo me mostré esquiva más que todo por mi cicatriz y con disimulo me la cubrí con el pelo, odiaba sentirme la atracción de una feria. Él insistió con lo de las cervezas pero Charles lo encaró como soldado sin siquiera dejar que se sentara, le hizo muchas preguntas que él cortésmente y con osadía le respondió, le dijo quién era presentándose con nosotros y que lo que más le había llamado su atención era ver a una mujer como yo. Charles dedujo que aún no era hombre de mundo y que por consiguiente, jamás había cruzado el Atlántico para que alguien como yo despertara su curiosidad. Él reconoció que era cierto pero que ya que había logrado convertirse en teniente, ahora si podía. Tenía conocimiento de las colonias inglesas en América y que pronto iba ir a conocerlas. Charles no le dio mucha importancia, le pareció otro más pero cuando el tabernero pasó a dejarnos más pan y lo llamó “Capitán Walker” Christoff se entusiasmó más y hasta con osadía se sentó a su lado. Había oído hablar de él, del hombre de mar que era y de su antecedente en la dichosa guerra de la reina Ana, a Charles ya le hartaba que se le recordara por eso y resopló al escucharlo. Como sea Christoff se las arregló para hablar con él de marino a marino y de lo emocionante que le resultaba esa vida de los corsarios, Charles supo por dónde iba el rumbo de la conversación y su respuesta fue no. No iba a tener a más desertores de la marina real porque entonces si podía tener ya serios problemas con el rey, le dijo que esa vida no era para él y que siguiera con la

suya como hasta ahora. El problema es que se había topado con otro necio y al menos al conocerme, ya sabía con quién encontrarme.

»Casi un mes después nos encontró en Gloucester también, ya sabía todo de Charles y no le había perdido la pista al Emperador, eso le molestó al capitán, esa terquedad no le parecía y menos le gustó cuando le dijo que quería unirse a él. Charles lo mandó derechito por donde vino y él le dijo que iba a seguirlo entonces por otra vía, se volvió una molestia, una que el capitán comenzó a detestar. Le dijo que le hablara claramente cuál era su verdadero interés porque lidiar con otro irreverente era lo menos que quería, él insistió en que su pasión por el mar la llevaba en la sangre, le dijo que era diestro con el sable y las armas de fuego y que lo que más deseaba era vivir una vida como la de ellos. Charles lo sujetó del cuello ya hastiado y le exigió que le dijera toda la verdad sin omitir nada, él le hizo ver que su interés era genuino pero que también se sentía atraído por el tesoro. Charles le dijo que si era movido por la ambición y el oro era su meta, iba a pasar mucho tiempo para que se hiciera de su propio botín, incluso morir antes de tener algo pero él me miró y entonces Charles supo a qué se refería por tesoro. “*¿Qué buscas en realidad?*” recuerdo que le preguntó molesto y él, le contestó: “*Ya lo dije, un tesoro por el que estaría dispuesto a dar la vida*” Charles le soltó el cuello cuando al decirlo volvió a mirarme. “*Ya lo creo que dejarás la vida por ese tesoro*” le dijo sin darle más importancia. Christoff le dijo que estaba dispuesto a comenzar siendo un simple gato entre su tripulación, estaba dispuesto a dejar atrás su posición y privilegios de teniente en la marina con tal de que le diera un lugar en su barco pero Charles lo rechazó y le dijo que se largara. Una semana después volvimos a verlo cuando Charles me dio la sorpresa de mi barco, no voy a negar que era encantador en esa necedad pero el capitán ya deseaba despellejarlo vivo y colgarlo del primer mástil disponible y más cuando ya sabía que ese barco era mío y que necesitaría mi propia tripulación. No sé por qué Christoff nunca nos asoció a Charles y a mí como pareja, desde el primer momento que nos vio imaginó que era su hija y por eso de la necedad. Una necedad que no iba a detenerlo y que hubiese mantenido sin respeto alguno, aún sabiéndome mujer del capitán como el mismo Charles lo reconoció.

—¿Y entonces?

—Esa vez La Emperatriz quedó todavía recibiendo sus últimos toques en el astillero donde estaba y nosotros nos embarcamos en El Emperador hacia el Caribe. Charles no le permitió a Christoff unirse a nosotros, eso de ser tan

necio y no entender las cosas ya lo tenía colmado pero la sorpresa llegó meses después cuando nos buscó en Jamaica y nos encontró en Kingston. Cerca de la casa de Charles había un acantilado, tenía una altura considerable y su fondo bastante rocoso en donde las olas rompían al chocar. Casi siempre el mar se mantenía bravo en esa parte, muy picado, así que capturándolo como a cualquier vulgar pirata, como a uno que estaba dispuesto a pasarlo por el tablón y lanzarlo a los tiburones, como castigo por el desacato le indicó una sola cosa.

—¿Cuál?

—Que se lanzara al vacío.

—¿Qué?

—Le dijo que si quería pertenecer a su tripulación tendría que demostrar su valor y el precio para hacerlo era ese. Cuando llevaron a Christoff a la orilla le supliqué a Charles que desistiera de esa tontería, era la primera vez que lo hacía y era porque él, lo tenía de verdad colmado. Según él, sería una lección y desistiría de su terquedad pero consiguió exactamente lo contrario, él volvió a decirle que había venido por un tesoro y que iba a demostrarle que por dicho tesoro iba a enfrentarse a lo que fuera, incluso a la misma muerte. Sus hombres no entendieron mucho pero Charles y yo sí y antes de parar esa locura, Christoff se soltó de los hombres que lo tenían y sin dudarlo se impulsó para lanzarse, Charles creyó que podría ser detenido pero no fue así. Christoff se había lanzado y al verlo caer sentí que mi alma se había ido con él, casi me desmayo por la impresión y Charles sintió que la conciencia le iba a atormentar por el resto de su vida por haberlo impulsado a semejante estupidez, cuando lo único que buscaba era asustarlo. Por la altura no logramos distinguir si había golpeado alguna roca y había quedado muerto en alguna o siempre sí había caído al agua ya que no se miraba, yo rogaba por lo segundo aunque eso no me garantizaba nada porque igual habían rocas dentro del agua. Yo estaba muy asustada y Charles sin habla, hasta que uno de los hombres logró verlo e indicar dónde estaba. Milagrosamente Christoff había sobrevivido a la caída sin tocar las rocas y salido a flote como cualquiera que sólo busca nadar, por lo que entonces Charles mandó a buscarlo y a traerlo. Por fortuna estaba vivo aunque tenía algunas heridas algo considerables y entonces tuvo que ser atendido por Bram y ser huésped de la casa. Charles me juró nunca más volver a hacer una tontería como esa y agradeciéndole a Dios por dejar vivir al hombre, le pidió perdón y lo compensó a él con lo que quería; ser parte de su tripulación. Christoff estaba feliz, adolorido pero feliz

sin embargo no estuvo de más para Charles advertirle algo de muy buena manera; *“Si te coges a mi hija te dejo sin pelotas”*

Matt se soltó en carcajadas con eso último.

—Y de verdad que las tenía y bien puestas —dijo cuando se repuso—. El vikingo resultó ser todo un temerario.

—Un buen elemento reconoció Charles después —sonrió ella también.

—¿Pero él supo lo que te había pasado?

—Tuve de decírselo, no tenía opción, él era un tripulante más pero no perdía la oportunidad para mostrarme su encanto, yo aún tenía muy presente a Axel y por momentos sentía que estar cerca de Christoff era como estar cerca de él y no me parecía justo que los comparara. Aprendí a conocer su carácter y era mejor ser sincera desde el principio. Le dije que acababa de perder a un compañero y también a su hijo en un mismo día y escuchar eso jamás se lo esperó pero lo entendió aunque haya sido como caerle una cubeta con agua fría. No sé de donde se armó de paciencia y me dio mi tiempo, me dijo que yo le gustaba y que eso jamás iba a cambiar. Pasaron muchos meses, más de los que los médicos me recomendaron para poder decidirme a estar con otro hombre. Fui algo difícil para Christoff pero por fin su paciencia tuvo los frutos que esperaba.

—El tenerte —murmuró él.

—Sí.

—¿Aún a costa de la advertencia del capitán?

La Emperatriz sonrió.

—Charles entendió que ya había pasado un tiempo algo prudente además de saber desde un principio de la obsesión de él por mí, así que le permitió intentarlo pero siempre imponiendo sus reglas. Esa vez el capitán y yo y parte de la tripulación, incluyéndolo a él, dejamos al Emperador descansando y siendo carenado y regresamos a Inglaterra en Espartaco porque íbamos a traer a La Emperatriz y luego de que fuera bautizada oficialmente y ya surcara por primera vez el Atlántico, volvimos todos al Caribe aunque sólo de paso. En ella Charles quiso llegar hasta Virginia y luego volvimos al Caribe regresando primero por New Providence, ya que él debía verse con el gobernador y su amigo Woodes Rogers quien a su vez, intercedió entre él y otro pirata de apellido Hornigold para que limaran las asperezas ya que este segundo, había recibido un perdón pero aún así Charles no lo estimaba mucho porque había sido gran amigo de Teach y por eso no se confiaba nada. Un hola y adiós era suficiente para el capitán. Charles estaba encantado y complacido con el

barco, lo había mandado a decorar a mi gusto, especialmente el interior; mi camarote principal y mi salón de bitácora. En el escritorio habían más regalos de su parte, mis propias cartas de navegación, una brújula dorada y un catalejo igual de brillante, así como el enorme tapiz con las rutas que ya pudiste ver. Finalizando ese 1719 yo me sentía una mujer distinta, tener un barco propio y el asignarme a parte de sus hombres a mi servicio como mi tripulación personal, me daba más que una responsabilidad mi propia libertad. Para Charles era como si después de tantos años por fin me soltara la mano para que aprendiera a caminar sola y así lo hice, pero de cierta manera siempre dependiendo de él. Sabiendo que ni siquiera tenía que repetirlo le encomendó a Christoff mi cuidado, reconoció que nadie más que él lo haría mejor, “*si quieres servirme cuida de ella*” le dijo esa vez algo que a él lo halagó mucho. Estar junto a mí era donde siempre quería estar, así que teniendo un poco más de privacidad y de dejarle yo también las cosas claras, imponiendo mis reglas... —La mujer sonrió recordando esa primera entrega—. Por fin le dejé estar conmigo y que me tomara por mujer. Es desde entonces que se volvió mi mano derecha.

—De verdad que el fruto de su necesidad tuvo recompensa.

—Y comenzó a vivir como realmente quería, con esa rebeldía que ya era parte de él. Aprendió mucho de Charles y de cómo era la vida de los corsarios y todo eso le parecía emocionante, él mismo se hizo llamar “El vikingo” y a hacerse un lugar entre una tripulación de irreverentes como él y conocer a personajes como nosotros. En el siguiente año y meses antes de que lo atraparan, también conocimos a un tal Jack Rackham del que sólo había oído mencionarlo y también a las mujeres que lo acompañaban, eran piratas pero algo más que amistad había en ellas que me hizo pensar en una extraña relación y entonces, no quise ningún tipo de acercamiento con ellos por muy “encantador” que el tal Jack pareciera, le decían “Calicó” por la ropa que vestía. Era obvio que ellas eran amantes de él, mas sin embargo como en el sexo desenfrenado parecen no haber reglas pero si perversión a la orden, creo que entre ellas también se cogían, no me consta pero esos eran los rumores de la gente. Eran demasiado cercanas para ser sólo amigas y el que una de ellas, “la segunda pirata” también tuviera hombre eso no garantizaba ni impedía nada. Seguramente entre los cuatro se divertían al mismo tiempo, no lo sé pero la verdad es que no quise saber cuál era en realidad el negocio que se tenían porque total, en ese mismo año los condenaron a morir. Como sea, al parecer lo único famoso del tipo fue su bandera insignia, creo que es la mejor que ha

habido.

—¿Y cuál era?

—La misma calavera en bandera negra, nada más que en vez de huesos cruzados como la bandera de Edward England, las de Jack eran espadas.

—Al menos tenía imaginación.

Matt deseaba saber que había sido del capitán Walker pero no se atrevía a preguntar, al menos la mujer le había contado mucho, mucho más de lo que él se hubiese imaginado saber y debía darse por satisfecho. Ella había recordado sus heridas y no quería hacerle recordar una aún más dolorosa, así que se mordió la lengua.



—Emperatriz —la ronca voz de Christoff le hizo saber dónde estaba, les recordó a ambos en el momento en el que estaban volviéndolos a ese presente. Él llegaba a buscarla.

—¿Sí? —contestó ella.

—Ya la fragata está lista, podemos irnos.

—¿Ir? ¿A dónde? —inquirió Matt.

—Nosotros tenemos algo más que hacer señor Brown, usted y los demás se quedan —dijo ella poniéndose de pie. Él la secundó.

Eso ya no le gustó, separarse de ella fue una sensación extraña y no podía ocultar que le molestaba que se fuera con el vikingo.

—¿Regresarán? —insistió Matt.

—Es posible que al amanecer.

—¿Amanecer? Pero dijiste que no pasabas la noche en este lugar, creí que regresaríamos al barco.

—Algunos de los muchachos se irán para relevar a los otros que también quieren venir, puede irse con ellos y esperar allá.

No le gustaba la idea e iba a pensarlo. No tuvo más remedio que ver alejarse a la mujer junto con el vikingo, el que fuera a un lugar y sola con él le hizo tensar los labios.

—Isabel... Elizabeth... —murmuró con suavidad para sí, repitiendo su nombre sin perderla de vista.

14. Recuerdos



La Emperatriz estaba anclada en una bahía escondida con la entrada a un fondeadero, que era más parecido a un fiordo de las tierras del norte de Europa y los que estaban de guardia, sólo esperaban divisar la pequeña fragata de velas negras en donde llegaría su capitana para pasar todo el cargamento que llevaban, incluyendo las cajas que sacaron de Dominica. Lo de las velas negras era una táctica para navegar de noche y poder pasar desapercibidos a cualquier vista, junto con la idea de no tener ni una vela encendida dentro de la nave para viajar en la más absoluta penumbra y una vez que cargaron todo, ella, Christoff y Bram navegarían en dicha fragata hacia un lugar del que sólo ellos conocían su ubicación.



Él ya no se sentía igual, todo era diferente, en un solo momento estuvo junto a ella en ese pasado y ya no sabía qué era lo que sentía a parte del cúmulo de pensamientos y sensaciones que lo tenían confundido y aturdido. Sin remedio Matt caminó hacia la casa. Cuando entró al corredor Zafira salía limpiándose las manos con su delantal.

—¿Te pasa algo? —le preguntó al notarlo decaído.

—No nada.

—¿Creí que habías ido con la Emperatriz?

—No, ella prefirió que me quedara.

La mujer frunció la frente, si él era hombre de confianza no entendía porque lo había dejado.

—Seguramente quiere protegerte —le hizo saber ella.

—Eso debe ser. ¿Sabe usted a dónde va?

—Hmm... —musitó la mujer—. ¿Tampoco te lo dijo?

—No, sólo la vi alejarse con Christoff y decirme que si quería quedarme o irme, eso era decisión mía. No sé si va a volver a la isla o se irá de un solo al barco.

—Eres nuevo, entiéndela, ya te llevará a sus andanzas y luego te las compartirá. No creo que desconfíe sino que con seguridad quiere que aprendas de a poco o al menos, conocer poco a poco cómo es su vida.

—Eso debe ser —quiso engañarse a sí mismo.

—Además la “Dulcinea” es veloz, antes del amanecer estarán de regreso.

—¿Dulcinea? —frunció la frente.

—Sí, así se llama su pequeña fragata.

Matt sonrió con el nombre.

—Christoff no le mencionó el nombre sólo que ya estaba lista —continuó él.

—Mira no sé exactamente a donde van en ella pero como te digo, es muy veloz y más con este viento que ya comienza a caer. Ya después te llevará si le demuestras a la Emperatriz ser tan leal como el vikingo y como Bram.

—Pues espero serlo y también espero que no vayan muy lejos, a veces por las noches la marea se pone algo brava.

—Ellos ya están acostumbrados y se conocen estas aguas como la palma de la mano. ¿Quieres comer algo?

—Sí, gracias.

—Ven, vamos a la cocina antes de que vengan los demás glotones que para engullirse todo lo que tengo es lo de menos —lo sujetó del brazo—. Al menos tú tienes modales y acabo de hacer un picadillo de carne con especias, cilantro y cebolla que te vas a chupar los dedos, hay tajaditas de plátano verde fritas en aceite de coco y una salsa picantita de tomates y chiles bravos que te encantará. También tengo agua fresca de limón, come antes de que los demás vengan, ¿te irás con ellos al barco?

—Que bien suena todo pero no lo sé aún, ella no me dio instrucciones claras.

—Pues si decides irte me avisas para ponerle una vianda al buen Abraham, a él le gusta mi comida pero como es un santo y no le gusta venir a la isla yo siempre le mando de mi comida.

—Será un placer llevársela —sonrió el hombre.



La “Dulcinea” cargada llegaba a su destino, esa noche les había sido bastante favorable y el viento, más el impulso de la marea que estaba algo brava les ayudó. Una pequeña isla rodeada por otras que antecedió al laberinto de las demás y conformaban lo que se conocía como Bahamas era el destino donde guardaba su botín la Emperatriz. El pequeño islote que se

encontraba al noroeste de Tortuga y entre otra isla algo abandonada llamada *Inagua*, era el destino. De terreno algo rocoso pero con vegetación espesa entre árboles y palmeras, el lugar podía ser un paraíso privado. Los hombres de confianza del capitán Walker la bautizaron como “*La nueva Barbaretta*” debido a la historia detrás. Durante la *Guerra de Sucesión Española* que enfrentó a Francia con Inglaterra por el dominio en América y en donde Charles fue llamado, conoció a muchos hombres pero hubo un tipo que era la rebeldía andante. Hacía su voluntad y no era bueno obedeciendo, era bueno peleando, tanto, que se ganó el apodo de “El Salvaje” porque cuando lo hacía parecía no razonar. Luego volvió a saber del mismo tipo pero convertido en pirata y siendo buscado, se le encomendó la tarea de “cazarlo” por eso no descansó en las persecuciones hacia el “*Calamidad*” una veloz fragata de la que se apropió el pirata Edward Teach, asunto que desde 1716 tomó más fuerza. Lucharon el año siguiente y el pirata siempre lograba escapar y escabullirse aún más, con la ayuda de su compinche Charles Vane, otro pirata que era una piedra en la bota de Walker. Sabían que las rutas de navegación de Teach eran entre Cuba, Bermudas, las colonias inglesas en las Carolinas y Virginia, las islas que rodean a Nueva Providencia y también las Antillas. El fin del capitán Walker no era sólo capturarlo sino conocer el paradero de todo el botín que se había robado en los años que llevaba pirateando, querían saber su escondite y sólo él mismo podía indicarlo. Cuando por fin le dieron caza a Barbanegra —como se hizo llamar— y lograron sitiario en su propio barco, supieron también que su guarida secreta era una isla ubicada entre las muchas otras, alejadas de los alrededores en las mismas Bahamas y por el motivo de ser muchas y por el laberinto que representaban, nunca podían dar con la verdadera hasta que ese día por fin lo siguieron sin que se pudiera perder. Los dos barcos “El Emperador” y el recién adquirido del pirata que llamó “El Venganza de la Reina Ana” se fueron a los cañonazos cuando este segundo ya zarpaba con destino a Virginia. El capitán Walker esperó pacientemente que dejaran todas las cajas en tierra y luego los sorprendió, varios hombres lucharon cuerpo a cuerpo en la isla pero sintiéndose en desventaja, los hombres de Barbanegra huyeron en sus botes para alcanzar al barco y alertar a su capitán. Éste en un principio pensó en enfrentarlos y si era posible, abordarlos para acabarlos a todos ya que ahora sabían de su isla y su tesoro pero por desgracia no contaba con toda su tripulación y al enfrentarlo, lo que iba a conseguir era que los diezmaran a todos incluyéndolo a él mismo y terminar apresado para luego ser ejecutado jamás iba a permitirlo. Decidió

entonces abandonar las islas a toda velocidad para hacerse de sus demás hombres y otros barcos de su conocimiento y así, aplastar sin piedad a uno de sus más odiados enemigos y enviar a “El Emperador” por fin al fondo del mar con todas sus almas a bordo. El capitán Walker no fue tonto y adivinó lo que Edward planeaba hacer, no hubiera huido así porque sí y aunque no sabía si iba a Cuba, a las Bermudas, a Nassau o a las costas americanas prefirió dejar que escapara, total, lo que quería ya lo sabía. Los cañones únicamente habían amedrentado en ambas partes, el estar alejados les impidió atinar a las naves por lo que ninguna sufrió alguna hendidura. El capitán Walker y sus hombres regresaron a la isla y desembarcando en siete botes comenzaron a saquear todo lo que Barbanegra tenía guardado allí, ayudándose hasta de explosivos. Había hecho una especie de bodega varios metros bajo tierra y otras, escondidas por rocas y cargando todo a los botes comenzaron a dejar el lugar vacío, hicieron tres viajes más al barco para llevarse todo y cuando por fin terminaron y en la “*Barbaretta*” no dejaron más que tablas y piedras amontonadas, estando en las bodegas del barco decidieron ver el contenido de esas cajas; oro, plata, joyas, armas, objetos de valor, piedras preciosas y también mucho ron. El capitán Walker se apropió de todo el botín y en recompensa a sus hombres por haber peleado bien y trabajar sin descanso, le dio a cada uno un poco de esa carga y también botellas de ron. Los hombres estaban felices y esa madrugada en cubierta se celebró la victoria por fin, pero tuvieron que alejarse de allí ya que sabían que Barbanegra no iba a quedarse tranquilo e iba a volver para sorprenderlos con toda su furia. El Emperador fue escondido en un estrecho entre dos islas más al sur del enfrentamiento y cuando amaneció, el capitán se reunió con sus hombres de más confianza para idear la manera de guardar ellos también semejante carga. Con ese peso el barco no podría navegar bien y serían blanco fácil para que alguien los alcanzara, por lo que se dividieron los hombres en dos grupos, uno liderado por el mismo Charles y el otro liderado por Duffray para explorar esas dos islas en las que estaban. No eran tan grandes pero tenían una excelente ubicación y lo que más fascinó de una, era la cueva erosionada que encontraron y sobre todo, unas cavernas subterráneas que tenían, las cuales les indicaban que podían ser un magnífico escondite, así que se decidieron por esa y un grupo de los que gozaba de la confianza del capitán comenzaron a llevar todo allí. La bautizaron como “*La nueva Barbaretta*” y ante un juramento de sangre, los hombres que sabían la ubicación del tesoro robado guardaron el secreto de ser posible hasta con sus propias vidas porque sabían

que una traición a Charles, significaba una muerte horrenda y no querían que siguiera los pasos de Morgan y matara a los testigos. También sabían que la ira de Barbanegra iba a desatarse pero utilizando la psicología inversa, se arriesgaron a dejar ese tesoro no muy lejos de su ubicación original. El pirata pensaría que habían huido lejos con él, posiblemente hacia Inglaterra y no tenía caso seguir perdiendo el tiempo de búsqueda en un lugar que ya era de conocimiento de varios, en donde para colmo, habían muchas más islas vacías rodeando y en donde ya nunca nadie más las iba a utilizar para esos propósitos por la vulnerabilidad que representaban. Así que “*La Barbaretta*” la isla del tesoro de Barbanegra pasó sólo a tener el nombre, del tesoro nada había allí. Debido a eso y en los siguientes meses, el hombre se volvió más sanguinario todavía porque sabía que recuperar todo lo que había guardado desde que inicio sus andanzas jamás lo iba a lograr, aunque hiciera la lucha. El mismo tesoro que había logrado acumular ya no podría amasarlo nunca más. Su tiempo parecía estar contado y no se lo permitió.

La Emperatriz recordaba todo muy bien, esas fueron sus primeras experiencias como parte de la tripulación pero para protegerla, Charles no quiso decirle la ubicación exacta del lugar donde estaba el tesoro, fue hasta unos años después que él se lo dijo y cuando se convirtió en “La Emperatriz” rebautizó la isla llamándola sólo “*Nueva Barbaretta*” para recordar a quien Charles había vencido y sólo sus más allegados la conocían. Hicieron del lugar uno de sus centros de almacenaje de los botines que adquirían, ella misma mandó a excavar mucho más al fondo de las cavernas y colocando una enorme puerta de gruesa madera con cerrojos de hierro escondida detrás de unos pilares de la misma roca, decidieron esconder allí lo más valioso e importante y ahora después de algunos meses volvía a pisar la arena de la isla. Ella misma remando en un bote cargado y seguida por Christoff y Bram en otros dos también cargados llegaban a la playa, la noche era algo clara debido a la luna llena. Entre los tres comenzaron a cargar las cajas y ponerlas en tierra, no era una gran carga, apenas eran sólo doce. Christoff que se había hecho de herramientas y con la ayuda de una barra de hierro y una almádana procedieron a abrirlas, lo que había adentro sorprendió a los hombres y entendieron el peso de las mismas.

—¿Lingotes? —murmuró ella sin sorprenderse.

—Y en esta hay unos cofres más pequeños llenos de monedas de oro y reales de plata también —dijo Bram.

—¿Pero de dónde sacó todo esto esa rata? —Insistió la mujer—. Las

monedas las entiendo pero, ¿las barras de oro? —cogió una y la observó, tenían una marca, algo como un escudo que no reconoció.

—¿Qué era lo que este tipo estaba haciendo? —murmuró Christoff.

—O bien las robó o era el pago para alguien —contestó la mujer.

—¿Pero por qué no hacer las cosas personalmente? ¿Por qué confiarle toda esta valiosa carga a un gusano como el Rabioso? —inquirió Bram.

—No lo sé —insistió la mujer—. La mulata no sabía nada más, sólo supo que a ese borracho le habían pagado para que las guardara pero estoy segura que él era sólo un puente. Alguien más iba a llegar por estas cajas, ese era el negocio, él lo sabía pero como no quiso hablar...

—¿Pero por qué pagaba Salamandra? —cuestionó el rubio.

—Eso es lo que debemos saber —contestó ella—. No por nada Barrabás estaba en Tortuga y presiento que él sabe, al igual que el tipo con el que lo vieron hablando.

—¿Y qué haremos? —insistió él.

—Por los momentos esconder todo esto, vuelve a cerrarlas bien excepto las cajas con los cofres, si los hombres no pueden saber nada más en Tortuga deberé hacerlo yo a mi modo.

—¿Qué quieres decir?

La Emperatriz lo miró con seriedad sin contestarle y haciendo un gesto con la cabeza le ordenó moverse y acabar con eso, luego de que ella se quedara con uno de los lingotes. Christoff evitó bufar y volviendo a clavar las cajas procedieron a llevarlas a la entrada de la cueva, luego tendrían que bajar a las cavernas alumbrándose con antorchas. Era un trabajo pesado sólo para tres, los hombres cargarían entre los dos las cajas con lingotes y ella llevaría a sus hombros los cofres más pequeños, era la única manera de acabar rápido y que la luz del amanecer no los sorprendiera.

Cuando ella terminó de cargar todos los cofres y a los hombres ya les faltaba poco para terminar también, se sentó en una roca en la entrada de la cueva a beber un poco de agua. Estaba sudada, sucia y algo cansada pero su cuerpo ya estaba acostumbrado a soportar el peso que ella estimaba y eso, sumado a sus ejercicios le había transformado el cuerpo esbelto y delgado que tenía en uno más grueso y torneado. Se sujetó los hombros, le dolían, remar y luego cargar cofres cuyo peso equivalía a más de cuarenta libras la tenían con un dolor insoportable en hombros y piernas. Había dicho regresar al barco pero era mejor volver a la casa, darse un buen baño otra vez y que la santa de Zafira le hiciera un masaje con algo para apaciguarle el dolor y también le

diera de beber algo porque sabía que el día siguiente iba a ser peor. Estando allí sentada recordó su plática con Matt y pensándolo bien era algo de lo que se arrepentía, ¿por qué habló de más? ¿Por qué volver a revivir todo cuando ella ya lo había enterrado? ¿Por qué con él? Se sentía molesta y sabía que ahora él iba a verla de otra manera. Volvió a recordar el momento que platicó con su amiga, la última vez que lo hizo, hablar con Matt en cierta manera no la había aliviado sino debilitado.

—Buenas noches capitán Heredia —saludó la joven con una leve inclinación de cabeza—. ¿Me presta a Isabel por favor? Necesito hablar con ella.

Isabel sonrió aliviada.

—Después, ahora necesito...

—Por favor —le rogó sujetándolo del brazo con confianza, el militar no podía dejarse ver mal frente a todos—. Se la devuelvo en un momento.

—Está bien, sólo unos minutos.

—Caramba capitán Heredia, es usted muy celoso —le dijo uno de los letrados en leyes—. Hombre por favor estamos en una fortaleza resguardada por cientos de soldados. ¿Quién se va a robar a la muchacha? Déjela respirar por Dios, tiempo hay, la noche apenas y comienza.

—Si verdad —fingió la sonrisa y se volvió a las jóvenes—. Está bien, pero no se pierdan de vista y quiero a Isabel conmigo en media hora, ¿está bien?

—¡Sí! —exclamaron ambas muy sonrientes quienes con atrevimiento y al unísono le besaron la mejilla. Eso tomó por sorpresa al hombre pero su frío corazón agradeció el gesto de cariño.

Magdalena e Isabel buscaron otro ángulo y se perdieron entre las demás personas.

—Querida Isabel te ves preciosa —le dijo su amiga al mismo tiempo que cogía una copa cuando el mesero se la ofreció, ella prefirió no beber.

—Gracias, tú también —caminaron juntas con más calma hacia la orilla del Fuerte buscando la frescura de la noche.

—Y eso obvio nos vale para...

—Ay por favor no lo digas.

—Pero Isa es la verdad, mira lo bien que te queda el vestido, nuestros encantos... —hizo énfasis elevando las cejas al mismo tiempo que rozaba su mano en el inicio de sus castas colinas.

—Y al parecer más a ti que a mí. —Isabel buscó subirse un poco el escote, sus pechos virginales se marcaban muy bien.

—No te cubras, no seas tonta.

—Es algo... exagerado.

—Deja que los chicos vean, ¿ya notaste a Ignacio? —lo señaló. Isabel evitó ruborizarse y bajó la mirada.

—Es muy guapo.

—Y rico, en unos cuantos años más heredará la fortuna de su padre. Es muy buen partido y muy asediado, así que deberías aprovecharlo.

—¿Aprovecharlo? ¿Y yo por qué? —abrió sus ojos a la vez que tragaba, empezó a darse aire con el abanico.

—¿Ves cómo te pone? —la chica sonrió—. Si Ignacio Vega y Oviedo te tiene en la mira y te busca será mejor que lo aceptes sin chistar.

—¿Qué?

—Lo noté desde que llegaste, no te quitaba los ojos cuando caminabas del brazo de tu padre, se interesó en ti Isa, de eso estoy segura.

—¡Malena! —El aire que se daba no era suficiente—. Como se te ocurre, él es... es...

—Un chico encantador que cualquier mujer quisiera tener —terminó de decir.

—¿Qué?

—Coquetea Isa, presume tus encantos, no lo conociste hoy. Insinúale que también te gusta, ese es tu pase a una vida mejor.

—No, no lo acabo de conocer, tienes razón, pero... ¿A una vida mejor? —la miró alzando ambas cejas.

—No lo neguemos Isa. —Magdalena terminó de beberse el trago—. Nuestras familias no son lo que esperamos, mi padre es un ogro y el tuyo sé que no se queda atrás. Mi madre es una sumisa en extremo que me enferma por su debilidad, por eso no me extraña que él tenga más amantes que dinero, quisiera irme Isa —la joven volvió su mirada al horizonte oscuro que mostraba el mar.

—Malena... ¿de verdad no eres feliz? —Isabel la notó con pesar.

—No Isa, no lo soy, mi familia es de apariencia y...

—¿Y qué?

—Mi padre ya tiene planes para mí sin que a mi madre tampoco le importe —dijo con tristeza—. Me ha vendido Isa.

—¿Cómo?

—Lo hizo, me ha comprometido, me obliga a un matrimonio por conveniencia. Es un negocio, así son las cosas.

—Pero Malena... —la chica sujetó la mano de su amiga.

—Sé libre Isabel, vive tu vida, rebélate. No permitas imposiciones de ningún tipo, no permitas que te aten.

—Malena...

—Hazlo si crees en el amor —los ojos de la joven se llenaron de lágrimas—. Somos mujeres Isabel y por lo mismo parece que no tenemos derecho a elegir, parece que no valemos nada pero si merecemos ser amadas. Nos condenan a una vida de soledad, sufrimiento y aberración. Nos condenan a una vida en donde seamos mancilladas, usadas como cualquier cosa para luego ser desechadas como basura. Esa es la sociedad en la que vivimos, esta es una sociedad dominada por los hombres y a nosotras, no nos queda otro remedio más que aguantarnos. ¿Te parece justo? No, no lo es, por eso rebélate Isa, no permitas algo así.

Isabel se llenó de terror al escuchar a su amiga y por poco y llora junto con ella.

—Malena si yo pudiera ayudarte, si pudiera hacer algo...

—No puedes —se limpió la lágrima y curvó los labios—. Por desgracia no, pero no te preocupes por mí, esa prisión a la que me mandan no es tan mala después de todo. Es irónicamente mi pase para largarme de aquí.

—¿Cómo?

—Te voy a extrañar amiga —le apretó una mano.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—De regreso a España y eso me llena de alivio, salir de esta mugrosa e incivilizada jungla era lo que más deseaba. Sabes bien que nunca he podido adaptarme a este lugar, vivir aquí ha sido un suplicio, un calor insoportable, un ambiente apestoso y tener que convivir con estos nativos... —evitó rodar los ojos con desagrado.

—Sé que no has podido hacerlo.

—No soy como tú Isa, a ti todo esto te gusta. Disfrutas el mar, tus animales, correr por la arena, la sociedad no te importa, en cambio a mí... bueno, ya me conoces.

—¿Y quién es él?

Magdalena tragó y bajó la cabeza, apretó los labios y luego los mordió.

—Don Cristóbal de Osorio y Olivares.

—¿Qué? —Isabel se llevó las manos a la boca—. Pero si ese hombre

es...

—Mucho mayor, lo sé, un viejo viudo bueno para nada igual que mi padre que regresa a España por orden de su majestad, ¿pero sabes qué? Tengo la esperanza de que padezca algo de impotencia y enviudar pronto y quedarme con todos sus bienes y si no, pues sencillamente veré la manera de engañarlo y tener un amante joven que quite de mi cuerpo lo que ese cerdo me haga.

—¡Malena! —Isabel la miró con asombro.

—Lo haré Isa, eso no lo dudes, si él piensa que ha comprado una mansa paloma a la que le va a cortar las alas pues se equivoca. Su negocio ha sido con mi padre no conmigo y si a cambio de disfrutar la vida que quiero en Sevilla y Toledo tengo que estar en su cama lo haré, ni modo, pero no será el único. Él podrá disfrutarme a mí mientras pueda y yo a cambio disfrutaré de su dinero como me plazca, voy a exprimirlo como a las naranjas. ¿Sabes a quién buscaré? —Isabel negó—. ¿Recuerdas a Don Pedro de Castro?

—No estoy segura —frunció la frente.

—Debes haberlo conocido, o al menos debieron considerarse invitados en tu fiesta de cumpleaños, él y su esposa Doña Josefa Balaguer.

—Pues la verdad...

—Bueno no importa —la interrumpió—. El caso es que hace como mes y medio también regresó a España, su hijo mayor y yo coqueteamos a nuestro modo. Luis Manuel es guapo y encantador pero tuvo que irse también porque deseaba seguir con su carrera militar. Él sueña con ser capitán y tener su propio barco, eso es algo emocionante para él pero igual, voy a intentar buscarlo en España, si he de tener un amante quiero que sea él.

—¡Malena!

—Así será —insistió—. No me importa si se compromete y se casa después, sé que ya no seré la señora de Castro y Balaguer pero nos gustamos y sé que si se lo propongo aceptará.

—¿De verdad quieres ser amante también?

—Por supuesto, no voy a sacrificarme Isa, soy una chica muy joven y la sangre me hierve por hombres jóvenes y guapos también. Quiero gozar de los encuentros y no estar tiesa en una cama soportando todo, ¿por qué crees que los hombres buscan a las rameras? Porque sus aburridas esposas se conforman con poco, en cambio ese tipo de mujer está dispuesta a todo y por eso los vuelven locos. Si he de buscar a una meretriz y pagarle para que me enseñe a mantener a un hombre entre mis piernas lo haré, pero será con el encantador de Luis no con el cerdo de Cristóbal.

Isabel no pudo más y abrazó a su amiga, imaginar que tenía que irse le partía el corazón. Magdalena era su única amiga y confidente, perderla a ella era perder lo único que le quedaba en su monótona vida.

—¿Seguiremos en contacto? —preguntó Isabel evitando llorar.

—Por supuesto, además todavía tengo algo de tiempo y estarás entre los invitados a la boda. Cuando tenga que irme serás la primera en saberlo y sé que estarás en ese puerto despidiéndome. En cuanto llegue a España te escribiré para darte mi dirección y así seguiremos en contacto por cartas.

—Señorita Heredia, señorita de la Torre, las solicitan —un par de jóvenes soldados se acercaron a ellas.

Ambas disimularon y asintieron, uno de ellos caminó adelante y el otro detrás de ellas y de esa manera las escoltaron, era hora de incorporarse a la fiesta. Isabel notó la mirada de picardía de su amiga al observar al soldado que iba delante de ellas y de reojo la miró y le sonrió. Isabel adivinó lo que su amiga quiso decirle, el hombre era del completo gusto de Magdalena.

La Emperatriz suspiró con tristeza, nunca se imaginaron lo que pasaría luego de eso y del infierno que vivirían todos los invitados, como tampoco nunca se imaginó conocer al tal Luis de Castro durante una corta estadía en Asturias que ella hizo con Charles recién cumplidos sus dieciséis.



15. Virginidad



Para ese tiempo ya Charles estaba preocupado por el futuro de ella y más siendo parte de ellos. Tenía conocimiento de que ella era una señorita todavía y aunque no le correspondía a él decirlo, tuvo que vérselas en un breve papel “maternal” y hablarle a ella sobre lo que eran en realidad las relaciones sexuales. Ese día estaba muy incómodo con la plática que iba a sostener con su pupila pero era necesario porque ella debía saber todo eso. Le aterraba la idea de que su Elizabeth fuera secuestrada por enemigos y violada hasta morir como sucedió con las chicas del Fuerte esa fatídica noche, no, su niña no. Deseaba que ella se comprometiera con un buen hombre, albergaba esa esperanza de que ella se aburriera del mar y decidiera sentar cabeza como toda mujer que desea casarse y tener familia. Sabía que era deber de las “damas” llegar vírgenes al matrimonio pero su pupila había renunciado a seguir siendo una y el tema de la virginidad lo tenía de cabeza porque dada la situación en la que estaban, era un peligro para su Elizabeth seguir siendo virgen. Ya era hora de que ella supiera todo y ya que él no podía ser demasiado explícito y reconocía que necesitaba la ayuda femenina, sabía entonces como dar su siguiente paso. Esa noche en su cuarto de bitácora la hizo llamar e intentó explicarle lo que a él le afligía; el asunto de su virginidad.

—Pasa Elizabeth y siéntate —le dijo saliendo él de su escritorio y señalando un sillón. Ella obedeció.

No era fácil ni cómodo para él pero le explicó a su manera en qué consistían las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer, lo que ella debía hacer y lo que el hombre a su vez hacía. Le dijo que en el caso de las vírgenes tenían un sello interno y que según la experiencia podía ser doloroso o no pero que era necesario romper para llevar a cabo el coito. La chica no se mostró receptiva en cuanto al tema pero no negaba que tenía curiosidad. Habiendo pasado la primera prueba con alivio, Charles la llevó la siguiente noche a un burdel cerca del puerto, le pagó a la encargada del lugar y le hizo

ver lo que quería con la muchacha que lo acompañaba.

—Sobre todo exijo privacidad y discreción —ordenó el hombre. La mujer asintió con respeto y luego él se volvió a Elizabeth—. Te pido que intentes aprender y a conocer mejor tu cuerpo y feminidad, ¿está bien?

La chica asintió y dejándola irse con la mujer a una habitación privada, él la esperó en un salón privado también. Estaba muy nervioso y la única atención y compañía que quería para él en ese momento era la de los puros y una botella de whisky. La mujer llevó a Elizabeth a una habitación pequeña pero con una bonita decoración barroca, era de los cuartos más caros, de esos que estaban disponibles sólo para los capitanes, tenientes o cualquier otro alto militar. La mujer que la atendía de manera personal hizo llamar a otra, pidiéndole al mismo tiempo a Elizabeth quitarse toda la ropa, a lo que ella se negó. No era tonta, sabía más o menos lo que iba a pasar y no estaba dispuesta a ser un experimento con el que “las sabidas” jugaran. Tampoco iba a dejarse tocar por otra mujer, el asunto no era perder la virginidad con otra mujer sino conocer como ellas actuaban en lo que al sexo se refería. Recordó de súbito lo que Malena le había dicho y tragó, jamás imaginó estar en su lugar. Cuando la otra mujer entró vestida únicamente con una bata, se presentó ante ella y por orden de la otra se desnudó. De pie frente a ella Elizabeth la miró sin más, no era cosa de otro mundo, lo que esa tenía ella también así que después que la encargada le diera una breve clase de anatomía, mostrándole las partes sexuales y como el placer se generaba, así como algunas posiciones dentro y fuera de la cama y las maneras de evitar los embarazos, ella las paró. Ya estaba harta de tanta palabrería y tampoco quería ver una escena de sexo entre dos mujeres, eso si iba a darle asco. Si Charles quería que ella se sintiera interesada no lo estaba logrando así, por lo que Elizabeth pidió otra cosa, una que sorprendió a las mujeres; quería ver el acto en sí entre dos, entre un hombre y una mujer. Por lo que la encargada, tuvo entonces que hacer venir a alguno de los clientes que llegaba junto con otra y sacando a la primera los metió a ellos allí. El hombre era joven y nada más, un marinero como otros que obvio no podía pagar la habitación en donde estaba Elizabeth pero ella la cedió, total era una clase, qué más daba. Las mujeres se sentaron en un cómodo diván limitándose a observar, la encargada le dio la orden a la otra de comenzar y así la clase dio inicio. Al hombre no le importaba tener público, al contrario, se excitaba más sabiéndose observado por ese par, especialmente por la vestida de hombre que con seriedad lo miraba. Elizabeth tragó y apeló a todas sus fuerzas para lo que sea que iba a ver, ambos se desnudaron sin dejar

de besarse. Ver a un hombre completamente desnudo le impresionó algo pero más lo hizo, cuando vio que el tamaño de su miembro crecía hasta ponerse recto. Era largo y grueso, miró como la mujer lo tocaba para estimularlo y escuchó como él gemía el placer, el hombre se acostó boca arriba y entonces la mujer se llevó el miembro a la boca. Elizabeth apretó los labios, no entendía como algo tan largo y grueso podía caber en la boca y ver como la mujer lo absorbía de arriba a abajo le estaba provocando algo de náuseas. Luego, cuando la mujer iba a montarlo la encargada le ordenó que no y que por favor hicieran un poco más de sexo oral para que la joven pudiera aprender. El hombre ni corto ni perezoso accedió y entonces se levantó y la mujer se acostó, le abrió las piernas y colocándose él en medio comenzó a tocarla. Le metió los dedos y de la misma manera de entrar y salir hizo que la mujer gimiera con fuerza, luego él se inclinó y llevando su boca al sexo de ella empezó a chuparla también haciendo que la mujer casi gritara del placer. Ella movía sus caderas y él sacudía su lengua dentro de ella, después se retiró y volvió a meterle los dedos, lo hizo con fuerza y hasta el fondo lo que hizo que Elizabeth inconscientemente cerrara las piernas y las apretara. Con los mismos fluidos de ella, él se empapó el miembro y lentamente comenzó a penetrarla. Eso sí hizo que Elizabeth abriera la boca, miró bien cómo el miembro entró sin problemas y el hombre empezaba a impulsar sus caderas y nalgas para entrar más en ella. La encargada la instruía a la vez, diciéndole que al estar en la cama se debía tener las piernas bien abiertas para que el hombre hiciera bien su trabajo, que el pene de él tenía que entrar en la vulva de ella hasta llegar a su profundidad. Que ese roce y el frotar entre los dos al copular, era la delicia y que no se limitara en gemir, ni en jadear, ni en gritar el placer que el cuerpo sentía porque eso los excitaba más. Miró como el hombre tras que se impulsaba, también besaba los pechos y esa parte no le pareció tan mal, luego cambiaron de posición y ahora era la mujer la que se puso encima de él. Elizabeth volvió a ver el enorme y erecto pene, que como mástil señalaba hacia arriba, definitivamente era el palo mayor y también miró como la mujer se hundía en él. Bajó con lentitud hasta cubrirlo todo con su sexo, luego comenzó a balancearse, a mover las caderas en círculos y el hombre a gemir también y a transformar la cara por el placer que sentía. Él tenía la libertad para apretar los pechos de la mujer y a su vez tocarle las nalgas mientras se movía, en esa posición era la mujer la que llevaba las riendas del acto y eso le gustó más a Elizabeth y al ver que la mujer lo disfrutaba, supo que no debía ser doloroso tener ese mástil adentro de esa manera. Después la mujer les

pidió otra posición y entonces los amantes cambiaron, ella se giró de espaldas a él y retrocediendo hincada puso su sexo a la altura de la cara de él que todavía seguía acostado y ella quedó con la cara en el pene de él. Ella se metió el miembro a la boca y él sujetándola de las caderas llevó el sexo de ella a su boca, la posición extrañó a Elizabeth, así que la encargada le volvió a explicar que era una de las mejores en cuanto a sexo oral porque ambos se daban placer al mismo tiempo y así era. Los dos balanceaban las caderas, él impulsando su pene y ella restregándole el sexo en toda la cara a él. El chupar un pene generaba un placer exquisito para el hombre y sentir una larga lengua vibrando en la vagina era la gloria para cualquier mujer. Por último antes de que ambos llegaran al clímax mostraron una última posición para la alumna; él se bajó de la cama y ella poniéndose a gatas, hincada y apoyada en sus manos le mostró todo al hombre. Él volvió a meter los dedos imitando el movimiento del pene y luego de esa manera lo llevó para volver a meterlo, esta vez el trabajo era casi todo del hombre como le dijo la encargada a Elizabeth, era él el que debía impulsarse con fuerza entrando y saliendo y eso la chica lo miraba. Él se aferraba con fuerza de las caderas de la mujer, tenía también la libertad de tocarle los pechos, de apoyarse en sus hombros, de moverse hacia adelante y hacia atrás. Elizabeth estaba sorprendida por todo lo que se podía hacer a la hora del sexo y no sólo estar acostada en la cama esperando que todo cayera del cielo. En ese ritmo el hombre gruñó cuando llegó al orgasmo haciendo la mujer lo mismo, agitados, sudorosos y cansados cayeron a la cama. *“Esta fue una de las sesiones más excitantes de mi vida”* habría dicho el hombre muy sonriente, haciendo que la encargada se sintiera complacida al escucharlo. Elizabeth notaba la cara de felicidad de todos y aún no entendía por qué se sentían tan felices y ya que eso era todo se puso de pie seguida por la mujer, arrugó la cara con disimulo porque sintió algo extraño en su sexo, estaba mojada y apretando la quijada no quiso pensar en nada más. Por cortesía dejaron a los amantes seguir disfrutando su sesión y el cuarto de lujo y las mujeres, ella más que la otra apenas y podía bajar escalones, le temblaban las piernas y eso no le gustaba. Antes de llegar al área del salón donde los clientes esperaban sus turnos, a Elizabeth le llamó la atención de un hombre que parecía que acababa de llegar y se miraba en uno de los espejos. Era alto, guapo, de ojos acaramelados y facciones atractivas, de pelo negro y la piel algo bronceada. Su uniforme le indicaba que no era un simple marino sino algo más, le gustó su porte y sin saber por qué se saboreó. La mujer la notó que se había quedado mirándolo.

—¿Lo conoces? —le preguntó. Elizabeth negó pero le dijo algo que a la mujer casi hace que le dé un infarto.

—Quiero estar con él.

—¿Qué? —la miró sorprendida.

Elizabeth no entendía el porqué de su deseo pero era obvio; su cuerpo estaba excitado y si no aprovechaba ahora no podría hacerlo después. Total, Charles por algo la había llevado allí, así que entrar virgen y salir desvirgada no estaba mal ni era cosa de otro mundo, si esos eran los planes.

—Niña, tu tutor te espera —insistió la mujer.

—Quiero estar con él —repitió sin dejar de verlo.

El hombre al mirarla por el espejo se giró para verla mejor, con osadía se encaminó hacia ella puesto que al menos a la encargada ya la conocía pero a la otra no y para ser nueva y vestida como hombre -con excepción del corsé- le había gustado y excitado a la vez. Notó la cicatriz en la cara de la joven pero no le importó, al contrario, eso la hacía más atractiva y se sintió cautivado. La saludó a las dos y también sin saber la pidió a ella, la encargada se sorprendió más, eso era como algo del destino pero le hizo saber que ella no era como las demás y antes de decir que no era del club, la chica la calló. La mujer se limitó a decirle al hombre que la joven era virgen y que tenía un benefactor poderoso, el hombre se entusiasmó más y prometió entonces cuidar a la todavía dama, pagó por una de las habitaciones de lujo y fueron conducidos por la misma mujer. La encargada, bajito le preguntó a la chica cuando se le había quitado la “costumbre” del sangrado y al decirle Elizabeth cuando la mujer respiró tranquila, no estaba en sus días para quedar embarazada. Les abrió el cuarto, les indicó el límite de tiempo y que iba a decirle al benefactor de la joven que ella seguía algo ocupada y que se tardaría un poco más. El oficial y ella entraron y se encerraron. Saberla virgen y “disfrazada así” ya lo tenía caliente, entendía que no podía esperar de ella lo mismo que las demás hacían y verse en un papel de maestro no fue algo que le agradó pero ser el primero que abriera ese botón de rosa era algo que valía la pena y que ya lo tenía algo orgulloso. La observó cuando ella se adentró al cuarto, verla a la luz dorada y escarlata le pareció aún más bonita, el cuerpo curvilíneo que la chica mostraba con esa ropa le gustaba y se moría por verla completamente desnuda.

—¿Eres nueva? —preguntó él comenzando a desnudarse, luego de dejar sus armas en una mesa cercana.

—No soy de aquí —contestó ella observando el acabado del cuarto.

—Eso se nota —él no dejaba de verla—. Lo que quiero saber es desde cuando trabajas aquí, ¿desde hoy? ¿Es tu primer día? Es la primera vez que te veo y como me dicen que eres virgen...

—No trabajo aquí —lo interrumpió mirándolo directamente a los ojos.

—¿No? ¿Entonces?

—Mi... benefactor quiere que... aprenda el arte del amor —contestó sin remedio.

—No entiendo, ¿y por qué no te enseña él? ¿Es impotente? —sentándose en una silla se quitó las botas y luego el pantalón al ponerse de pie otra vez.

Ella evitó molestarse.

—Quiere que aprenda de otra manera.

—Bueno, debe ser que te compró sin imaginar que eres virgen y hay hombres que pasan de mujeres así, a muchos les excita pero para otros es mucha responsabilidad.

El hombre se quedó en su ropa interior, al menos sabiendo que era virgen no podía mostrarse tal cual y aunque ya tenía una gran erección que se le notaba y que la chica miró, era mejor llevarse el asunto con calma.

—Si sabes qué vamos a hacer, ¿verdad? —insistió él acercándose a ella.

—¿Qué? ¿Ya me quieres en la cama?

—Pues si no es mucha molestia, sí —sonrió, ella medio curvó los labios, el hombre tenía algo de encanto y físicamente no estaba nada mal.

Él la miró con atención, vestida con esa ropa apretada que le marcaba todo el cuerpo lo hizo saborearse. Su pelo negro le atraía y notando sus facciones también, tenía algo que podía hechizar y de pronto comenzó a sentirse cautivo de ella, sin importarle la cicatriz que le marcaba la cara y la joven ni enterada del poder que podía ejercer en los hombres. Él se acercó más e intentó tocar su cara pero ella retrocedió haciendo que se desconcertara.

—Lo siento —se disculpó ella, si era arisca y no podía evitarlo.

—Tranquila, entiendo que tengas algo de miedo pero prometo ser paciente y no lastimarte, tampoco me importa esa cicatriz, eres linda y atractiva aún así y juro que no miento.

Ella lo miró con desconfianza, con tal de meterla podía decirle que era la mujer más hermosa del mundo.

—Para evitar la tensión en el ambiente voy a presentarme —le extendió la mano muy sonriente—. Me llamo Luis Manuel de Castro y Balaguer, soy teniente de la marina mercante que sirve a la flota naval de su majestad Felipe

V.

Cuando dijo ese nombre la chica dio un paso atrás, abrió los ojos y por un momento casi se desmaya, no era posible que el destino jugara así, era el mismo nombre que había mencionado su amiga antes de morir esa noche y ahora entendía la actitud de ella. El hombre era guapo y ahora por su profesión militar de seguro lo era más, su pecho, brazos y piernas lo presentaban muy bien, si su amiga lo viera con seguridad no dudaría en abrirle las piernas, sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —insistió él—. ¿No te gustan los militares? Creo que el uniforme nos hace ver más guapos, ¿no crees? Bueno, al menos eso me dice mi mamá.

—No, no es eso es... —ella volvió a sacudir la cabeza—. Creo que el nombre... no, no importa, no me hagas caso, por un momento te confundí.

—Bueno pues, ya que me confundiste no me vas a dejar con la mano extendida así, ¿o sí?

Elizabeth avanzó un paso y correspondió el saludo, la mano del hombre era cálida en cambio la de ella era muy fría.

—¿Y tu nombre es...? —insistió él llevándola a su boca para besar su dorso como un caballero.

—La Asturiana —le contestó algo aturdida por el gesto—. Sólo dime así.

—Pero ese no es un nombre.

—Pues creo que aquí nadie usa nombres.

—Pero dices que no eres de aquí. Quiero saber tu nombre.

—La Asturiana, nada más —negó ella soltándose.

—Bueno, tendré que conformarme y es una lástima no saber cómo te llamas en realidad porque eres preciosa. Tus ojos son hermosos, me encantan, tienes algo así como un aire gitano, incitante, seductor, no sé, es mi impresión.

Ella no dijo nada y por un momento se quedaron estáticos y en silencio.

—Bueno querida Asturiana el tiempo apremia y creo que contigo deseo tardarme algo más, si no eres como las otras no podré actuar rápido así que será mejor hacerlo de una vez.

Ella tragó, ahora su cabeza era un cúmulo de sensaciones y ya no estaba tan segura de lo que estaba haciendo. El hombre con paciencia se sentó en la cama y la miró otra vez, ella hizo lo mismo mirándolo también, él evitó resoplar pero debía apelar a su paciencia y controlar su experiencia así que volviendo a ponerse de pie se acercó a ella con determinación.

—No me temas —se atrevió a sujetarle una mano—. No voy a prometerte

amor ni hacerte ese tipo de promesas en donde bajan luna y estrellas, lo único que puedo prometerte en este momento es tenerte paciencia, ser gentil y no lastimarte. Eres preciosa —le acarició la mejilla derecha, él notó la cicatriz al otro lado pero no le importó, aún así la chica le parecía linda—. No sé por qué pero me gustas, al menos para estar contigo así y no es la misma sensación de otras veces, en este momento me siento diferente. —Ella cerró los ojos y él se acercó más acariciándole la barbilla—. ¿Te han besado? —inquirió en sensual tono acariciando con el pulgar sus labios.

Ella se los mordió y negó bajando la cabeza, él sonrió y llevando una mano a la cintura de ella la acarició, rozó su nariz con la de ella y al sentirla vulnerable se atrevió a besarla. De manera lenta al principio, ella decía la verdad y él lo constataba, sus suaves labios eran tocados por primera vez, poco a poco le hizo abrir la boca para invadirla y degustarla, introdujo con lentitud su lengua buscando la de ella y ella sin saber cómo lo recibió. Elizabeth no fue consciente del momento en que sus manos reposaban ya en el pecho desnudo de él mientras que él la apretaba de la cintura a su cuerpo, con las palmas abiertas le acarició la espalda por encima de la camisa. Ella jamás se imaginó la reacción que su cuerpo tendría y el calor que comenzaba a invadirla de verdad, la hoguera de su vientre ya estaba encendida y sintió que algo más abajo le palpitaba igual que su corazón. Lentamente la llevó a la cama y haciendo que ella se sentara, él se hincó frente a ella, con paciencia le quitó las botas, luego le comenzó a soltar las cintas del corsé hasta deshacerlo para despojarla de él, cuando lo hizo se acercó para levantarle la camisa y a la vez desabrochar el pantalón. Elizabeth llevada por el deseo que ya calentaba su cuerpo se dejó hacer todo, Luis levantó la camisa y la sacó cuando ella levantó los brazos, notó el corpiño que llevaba debajo y la forma de sus pechos le provocó sed. Con paciencia terminó de quitarle el pantalón y Elizabeth sentía el ardor en sus mejillas cuando sintió ser observada por un hombre estando ya ella en ropa interior. El hombre volvió a besarla con algo más de fuerza que la excitó más a ella y colocándose parcialmente sobre ella la terminó de acostar. Sus inquietas manos tocaron por primera vez esos senos suaves por encima de la tela y bajando por su cuello en ese camino de besos, llegó a atrapar uno de los pezones con su boca. Elizabeth recordó las clases que acababa de ver y sabiendo que no podía reprimir los jadeos comenzó a soltarlos de a poco al sentirlo a él, no era lo mismo ver el placer que sentirlo de verdad. Él al escuchar que ella lo estaba disfrutando bajó una mano por su estómago, por su vientre hasta meterla a través de la ropa interior, tocó ese

vello púbico y haciéndose paso bajó más. Ella por instinto al sentirlo abrió más las piernas y cuando él tocó su sexo, ella volvió a gemir y a arquear su cuerpo, el hombre bajó más hasta que sus dedos llegaron a toda la intimidad de ella y entonces al sentirla algo húmeda comenzó a estimularla. Elizabeth no podía cerrar la boca, el aire le faltaba, lo que sentía era delicioso y comenzó a darse cuenta que lo que tenía de ropa le estorbaba. El hombre se incorporó al sentirla tan dispuesta y quitándole toda la ropa interior la dejó desnuda para él, Elizabeth lo miró pero ya no le importaba lo que siguiera a continuación, ya había comenzado y no quería parar. Él sonrió y acercándose a su oído le hizo saber su siguiente paso y lo que deseaba hacer, ella asintió, al menos en sus adentros agradeció haberse bañado y entonces él dándole besos por todo su abdomen volvió a bajar hasta llevar su cara en medio de sus piernas y meterla ahí. Al sentirlo Elizabeth volvió a arquearse, como le dijo la encargada eso era placer y era la verdad, sentir la lengua de ese hombre dentro de ella hacía que tensara hasta el último dedo del pie, no sabía que el cuerpo de manera inconsciente podía actuar así y menos dominar a la razón. Luego de eso él se incorporó frente a ella y muy sonriente terminó de desnudarse también, se colocó en medio de las piernas de ella que abrió más y se mostró ante la chica como estaba. Elizabeth lo miró así como también el armamento que tenía, ese cañón apuntaba hacia ella y aunque le asustó el tamaño, con placer estaba dispuesta a recibirlo. Él volvió a tocarla, con cuidado estudió el camino, no debía olvidar que era virgen, ella se incorporó en sus codos para verlo y sin querer se saboreó.

—¿Quieres tocarme? —inquirió él muy sonriente, ella asintió también.

Le sujetó una mano y la llevó a su miembro. Elizabeth lo tocó y comenzó a acariciarlo, el hombre cerró los ojos y jadeó, para ella la sensación era nueva y excitante e hincándose también besó el pecho del hombre. Éste se asombró pero agradeció el gesto, lo que no se imaginó era lo que ella quería.

—Acuéstate —le pidió.

—¿Qué? —reaccionó él.

Ella lo incitó y él obedeció. Elizabeth se colocó en medio de sus piernas y entonces lo llevó a su boca, el hombre casi convulsiona, ella lo hacía con lentitud. Su lengua lo rodeaba con paciencia y suavidad y eso lo descontroló porque las rameritas lo que hacían era chupar de manera frenética pero ella no lo hacía así. El hombre le acarició el pelo y complacido comenzó a murmurar su nombre.

—Asturiana, Asturiana, dudo mucho que olvide esto.

Para ser virgen era osada y nada tímida y eso le gustó, al momento la detuvo porque de la manera en la que lo estaba haciendo lo iba a hacer expulsar su líquido y no quería que ella bebiera algo que nunca jamás había probado, no quería que ella se asustara y él quedara en ridículo. La hizo levantarse y era mejor ir al grano porque a él ya le urgía, la acostó de nuevo y con devoción comenzó a besarla, a masajearle los pechos, a volver a abrirla las piernas y a tocarla. Esa mujer lo estaba volviendo loco en un momento, no sabía lo que era pero lo que estaba experimentando no lo había hecho con las otras, no podía dejar de recorrerla, de sentir la suavidad y calor de su piel, de desear la dulzura de esos labios y de tenerla así debajo de él. Ella recordó lo que la encargada le dijo sobre abrir más las piernas porque él quería penetrarla así y lo hizo, esa disposición terminó de volverlo loco. Hizo que lo rodeara con sus piernas y entonces él sujetándose el miembro lo condujo a esa húmeda y cálida entrada que lo esperaba. Se impulsó con cuidado y ella gimió pero al verle la cara supo que le dolió, volvió a besarla de manera lenta y distrayéndola volvió a impulsarse, un poco más y ya todo sería historia. La besó invadiéndole la boca con la lengua a la vez que seguía masajeándole un pecho y al sentir como ella lo incitaba más, en el tercer intento traspasó la barrera liberándolos a ambos. Él gimió al sentirlo, ella pareció ser ajena así que sintiéndose victorioso se sostuvo en sus brazos y esta vez, sí comenzó a impulsarse con más fuerza. Lo que sentía le encantaba, esa mujer era una delicia, podía sentir como era absorbido, como cuando las olas del mar seducen a los barcos llevándolos más adentro en un ritmo suave, lento pero a la vez imponente. Supo que esa mujer iba a ser igual, lo estaba arrastrando a las profundidades y él ya no quería salir de allí, quería ahogarse en ese placer.

—Luis... —murmuró ella, él la notó embriagada de placer también.

Su piel parecía volverse traslúcida por el sudor y al verla así, con los ojos cerrados y rendida completamente a él, supo que ya le faltaba poco. Se impulsó más fuerte y al escucharle gemir con fuerza su nombre, supo que ella había estallado en un orgasmo. Él tampoco podía retenerlo, era inútil y dejándose ir, gruñó el suyo también, abandonándose también al placer que sentía.

—Asturiana... —volvió a repetir cuando cayó derrumbado en el pecho húmedo de ella. La experiencia con esa joven podía cambiarlo.

Había llegado para tener un momento de sexo pero lo que pasó nunca lo imaginó, había sido muy diferente. Con ella fue más que un momento de pasión, con ella había hecho el amor.

Charles era un manojo de nervios, sentía que nada podía calmarlo hasta ver salir a su Elizabeth tan entera como había entrado, no entendía por qué se tardaba tanto, sabía cómo era ella y lo impaciente y mandona que se había vuelto por consentirla tanto, sólo esperaba que al menos estuviera complacida. El tiempo se le fue entre puros y whisky hasta que por fin la encargada apareció con ella en el salón, Charles soltó todo y fue a su encuentro. La notó diferente no había duda, su piel aún estaba sonrojada cosa que se le notaba hasta en las mejillas, hasta la veía feliz y con semblante muy diferente a como había entrado. No fue necesario preguntar nada y besándole la frente, luego de agradecer todo a la encargada salieron del lugar. Esa noche él dormiría algo más tranquilo y ella de verdad que lo haría feliz, ahora entendía porque la gente se sentía así luego de darle placer al cuerpo.

—Tengo mucha hambre —dijo ella por fin.

El hombre amplió la sonrisa, era algo natural después del ejercicio.

—Yo también, vamos a comer —la abrazó.

—Ya todo quedó listo Emperatriz —la voz de un Christoff jadeante por el cansancio la trajo al presente—. Podemos irnos ya.

Ella asintió dándoles agua y así como llegaron, en el mismo silencio abordaron los botes y remaron de regreso a la fragata. Ella decidió quedarse en su casa, estaba demasiado cansada y necesitaba con urgencia los brebajes de Zafira para poder dormir y levantarse el siguiente día. Los hombres no tuvieron más remedio que seguirla también, estaban bastante cansados.

16. Provocaciones



Muy al noroeste de lo que se conocía como Santa María del Puerto del Príncipe en Cuba, en la misma provincia y cruzando el mar en sus costas existen una serie de islas menores formando un archipiélago que bordeaban a dicho país. A unos kilómetros de uno de esos cayos del grupo llamado “Jardines del Rey” permanecía anclado el “Calígula” y fue hasta allí que Barrabás llegó en su ligero bergantín. Al verlo venir la tripulación alertó al Rabioso pero éste...

—¿Pero qué mier...? —ni siquiera terminó de murmurar cuando vio que se acercaba el bergantín. Apretó ambas manos con fuerza en el balaustre, esa para él era una visita indeseada.

Ordenó no hacer nada, al menos hasta escucharlo porque era obvio que llegando en un barco pequeño no llevaba la intención de pelear. El Rabioso y Barrabás siempre habían chocado en todo, casi no coincidían en nada, de hecho ni siquiera eran amigos, simplemente hablaban porque tenían que hacerlo pero no porque lo quisieran. Desde que ambos formaban parte de la tripulación de Salamandra años atrás y cuando el Rabioso, luego de asaltar un navío y hacerlo suyo se desligara en parte del mando de Salamandra el choque fue peor. Si antes no lo soportaba, luego de la apropiación de ese barco menos y como los dos no cabían en todo el océano, Barrabás no veía la hora en que a ese cerdo le llegara la navidad y ahora el momento parecía ser justo y las estrellas a favorecerlo. Cuando ocurrió la masacre en Puerto de la Cruz siendo él uno de los responsables, Barrabás incitó a Salamandra a castigarlo, ya que por culpa de él ahora la cacería a los piratas se intensificaba poniéndole precio a las cabezas por parte del gobierno español pero aún así, el otro le dejó pasar semejante atrocidad con la advertencia de no volver a hacer algo así y menos, en tierras de provincias españolas donde el rey tenía toda la autoridad para erradicarlos a ellos de la faz de la tierra. Fue poco después de eso que en un abordaje se apropió del barco rebautizándolo “Calígula” para él, a cambio de darle un buen porcentaje del botín a Salamandra a modo de

comprarlo. La naturaleza sanguinaria del Rabioso lo tenía en donde estaba y eso era lo que más odiaba Barrabás en la naturaleza humana, entre más maldad y ambición había en el hombre mejor le iba en el camino pero también sabía que tarde o temprano esas mieles sabrían a hiel y al menos él, estaría allí para dar el golpe final que esperaba hacerlo con gusto. Cuando el bergantín ancló, Barrabás hizo bajar un bote y en compañía de dos hombres más bajó mientras los demás se quedaban en el barco. Remaron hacia el Calígula y cuando llegaron, bajándoles la escalera procedieron a subir al barco.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo supiste dónde estaba? —interrogó el Rabioso al que consideraba su contrincante cuando pisó la cubierta de su barco.

—Vengo de parte de Salamandra —le contestó, cuando dijo eso notó cómo el hombre cambió hasta de colores.

—¿Y eso por qué? —se mostró desconfiado.

—¿Hablamos aquí o a solas? —Barrabás evitó fastidiarse.

Bufando el otro le indicó seguirlo, subieron a una especie de cuarto de sala algo presentable. Era obvio que todo lo que había allí era producto de saqueos porque el tipo, de buen gusto no sabía nada y aparentar, tampoco le quedaba.

—Si quieres siéntate —le dijo el Rabioso.

—Así estoy bien, gracias —el hombre prefirió quedarse de pie.

—Bueno, en ese caso no te ofreceré nada de beber porque imagino que tampoco te apetece.

—Dices bien, nada me apetece.

—Entonces al diablo las formalidades y habla —le dijo con seriedad.

—Salamandra está molesto contigo —soltó de un solo.

—¿Y por qué? ¿Qué hice?

—¿Y todavía lo preguntas?

—Yo cumplí con el encargo.

—¿De verdad?

—Hice lo que me pidió y hay testigos.

Barrabás sonrió con malicia, estaba disfrutando el momento.

—¿Y qué pueden decir tus testigos? —inquirió.

—¿Me crees estúpido? Sé lo que quieres y es sacarme información, hice lo que hice y puedes volver a decirle eso a Salamandra. Dile que puede estar tranquilo y que ya tendrá las noticias que quiere.

Barrabás no pudo más y soltando las carcajadas hasta se dobló, el

Rabioso al verlo se molestó más, si ensartándole un cuchillo iba a borrarle la sonrisa entonces se la iba a quitar sin dudarle. Algo que nunca toleraba eran las burlas y sus hombres lo sabían.

—Salamandra está furioso —dijo cuando se repuso—. Furioso porque resulta que atracaste un barco sin el conocimiento de él y furioso porque... — se rascó la barbilla, quería seguir disfrutando el momento.

—¿Porque qué? —el hombre ya estaba pálido.

—Porque al parecer lo que dejaste en Dominica desapareció.

—¡¿Qué?!

La cara del hombre se transformó en terror y el sudor por los nervios se le hizo notar en la cara.

—Dime una cosa Rabioso, ¿cuál es la verdadera razón para que estés escondido aquí? De verdad todavía no te enterabas de lo de Dominica o será que no quieres dar la cara por lo que le hiciste al barco inglés.

—No te metas Barrabás —reaccionó con furia y a la vez con temor.

—Como quieras, a mí me vale reata lo que hagas o lo que te pase. Son muchos los que ya saben de lo sucedido con ese barco inglés como también saben gracias a dos de tus ratas, que fuiste tú quien los atacó sin dejar a nadie vivo, pero para colmo también se sabe que primero abordaste muy tranquilo y hasta te fuiste a beber el té con uno de los altos oficiales, ¿con el capitán? — Sonrió humedeciéndose los labios, verle la cara al otro le estaba resultando bastante cómico—. El asunto es que al parecer tenías algún trato con ellos. ¿Qué era?

—¿Me crees tan pendejo como para decírtelo? —Se acercó a él sin demostrarle miedo—. Lo que yo haga no es asunto de nadie.

—Bueno en ese caso así como me lo dices a mí te sugiero que se lo digas entonces a Salamandra, ya veré si con él te paras tanto como lo haces conmigo. Sé que si le hablas así te arranca la lengua.

El Rabioso se apartó y rugiendo se pasó una mano por la cara.

—Yo cumplí con dejar las malditas cajas en Dominica —insistió—. Lo que haya pasado después no lo sé.

—Pues si el gobernador del Nuevo Puerto Palos no recibe esas cajas como era el trato será mejor que imagines tu cabeza colgando de un mástil y tu cuerpo en trozos alimentando a las criaturas del mar. No sé por qué demonios Salamandra te confió esto pero ahora estás en serios problemas.

—¡Juro que no sabía nada!

Furioso se encaminó a la puerta y a gritos llamó al que consideraba su

primer oficial.

—Señor —el hombre llegó corriendo y con un mosquete en la mano.

—Guarda eso —lo agarró del pescuezo y de un solo jalón lo metió al cuarto. El hombre aturdido no entendía nada—. ¿Qué demonios pasó en Dominica?

—¿Qué?

—Las cajas —rugió conteniéndose la furia—. ¡¿Qué pasó con esas malditas cajas?! —gritó perdiendo la paciencia.

—Se hizo lo que ordenaste —le contestó con desconcierto—. Entregamos el cargamento y el tipo encargado que iba a ser el conecte haría el resto, nos indicó el lugar donde se iba a esconder y hasta a los hombres que ya tenía listos para el trabajo. Algunos de nuestros hombres se quedaron en puerto hasta constatar que cumpliría y lo hizo, luego fue cuando nosotros partimos.

—¿Entonces? —El Rabioso se volvió a Barrabás—. ¿Cómo explicas eso si se supone que nosotros cumplimos?

—Porque al amanecer del siguiente día, ese tipo al que le encargaron el trabajo apareció decapitado con la cabeza casi separada del cuerpo —contestó con tranquilidad.

—¿Y cómo sabes eso?

—Fue escándalo en Dominica, ¿no crees que los demás que colaboraron también estén aterrorizados por tener la misma suerte?

—¿Salamandra te mandó a seguirnos?

—Regístrame si quieres —levantó las manos y sonrió—. Yo no he andado por esos lares. Hace mucho que no voy por allá.

—¿Entonces cómo lo sabes? ¿Cómo es que ahora Salamandra lo sabe antes que yo? ¿Tú fuiste con el chisme? No me extrañaría que fueras el soplón. Debería cortarte la lengua ahora mismo.

—Inténtalo si quieres —lo retó con seriedad—. Pero si yo pierdo mi lengua te aseguro que tú perderás mucho más, ya te lo dije, yo podré quedar mudo pero tú no vivirás para verme así.

—¿Y qué si mejor te mato de una vez? —se acercó aún más, ganas no le faltaban.

—Tampoco me importa, también tus días están contados, así que igual te veré en el infierno y allá te aseguro que ni el mismo Lucifer te dará el tormento que te daré yo.

—Siempre machito —lo miró con desprecio—. Barrabás siempre tan valiente, el lame botas del Salamandra.

—Ya me cansaste Rabioso —evitó ofuscarse—. Ya te dije que no he ido a Dominica, la gente habla y las noticias vuelan, el asunto allá se sabe muy bien, yo no tengo la culpa de que te rodees con puros pendejos que a ti te ven la cara igual. Las cajas también desaparecieron junto con la muerte de ese hombre y si el gobernador del Nuevo Puerto Palos se cree traicionado por Salamandra tendremos serios problemas, así que creo que no debo darte más detalles. Ya una vez desataste la furia de su majestad Felipe y te aseguro que esta vez no vas a contar el cuento, ese gobernador es un hombre poderoso y nos sirve más vivo que muerto así que, más te vale que arregles este problema antes de que toda la flota de España puedan sitiar el Caribe y descuartizarnos.

—El rey nada tiene que ver —tragó en seco.

—No, su majestad es ajeno, él no sabe nada de las andanzas de sus gobernadores ni los negocios turbios que puedan hacer con lacra como nosotros para su propio beneficio, pero igual si se entera se verá traicionado. Puede que ruede la cabeza del gobernador pero a nosotros, van a cazarnos y te aseguro que ni en Tortuga ni en el fin del mundo podremos escondernos ni estar a salvo.

Barrabás caminó hacia la puerta, ya quería irse. El Rabioso apretó los dientes y sin remedio lo miró alejarse.

—Ah... y... —Barrabás se giró a él antes de salir—. Te sugiero que le des la cara a Salamandra y le hables de esto y también de tus... andanzas. Eso que hiciste con el barco inglés... también lo tiene molesto. Creo que ya era suficiente con provocar a su majestad Felipe como para ahora tener encima al rey inglés y por toda esta mierda en la que ya nos embarraste, creo que el no esconderte como un cobarde es lo mejor que puedes hacer. Total sabes bien que de Salamandra no podrás hacerlo y estas costas cubanas de dominio español no van a detenerlo, entérate de una vez que si entregándote se libra del problema salvando su pellejo no dudes que lo hará.

Barrabás miró al otro de pies a cabeza observando todo, incluyendo el arma que aún tenía en la mano, luego de eso salió y el Rabioso quedó en ese cuarto maldiciendo todo. Al bajar a su bote para ir a su bergantín respiró algo aliviado por al menos salir pero iba algo pensativo y al subir a su barco cuando llegó dio la orden para irse.

—¿Curso? —le preguntó uno de sus hombres.

Barrabás se detuvo y luego de pensarlo contestó.

—A Tortuga.

Los hombres se prepararon para zarpar mientras él, caminaba hacia su

proa. Ya era tiempo de hacer un cambio y jugárselas todas, iba a arriesgarse a meterse en la cueva del lobo y a ponerse a disposición de la última persona a la que hubiese recurrido días atrás. Se desconocía y ya dudaba de su sano juicio pero las cosas habían cambiado y ya era tiempo de ocupar el lugar que merecía.



Matt estaba acostado en una de las hamacas del corredor, como ella se lo dijo algunos de los hombres llegaron para reportarse y para irse, ya que faltaban que otros fueran a divertirse también pero prefirió quedarse y más, cuando Zafira les preguntó por Abraham y le habían dicho que al parecer estaba con Christoff y la Emperatriz así que sabiendo que nadie más estaba en el barco, Matt decidió quedarse y esperar por ella en la casa. Según el tiempo que notaba en el estrellado cielo, ya era bien entrada la madrugada.

—¿Quieres un cuarto especial Erik? —le preguntó Zafira antes de irse a descansar.

—No, gracias, dormiré aquí.

—No es lo mismo niño, es cansado y al menos una cama te hará descansar más, aunque sea el tiempo que reste para que amanezca. Si la Emperatriz no viene lo sabrás y si no se va para el barco también lo sabrás, no va a dejarte aquí.

Matt reconocía que la mujer estaba en lo cierto y que de verdad necesitaba reposar su espalda en algo más cómodo, le agradeció la atención y ella lo llevó a una de las habitaciones principales de la casa. Le sugirió que durmiera algo y él haciéndole caso se metió a la cama sin siquiera quitarse la ropa, la vio tan cómoda que de un solo se lanzó y quedando boca abajo sin darse cuenta se quedó dormido.

El sonido alborotado de los pájaros lo despertaron al amanecer, ya el sol alumbraba todo, asustado se incorporó y cerca de la cama vio que le habían dejado ropa limpia y en una mesa un lavamanos ovalado de porcelana con su jarrón con agua clara y fresca y un paño también limpio. En una pequeña bandeja le dejaron lo necesario para su aseo bucal; un cepillo pequeño con cerdas de crin de caballo y mango de madera, un vaso con agua, un trozo de tela, hojas de menta y en un diminuto cuenco de jícara una mezcla de polvos de canela, romero y cáscara de huevo triturado. Agradeció eso y se levantó para lavarse bien y asearse algo, luego se cambió y saliendo bajó a la cocina. Había un olor que lo sedujo de inmediato.

—Buenos días niño, ¿dormiste bien? —lo saludó Zafira.

—Buenos días, sí gracias, muy bien y gracias por el agua y la ropa, lo necesitaba.

—Que bueno, ven y siéntate, ¿quieres tomar café?

—Claro, lo probé en Inglaterra y me encantó.

—Pero este es más rico —le sirvió una taza.

—Ya lo creo que sí —sonrió.

—Ya te sirvo tu desayuno, hay tortillas, frijoles, chorizo, queso, huevos...

—Deme de todo lo que tenga —volvió a sonreír saboreándose, Matt no se preocupaba por subir unas cuantas libras.

—Y a mí también —dijo otra voz que al hombre lo hizo reaccionar también.

—¡Bram! —Matt se alegró mucho al verlo, tanto que se levantó de la silla para abrazarlo. El hombre se desconcertó pero agradeció el gesto.

—Caramba muchacho, parece que no me hubieras visto en mucho tiempo, apenas y te viniste ayer.

—Es que siento como si de verdad hubieran pasado años.

—Buen Abraham, siéntate que ya te sirvo —le dijo Zafira.

—Agradezco a Dios el haberme quedado, nunca imaginé verte aquí —le dijo Matt cuando se sentaban.

—Yo tampoco esperaba venir, pero total, estar en esta casa es otro mundo y se me olvida un momento dónde estoy, además llegamos muy a la madrugada y el cansancio era matador.

—Y a mí me alegra mucho verte —le dijo Zafira poniéndole café y comida a la vez—. Ya había pensado en mandarte una buena vianda con Erik pero como decidiera quedarse.

—¿Erik? —frunció el ceño, miró a Matt y este le abrió los ojos para que disimulara.

—Sí, aquí con el pelirrojo —insistió la mujer afanada en su fogón que estaba a fuego vivo.

—Ah sí... —contestó desconcertado.

Mientras la mujer hablaba de espaldas a ellos, Matt le murmuró bajito que ese nombre le había puesto la Emperatriz para estar allí. Bram entendió.

—Y la niña también cayó rendida —concluyó la trigueña sentándose cerca de ellos.

—¿La Emperatriz? —Inquirió Matt—. ¿Dónde está?

—En su habitación obviamente, en la madrugada que llegaron venía con un espantoso dolor de cuerpo, tuve que hacerle un té bien cargado y hacerle un

masaje con algunos ungüentos. Cuando despierte no se va a poder enderezar y menos, parar.

—¿Y eso por qué? —insistió Matt empezando a comer.

—Trabajo pesado —le contestó Bram guiñándole un ojo—. Los hombres somos hombres y estamos acostumbrados pero una mujer difícilmente lo estará.

—Ay Abraham, que ni te escuche la niña decir eso porque se va a molestar —le hizo ver la trigueña.

El hombre sonrió y siguió comiendo.

Con el cansancio Matt ya no pudo seguir pensando cuando se acostó a dormir y con la interrupción del rubio tampoco pudo disipar las dudas que tenía. No sólo por saber más del capitán Walker, a quien con el breve relato que escuchó ya sentía conocer sino por saber también cómo es que esta mujer había llegado a servir a la Emperatriz para tratarla y hablarle con tanta confianza, ¿ya era parte de la servidumbre del capitán en Jamaica? Eso era lo más factible.

—¡La señora está despertando! —llegó gritando una de las sirvientas.

—¡Ay Jesús! Voy corriendo a llevarle su té, esa mujer no va a poder levantarse —Zafira se paró con rapidez y corrió a buscar una tetera, taza y bandeja.

—También llévele comida —le sugirió Bram—. Es posible que tenga mucha hambre.

Ella poco logró dormir, el cansancio lo sentía bastante pesado, le dolían los hombros y el cuello, hacía muchos meses que no exponía su cuerpo a ese tipo de peso, al menos no sola y los dichosos cofres le resultaron bastante pesaditos, evitó gruñir su malestar. Tampoco pudo dormir sin que su pasado volviera y le saltaran pesadillas, hablar con el pelirrojo no había sido buena idea. Al único al que tuvo que contarle su vida fue al rubio tiempo atrás y jamás se imaginó tener que volver a hablarlo y menos con un completo desconocido. Los recuerdos le invadieron también los sueños o no sabía si había sido al revés pero en sueños o pensamientos volvió a Puerto de la Cruz, al cementerio, a visitar la tumba de su madre, hermano y luego allí mismo estaba su padre, sólo faltaba ella. Era una soledad por el lugar, sólo ella caminaba, la brisa era lo único que sentía, las lápidas grises le indicaban quienes estaban allí, miró a su alrededor y lo único cierto era que estaba rodeada de huesos. Se sentía sola, tan sola y vacía como el mismo camposanto

que pisaba. La Emperatriz exhaló, recordar era un tormento. Seguía acostada en su cama pero despierta, su mente no estaba ahí, así mismo fue su regreso a ese lugar luego de dos años. Conocía el fin de su casa por el mismo rey Don Felipe y ella decidió morir también junto con todo eso, creyó superarlo pero con el tiempo se dio cuenta que no. Charles le rogó no hacer esa visita pero ella no podía olvidar y por más que hiciera eso a un lado y haber renunciado voluntariamente a su patrimonio y hasta a su propio nombre, sabía que tarde o temprano debía enfrentarlo, necesitaba saber realmente qué había sido de ese lugar y de los sirvientes al menos. Lo cierto era que no podía más, tuvo que disfrazarse como un completo hombre y usar un sombrero, se hizo pasar por comerciante y esa vez llegaron a La Española en Espartaco. Charles no la acompañó al puerto, como tampoco dejó que lo hicieran los mismos hombres con los que él bajó la última vez por lo que entonces, solicitó al teniente Grant y a otros dos más que la acompañaran. Para ella era regresar el tiempo pero debía enfrentarse a esos demonios y deseaba vencerlos y cerrar ese triste capítulo de su vida de una vez. Fue a la que era su casa y como era obvio todo estaba abandonado, las estatuas caídas, la fuente seca y llena de maleza, los jardines igualmente secos y con la maleza crecida parecían una jungla, las ventanas estaban cayéndose de igual modo pero la puerta principal permanecía cerrada. Cuan feliz había sido allí en su infancia y ahora ese lugar parecía una gran tumba, apenas y miró hacia adentro por una ventana y no había nada, ni muebles, ni cuadros, parecía que todo se lo habían llevado, el lugar estaba en completo abandono. ¿Qué fue de los sirvientes? ¿Qué fue de sus mascotas? ¿Qué fue de su querida Tomasa? Intentó preguntar a los lugareños pero nadie le dio razón, lo único que sabían era que el capitán Heredia dueño de la casona había muerto, caído en un ataque al Fuerte del Rey Felipe hacía dos años atrás y por desgracia había llevado a su única hija, la que se dice había sido violada, raptada y asesinada por delincuentes del mar que fueron los que asaltaron pero sin que nadie pudiera encontrar después su cuerpo, ya que sólo el vestido que usaba esa noche apareció flotando después cerca de la playa y que había sido reconocido por una de las sirvientas. Al no haber más familiares en menos de un mes después de la masacre, el gobierno español despidió a todos y lo poco de valor una parte fue a parar al museo militar en Santo Domingo y lo demás fue subastado para compensar en algo a los sirvientes despedidos y el resto al cabildo del lugar. Isabel tuvo que conformarse con saber que los lugareños creían eso sin atreverse a preguntar por las demás familias como la de su amiga, como se lo aconsejó Charles y

también tuvo que resignarse a ver esas tres tumbas cuando los visitó. Ese amanecer en Puerto de la Cruz llegó también con una masiva vela de difuntos que se dice que tanta fue la gente que ni podía contarse y ni se ajustaban los hombres para cargar ataúdes y peor, el cementerio no podía contenerlos a todos al mismo tiempo cuando la enorme y negra procesión no tenía fin. Los enterradores jamás en su vida tuvieron tanto trabajo como esa mañana que cavaban hoyos, ese día todo el mundo vestía de negro llorando a sus muertos y así cayó ese triste atardecer, cuando después del entierro poco a poco cada uno dejaba el lugar y en él, se quedaban los cuerpos de sus seres queridos. Eso no le dio paz a ella, eso no la conformó, saber había sido peor, al menos el cuerpo de su padre recibió cristiana sepultura y estaba junto a su mujer e hijo, ¿pero y ella? Para los lugareños estaba muerta también pero sin ninguna lápida, ella quedó en cualquier parte menos con su familia y era el único cuerpo que hacía falta para que en el nicho de la familia Heredia de la Fuente pudiera estar toda junta. Charles la había rescatado esa fatídica noche pero él nunca se imaginó las consecuencias que eso le traería en los siguientes meses del suceso.

Apoyada en el respaldar de su cama y perdida en pensamientos estaba cuando Zafira entró con su té.

—Buenos días niña, ¿lograste dormir?

—Algo —le contestó sujetándose los hombros.

—Te traje esto para que te ayude con el dolor.

—Es horrible.

—¿El qué? ¿El té o el dolor?

—Las dos cosas —frunció la frente.

—Pues te aguantas, para empezar nadie te dijo que cargaras sola esas cosas o lo que sea que haya sido y el té no te lo puedo endulzar porque perdería la eficacia, ese es el precio por las cosas que haces o que decides hacer sola.

La Emperatriz se sentó derecha y la trigueña le ofreció la fina taza.

—No es lo que quisiera probar por la mañana —le dijo ella a Zafira sin dejar de ver el líquido oscuro.

—Ya lo sé, nadie lo querría, no sé si Christoff y Bram estén tan adoloridos pero me parece que abusaron y aunque lo estén, no se tomarían esto ni así los amarrara a un barril con pólvora listo para explotar.

—¿Y cómo están? —sonrió llevando la taza a sus labios.

—Del rubio no lo sé, supongo que sigue dormido y el buen Bram ya está

desayunando con el pelirrojo y por cierto, ¿por qué no lo llevaron? Creo que estarían menos adoloridos.

—No podía contar con él, no puedo exponerlo, el lugar donde está todo el botín sólo lo sabemos tres personas. No puedo decírselo a nadie más, una por protección y otra por desconfianza.

—Hmmm... ¿Y el pelirrojo dónde entra? ¿En la protección o en la desconfianza? —la miró elevando las cejas.

—Zafira...

—Está bien, ya no digo nada, ¿quieres comer algo?

—Sí, la verdad es que estoy muy hambrienta, me crujen las tripas, con el hambre que tengo me comería una vaca asada entera.

—Eso me gusta, ahorita te subo de todo —sonrió—. No te recomiendo que salgas de la cama y menos que te bañes otra vez, te di un fuerte masaje en la madrugada después del que te diste. Aún tienes el cuerpo caliente y dormido por eso y ese ungüento debe penetrarte bien.

—No estaré en la cama todo el día, tengo que irme a mi barco.

—No niña, no te vayas hoy, al menos descansa este día. Además toda la ropa sucia que trajiste en el saco todavía se está lavando, la mar no se va a secar porque no estés en ella. Apenas y vienes dos o tres veces al año y nunca te estás nada.

—Lo pensaré pero por el momento corre por mi comida que me muerdo de hambre.

—Ay sí, ya te la traigo.

La mujer muy sonriente salió de la habitación.

—¡Y mucho café dulce y con leche! —le gritó la adolorida.

—¡También! —le contestó desde el pasillo.

En esa casa la Emperatriz se sentía otra persona, de hecho era el lugar donde podía ser una persona. Tenía la libertad de pasearse desnuda por su habitación sin tener que molestarse porque algún hombre la mirara, excepto Christoff pero ya se había acostumbrado a eso. No obstante sintiendo el cariño y las atenciones de Zafira era algo que la hacía sentir bien y creer en que todavía había gente buena en el mundo capaz de servir de manera desinteresada, de ser honestos y responsables y sobre todo, capaces de otorgar una amistad verdadera movidos simplemente por el cariño en su corazón y el amor a la vida y a sus semejantes.

Poco antes del almuerzo ella ya se sentía mejor y bajando al corredor trasero se encontró con el trío acostados en unas hamacas. Matt y Bram leían

un libro, en cambio Christoff que se medio mecía estaba casi dormido debido a la endiablada pereza que se cargaba pero al verla los tres reaccionaron.

—Buenos días Emperatriz —saludó Bram—. ¿Cómo amaneciste de malestares?

—Hola —se reclinó en la media verja de madera que servía como balaustre y que dividía el corredor del patio—. Sigo adolorida pero el té y el ungüento han ayudado, ¿y ustedes?

—También adoloridos pero lo soportamos, yo tomé algo del té de Zafira pero Christoff no.

—Prefiero que el dolor me muela el cuerpo antes que beber eso —replicó el otro meciéndose.

La mujer sonrió.

—¿Y usted señor Brown? —insistió ella. Como le dijo prefería aparentar delante de Christoff.

—Estoy bien gracias, mejor atendido no podía estar —sonrió sin dejar de verla, a él ella le parecía otra persona y ella prefirió disimular.

—Eso es gracias a mí —llegó sonriendo Zafira al escucharlo, llevando una bandeja con tres escudillas de madera llenas de atol de maíz—. Y por eso aquí les traigo más atol.

Los tres hombres gimieron la delicia y levantándose de las hamacas cada uno cogió su cuenco.

—Es que nadie atiende como tú querida Zafira —le dijo Bram.

—Es que nadie cocina como yo —lo corrigió—. Y como a los hombres hay que ganarlos por la panza por eso es que me aman.

—Que modestia Zafira —sonrió la Emperatriz.

—Ya lo sé, soy así —sonrió con coquetería otra vez. Todos se rieron por el buen momento—. ¿Te traigo atole niña? —le preguntó.

—No gracias, aún estoy llena, me mataste con ese desayuno.

—Bueno pues, en cuanto esté el almuerzo les aviso, esa sopa de costilla me está quedando deliciosa, ya verán.

—Y esperamos con gusto —le dijo Christoff.

Zafira los dejó en ese corredor y los hombres volvieron a sentarse en las hamacas.

—¿Noticias? —les preguntó ella.

—La mañana ha estado floja —le contestó el rubio—. Me dicen que los últimos hombres regresaron al barco a eso de las cuatro de la mañana, los demás que están aquí no tardarán en venir a reportarse.

—Vaya trabajo que han tenido los burdeles —murmuró ella. Aunque la Casa de Venus era exclusivo de sus hombres tampoco les prohibía ir a otros si querían, siempre y cuando mantuvieran la boca cerrada, al menos para no hablar de más.

—Y las ganancias —apuntó Bram—. Yo me iré con ese grupo después de almorzar.

—Creo que nosotros nos iremos también después del almuerzo —le dijo ella—. Por desgracia le perdieron la pista al tal Barrabás y de la Salamandra aquí nadie dice nada, parece que lleva tiempo sin aparecer.

—Pero quien debe estar cerca es el Rabioso —insistió el rubio—. Es obvio que pasó por aquí. No por nada, dos de las ratas que andaban con él cuando atacó el barco inglés vinieron a presumir lo que hicieron.

—¿Cómo? —Matt reaccionó cambiándole el semblante.

La mujer miró a Christoff pero ya la indiscreción estaba cometida. Él la miró también.

—Lo siento señor Brown, ayer con tanta cosa no pude decirle nada —se disculpó ella. Lo cierto es que con la plática sobre su vida se le olvidó.

—¿Decirme qué?

—Que según los hombres, hace unos días encontraron muertos a un par de malandrines que eran parte de la tripulación de esa rata. Llegaron a una taberna y luego salieron para un burdel pero el caso es que por andar ebrios hablaron de más e hicieron alarde de lo sucedido en... su barco —eso último bajó la voz para decirlo.

Matt se paró de su hamaca y caminó con lentitud hacia la misma verja donde ella estaba apoyada. Tensó los labios y exhaló.

—Lo siento —insistió ella.

—¿Por qué? —inquirió él—. ¿Ya cree en la justicia de Dios?

—No sé si habrá sido su justicia pero al menos, alégrese de que ese par de alimañas ya están donde merecen estar. Estoy segura que su propia lengua los mató.

—Ese es el precio de ser inexpertos y cometer pillerías —dijo Christoff—. Todo lo anduvieron hablando sin pensar y aquí hay ojos y oídos por todas partes. A mí no me extraña que haya sido el mismo Rabioso quien les mandara a cerrar la boca, ese cuento de que fue por viejas del burdel no me lo trago.

—Yo opino igual que Christoff —intervino Bram luego de escucharlos—. Yo también creo que así fueron las cosas, la insensatez a ese par les costó caro y pagaron con su propia vida.

—Quiero saber más —dijo Matt—. Si tuvieron el tiempo de reírse por lo que hicieron gritándolo a los cuatro vientos debieron decir mucho más.

—Por desgracia es todo lo que sabemos —le contestó ella—. Si hablaron de más dando detalles de lo que hicieron en el barco... sólo quienes los escucharon lo saben y sepa Dios quienes son.

—¿Y el tabernero? ¿Los demás que estaban en esa taberna? ¿Las mujeres con las que estuvieron?

—Intentamos saber pero mis hombres casi no lograron nada —insistió ella—. El tabernero insiste en que hablaron poco y debido a la borrachera, casi ni se les entendió lo que hablaron y luego de comprarle a él las botellas salieron rumbo al burdel de la Cortesana, otro de los más solicitados aquí pero igual, el par de rameras que estuvieron con ellos dijeron no saber nada, es más, eso las tiene con miedo porque si las asocian hasta la vida de ellas puede peligrar.

Matt bajó la cabeza volviendo a exhalar.

—Esto está peligroso —opinó Bram—. Si el Rabioso se entera que quedó algún sobreviviente de ese barco... no descansará hasta encontrarlo y callarlo.

La Emperatriz tragó y de inmediato miró a Matt.

—Señor Brown... creo que... no sería conveniente que fuera a... a donde dice que iba —le hizo ver ella.

—¿Por qué?

—Porque si alguien de allá sabe a un tripulante del Saint John vivo, las noticias volarán y aquí se sabrán también. Van a buscarlo y hasta entrevistarlo, las autoridades se lo pueden llevar como testigo para que diga todo lo que sepa y el asunto podría agravarse. Usted podrá andar caminando libre por la calle pero si alguien aquí paga para que lo maten júrelo que lo hará. Si allá descubren el milagro de un sobreviviente de ese barco, usted se expone a que lo maten.

—¿Y qué me sugiere? —inquirió él como si eso no le importara.

—Que si quiere continuar con su vida y su labor se vaya a otra parte y que hasta se cambie el nombre. Esa es mi sugerencia, se lo digo por experiencia.

17. Decisiones



“Lo decía por experiencia” le advirtió ella, Matt era otro necio y no iba a vivir escondido como cualquier cobarde que le debe a medio mundo, él no. La confianza por su vida la tenía puesta en las mejores manos y si Dios ya lo había librado de una, estaba seguro de que no iba a permitirle morir como cualquier rata.

—No piense sólo en usted señor Brown —ella parecía adivinar lo que pensaba—. Sé que su fe le da confianza pero piense en un futuro, usted hoy está aquí y solo. Más adelante puede tener su propia familia, una esposa, hijos y... todo lo que logró construir se le podría derrumbar en segundos, ¿me entiende?

—La Emperatriz tiene razón —le hizo ver Bram a él—. Hoy estás aquí y eres sólo tú, por eso es posible que nada te importe pero no sabes más adelante el futuro próspero que puedas tener. Por desgracia el pasado no se queda atrás como debería, siempre regresa para recordarte algo, para advertirte, para atormentarte, el pasado vuelve y más si hay alguna deuda sin saldar. Nosotros hemos visto y vivido muchas cosas, no te estamos aconsejando por nada.

Matt tragó, estaba molesto pero reconocía que podían tener razón. No estaba convencido, era algo que tenía que pensar mucho. Sin decir nada más, los cuatro se quedaron en el corredor con el único sonido de la brisa en los árboles y las olas del mar llegando a distancia.

Después del almuerzo cuando ya se preparaban para irse y que el último grupo saliera de Tortuga también, la Emperatriz tuvo una visita inesperada en su casa.

—Niña, traen a un hombre amarrado —le dijo Zafira algo asustada llegando a su habitación.

—¿Cómo? —acarició una daga que andaba en la mano.

—Yo no lo conozco pero dicen que pidió hablar contigo.

—¿Y los demás?

—Sólo Christoff y otros dos están con ellos, Bram y Erik en sus habitaciones, creo que no se dan cuenta.

—Corre a donde Erik primero y luego a donde Bram, que no salgan o al menos que no se dejen ver.

—Voy corriendo.

La Emperatriz se ciñó su sable a la cintura y encajó la daga en su bota, bajó decidida a ver de quién se trataba. Los encontró en el corredor del pórtico frontal, no habían entrado a la casa. Christoff y otros dos estaban de espaldas a la puerta cuando ella salía.

—Señora, mire quien andaba merodeando por aquí —le dijo uno de sus hombres que resguardaba la propiedad. Señaló al tipo poniéndole su arma lista para disparar en la cabeza.

La mujer tensó los labios y apretó la quijada al verlo, le era conocido después de tanto tiempo.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó un serio Christoff tronándose los dedos con los puños cerrados.

—Vengo en paz Emperatriz —le dijo el hombre que de cierto modo estaba impotente.

Teniendo las manos hacia atrás y con grilletas y para colmo, completamente desarmado, no tenía ninguna oportunidad para defenderse. Lo habían llevado ante ella como cualquier prisionero y si ese era el precio para verla, no le importaba ser el bufón del momento.

—¿Qué haces en mis tierras? —Inquirió ella con seriedad—. Pudieron haberte matado, ¿por qué te expones deliberadamente?

—Al menos lo hice a la luz del día, eso debería decir algo, ¿no crees? —sonrió encogiéndose de hombros.

—Me dice que eres un completo estúpido más que valiente —se acercó ella—. ¿Se te olvida que somos enemigos? ¿Por qué vienes a ofrecerte como res al matadero?

—Porque seguramente tengo algo que puedes desear —dijo en un tono lascivo.

—¿Qué podría querer yo de un gusano como tú? —sacó su sable y le apuntó al cuello.

—Pruébame —sonrió con algo de seducción al provocarla.

—Déjame a mí Emperatriz —le pidió Christoff queriendo sujetarlo del cuello y arrancarle la cabeza—. Deja que yo haga trozos a esta alimaña.

—Caramba, no sabía que era tan deseado pero por favor no me insulten

—sonrió otra vez con algo de satisfacción—. Ya que tanto me quieren al menos deberían escucharme primero, eso sería inteligente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Matt a Bram cuando lo miró espiando por una ventana.

—Veo que ninguno de los dos le hizo caso a la Emperatriz —le contestó al escucharlo sin dejar de mirar al exterior.

—¿Por qué quiso ella que no saliéramos? ¿Quién está allí? —lo sujetó del hombro y se asomó también.

—Conozco a ese tipo, por eso nos protege, es un servidor de Salamandra lo que no entiendo es cómo es que está aquí, esto me huele mal, no quiero creer que sea una trampa. Ese tipo no expondría su pellejo de esta manera sabiendo que no saldrá vivo, por algo vino y presiento que no está solo. No es tan tonto como para exponerse así, sin más, esto debe ser una treta, ¿por qué lo enviaría Salamandra?

Matt no dejaba de observarlo, vestía de negro.

—¿Y quién es? —insistió.

—Le dicen Barrabás.

El hombre estaba rodeado, ¿qué oportunidad tenía?

—Sé que les parecerá de lo más extraño y aunque no lo crean me tienen a su merced —insistió el prisionero.

—Eres una simple carnada. ¿Dónde están los demás? —le exigió ella.

—Sabes que aquí difícilmente se podría hacer algo contra ti, son tus dominios así que no, no soy ninguna carnada y vine solo, mi bergantín y mis hombres están anclados, tienen instrucciones.

—¿Instrucciones? —Inquirió ella—. ¿Van a sitiarme si no regresas?

—Vine a... —el hombre caviló un momento—. ¿Cómo es que se dice...? —Insistía en hacerse el tonto—. Ah sí... vine a solicitar una audiencia con la Emperatriz.

—Déjate ya de estupideces y habla de una vez —ella apretó la punta del sable amenazando con clavárselo.

—Tranquila Emperatriz —él tragó en seco—. Estoy totalmente desarmado y como dije a merced de ustedes, creo que podríamos hablar sin llegar a ser violentos.

—¿Y será que tus hombres no usarán la violencia para vengarte?

—Me parece que no nos estamos entendiendo señora, deja que te cuente,

escucha lo que tengo que decir y luego pues... haz conmigo lo que mejor te plazca.

—¿Y qué tienes tú que a mí pueda interesarme?

—La cabeza de tus enemigos —le contestó mirándola a los ojos.

—No juegues —se molestó más ella ensartándole todavía más la punta del sable—. No eres de los que vendría a decirme todo como si nada, eres un gusano que sirve a la maldita Salamandra, ¿me crees estúpida? ¿Crees que voy a caer en tu trampa? Creo que debería destazarte y enviarle a él tus trozos para que vea la respuesta que la Emperatriz le puede dar.

—Él no sabe que estoy aquí, ni él ni el Rabioso.

Cuando la Emperatriz escuchó a este segundo se enfureció más.

—Tu presencia está provocándome “Barrabás” —le enfatizó el nombre.

—Pero no es a mí a quien en realidad quieres —se defendió—. Y si me matas ahora poco les valdrá a ellos y nada te servirá a ti. Escúchame primero y decide después.

—¿Y es que vienes a traicionarlos?

—Decídelo tú —la retó.

La Emperatriz ordenó que lo metieran a la casa y también ordenó un absoluto silencio a quienes estaban presentes y habían escuchado todo. A los dos que estaban con Christoff los mandó a su barco para que un grupo de hombres regresara a la isla, que Goliat, Herodes y el Persa también vinieran y que dejaba al mando del barco al Africano junto con los demás. A todos les ordenaba mantenerse alerta.

Bram y Matt que sólo habían visto desde la ventana, no entendían nada.



En el mar el asunto no era diferente, Salamandra había movido su Galeón en dirección a Cuba, permanecer escondido quien quisiera huir de él no le valía, siempre se las arreglaba para saber del paradero de los demás y en este caso, ya le habían soplado la ubicación del Rabioso. Ancló su barco como siempre en puntos estratégicos, nadie mejor que él conocía esos dominios así que nada le era desconocido, ni en el Caribe ni en el Atlántico, nadie podía esconderse de él cuando él decidía cazar. Esperó con paciencia hasta que el bote que venía hacia ellos tocó el casco y sus tripulantes subieron. El Rabioso se hacía acompañar con tres más que eran los que bajaron a tierra en Dominica, tenía que llevar sus testigos para que dijeran lo que habían hecho. Salamandra apenas y lo miró y con desprecio le indicó que lo siguiera, lo cierto era que ya estaba harto, el Rabioso podía ser un buen pirata por lo que

se entendía la palabra pero por lo mismo, parecía que por momentos se le salía de control y era mejor que le pusiera un alto a las cosas de una vez antes de que le fuera tarde. Desde que el Rabioso se “independizó” teniendo su propio barco y tripulación, adquirió de cierta manera más poder, uno que parecía volverlo más insubordinado cada vez y era mejor que tomara medidas en cuanto a eso. El Rabioso por su parte aunque no lo quería reconocer tenía más miedo que coraje, Salamandra tenía una reputación tan sanguinaria, tan cruel, tan despiadada con cuanto enemigo le caía en las manos que por eso era temido. No conocía la clemencia, habían hombres que solo al verlo terminaban orinándose porque él era de los que no dejaba sobrevivientes cuando atacaba a los enemigos y los que eran testigos de su barbarie, afirmaban que era mejor quitarse la vida antes que dejar que él lo hiciera. Por eso sus tripulantes le temían demasiado y ellos mismos se habían encargado de correr la voz y hacer que se le temiera más, nadie, absolutamente nadie intentaba amotinarse y traicionarlo porque estaban seguros que aún matándolo, el tipo regresaría hasta del mismísimo infierno sólo para llevárselos a todos de la manera más horrible que se pudieran imaginar. Muerto sólo podía volver al agua hecho fantasma y aún imaginar su espectro les aterraba. Aunque como todo cobarde, Salamandra también tenía sus métodos de proceder cuando algo de verdad le fastidiaba sin él embarrarse las manos, haciendo trabajar a otros por él y de eso sus hombres eran testigos por eso mejor se mantenían en su lugar. Quien decidía ser parte de su tripulación sabían a qué atenerse, como igualmente sabían que dejar de servirle una vez siendo parte de él, significaba también el fin de sus vidas. El Rabioso pretendía mostrarse como siempre pero le era difícil ocultar el miedo, estaba allí dando la cara y era mejor que aprovechara cada minuto de respiro antes de que ya no pudiera hacerlo. El Rabioso y sus hombres se encerraron con la Salamandra.

—Habla —ordenó el anfitrión del barco en el que estaba.

—Hice lo que me ordenaste, dejamos el cargamento en Dominica, de lo que pasó después no sé nada —contestó intentando no titubear.

—¿Sabes las consecuencias de lo que pasó? —lo miró con seriedad.

—Sí —evitó tragar.

—Me parece que no.

—No fue mi culpa, ¿Cómo saber...?

—Sí fue tu culpa —lo sujetó del cuello y le habló con paciencia—. Te confié una misión delicada porque creí que ya tenías la suficiente experiencia y porque también creí que conocías a la gente adecuada para el trabajo, ¿en

quién carajos confiaste? Te creí confiable pero no eres más que un reverendo estúpido que parece tener la cabeza llena de mierda. ¿Tan fácil te dejas engañar por el primer pendejo que se te cruce? ¿A quién demonios le entregaste mis cajas? —el hombre apretó tanto el cuello que le marcó la piel con sus asquerosas uñas.

—Salamandra te juro que hicimos el trabajo —le contestó.

—Así es señor —le dijo uno de los que acompañaba al Rabioso—. Nosotros mismos estuvimos en el puerto, hicimos el trato con el contacto en Dominica y nos aseguramos de que las cajas fueran escondidas.

—¿Y entonces como es que desaparecieron?! —les gritó.

—Eso no lo sabemos.

—Eso es porque ustedes son unas cucarachas inútiles y buenos para nada. ¿Cómo se les ocurre dejar mis cajas en manos desconocidas y sin esperar el contacto que las iba a recoger?

—Salamandra... —el otro ya no soportaba su cuello.

—Creí que podías pensar, creí que no era necesario especificarte nada, te dije claramente para quien eran esas cajas, ¿no podían quedarse un par de tus ratas en Dominica y esperar al contacto que llegaría del Nuevo Puerto Palos? Ahora tenemos serios problemas aunque el gobernador se encuentre todavía viniendo de España.

—¿Y por qué si era algo tan delicado no lo hiciste tú mismo?

La Salamandra no esperaba esa respuesta y sin dudarlo le soltó el primer puñetazo, como usaba un grueso anillo de oro con la forma de una calavera y como el otro tuviera el lado izquierdo con la piel delgada por la cicatriz de una quemadura, la sangre de un extremo de la boca comenzó a correrle. El golpe le ardió toda la cara.

—¿Ahora te atreves a faltarme el respeto?! —le gritó furioso—. ¿Y qué más tengo que esperar de ti? ¿Qué también atraques barcos ingleses a mis espaldas y sin decirme nada?

Los que estaban con el Rabioso mejor ni se movieron, en ese asunto no respondían por nada, esa había sido sólo idea de él. La Salamandra no se andaba por las ramas y ese asunto jamás lo iba a dejar a un lado, no cuando ya las autoridades inglesas estaban averiguando todo.

—Eso fue cosa mía —dijo el Rabioso limpiándose la sangre, el que le rajara la boca no se lo esperaba.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo pedazo de animal?! ¿Cuándo tengamos detrás de nosotros a toda la maldita flota armada inglesa?! No puedes andar

atacando a todos los barcos que andan por ahí, sabes que tenemos un reglamento y alianzas entre nosotros, debemos actuar bajo acuerdos que nos beneficien, mismos que sólo respetamos entre nosotros. Todo lo planeamos, todos los piratas somos una hermandad aunque a veces terminemos matándonos entre nosotros, lo que dispongamos no aplica a los demás ¡pero sí a nosotros! ¡¿Cómo crees que hemos sobrevivido?!

—Ya lo sé, pero yo pensé que...

—No, ese es el problema, que tú no piensas nada. ¿Por qué lo hiciste? ¿Querías pasar a la historia como otro bárbaro más? Pues te felicito, puede que si lo haces y no dudes que si debo ser yo el que te haga historia lo haré.

—Fue sólo un robo nada más, creímos que el barco llevaba un buen botín pero resultó ser de comercio.

—¡¿Y por eso debían matarlos a todos?! ¡Haces la situación más insostenible!

—Es que se opusieron.

—¡Por supuesto que iban a oponerse animal! ¿Crees que te iban a invitar a jugar cartas? Espero que nadie te asocie conmigo, ruega porque nadie te asocie con ese atraco, más le vale a tus otras ratas mantener la boca cerrada porque si se van otra vez de la lengua...

—Eres capaz de matarnos —le terminó la frase.

La Salamandra gruñó e intentando respirar se calmó.

—Mandarte a carenar mi barco sería lo de menos y sabes a lo que me refiero —sentenció—. Mira Rabioso, ya me tienes harto, crees que tus hazañas van a hacer que me sienta orgulloso de ti pero no es así, te conozco. Desde que estabas en mi tripulación querías destacarte para ganarte mi confianza, fuiste de los más sanguinarios lo sé, sabías que lo que me beneficiaba a mí te beneficiaba a ti. No niegues que te di un lugar sobre todos, poniéndote al lado de mis mejores hombres pero creo que se te subieron los aires y más cuando permití que te quedarás con tu Calígula, pero tienes historia y cola que te pisen. Sabes bien que quise colgarte yo mismo cuando masacraste a esa gente en La Española y más, cuando me metiste en un lío peor al incitarme a acusar como hechor de eso a Walker, fuiste tan pendejo que jamás se te ocurrió pensar que alguien podía sobrevivir y acusarte dando todos los detalles de lo que hicieron esa noche. Nos acusaron por difamación y como autores del crimen, lo que queríamos para ese perro lo conseguimos nosotros. Comenzaron a cazarnos de verdad, debí arrancarte la cabeza en ese momento, luego decides sorprenderlo ya con tu barco y atacarlo para según tú hacerme

un favor, ¿y qué conseguiste? Que su pupila, nada más y nada menos que la misma niña que atacaste en La Española y que por desgracia dejaste viva, se vengara de ti haciéndote lo mismo que le hiciste a su preciosa cara, nada más que a ti te dejó peor, eres casi un esperpento. Todo Rabioso, todo lo que decides hacer solo y por tu cuenta ha tenido catastróficas consecuencias y no sé por qué demonios esta vez creí que podía ser diferente.

Se apartó de él y le permitió incorporarse.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó el Rabioso tragándose la cólera que sentía por recordarle su miserable vida.

—Primero; ruega porque ese asunto del barco inglés no pase a más, si llegan a cazar a otros piratas y a acusarlos de haber hecho eso, ellos no van a callarse y comenzarán a acusar a otros incluyéndote a ti, lo que va a ocasionar que nuestras alianzas y pactos se rompan y en consecuencia llegará nuestra propia destrucción, algo que beneficiaría mucho a los gobernadores. Así que ruega porque de verdad en esta ocasión no haya quedado nadie vivo porque si no... esta vez o te ahorcan ellos o lo hago yo y segundo; si en los próximos dos días tengo malas noticias de parte del gobernador del Nuevo Puerto Palos y da por terminado nuestro trato...

—Si quieres voy ahora mismo a dar la cara por lo que pasó —le dijo parándose derecho, una solución debía haber.

—¿A dónde? ¿Vas a ir a su encuentro y hacerle un camino de flores? —le preguntó con sarcasmo—. Media cara darías, recuerda que somos delincuentes Rabioso y en sus barcos ondea con orgullo la bandera de España, aún no podemos pasearnos por esos lares como si nada. El Nuevo Puerto Palos es un lugar clave, es la llave que me abrirá sin restricciones los dominios del Caribe y todas las islas de Barlovento y Sotavento, no por nada los ingleses y franceses han peleado su jurisdicción y mientras siga siendo parte de la corona de España debo conseguir el beneficio. No sé cómo le vas a hacer pero vas a reponer esa carga.

—¿Qué? No puedo.

—¡Esas tierras deben ser mías! —Casi le escupió la cara—. Creo que llevas un buen rato ya en este oficio y también creo que el botín que has amasado debe servir de algo.

—Yo no tengo tanto oro.

—Pues algo vas a hacer porque me pagas, aunque te lo saques de las muelas o lo cagues por la letrina harás algo porque el gobernador espera recoger esa carga, ese era el trato.

—No me hagas esto Salamandra, ¿de dónde voy a parir tanto oro?

—Agradécelo a tu media cabeza y que te sirva de lección. El trato con el gobernador debe cerrarse o comienza a preocuparte por tu miserable vida.

El hombre tragó, la furia que tenía ya no la soportaba, conocía bien el monto que llevaban esas cajas y era algo desmesurado, era imposible para él porque significaba entregar —como lo dijo el otro— lo que llevaba amontonando en su vida y sabía que si ese problema se agravaba en dos días y no estaba solucionado como se lo dijo Barrabás, la Salamandra buscaría la manera de deshacerse de él de una buena vez. Eso comenzó a preocuparle. La Salamandra le ordenó irse y que se diera por bien servido por salir vivo del Galeón. Cuando los otros dos salieron y él se disponía a hacerlo, la Salamandra lo detuvo.

—Quiero el treinta por ciento de lo que robaste a los ingleses.

—¿Qué?

—Ya me oíste. Sabes bien que ese es el trato, ¿o es que te lo pensabas quedar todo? ¿No ibas a decirme nada? —lo miró con sentencia.

El Rabioso lo miró serio, era mejor que pensara y que cediera algo, como le dijo al menos estaba saliendo del barco y por todo eso debía aguantarse. No dijo nada más y salió.

—¡Y no intentes esconderte! —Le advirtió la Salamandra—. Porque hasta al mismo averno iré a buscarte.

18. Alianza



A Barrabás lo llevaron directo a un sótano que tenía un par de prisiones y ni aún ahí le quitaron los grilletes.

—Me pregunto qué piensa tu amo —le dijo la Emperatriz cuando lo encerraron.

—Pues no debe de pensar nada porque no sabe que estoy aquí —le contestó con tranquilidad.

—Eso que te lo crean tus pelotas.

El hombre soltó una carcajada al escucharla que resonó en eco por todo el lugar, buscó sentarse en un maltrecho banco.

—No sé qué hacer para que me creas Emperatriz —insistió—. Él no sabe nada así que ni te molestes en hacérselo saber, no hará nada por mí y le importará una mierda lo que me pase.

—Al menos lo conoces bien.

—Tan bien, que creo que lo único que le preocupe es saberme en tus manos.

—¿Y qué quieres que le diga? ¿Qué te invité a cenar y que aceptaste de buena gana?

—No estaría mal lo de la comida ya que la mencionas pero es algo que jamás creerá, es mejor que digas que me sitiaste, atacaste y me capturaste. — La mujer elevó una ceja colmándose ya de bromas al escucharlo—. Es más creíble, te sirvo más vivo, piénsalo —insistió.

—Yo no me creo ese cuento de que estás aquí por tu propia voluntad, algo traman y esconden, ambos, así que si eres una carnada no entiendo qué esperas al caer en mis manos.

—¿Has probado el sabor de la sangre? Es extraño pero una vez que la pruebas te gusta, puede atraerte y hacer que se vuelva una adicción.

La Emperatriz se desconcertó al escuchar eso.

—En ese caso no te importará beberte la tuya propia, ¿tienes sed?

—Sí gracias, tengo mucha sed, un tarro de cerveza me gustaría.

—¡Ya basta! —se acercó a la reja para zarandearla.

—Voy a arrancarle la cabeza y a ir a pasearla por toda Tortuga —dijo Christoff ya furioso también—. Te aseguro que antes del anochecer la Salamandra sabrá lo que pasó y que la Emperatriz le manda sus saludos.

—Oye tu gigante es fiero, me gusta su estilo —dijo Barrabás—. Pero ¿sabes qué? Antes de que me hagas eso te agradeceré que primero se lo hagas al Rabioso, tenemos una apuesta que no pienso perder, yo debo verlo muerto antes así que si quieres dame ese gusto al menos.

—¿Y por qué no lo has hecho tú? —le rugió ella apretando el pomo de su sable.

—Porque no he encontrado la ocasión pero ganas no me faltan.

—No te creo.

—Cuando le quemaste la cara fue algo que te agradecí —sonrió con maldad—. Me dio gusto verlo retorciéndose como sanguijuela y gritar como señorita.

—Lo imagino.

—Sí, pero lo que no te imaginas es que ese día te salvé el pellejo.

—¿Cómo?

—Tal vez no me recuerdes, pero yo estaba justo en tu camino cuando pretendías huir, pude capturarte o matarte allí mismo pero es que me dio tanta satisfacción lo que hiciste y por eso te dejé ir.

La Emperatriz parpadeó varias veces y trató de recordar, lo cierto es que en ese momento todo pasó muy rápido y entre tantos hombres que habían, le era difícil recordarlo directamente pero si hubo uno vestido de negro que la miró sin siquiera acercarse a hacerle algo, de seguro fue él viendo su apariencia.

Barrabás se tomó un rato para observarla de pies a cabeza, de verdad era una mujer hermosa que a pesar de la cicatriz, excitaba. La forma de su cuerpo hizo que se mordiera el labio.

—¿Qué tanto ves? —Christoff le preguntó con ganas de acabarlo ya mismo. Barrabás lo miró también.

—Nunca pensé estar tan cerca de la Emperatriz y que me diera el placer de observarla —contestó—. Sólo la había visto de lejos pero de verdad que de cerca... el asunto es otro.

Christoff furioso quiso abrir la prisión para molerlo a golpes pero ella lo detuvo.

—No —le ordenó—. Eso es lo que busca, provocarnos.

—Yo sólo repito lo que veo como los loros —sonrió.

—Pues obsérvame bien porque será lo último que verás —le sentenció ella.

—Siendo así me iría feliz —insistió de lo más fresco.

Christoff bramó haciendo eco en el lugar pero ella volvió a detenerlo.

—Deja que me caiga encima Emperatriz, estoy en desventaja —insistió Barrabás—. A golpes puede dejarme más muerto que vivo, si es tan cobarde como para hacerlo con alguien que no puede defenderse que lo haga.

—¡Suéltelo! —ordenó Christoff a los guardias cayendo en la provocación mientras se tronaba los dedos.

—¡No! —refutó ella.

—Es para hacerlo más creíble —asintió Barrabás—. Si me golpean entonces Salamandra si creerá que me capturaron y torturaron para hacerme hablar, es buena idea, ¿no?

—¿Y cómo tus hombres van a explicar eso? ¿Cómo es que van a explicar que los atacé a traición? Dime dónde están para ir a buscarlos, se pelean unos cuantos y otros tantos se mueren, me apropio de tu barco y los demás me suplican piedad, eso sería más creíble para tu amo, ¿no lo crees?

Barrabás tensó los labios, la mujer era más inteligente y le había salido a la delantera.

—Sigues siendo un estúpido —insistió ella—. Si alguien te vio va a decir que andabas merodeando por mi propiedad y que por eso te atraparon. ¿Qué le vas a decir a tu amo cuando lo sepa?

Barrabás reconoció que el asunto no le había salido bien.

—¿Ves cómo tengo razón? —Sonrió la mujer—. Así que ya que insistes en esa idea nos iremos a mi barco, serás de verdad mi prisionero y esperaré con paciencia que tus ratas vengán a buscarte o que le vayan con la noticia a Salamandra, quiero tenerlos a todos y mandarlos a las profundidades de una vez. ¡Vámonos! —ordenó.

—De eso se trata, de darte lo que quieres —la detuvo Barrabás.

En ese momento Bram y Matt llegaban al sótano pero se quedaron a un lado de la puerta que llevaba a las prisiones, era mejor escuchar desde allí.

—¿Y tú qué sabes de lo que quiero? —inquirió ella ya perdiendo la paciencia.

—Todo, sé que deseas tener al Rabioso y a la Salamandra para acabar con ellos personalmente, al primero por lo que te hizo y al segundo por lo que le hizo a Walker.

La Emperatriz tragó, si había algo que la provocaba más que nada era que le tocaran el recuerdo de su capitán y más, siendo uno muy malo.

—¿Y por qué he de creer en lo que me digas? —le cuestionó con una mirada fulminante.

—Tú misma sabrás si te miento o digo la verdad —la retó.

—Habla claro Barrabás, si viniste como estúpido a ponerte en mis manos por algo lo hiciste. ¿Qué espera Salamandra? ¿Qué esperas tú?

—Salamandra no espera nada, tú no eres su preocupación por ahora sólo una espina más en su pie, ¿y qué espero yo? Que podamos llegar a un trato que me permita vivir y no lo digo tanto por ti sino por él mismo. Si se da cuenta que lo traiciono no va a descansar hasta dar conmigo y hacerme picadillo, luego de hacerme pasar por sus más sádicas torturas y la verdad no quiero eso. Prefiero que tu gigante me muela a puños y palos antes que caer en las garras de Salamandra.

Todos los que escucharon se desconcertaron, la Emperatriz le quitó a su guardia las llaves del grillete y quedándose sólo con Christoff les ordenó salir y estar alerta por si aparecían todos los demás compinches de Barrabás. Bram y Matt se escondieron del lado opuesto de la puerta para que al salir los hombres, no los miraran.

La Emperatriz se ciñó las llaves a la cintura y caminando con lentitud de un lado a otro, no dejaba de ver al hombre tras las rejas. Notó que le faltaba una oreja y lo asoció a las “torturas” de las que hablaba.

—Dudo mucho que lo traiciones —le dijo por fin.

—Hasta hace unos días no lo hubiera ni siquiera pensado —le contestó.

—¿Y por qué ahora sí?

Barrabás volvió a sonreír y quitándose del banco se agachó en el suelo. A la vista de los dos con paciencia y haciendo unas cuantas maniobras, sin ningún problema se pasó las manos atadas de atrás hacia adelante, se sintió mejor. La mujer y Christoff lo miraron con asombro por ser tan flexible, luego él se puso de pie y caminó hacia la reja para apoyarse en ellas.

—Te diré lo que quieras Emperatriz pero a cambio de un trato —le dijo con tranquilidad.

—¿Tu vida?

—Mi vida, la de mis hombres y los beneficios que esto me puede dejar.

—¿Cómo qué?

—Los barcos y sus botines.

—El Calígula no me importa pero el Galeón se va al fondo del mar, esa es

mi meta y no es negociable.

Barrabás entendía las causas y aunque le gustara el navío debía resignarse.

—Te pondré todo a tus pies Emperatriz pero quiero que te cerciores de que al menos, Salamandra se muera.

La mujer lo miró con atención cuando dijo eso, parecía que ya estaban hablando el mismo idioma.

—Ambos —sentenció ella—. La Salamandra y el Rabioso morirán, de eso yo me encargo.

—Pero necesitarás mi ayuda.

—Tú no sales de aquí —le dijo Christoff.

—Entonces será más difícil —replicó Barrabás—. Dejaré que me golpees porque es parte del plan pero si quieres a ese par de lacras vas a necesitarme.

—¿Plan? ¿Qué plan? —inquirió ella.

—Mi plan —sonrió él sintiéndose triunfante.

—¿Y qué más gano yo? Siento que lo que deseas es utilizarme.

—Bueno creo que los barcos que queremos tienen en sus galeras algo que nos beneficiaría mucho, podemos repartirnos el botín.

—Eso para ti no es nada, tú sabes al menos en donde la Salamandra entierra o esconde su oro, irás tras eso después, ¿no es así?

—Te diré que no sé mucho de sus escondites porque es muy quisquilloso con eso pero si tengo una idea. Además merezco ya una buena retribución por los años que le he dado y que no voy a recuperar, en algo debo beneficiarme, ¿no te parece justo?

La Emperatriz y Christoff se miraron sin saber qué decidir.

—¿Y una vez terminado todo qué? —insistió ella.

—Quedamos como amigos.

Esta vez fue ella la que se carcajeó, algo que desconcertó a Barrabás.

—Creo que estás algo desubicado —le dijo la mujer.

—¿No es ese acaso un final feliz? —Sonrió él otra vez—. Hacemos un trato, te entrego a quienes quieres, los matas y te vengas por fin. Saqueamos todo, unos viven otros se mueren, tú obtienes tu triunfo, yo otro barco, mi retribución y...

—¿Y qué?

—Te ganarías otro aliado para futuras aventuras —concluyó.

—Que bonito cuento, es tan simple escucharlo, suena tan fácil como poco creíble.

—Ponme a prueba Emperatriz.

—Así como quieres traicionar a Salamandra luego lo harás conmigo. ¿Qué va a impedírtelo? Nada.

Barrabás la miró con atención, observándola estaba decidido a seguir con su plan, traicionar al otro le era fácil aunque se arriesgara a que lo despellejaran vivo pero traicionarla a ella... sentía que no podía. Dolería que el mundo de la piratería en el Caribe se privara de la presencia de una mujer como ella, que al menos recreaba la vista elevando la lujuria de los hombres.

—Te juro mi lealtad Emperatriz —le dijo con seriedad—. Sé que tienes una flota y centenares de hombres a tu servicio que aparecen con sólo les chasquees los dedos, no por nada te has ganado ese lugar, tú ordenas y ellos te respetan y obedecen. Ser enemigo tuyo es también morir pero ahora que te veo de cerca... —volvió a mirarla de arriba a abajo—. Entiendo la causa que los motiva.

—No te atrevas a desearla —le sentenció Christoff—. Ella es sólo mía.

Barrabás evitó rodar los ojos.

—Estoy en jaque Emperatriz —volvió a hablar con ella ignorando al rubio—. Si no me matas tú lo hará Salamandra pero una sentencia ya tengo, ¿para qué huir? Donde sea tú y él me podrán encontrar, pero como te dije prefiero que seas tú y no él.

—Deberé ser peor para que me temas más entonces.

—No se trata de temor, sino de respeto. Con respeto te ganas hombres leales, con temor sólo cobardes.

—¿Y cuál eres tú?

—Decídelo tú.

Los dos se miraron, era momento de hablar de una vez.

La noche cayó sin que se dieran cuenta, Bram y Matt estaban cenando en la cocina junto con otros, Zafira estaba muy nerviosa, tanto, que sin querer se quemó el antebrazo cuando atizaba más el fogón. Al quejido Bram se levantó seguido por Matt y la auxiliaron.

—Zafira por favor cálmate —le dijo el médico al verle la llaga que ya se le hacía notar.

—Ay mis nervios —sollozó más por lo que sentía en su corazón que por lo que le dolía la piel.

Bram le sujetó el brazo y le pidió aguantarse otro poco, la manera de evitar que se le hiciera una llaga más grande era simplemente ponerle la

quemadura cerca del fuego a modo de que el mismo calor hiciera la suya. Era doloroso y la mujer no podía evitar quejarse ante el ardor que sentía, le tostaba más la piel pero era la mejor solución. Un poco más de dolor gracias al mismo calor para que en menos de una hora ya no sintiera tanto malestar, si no se hacía así ese ardor le iba a durar días. Luego ordenó a las otras sirvientas le trajeran agua fresca, un paño limpio y algún ungüento, la sentaron en una silla para calmarla. Lo cierto era que todos estaban nerviosos, el Barrabás les había puesto de cabeza la existencia y aunque no todos sabían en realidad lo que había hablado con la Emperatriz, Bram y Matt sí por haber escuchado todo detrás de la puerta. Zafira sentía que su paz se había ido desde que supo la decisión de la Emperatriz, no era ajena en que en eso se la había llevado los últimos años pero por alguna razón sentía una punzada en su corazón que no la engañaba y podía ser lo último que su niña hiciera. Sus lágrimas caían llamando más las desgracias por más que intentara controlarse, la curación que Bram le hacía no le dolía tanto como lo que su corazón le alertaba, ¿pero cómo hacer desistir a esa testaruda? Era imposible si de eso pedía su limosna, había esperado por mucho para tener por fin a ese par que tanto daño le hizo y ahora que tenía la oportunidad, ni loca iba a desaprovecharla. ¿Pero cómo podía atreverse a confiar en ese delincuente sólo porque le vino a poner todo fácil?

—Ya está —dijo Bram terminando con el ungüento después de limpiarle la zona—. Esto te ayudará y por favor mantente tranquila y no hagas ningún esfuerzo pesado.

—Yo sólo quiero que me prometan que la van a cuidar —les hizo ver—. Y esto va para todos —se puso de pie para que todos lo que comían en su cocina la miraran, ella volvió a limpiarse una lágrima—. Todos ustedes saben lo que la Emperatriz ha buscado y ahora que lo tiene nada va a detenerla, su deber es cuidarla, protegerla y hacer que regrese a su barco y a su casa. Ella busca una venganza, una que cree va a saciarla al cumplir su juramento, es deber de ustedes hacer que ella celebre su victoria, sólo así ella creará vivir en paz. Permitan que viva —su voz se quebró—. Les ruego la protejan, este es el doloroso ruego de una madre.

Los hombres compungidos hicieron silencio con actitud cabizbaja, ellos no sabían nada en realidad sólo que debían prepararse para una batalla en la que estaban seguros sólo unos cuantos sobrevivirían. Su deber era pelear por y junto a su ama y eso era lo que harían.

—Bram, Erik —la voz de Christoff que llegaba a la cocina los llamó, les

hizo un gesto con la cabeza de que lo siguieran y éstos, obedecieron.

La Emperatriz los esperaba en su despacho, ya Herodes, Goliat y el Persa estaban con ella, sólo faltaban ellos.

—¿De verdad se arriesga a creer en ese tipo? —le cuestionó Goliat.

—Me dijo mucho, ya no tengo opción —le contestó apoyada en su escritorio.

—Pero lo que dice Goliat es cierto, se arriesga —le dijo el Persa.

—Si es la única manera de tener en mis manos a esas ratas no daré marcha atrás, ustedes saben bien que juré mandarlos al otro mundo, nadie va a privarme de eso, es algo que yo deseo hacer.

—Emperatriz piénsalo bien —le dijo Christoff entrando y escuchándola—. Yo no estoy de acuerdo con la locura que piensas hacer.

—Es algo que ya había pensado Christoff y Barrabás sólo vino a avivarme la idea.

—No quiero.

—Lo siento.

—¿Qué pasa? —Bram se hizo el que no sabía nada y Matt debía hacer lo mismo.

—Barrabás está en Tortuga —le contestó la Emperatriz—. De hecho está en mis calabozos pero ya se irá.

—¿Cómo?

—Tiene un plan que vino a avivar el mío, me está poniendo a Salamandra y al Rabioso en bandeja y es mi momento para no desaprovechar la oportunidad.

—¿Y qué tan confiable es? —Insistió Bram—. ¿Por qué se ha atrevido a traicionar a Salamandra? ¿Por qué le crees?

—Pone su vida en mis manos y si me traiciona a mí puedo cazarlo y hacerlo trozos, se ha atrevido a traicionar a su amo porque éste tampoco confía en sus hombres y le creo porque me dijo muchas cosas de las que no soy ajena y él las confirmó. Barrabás ha soltado la lengua y se arriesga conmigo, Salamandra jamás le hubiera permitido que hablara de más, no cuando hay intereses muy delicados de por medio, primero lo mata. Barrabás me ha puesto a Salamandra en mis manos y ahora puedo destruirlo.

—¿Y cómo? —insistió Bram.

—Con su propio oro —sonrió.

Todos los hombres se miraron y al menos para Christoff y Bram parecía que el misterio de la carga de Dominica ya estaba resuelto.

—¿Y qué pasará? —preguntó Herodes.

—Por ahora este es el plan... —comenzó ella a decir.

19. La fuerza del odio



Christoff estaba que echaba rayos y truenos, la propiedad entera se estaba sacudiendo y los demás sólo constataban ver al cavernícola que furioso no dejaba de moverse de un lado a otro. La Emperatriz se sometía a un plan muy arriesgado y él no encontraba la manera de parar todo eso. Nadie estaba de acuerdo con esa locura, todos lo apoyaban a él pero como la ama, dueña y señora era ella no tenían más remedio que obedecer y seguir a cabalidad todas las indicaciones.

—No puedo permitirlo, no puedo permitirlo —se repetía sin control.

—Pues ya está decidido, ni modo —le dijo Goliat.

—Ella no puede hacer eso, ¡está loca! —rugía furioso.

—Pues si le dices loca a quien agarre a trompadas va a ser a ti —le señaló Herodes.

—Si así logro detenerla lo haré, prefiero mandarle este plan al demonio pero de aquí no sale.

—¿Y cómo la piensas detener? —sonrió el Persa.

—No podrás Christoff —le dijo Bram algo triste—. Sabes bien lo terca que es y teniendo esta oportunidad menos que la va a desaprovechar y si te atreves a mandarle todo por la borda jamás te lo perdonará.

—Preferiría eso, no permitiré que lo haga.

—Te arriesgas a perderla definitivamente —insistió Bram.

—Correré el riesgo, prefiero que me odie y me aleje de ella, prefiero que me desprecie y me abandone donde quiera pero saberla viva. No sé si podré soportar estar lejos de ella pero al menos sabiéndola viva será un alivio.

Todos los hombres se miraron, de verdad que el vikingo estaba hasta los tuétanos por ella, lo compadecieron. Matt sin embargo confirmaba aún más el amor del rubio por su Emperatriz.

—Tarde o temprano llegaría este momento, ¿nunca lo imaginaste? —Le hizo ver Bram—. Nada anhela más esa mujer que tener frente a ella a esos dos, no creo que falle pero tampoco hay que confiarse, debemos estar alertas.

—Ya los botes están listos —indicó Herodes—. Estaremos allí para cuando empiece la fiesta.

—Será una carnicería —murmuró Christoff asustándose, pensar en perder a su Emperatriz era como para volverse loco. Era ella la que se estaba metiendo en la boca del lobo. ¿Qué no se daba cuenta de eso?

—Yo estaré junto a ella —le dijo Matt—. Sé que no confías en mí por no ser como ustedes pero sé pelear.

—No dudo que pelees, el problema es que no matas ni una mosca —le respondió el rubio sin mirarlo.

—Por ella... te juro que yo...

—¡No vas a traicionar a tus principios! —le gritó ofuscado—. El día que mates al primero ese mismo día te condenas porque no pararás y seguirán otros y sé que lo estás evitando. ¿Mataste a alguien en tu barco cuando fue atacado?

—No.

—No, ese “no” a mí no me tranquiliza para nada, tú no eres el indicado para acompañarla, no sé por qué ella lo pidió.

—Por ser desconocido —le contestó Bram—. A ustedes los conocen pero a él no, puede hacerse pasar por quien sea.

En ese momento escucharon llegar un carruaje y vieron a dos de las sirvientas que iban a abrir la puerta principal, Christoff gruñó otra vez y agarró a patadas a una pobre silla que no tenía la culpa de nada. La mujer que entraba llevaba a otra y con ellas, unos pequeños bolsos. El perfume de las mismas se quedó en ese vestíbulo y los hombres evitaron atontarse por el aroma. Las sirvientas les indicaron el camino y las llevaron arriba. Al rubio no lo controlaba nada.

La Emperatriz acababa de darse un baño y estando sentada frente a su tocador se miraba, se acarició la cicatriz y por primera vez sentía más fuerzas, estaba cerca de tener otra vez al causante de esa herida y eso le daba mucha satisfacción. Habían pasado diez años desde ese ataque y aunque la crema de cacao que Zafira le hacía le ayudó con la cicatrización, la marca seguía allí y sin desaparecer, la herida había sanado pero la cicatriz le recordaba lo que pasó y era algo que jamás iba a olvidar. Cuando tuvo la oportunidad de tener a esa lacra frente a ella no dudó en vengarse y en dejarle ir sobre la cara, una lámpara con aceite que se prendió de inmediato quemándole la piel, fue así como le desfiguró la cara haciéndole perder también el ojo izquierdo. Charles

le advirtió que ahora se había ganado un acérrimo enemigo que no descansaría hasta acabarla para vengarse también por lo que le había hecho, no era que estaban a mano, era que ahora comenzaba de verdad la búsqueda por la venganza y la supervivencia del más fuerte. Pues ese era el momento, era ahora o nunca la oportunidad de probar quien era el más fuerte. Barrabás había hablado todo, el soltar la lengua por su propio gusto fue algo que ella jamás se imaginó y sabía que traicionarla a ella, era tener los minutos contados. Se dio cuenta que de verdad la Salamandra no sabía de sus planes, jamás hubiera permitido que le contara lo de Dominica ni de su trato con el gobernador del Nuevo Puerto Palos, eso era muy confidencial y obvio Barrabás, estaba ardido por desconocer eso y de ahí el que decidiera traicionarlo. Eso la sorprendió mucho, por fin conocía el objetivo de esas cajas pero ella haciéndose la tonta fingió ignorancia y la que no sabía nada. El hombre tampoco no era tonto del todo y se había guardado unas cosas bajo la manga, como el saber de las cajas que el Rabioso tenía por asaltar el barco inglés, él no se lo dijo a Salamandra pero era obvio que este otro iba a deducir que botín había y como era lógico, iba a exigir su parte. La Emperatriz por fin conoció del episodio porque era Barrabás, quien estaba en la taberna donde las dos ratas del Rabioso habían llegado a contar todo pero aclarándole que él nada tenía que ver con la muerte de esos dos. Igual lo que ella quería ya lo tenía y era la ubicación de ese par y como anillo al dedo les llegaba la oportunidad que no podían dejar pasar; el Rabioso estaba ya en las costas de Tortuga y antes de emprender otro viaje, sus hombres le habían solicitado algo de diversión. Unos estaban en la isla, otros en el barco pero lo mejor de todo era que habían solicitado a un grupo de rameras para que fueran a complacerlos al barco y eso ella no iba a dejar pasarlo. Iba a disfrazarse como una y usando una máscara, iba a adentrarse a esa cueva para acabar de una vez por todas con uno de sus objetivos. Tocaron la puerta y las mujeres entraron.

—Señora, ya están aquí —le dijo la sirvienta cuando entró.

La Emperatriz asintió, la mujer que esperaba sería de gran ayuda, era unos años mayor que ella pero se conservaba muy bien para la vida que había llevado. Era alta y estilizada, de piel blanca, pelo café oscuro y de facciones finas.

—Bienvenida Venus —la saludó ella—. Gracias por venir.

—Un placer mi estimada Emperatriz, yo te agradezco la confianza, lo que sea que sirva en tus propósitos sabes que cuentas conmigo.

La mujer sonrió y todas se prepararon para hacer lo suyo.

En el salón privado donde estaban los hombres todos preferían esperar con paciencia menos Christoff, aún no sabía qué hacer para detenerla y eso lo tenía frustrado y muy mal, los demás sólo se limitaban a verlo e igual, estarle oyendo murmuraciones maldiciendo todo, los estaba colmando. Matt tampoco estaba bien, estaba sentado en un sillón de una esquina estando Bram cerca de él porque el pelirrojo también estaba algo mal. Por haber estado espiando escucharon todo y Matt pudo saber más cuando Barrabás contó lo del barco, él había presenciado lo que los soplones dijeron en su borrachera y eso lo tenía bastante triste. Bram había estado alentándolo desde entonces pero él tampoco hallaba paz.

—Bram —murmuró con voz baja.

—¿Dime? —el otro se sentó cerca de él.

—La Emperatriz me contó sobre su vida —casi susurró para que los demás no escucharan y menos Christoff.

—¿De verdad?

—Así es —asintió—. Me dijo que se llama Isabel, que el capitán Walker le decía Elizabeth y que fue él quien la rescató esa terrible noche en su ciudad.

Bram suspiró, habían pasado diez años ya y todo le parecía como si hubiese sido el día anterior.

—Era una muchachita fina —confesó—. Una niña aterrorizada por lo que había presenciado y como ya ves, también herida. Ese desgraciado por poco y le une el ojo con la boca de la cuchillada que le metió, la atacó con saña y sólo porque ella se oponía a ser violada.

Matt tragó, no sabía qué era lo que sentía pero apretando los puños tensó los labios, de imaginarse la escena estaba seguro de haber matado al miserable allí mismo. Sentimientos de odio comenzaban a invadirlo y sabía que eso no estaba bien. No sabía cómo luchar contra lo que sentía.

—Entiendo el odio de ella hacia ese animal, merece que tome la justicia por su propia cuenta pero, ¿y ese otro que llaman Salamandra?

—Ya supiste el destino de nuestro querido capitán, el mismo Barrabás lo recordó. Ella juró vengarlo, la Salamandra debe también pagar.

—¿Y por qué ese odio entre los hombres? Creo que la rivalidad entre piratas y corsarios iba más allá, eso era muy personal y de allí las consecuencias, por eso ella lo odia tanto también, ¿no es así?

Bram suspiró y comenzó a narrar.

—Cuando ella fue rescatada del ataque al Fuerte, los piratas que huyeron porque habían peleado contra los hombres del capitán Walker le soplaron a la Salamandra lo que había pasado, la culpa la tenía el Rabioso que formaba parte de su tripulación y fue quien ordenó el ataque. Pero para ellos hacer negocios sucios era lo de menos y quedar limpios fue fácil y en vez de tomar ese suceso como un problema más, lo vieron como una excelente oportunidad que supieron aprovechar.

»La noticia del ataque al Fuerte se expandió y explotó como la pólvora y como sólo sabían que los delincuentes eran piratas ingleses, la corona de España decretó sin piedad una cacería contra los mismos sin importar la jurisdicción en la que buscaban ampararse. La corona inglesa sintió que era una afrenta hacia ellos y la mejor excusa de España para seguir en pleito y aunque para ellos, la piratería de delincuentes ingleses no gozaba de ninguna clase de protección y eran completamente excluidos por la corona inglesa, el simple hecho ponía en mal a Inglaterra algo que Salamandra aprovechó. Compró a una autoridad española en Santo Domingo y le dio el nombre de quien había atacado la ciudad esa noche, desde entonces la persecución contra Charles Walker dio inicio siendo el corsario español Amaro Pargo quien por orden del rey le siguiera para apresarlos y para que rindiera cuentas por los cargos que ya le pesaban y fuera juzgado por los mismos, pero como el capitán Walker no era un tipo cualquiera el rey Jorge hizo valer la protección que se otorgaba al hombre cuando él presentó la prueba viviente de lo que en realidad había pasado. Ante el rey inglés tuvo que exponer a su Elizabeth y ella, con toda su rabia acumulada ante una corte del parlamento inglés narró su historia y de cómo ese Fuerte había sido atacado por salvajes que ella misma describió bien. Mostró lo que uno le hizo en la cara y que de no haber sido por su capitán Walker a ella la hubieran matado después de violarla como pasó con las demás. Isabel dio descripciones claras y precisas de todo lo que vio esa noche y ante un documento redactado, fue enviado al rey de España dándole el nombre y las señas de los verdaderos delincuentes para que fuera a ellos a quienes se cazaran. Ellos eran piratas comunes que no tenían ningún tipo de protección por parte de la corona inglesa así que cualquier ente internacional podía proceder contra ellos.

»Don Felipe creyéndose el centro y juguete de una patraña solicitó la presencia de la joven para conocerla porque bien podía ser una impostora comprada y si la joven decía ser quien era, no iba a tener problemas en contestar ciertas preguntas con respecto a la familia Heredia. Exponiéndose

aún más y acompañados por algunos militares ingleses, Charles e Isabel se presentaron ante el rey de España con la cabeza erguida y sin nada que temer, algo que al soberano le asombró, bien haya sido por el valor o por la insensatez porque estando en sus terrenos él podía hacer lo que le viniera en gana. Fueron sometidos a los respectivos interrogatorios, algo que el mismo rey presencié con mucho interés y atención porque hasta se enteraba de cosas que no sabía y eso lo enfureció más. La Salamandra nunca se imaginó que sus planes se le fueran al garete y fracasara de esa forma porque actuó de manera precipitada sin saber algo muy importante que ni el mismo Rabioso se imaginó; una joven había sobrevivido en el ataque y ahora los delataba y cuando el asunto se dio a conocer, el Rabioso supo de quien se trataba; era la misma chica con la que quería saciarse y la misma a quien le rajó la cara. Imagino que ese día por poco Salamandra lo hace picadillo él mismo. Charles le dio a los españoles los antecedentes de Salamandra, el nombre del barco y también les contó sobre el cargamento que esa vez llevaban producto de un saqueo a un barco de su flota que él no pudo recuperar, lo seguía por orden del rey inglés porque también sabían saqueado otro barco que iba hacia Inglaterra sin imaginar la clase de botín que cargaban hasta que lo supo después, eso enfureció más a Don Felipe. Charles le dijo que él como corsario tenía la orden de cazarlo y fue así como en esa persecución terminaron llegando a La Española y ellos, a ver después lo que habían hecho.

»Isabel fue sometida a un exhaustivo interrogatorio ya que como española era más fácil, respondió a todo lo que le preguntaron sobre esa noche así como también los datos de su familia. Tenía que ser precisa para que pudieran creerle, los nombres completos de sus padres, de sus hermanos si tenía, en donde había nacido y desde cuando estaba en La Española, el grado y anécdotas de su padre como militar, sus amigos autoridades de la época y hasta de quien supuestamente era descendiente. A todo eso ella contestó y siendo el rey testigo, a nadie le quedó duda de que se trataba de la misma señorita Heredia que aunque no figuraba en la lista de difuntos que se redactó después, sí había desaparecido esa misma noche. Al rey no le quedó más que dar por concluido ese asunto y dejar en libertad al corsario inglés, total, reconoció su valor y buen corazón al rescatar y hacerse cargo de una joven española, además de obtener información de vital importancia contra esos delincuentes que se habían empeinado con atacar sus naves. Todo sucedió seis meses después de la masacre y aunque se le debía otorgar de nuevo a la señorita Heredia lo que quedaba de las posesiones familiares “que ya habían

sido puestas a la orden del gobierno español” ella decidió no aceptar y hacer morir ese nombre también. Sabía que todo se había perdido y no iba a escarbar en escombros que le recordaran su vida anterior, tenía muchas dudas en cuanto al fin de las personas que servían pero eso era exponerse aún más y si algo quería, era nunca más volver habitar en Puerto de la Cruz. Le hizo ver al rey de España que aunque ella fuera española por nacimiento ahora era inglesa de corazón y que su vida, no le ajustaría para agradecerle a su capitán Walker lo que había hecho por ella y la nueva vida que le había dado. Para ella, él era su padre ahora.

»Don Felipe no le dio más vueltas al asunto respetando la voluntad de la joven como también hizo algo más; le otorgó al capitán una patente y permiso especial sobre las jurisdicciones españolas en el Caribe para que pudiera entrar y salir con libertad, dándole el poder absoluto para ayudarle a aplastar a los gusanos que habían matado a toda esa gente en Puerto de la Cruz, como también ayudarle a apresar a esos ladrones que tenían en la mira sus barcos españoles porque gracias a eso ya había perdido mucho y estaba harto. A cambio también tendría un pago por parte de su gobierno y la inmunidad hacia su persona, pero el trato era sólo en relación a la masacre de esa noche y a los hechores; cazar al Rabioso, al Salamandra, a toda su tripulación y a cualquier otro que fuera subordinado de ellos y entregarlos a las autoridades españolas vivos o muertos. Terminando el asunto también concluía el trato. En ese momento el contramaestre Duffray entendió que las cosas pasan por alguna razón, si Charles no hubiera aceptado volverse cosario y ampararse bajo la reina Ana lo que sucedía en ese momento no tendría ninguna validez e inocentes hubieran ido a parar a la horca o al fondo del mar. Entendió que independientemente de la nacionalidad, los piratas eran vulgares delincuentes que estaban excluidos de la protección de un país porque no eran reconocidos como compatriotas sino como rebeldes que eran movidos sólo por intereses personales. Pero también en ese momento que las cosas le salieron al revés a Salamandra, el verdadero odio comenzó hacia el hombre que ahora también tenía el poder de España para destruirlo a él. Ese gusto no iba a dárselo y así vendiera su alma, no iba a descansar hasta hacer desaparecer a Charles Walker de la tierra y del océano.

Matt estaba atónito al escuchar el relato, vaya proceso que habían pasado y aunque el trago fue mal al principio luego todo fue de beneficio para el capitán Walker, aunque se ganara aún más la furia del enemigo. Ahora entendía esa frase de *“lo digo por experiencia”* cuando ella le habló de lo que era ser

testigos.

En ese momento el perfume de las mujeres volvieron a atontarlos cuando las sintieron y más, cuando las vieron bajar. Christoff fue el primero en pasar sobre todos, quedándose petrificado a medio camino.

La Emperatriz era en definitiva otra mujer, no se reconocía, siempre la habían visto como hombre pero ahora el asunto era muy diferente. Todos sus hombres la miraron embobados y con los ojos muy abiertos, estaba mostrando parte de su cuerpo y todos ellos —a excepción de Bram— estaban sintiendo ya más calor del que hacía. El corsé color vino le moldeaba más la cintura, le resaltaba las caderas y ni qué decir sus pechos. La falda color hueso que usaba tenía una sensual abertura en la pierna derecha que a cada paso la hacía resaltar y notarla más, las mangas de blanco encaje delicado que tenía el transparente corpiño que se escondía bajo el corsé le caía por ambos brazos. Los botines negros con cordones intercalados formando equis se ajustaban a sus pantorrillas y para terminar, lucía un moño alto con una coleta ondulada suelta que le caía a la espalda y varios rizos más ondulados que le caían alrededor de las sienes y la nuca. Su piel estaba perfumada con finos polvos blancos y así mismo su cara maquillada como si fuera una muñeca de porcelana. Le acentuaron las cejas, los ojos, rosa rubor en los pómulos y un carmesí en los labios que estaba provocando la sed de sus propios hombres, sin contar el dibujo de un lunar que a Venus se le ocurrió hacerle al lado derecho de la boca. La Emperatriz estaba irreconocible porque ni siquiera la cicatriz se le notaba, en una mano llevaba un abanico y en la otra una máscara dorada que le cubriría los ojos y ambos pómulos. Zafira que llegaba a la sala y la miró se quedó atónita también.

—¡Jesucristo bendito! —palmeó ambas manos juntándolas—. ¿Eres tú Emperatriz?

Bram se hacía la misma pregunta y con tristeza se preguntó lo que hubiera pensado Charles al verla así. Era una mujer hermosa sí, nadie lo discutía pero no para que se hiciera pasar por una ramera.

—Sí soy yo Zafira —evitó exhalar.

—Está hermosa —dijo Venus.

—Irreconocible —señaló Bram algo serio.

Zafira se acercó y le sujetó ambas manos.

—Niña Emperatriz, aunque te vistas como hombre sabes lo que eres en realidad y es una lástima que sólo así te puedas dar cuenta —le dijo Zafira—. Este “casi” vestido te queda bien pero más hermosa serías con menos pintura y

con un hermoso vestido como Dios manda. Al señor Walker le hubiera gustado mucho verte de blanco y sé que también se hubiera sentido orgulloso llevándote del brazo para entregarte a tu marido.

—Zafira... —la mujer no quería escuchar eso.

—Ella tiene razón —secundó Bram—. Sabes que es así.

—Este no es el momento para que me hablen así —carraspeó con disimulo y se volvió a sus hombres—. Y si alguno de ustedes está pensando alguna estupidez o se ríe de mí a mis espaldas... nos arreglaremos después —les sentenció.

¿Y qué iba a arreglar? Todos los hombres —excepto Bram— ya la tenían parada al verla así, una cosa era conocerla y tratarla como hombre pero verla de otra manera jamás se lo imaginaron. Matt estaba que no podía ni parpadear y el rubio que por fin reaccionó los apartó hasta pararse frente a ella.

—No voy a negar que estás hermosa, te veo y... me cuesta creer que seas tú, vestida así... —la miró nervioso de pies a cabeza y se controló—. Soy yo el que va a raptarte, a no dejar que nadie te mire ni te toque. Nos iremos a una isla sólo los dos y que el mundo se olvide de nosotros como también nosotros nos olvidaremos de él.

—Qué romántico Christoff pero esos no son mis planes esta noche.

Apenas y se giró para buscar la puerta cuando el rubio la detuvo aprisionándola en sus brazos.

—No, no saldrás de aquí, no así —le rugió.

—Suéltame —le pidió con tranquilidad.

—No, no puedo dejarte hacer esto, no voy a soportarlo.

—Sabes bien que sólo voy a fingir, no dejaré que ningún hombre me toque.

—Eso no podrás evitarlo —la apretó más a él—. Tienes que dejar que lo hagan para que se calienten.

—Para eso irán las otras —apretó los dientes—. Yo sólo tengo un objetivo.

—No, menos con esa rata, no conoces a ese cerdo.

—Él tampoco me conoce a mí.

—Dije que no.

—Christoff ya basta, ¡contrólate! —se exasperó.

Las mujeres asustadas se apartaron y los hombres no sabían qué hacer, de verdad que el rubio parecía no razonar y al tenerla así estaba comenzando a asfixiarla.

—¡Dije que no! —se colocó detrás de ella para sujetarla de los brazos y cintura.

—Suéltame —volvió a decir.

—Zafira quiero que la encierres en su habitación —le ordenó Christoff a la trigueña—. Busca esas llaves y me las das. La Emperatriz pretende cometer una locura y no se lo voy a permitir.

—Christoff suéltala, la estás lastimando —le dijo Bram asustándose, estaban desconociendo la actitud del vikingo, parecía que su obsesión por ella lo estaba cegando y eso le impedía razonar.

Los demás hombres intentaron moverse pero él los detuvo.

—Ninguno de ustedes intente hacer algo —les advirtió molesto.

Matt estaba desconcertado pero en cierta forma lo entendía, estaba seguro que él actuaría igual. Ella estaba exponiéndose demasiado.

—Christoff confía en mí —le dijo ella sintiéndose mareada, las cosas que tenía en las manos se le cayeron al suelo—. Yo sé lo que hago.

—No, no lo sabes —le rugió en el oído—. No dudo de tu capacidad pero estarás sola y a merced de todas esas ratas, ¿qué harás cuando no puedas detener al Rabioso? ¡Ese malnacido va a acabar lo que no pudo hacerte hace diez años! Por favor no pretendas volverte una heroína, ya no pretendas continuar con esta locura.

—¡Emperatriz! —gritaron las mujeres al verla que se desvanecía.

—¡Christoff la estás ahogando! —Le gritó Bram—. ¡Tu fuerza y el corsé le impiden respirar!

El rubio asustado la aflojó un momento y antes de que pudiera levantarla en sus brazos y llevarla de regreso a su habitación, ella aprovechó la debilidad reaccionando y dándole un cabezazo lo lanzó hacia atrás. Apenas y Christoff medio sacudió la cabeza inclinado tocándose la frente, cuando ella ya le había quitado su propia pistola.

—No pretendo, lo haré —le dijo molesta.

Y sin dudarle con el mango de su propia arma le dio un fuerte golpe en la nuca haciéndolo caer. Lo golpeó donde sabía que iba a perder la conciencia.

Los demás que miraron no podían creerlo y ella jadeante por la falta de aire se incorporó lanzando el arma al suelo.

—Llévenlo al sillón y que se quede allí —ordenó sacudiéndose la cabeza.

Herodes y Goliat obedecieron, lo levantaron y lo llevaron donde ella dijo. Matt y Bram estaban con la boca abierta al igual que las mujeres.

—Lo siento Christoff, tú no vas a detenerme —le dijo al cuerpo que

ponían en el sillón, miró sus cosas en el suelo y las recogió—. Vámonos ya —
ordenó ofuscada.

20. El Engaño



Barrabás estaba a una distancia prudente del puerto y del muelle a la espera en ese atardecer en donde ya la luz se estaba yendo.

Lo habían soltado para llevar a cabo el plan aun cuando Christoff insistía en retenerlo. La Emperatriz lo había liberado a cambio de cumplir el trato, de lo contrario, si la llevaba directo a una trampa sus hombres estarían alertados y acabarían con él y todos los suyos, así el asunto se convirtiera en la peor carnicería pirata de la historia. *“Si me traicionas juro que volveré hasta del mismo infierno sólo para llevarte a él”* le había sentenciado la mujer y como el machete, era mejor mantenerse en su vaina. Él eso lo tenía muy claro además había decidido desligarse ya de la Salamandra y buscar su propia independencia porque en los años que llevaba con él se sentía estancado y era hora de buscar nuevos horizontes, como ella por ejemplo. La mujer le había parecido una hembra completa ahora que la conocía mejor y si deshacerse de Salamandra y del Rabioso de una vez implicaba servirle a ella estaba muy dispuesto, total, tendría mejor vida así que toda la que ya había desperdiciado la estaba dejando atrás. Sí aliándose con ella iba a ser parcialmente libre y nunca más volver a ver lo que le molestaba en realidad, entonces iba a convertirse en su mejor perro fiel. Por ella bien lo valía. De lejos su compinche el Anguila lo miraba, sabían que las cosas estaban saliendo, la Anguila era quien le había dicho de la presencia del Rabioso en las costas de Tortuga y por los hombres de él que estaban en los burdeles del lugar, supo que un grupo de rameras serían llevadas al Calígula para el disfrute de los demás. Las seleccionadas eran de la casa de la Cortesana, iban alrededor de veinte por lo que unos cuatro botes estaban ya listos en el puerto y sólo las estaban esperando.

Desesperándose estaba cuando por fin vio llegar lo que esperaba.

—Al fin—se dijo con alivio.

Se acercó y Goliat que estaba disfrazado con una capa y que iba a cabeza de los demás jinetes le habló.

—La “Gitana” está lista —le dijo con seriedad.

—Y prometo cuidarla —sonrió y al ver que al otro extremo caminaban unos pobres tambaleándose de aquí para allá debido a la bebida disimuló hablando más fuerte—. Hágale ver a su ama que me complace mucho la carne fresca que me ofrece, sus pupilas son siempre una delicia.

Esperó que llegaran los otros dos jinetes y en uno de ellos, detrás de Matt sujetándolo en el mismo caballo y bien asida de él venía ella y al verla, puso la misma expresión de los demás. Matt le ayudó a bajar y al notarla Barrabás esa mujer le parecía otra, una que de inmediato le encendió el cuerpo, verle la voluptuosidad de la figura vestida así lo hizo tragar, se hizo a un lado para que ella caminara y admirarla mejor. La Emperatriz lo miró con seriedad a través de la máscara.

—Será mejor que no pienses nada —le advirtió.

Al escucharla si supo que era ella. Sacudió la cabeza y se paró erguido.

—Todo sigue en pie Emperatriz, nada ha cambiado —le contestó intentando sonreír.

Matt bajó del caballo y caminó detrás de ella vestido también como cualquier pirata, pantalón marrón, camisa blanca y botas negras, hasta le habían obligado a usar un pañuelo en la cabeza, se haría pasar por otro más.

Cuando se disponían a avanzar, la mujer miró pasar una carreta bastante mal trecha que se movía al paso lento de dos mulas, llevaban como carga un grupo de mujeres, unas iban tristes, las otras resignadas y otras llorando. Entre las que lloraban reconoció a una.

—¿Y eso? —preguntó por curiosidad.

Todos los hombres voltearon a ver.

—Debe ser que las traen a vender —le contestó Barrabás.

—¿A los burdeles?

—A donde sea pero es probable que las que estén mejor vaya a los burdeles.

La Emperatriz tragó, se giró para ver a Goliat y al Persa que seguían cerca de ella pero ellos no entendían nada.

—Es una lástima —dijo en voz alta para que ellos pudieran captar—. Alguien debería hacer algo, las más jóvenes bien podrían ser sirvientas.

—Puede ser pero... —Barrabás sonrió rascándose la cabeza—. Volviéndose sirvientas igual las cogerían y de gratis, un amo no desaprovecharía la oportunidad de montarle más cachos a su mujer ni en su propia casa, ni en las tabernas se salvan, es mejor negocio el burdel —opinó

con tranquilidad.

—Bueno, indícale a Erik lo que se hará —le ordenó instando al pelirrojo a cubrirla y a adelantarse un poco con Barrabás, mientras ella daba un paso atrás hacia Goliat al ver que Matt le seguía la corriente y se adelantaba para que el otro no escuchara, ella le cuchicheó a Goliat—. Que uno de ustedes vaya con el hombre que lleva esas mujeres y compre la que se llama Ernestina o Titina, es delgada, mulata, de pelo corto, era una de las que lloraba.

—¿Pero señora...?

—Háganlo y disimulen, no digan para quién es —les ordenó.

—¿Y luego?

—La llevan a la casa y le dicen a Zafira que la ponga a trabajar.

Diciendo esto ella se adelantó para encontrarse con el par, Goliat llamó al Persa y le dijo lo que la Emperatriz le había dicho.

—¿Entonces? —sonrió ella metiéndose en medio de Barrabás y Matt caminando junto con ellos.

—Ya estamos aquí y le mostraba a tu hombre los botes que llevarán a las demás al Calígula, el viaje durará una hora más o menos. Yo conozco los tipos que remarán así que lo mejor es hacer creer que estoy aquí por casualidad, que vine con uno de mis nuevos hombres a buscar compañía y que ahora dicha compañía irá conmigo a mi barco a seguir calentando mi cama.

—¿Y te van a creer?

—¿Y lo dudas? —sonrió—. Estos pendejos andan con algunos tragos y por eso bien alegres, me conocen bien y no dudarán, ya verás. Ahora lo que debes hacer es actuar como una ramera de verdad, tienes que moverte coqueta, balancear esas caderas y sacar esas nalgas y obvio también mostrar más esos senos.

—¿Más?

—Quiero decir que te insinúes, estas mujeres se tocan para estimular. ¿Qué no las conoces?

—¿Crees que me gustan las viejas? —apretó los dientes.

—Claro que no pero si te gustan los hombres tendrás que ofrecerte como tal entonces.

—Eso no me gusta —murmuró Matt.

—Pues es la única manera de hacerlo creíble —insistió él.

Caminaron a paso algo acelerado hasta llegar de lleno al muelle y perderse junto con los demás. Luego se volvió a ella otra vez.

—Debes actuar como una ramera insaciable, recuerda que vas con dos, se

supone que vas a complacer a dos, deberás dejar que te toquemos y acariciemos.

—¿Qué?

—Y deberás abrazarnos y besarnos —se humedeció los labios.

—No esperes eso de mí, jamás lo haré contigo —le hizo ver molestándose.

—¿Y entonces cómo pretendes engañar? —se cruzó de brazos.

—Soy mujer y ya soy diestra engañando —sonrió con malicia.

—Bueno pues te sugiero que demuestres tus dotes de actriz de teatro ahora, se acerca un conocido —le dijo tratando de no mover los labios y muy sonriente disimuló.

Ella le acarició con el índice la cara a Barrabás y a la vez, con la palma abierta le acarició el pecho a Matt, los pegó a ella al mismo tiempo para quedar en medio. Sólo eso había desconcertado a ambos hombres, ella quedó de frente al pelirrojo y Barrabás detrás de ella.

—Vaya, vaya, Barrabás divirtiéndose —dijo el hombre que se acercaba.

—A eso se viene aquí, ¿no? —sonrió. No perdió el tiempo y la sujetó con fuerza de la cintura, el asunto estaba bueno y la oportunidad no la iba a perder.

—Sí, ya lo veo. ¿Dónde conseguiste esta hembra? —se saboreó al verla —. Se ve que está buena.

—Buenísima —le confirmó con descaro estregándose en su trasero y ella brincó.

La Emperatriz metió la cara en el cuello de Matt y él bajó la cabeza.

—Abrazame —le pidió en susurros—. Muéstrate algo lujurioso.

Él hipnotizado le apretó la cintura también, el que se acercó a ellos los notó.

—Parece que la van a pasar bien, ¿así de a dos? —preguntó señalándolos.

—Es excitante, ¿no crees? —Barrabás levantó con picardía una ceja.

—¿Es nueva? Nunca la había visto.

—Es una exclusividad sólo para quienes quieran pagar bien —le contestó elevando un ceja.

—Pues a una muñeca así le daría la mitad de lo que tengo, ¿ya la probaste?

—Es deliciosa —le respondió saboreándose.

La Emperatriz con osadía lo miró y luego sujetó la cara de Matt, hizo que la mirara y sin decir más lo besó con fuerza. El otro atontado porque no se lo esperaba gimió y recordando donde estaba le siguió el juego.

—Y tu amigo la goza también —el hombre no dejaba de verlos.

—Vamos a compartirla... otra vez —le dijo y se separó de ellos un momento para acercarse al hombre—. Esa mujer es una fiera, vale la pena pagar en oro por ella, por eso no la soltamos.

La Emperatriz se reclinó en una hilera de pesadas cajas que estaban al paso, se llevó a Matt con ella y levantando la pierna derecha lo metió entre ellas, el hombre estaba realmente tonto y hasta mareado. Ella volvió a besarle el cuello.

—Matt debes tocarme —le susurró.

—No puedo —le contestó con los ojos cerrados.

—Tienes que hacerlo, ese tipo no deja de vernos. Toca mi pierna, debes apretar mi piel, hazle creer que estás excitado y bésame con fuerza.

El hombre no dijo más y le obedeció, la besó como quiso. Le tocó la piel de la pierna y la apretó, el espectáculo era creíble, tan creíble que ambos lo estaban disfrutando como algo verdadero, tanto, que parecía que era real y no algo fingido.

—Vaya que es una fiera —dijo el tipo rascándose la barbilla—. Esa mujer excita con sólo verla, tu amigo la está pasando bien entre sus piernas.

—Le gusta a lo salvaje y por eso seguiremos en la fiesta, pero como te digo... —le palmeó el hombro—. Es mercancía carísima, a ella jamás la verás donde La Cortesana.

—¿Y en dónde la encuentro?

—No te lo diré —sonrió con malicia.

—¿Y te la llevas?

—Pagaremos por ella toda la noche, como dije es una fiera, es insaciable. Nos ha regalado una magnífica tarde y por eso la llevo a mi barco.

—De verdad que estás jodido Barrabás, no te he conocido así pero si decides pasearte con esa hembra es porque te pegó bien fuerte.

—Y no dudes que puedo hacerla mi favorita, ¿no crees que es digna de presumir?

—¿Tu favorita? ¿Y el otro que casi se la está cogiendo qué?

—Bueno por el momento tenemos un trato y la compartimos, después, ya veré. Esa hermosura no merece estar en una letrina como Tortuga, es demasiado mujer para toda esta lacra.

—¿A poco fuiste el primero? —lo miró con dudas.

—No, no la estrené yo, ella ya tiene experiencia. No sé cómo diablos vino a parar aquí pero ya es una mujer hecha y derecha, así como me gustan, esas

que saben complacer a su manera.

—Y te lo creo.

—Bueno, en ese caso me voy, ya la tengo parada y necesito meterla —le palmeó el pecho y caminó hacia ellos.

—Oye Barrabás —lo detuvo.

—Dime.

Esta vez el hombre se acercó a él.

—¿Miras esos botes que están ahí?

—Sí —se hizo el desinteresado—. ¿Los vendes?

—No, son del Calígula.

—¿Calígula? ¿Está por aquí? —volvió su vista al horizonte ya oscuro.

—¿No te has topado con hombres del Rabioso?

—Ay por favor, no me arruines mi tarde —se fingió indignado—. ¿Hace cuánto que ese ya no está en el Fantasma eh? ¿Crees que yo conozco a toda su tripulación? Desde que tiene su barco y hace su vida ni Salamandra ni yo sabemos mucho de él, además que me voy a estar fijando en esos desarrapados teniendo mis ojos sólo en ella, ¿no te parece?

—Bueno eso sí, lo que te quiero decir es que otras rameritas irán. Me han soplado que el Rabioso se hace al mar abierto otra vez, no dicen a dónde van pero por el tiempo que estarán lejos por eso han pasado a divertirse un rato.

—¿Y él por qué no baja?

—Dicen que está de un humor de perros, le han tenido que soportar el mal carácter luego de una visita que al parecer le hizo a Salamandra.

—A mira pues, y yo creyendo que no se habían visto, al menos ya se reportó. Es obvio que Salamandra lo ha de haber sentenciado.

—Pues será, el caso es que nada lo calienta.

—Bueno pues ya tendrá quien lo caliente —señaló los botes.

—Eso esperan, ¿por qué no te unes con ella?

—¿Qué? ¿Estás loco? No dejaría ni siquiera que la mire.

—Ustedes se conocen, creo que él te diría lo que pasó y a dónde va.

—Mira, tú sabes que aunque nos conozcamos tampoco nos tenemos como santo de la devoción. Además hace unos días estuve con Salamandra y menuda sorpresa me llevé, si hubiera sabido cómo lo encuentro ni me asomo a su Galeón.

—¿También de mal humor?

—No hombre, al contrario, bien feliz cogiéndose a cuatro de un solo.

—¿Qué?

—Y mejor ni entro en detalles que se me revuelve el estómago y quiero estar muy bien por el trabajo que tengo ya toda la noche —le guiñó el ojo.

—Está bien, te entiendo —lo despidió.

Barrabás se encaminó hacia sus acompañantes bien feliz, el asunto le había resultado mejor. Enterarse que el Rabioso se hacía a la mar luego de una visita a Salamandra lo tenía con dudas pero también le confirmó que el otro por miedo, había preferido presentarse ante su amo y si había salido vivo del Galeón era simplemente por algo, de seguro una última misión. Se acercó a la Emperatriz y a Matt y con disimulo les señaló que lo siguieran.



A la casa llegaba un hombre a caballo y detrás de él, una joven aterrada que se aferraba de su gruesa espalda para sostenerse y no caerse por la velocidad del galope. No sólo le tenía miedo al hombre sino al lugar que la llevaba, se había librado de caer en un burdel pero sentía que nada iba a impedir que tampoco fuera abusada en esa casa. Se imaginó que habían otros hombres más igual al que la llevaba y si no la obligaban a venderse en el burdel acá si iban a caerle como salvajes hasta matarla, pensando todo eso no dejaba de llorar. Cuando el jinete rodeó la entrada principal para irse al patio trasero algunas sirvientas, en cuenta Zafira salieron.

—Goliat, ¿le pasó algo a la niña? —preguntó la mujer asustada.

—No, de eso no sé nada —sostuvo a la otra para que se bajara.

—¿Y esta joven? —interrogó Zafira.

—La señora la manda, ya luego explicará, dice que la ponga a trabajar.

—¿Qué?

—Es todo lo que sé, este es el recibo de compra —le dio el papel.

—Bueno está bien, ella sabrá —lo sujetó, luego se lo daría al administrador.

—¿Y Christoff?

—Todavía en el sillón, creo que la niña se lo sonó bien duro, me da miedo que no despierte.

—Lo hará y cuando lo haga prepárese que la casa se va a sacudir, pero para cuando eso, ella ya estará lejos.

El hombre no dijo nada más y salió a galope veloz otra vez.



Dos botes llegaban al bergantín de Barrabás, en ellos iban él, la Emperatriz, Matt y el Persa entre otros hombres de él y de ella. Cuando

tocaron casco subieron.

—Bienvenida al “*Ulises*” mi pequeño barco —le dijo él imitando una reverencia estando en cubierta.

—Dime una cosa, ¿de verdad confías tanto en tus hombres? —Inquirió ella curiosa—. ¿Cómo estás tan seguro de que no ha salido un soplón a decirle a alguien del Rabioso lo que estás haciendo?

—Primero, porque sólo los de mi confianza lo saben y segundo, porque si alguien habla también se muere —le contestó de lo más tranquilo.

Los hombres tomaron sus lugares mientras él y sus huéspedes caminaban hacia proa.

—¿A dónde crees que va el Rabioso? —preguntó la mujer.

—Eso no lo sé, presiento que posiblemente al Nuevo Puerto Palos.

—¿A dar la cara por su ineptitud?

Barrabás se rió a carcajadas sin poder controlarse.

—La media cara que le dejaste dará si a eso va —contestó cuando se repuso.

Igual a ella no le hizo gracia.

—No dejaré que escape —bajó la voz para que nadie más escuchara.

—De eso se trata, de que no salga de esta ni llegue a su destino. Entiende que tenemos algo en común señora, ambos lo queremos muerto, a ti por lo que te hizo y a mí simplemente porque nunca lo soporté. Desde el principio me provocó y más odié el salvajismo con que se echó a la bolsa a Salamandra, me cansé de esperar que le arrancara la cabeza y se deshiciera de él pero nunca lo hizo, así que por eso decidí hacer las cosas a mi manera.

—¿Y de verdad tienes la lealtad de tus hombres?

—La tengo.

—¿Y la tripulación de él?

—Quien se rinda bien y el que no, pues adiós, poco me importa.

—No confíes en los que se rindan.

—No lo haré.

Al momento el barco comenzó a moverse, era hora de llevar a cabo el plan.

21. El Arribo



Como Goliat lo dijo, cuando Christoff despertó se enfureció más, recordó lo que había pasado y gritando el nombre de su mujer hizo eco por toda la casa. Zafira llegó corriendo a verlo.

—Se fueron, ¿verdad? —rugió casi llorando de la rabia.

Ella asintió al verlo así. El rubio se agarró los pelos de la cabeza con fuerza y antes de arrancárselos salió corriendo a las caballerizas. Estaba desesperado. Se montó en el primer caballo que estaba disponible e instigándolo con furia, el animal salió a todo galope de la propiedad.



El “Ulises” se quedó a una distancia prudente, plegaron todas las velas y dejaron que el barco se meciera sólo por las olas, cuando soltaron el ancla de popa que era la más larga para llegar a la arena de aguas profundas. Navegaron sin luz para no ser vistos, la noche era oscura y eso les favoreció.

Muy cerca estaba el Calígula, así que bajaron a los botes otra vez, un grupo de seis solamente, otros tres botes estaban también listos. En el que iba la Emperatriz con Barrabás, Matt y otros hombres lo remaron con rapidez, la mujer rogaba porque su barco los alcanzara pronto y ambos sitiaran al Rabioso.

Llegando al casco del Calígula como siempre los que hacían guardia preguntaron.

—¿Quién llega? —se alumbraban con un farol.

—Barrabás —contestó el otro.

—¿Qué quieres? —le preguntaron con fastidio—. La última vez dejaste al Rabioso maldiciendo todo.

—Lo sé pero no fue mi culpa, sólo seguía órdenes de Salamandra y ustedes lo saben. Además me dijeron que se va y que por eso se tiene una fiesta, me invitaron y aquí estoy, para que vea que no hay rencores.

—No hay ninguna fiesta, sólo rameras calentando a los hombres.

—Pues aún mejor, no hay problema yo traigo la mía y si a él le gusta se la comparto.

Los hombres se asomaron y con la escasa luz pudieron alumbrar. Barrabás le pidió a la mujer que se pusiera de pie y sujetándole una mano ella obedeció, cuando los hombres la miraron no pudieron evitar pensamientos lujuriosos.

—Está bien, suban.

Desenrollaron la escalera y la bajaron. Los hombres en el bote se miraron todos sin decir nada más. Barrabás subió primero, luego ella y después Matt, por último los demás. El Persa se había quedado en el “Ulises” esperando la llegada de La Emperatriz y Barrabás, a su segundo al mando que se llamaba Prisco le ordenó seguir las instrucciones de él, ya que todos estaban metidos en el mismo saco y sólo trabajando juntos iban a lograr una victoria. Cuando Barrabás llegó a la cubierta, le ayudó a subir a ella.

—¿Y estos? —le preguntaron.

—Son mis hombres, tampoco iba a venir solo pero vean, sólo somos seis.

Miraron a la mujer de pies a cabeza muy sonrientes, pero la risa se les quitó cuando Barrabás la sujetó de la cintura y la pegó a él.

—Ella viene conmigo, lo siento. Ustedes ya tienen diversión.

—Está preciosa la muñeca, deberías compartirla.

—Ella señores es mercancía de primera por eso se la vengo a presentar y a presumir al Rabioso, esta lindura no es nada barata, yo ya dejé un buen porcentaje de mis reales en ella. Para ustedes están las demás pero ella... —les movió el índice de manera negativa—. Como dirían los mexicas “estas pulgas no brincan en tu petate” así que no es para ustedes.

—Pues espero que el Rabioso quiera, ha estado de muy mal humor por tu culpa.

—¿Por mi culpa? Ay que malo soy —sonrió—. Bueno, tendré que mostrarle esta bandera de la paz —la enseñó a ella dándole una vuelta para que la miraran—. Y si no la quiere pues ni modo, me la llevo y ya, total, yo ya le pagué toda la noche.

—Pues ve, está en su camarote.

—¿Solo o acompañado?

—Quien sabe, suponemos que más de alguna está con él.

—Lo pregunto porque hace unos días visité otro barco y el capitán se estaba cogiendo a cuatro de un solo, no quiero volver a pasar por algo así otra vez, en realidad fue algo grotesco.

—Pues que suertudo el tipo pero no, el Rabioso no creo que esté así.

Estaba tan molesto por esta salida que ni siquiera quería pasar por aquí, fuimos nosotros quienes insistimos.

—Bueno pues me adelanto a ver —dijo sin remedio y se volvió a sus hombres—. Y ustedes esperen aquí, si nos tardamos pues... —sonrió—. Ya saben.

Un serio Matt no tuvo más remedio que ver alejarse a la mujer otra vez y esas sensaciones que se le estaban haciendo costumbre no le gustaban, los demás se distribuyeron en la cubierta como habían acordado.



—Ya subieron —dijo el segundo al mando de Barrabás cuando miró todo por el catalejo.

En ese momento por fin La Emperatriz llegaba, algo que llenó de alivio al Persa que se sentía algo tenso. Hizo lo mismo recogiendo las velas para quedarse siendo arrullada por las olas.

—¡Persa! —le gritó Herodes.

—¡Aquí estoy! —levantó las manos para que lo miraran. Estaba en proa.

Los barcos quedaron a la par.

—¿Y ella?! —Christoff fue el primero en preguntar, estaba con una desesperación que no podía controlar.

—¡En el Calígula ya, al parecer subieron sin problemas!

Lo sensato era no gritar porque en el silencio de la noche todo era eco, por lo que entonces Herodes y Christoff lanzaron los arpeos con sogas para pasarse al otro barco sin perder tiempo.

—¿Cuánto hace de eso? —insistió el rubio dirigiéndose al Persa cuando cayó a cubierta.

—No hace mucho, él es el segundo al mando de Barrabás, se llama Prisco y los miró por el catalejo.

—Este barco es muy pequeño, si esas ratas deciden atacar a esto lo mandan al fondo del mar.

—Sólo si nos atrapan —le refutó Prisco—. El “Ulises” será pequeño pero es muy veloz y no creo que el Calígula nos alcance, ese barco es muy pesado.

—Pero sus cañones si pueden alcanzarlos.

—Estamos aquí para pelear —le dijo el Persa al rubio—. Ya los botes están listos y remaremos para escondernos, ella no tardará mucho y en cuanto se escuchen los gritos de todos tenemos que abordarlos y terminar la fiesta.

—Pues vamos a los botes —ordenó, luego pegó un silbido y Goliat se

asomó—. ¡Vamos a bajar y acercarnos, ustedes alerta! ¡Si el Calígula abre fuego ustedes responden también con fuego!

Goliat asintió y ordenó a los hombres tomar sus posiciones, Bram estaba en cubierta y sólo rogaba a Dios que esa noche ya pasara y que la Emperatriz saliera airosa del peligro en el que estaba.



En la casa Zafira no dejaba de murmurar sus rezos para lograr hallar algo de paz ante el azoro que sentía, mientras Titina con timidez terminaba de comer algo, ya se sentía más calmada.

—¿Qué sabes hacer niña? —le preguntó la mujer moviendo unas ollas.

—Lo que sea señora, puedo ayudar en la cocina, lavar, hacer limpieza.

—¿De eso has trabajado?

—He trabajado de lo que pueda.

—¿Y por qué te manda la niña?

—¿Cuál niña?

—La señora de la casa.

—No sé, no la conozco.

—¿Y cómo es que Goliat te trajo entonces para que te pusiera a trabajar?
—Se giró para verla con extrañez.

—Yo nunca había visto a ese hombre. Acabo de llegar a este lugar en un barco que traía a otras personas, a los hombres los llevaron a un lado y a las mujeres a otro, nos venían a vender. Ese hombre se acercó y me pidió sin conocerme, pagó por mí y sin decirme nada me montó en su caballo y me trajo aquí.

—¿Y tú de dónde eres?

—De un pueblo cerca de Santo Domingo.

—Uy está lejos, pero sigo sin entender cómo es que la niña pidió que te trajeran. ¿Ya te conocía?

—No lo sé, ¿y quién es la niña?

—Ya te lo dije, la señora de esta casa —se sentó en una silla cerca.

—¿Pero cómo se llama?

—La Emperatriz.

Titina asustada soltó la cuchara en el plato cuando oyó ese nombre y sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

—¿La señora Emperatriz vive aquí? —preguntó sintiéndose feliz.

—Sí, ¿la conoces?

—Ella es mi salvadora. —Titina saltó de su banco para caer a las rodillas de Zafira y tomarla de las manos, la mujer se sorprendió al verla así.

—Ya lo creo que sí.

—Es la segunda vez que me salva.

—¿La segunda? —la miró con desconcierto.

—A la señora le debo más, mi gratitud no es suficiente.

—A ver niña, cuéntame. —Zafira se sintió curiosa.

Titina comenzó a contarle como la había conocido y lo que la Emperatriz había hecho por ella, hacía semanas atrás.



Barrabás había llevado a la Emperatriz por una serie de corredores en donde —y para colmo— estaban a la vista todos los hombres que sirviéndose de las rameras que estaban con ellos disfrutaban su momento. El hedor en el lugar ya era insoportable pero nada podían hacer más que aguantarse.

—Sólo te pido que seas sensata y que te lo ganes primero —le dijo Barrabás cuando se acercaban.

—¿Y si está con otras? Necesito que esté solo.

—Si él decide estar contigo yo me encargaré de sacar a las demás, no te preocupes.

—¿Y si no?

—Pues haremos todo delante de ellas.

—Saldrán como locas gritando.

—Que lo hagan, la mayoría de los que están aquí ya están ebrios, no soportarán una pelea por mucho tiempo. Tenemos la ventaja y esa es la que hay que aprovechar.

Llegaron a la puerta frente al camarote y ella terminó de arreglarse bien y de tener bien puesta su máscara, Barrabás sonrió y tocó la puerta.



En la cubierta del barco Matt no cabía en sí mismo, desde que la Emperatriz se obsesionó con su plan sentía que todo en él no estaba bien, por agradecimiento él había accedido a todo pero se cuestionaba una y mil veces si todo eso de verdad era cosa de Dios para él, porque lo cierto era que estaba en una situación más que peligrosa y bastante incómoda. El fingir no le quedaba a él y no sabía hasta donde poder soportarlo para llevarlo a término, revivir por un momento lo que pasó en el Saint John no lo tenía bien y se dio

cuenta del tremendo error que habían cometido y que nadie había pensado; el que alguien lo reconociera a él. No recordaba con quienes había peleado esa madrugada como tampoco recordaba quien había sido el tipo que lo había lanzado al mar, lo único cierto era que en ese momento no estaban todos en el barco y los que permanecían estaban algo ebrios. El barco mismo estaba a merced de cualquier ataque porque su tripulación no estaba en condición de pelear pero aún así, él se mantenía algo aislado y en las sombras para no ser reconocido. Su apariencia a simple vista era la de un pirata más y su altura y textura podía intimidar pero era mejor ni siquiera abrir la boca, porque se darían cuenta por su manera de hablar que él no era de ese mundo y que nada conocía de ellos. Lo único que lo había movido era el proteger a la Emperatriz, pelear por ella no lo dudaría pero también su condición podía poner peor el asunto y sólo rogaba que todo eso pasara rápido. Recordar el acercamiento con ella lo desestabilizaba, sabía que debía fingir pero el asunto llegó a otro extremo, a uno en el que sintió que ni él ni ella fingían. ¿Así lo besaba a él también? Sacudió la cabeza, esa mujer tenía unos labios deliciosos, unos que jamás se imaginó probar y para colmo no todo se quedó allí, cuando lo pegó a ella e hizo que le tocara la pierna se sintió una marioneta y que su voluntad lo había dejado. Había respondido como hombre y en parte le avergonzaba, se dio cuenta que era otro más, un hombre como todos, nada diferente pero que para ese tipo de cosas no servía. Ella habrá podido fingir bien y utilizarlo pero él no pudo esconder nada y de eso ella se había dado cuenta.



—¡Largo! —había dicho el Rabioso cuando tocaron su puerta.

Barrabás pegó la oreja pero no escuchaba jadeos por actividad sexual, esas mujeres eran escandalosas y al menos estuvieran gritando por dolor o por placer.

—Rabioso soy yo, Barrabás.

Al momento escuchó las zancadas pesadas que daba para acercarse a la puerta.

—¿Qué demonios haces en mi barco? —le rugió con furia cuando la abrió.

La Emperatriz hizo alarde de su temple para no moverse cuando lo vio y lo reconoció, no debía delatarse, no debía dejar que su cuerpo y actitud hablara por ella cuando su razón le ordenaba mantenerse quieta y esperar con

paciencia para actuar. No debía precipitarse movida por la ira, tenía que disfrutar su momento y saborearlo.

—Caramba, tranquilo —le mostró las manos a modo de rendición para que viera que iba en son de paz—. Vengo de Tortuga y me dijeron que estabas por aquí, también me dijeron que se estaban divirtiendo y pues ya que mi barco está cerca quise pasar a ver cómo estabas.

—Que te crea eso tu abuela —dio un paso al frente haciendo que el otro retrocediera. En ese momento miró a la mujer que lo acompañaba.

—Mira sé que estás furioso, tienes motivos pero también reconoce que no es culpa mía, yo sólo seguí órdenes de Salamandra.

—Y con gusto las sigues, no te hagas el santo.

—Tú también, reconócelo.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar.

—Cómo te dije pasé a saludar, esta vez no vengo a decirte nada, sólo quise que las cosas quedaran en paz y sin rencores a como nos vimos la última vez pero como veo que tienes un humor de diablos ya me voy, yo si tengo trabajo que hacer —le sonrió y sujetando a la mujer de la cintura se hizo el que se iba.

—¿Quién es ella? —inquirió con curiosidad, la miró de pies a cabeza con el único ojo que tenía.

—Ella es una muñeca que estoy disfrutando y que llevo a mi barco para tenerla toda la noche.

—¿Es de la Cortesana? ¿Es de las que vino con el grupo?

—No, ella no es de ese burdel ni vino con el grupo, es más, creí que tú ya estabas en acción —intentó ver el interior del camarote pero no había nadie—. Tus hombres no están perdiendo el tiempo.

El Rabioso salió del umbral de su puerta y los rodeó a los dos.

—Es preciosa —murmuró.

—Sí pero no la asustes.

—¿Qué?

—Bueno, entiende que es la primera vez que te ve, yo le había dicho lo de tu cara para que al verte no se asustara.

—¿Me estás diciendo monstruo? —lo miró con ganas de soltarle un puñetazo.

—Mira mejor me voy, a ti nada te calienta hoy, lo siento, no fue buena idea venir y como te dije yo tengo trabajo, adiós.

—No mientas Barrabás.

La pareja se quedó estática y lo miraron con seriedad.

—¿Mentir? —frunció el ceño.

—Tú no viniste a ver a cuantas me estaba cogiendo, ni tampoco viniste a desearme las buenas noches antes de dormir.

—Caramba que desconfiado te has vuelto pero está bien, entiendo que estés así, yo estaría igual. Me extraña que tu mal humor ni siquiera te permita calentarte para estar con alguna así que veo que de verdad estás mal, lo siento, nos veremos después.

—Tú no eres de los que se anda paseando con rameras aunque veo que esta es de presumir, ¿a eso viniste? ¿A mostrarme que tú tienes mejor mercancía que yo?

—Si quieres verlo como una especie de competencia...

—Ya basta —lo sujetó de la camisa con ambos puños, la mujer se apartó.

—Rabioso, te digo la verdad.

—Tu actitud no es la misma, la última vez estabas demasiado serio, tanto que te jactaste en provocarme con la seguridad de que saldrías vivo de mi barco.

—Sólo cumplía órdenes.

—¿Y ahora?

—Ahora como te dije vengo de Tortuga y voy para mi barco a disfrutarla a ella toda la noche, algo que no me vas arruinar con tu mal carácter, si no me crees es tu maldito problema.

Lo miró conteniéndose el aliento, el Rabioso no era tan tonto y el que Barrabás se mostrara algo “amistoso” le daba mala espina, volvió a mirar a la mujer con atención.

—Es una hembra completa —opinó—. Nunca la había visto.

—Es nueva, yo tampoco la había visto por eso me la llevo, ¿y sabes qué? Tanto me gusta que creo que la haré mi favorita.

—No te creo.

—¿A qué no? Ya verás.

—Tú no eres de esos.

—¿Y qué si ahora sí quiero? ¿Qué no puedo cambiar de parecer?

Lo soltó y se volvió a ella para mirarla como buitres rodeándola, le dio una sonora nalgada y ella brincó. La Emperatriz tuvo que aguantarse, tragó.

—Oye sin manosear mi mercancía.

—¿Tuya? ¿Qué de verdad ya la compraste?

—Ella no es como las otras, ya pagué un buen porcentaje por tenerla toda

la noche.

—¿Y si a mí se me antojara también?

—Paga bien.

—¿A quién? ¿A ella o a ti?

—A los dos —sonrió.

El Rabioso la miró otra vez, a pesar de la máscara y de su apariencia no dejaba de mostrarse algo desconfiado.

—¿Y qué tan especial es? —insistió con el escrutinio. Quiso tocarle un pecho y ella retrocedió.

—Mucho.

—Esta no parece ramera, no se deja tocar —levantó una ceja.

—“La Gitana” es ramera —lo corrigió—. Lo que pasa es que no permite nada, ni hace nada mientras no haya negocio. Por eso es especial, nada de probar hasta que sueltes todo lo que tengas.

—¿Y tú, muñeca? ¿Te gustaría ver todo lo que tengo? —le preguntó a ella.

—Si vale la pena —contestó ella con timbre coqueto y ambicioso.

—¿Si vale la pena? —Se rió a carcajadas—. ¿Pues quién te crees? Yo también puedo comprarte y darte mucho oro, más del que puede darte Barrabás pero sólo si tú también lo vales y espero que cumplas con todas mis expectativas porque soy muy exigente.

—Yo también soy muy exigente —se mostró orgullosa.

—¿Oye qué hiciste para impresionar a esta mujer? —se volvió a Barrabás.

—Nada, creo que me mostré algo encantador —volvió a sonreír.

—Sé lo que pasa —se acercó a ella algo amenazante, Barrabás estuvo listo a sacar una daga cuando quedó de espaldas a él—. Lo que pasa es que este biscocho me tiene miedo, mi cara le repugna, ¿no es así?

—Puede ser —le contestó ella disimulando para que el otro se calmara.

—Te lo dije —contestó Barrabás volviendo a guardar el arma.

—Pues que no te interese mi cara, lindura —insistió con ella—. Cuando te la esté metiendo y tú grites como loca olvidarás quien te está cogiendo. Sólo tienes que abrir las piernas y olvidarte de lo demás.

—Creí que no tenías ganas —le dijo Barrabás.

—Tu mercancía ya me la paró y ya que la vienes a mostrar quiero probarla —con voz lasciva el hombre se saboreó al verle los pechos—. Me estoy muriendo por verla completamente desnuda, la suavidad que veo en su piel debe ser la misma en todas las partes de su cuerpo —se pasó la lengua

por los labios otra vez.

—Pero paga y sólo si ella quiere.

—Si se está muriendo hay que complacerlo y no hacerlo esperar —dijo ella con tono seductor—. Nada me excita más que darle al cliente lo que pida.

El Rabioso muy sonriente se mordió los labios y soltándose una pequeña bolsa de cuero que andaba en el cinturón se la dio a Barrabás.

—Tú te esperas aquí, la tendré por el tiempo que yo quiera ¿entendiste?

Barrabás pesó la bolsa en su mano.

—Está bien, yo espero —dijo complacido. El imbécil estaba pagando porque lo mataran, la bolsa pesaba y sonaba bien, el negocio estaba saliendo mejor.

El Rabioso la sujetó del brazo y la metió a su camarote. Cerró la puerta poniéndole el cerrojo, según él era mejor estar encerrados.

22. Calígula



La mujer caminó de manera coqueta estudiando el camarote y el Rabioso no dejaba de verle todos los movimientos.

—Quítate esa máscara —le ordenó.

—No.

—Quiero verte la cara, imagino que eres muy hermosa.

—La verás no te preocupes, me caracterizo por ser inolvidable pero la máscara la utilizo al momento de copular, es mi regla y algo excitante, ¿no crees?

—Por supuesto que lo creo —se tocó para acomodarse lo que ya le estorbaba—. ¿Quieres beber vino?

—Me gustaría.

El hombre se acercó a una mesa y procedió a servir en dos copas.

—No acostumbro esto con ninguna ramera, simplemente voy al grano y ya pero tú... creo que bien vales el deleite aunque te sugiero no abusar de mi paciencia.

—¿Qué te pasó en la cara? —inquirió ella.

—No seas curiosa. ¿Qué nunca habías visto piratas?

—Unos cuantos pero no uno usando parche y menos con...

—¿Con la cara desfigurada? —terminó él de hablar cuando se volvía a ella y le entregaba la copa.

—Debió ser doloroso —insistió ella sujetando la copa.

—Gajes del oficio —bebió él—. Somos hombres sanguinarios que nos enfrentamos a todo. Estas son las marcas de lo que somos.

—Das miedo —le dijo ella.

—En cambio tú preciosa, das ganas de hacer todo —quiso tocarle la pierna y ella no le dejó.

—Y haré todo pero a mi manera —sonrió llevándose la copa a los labios, fingió beber.

—No eres como las otras, ¿y sabes qué? Eso ya me tiene desesperado —

se bebió todo de un solo—. Así que basta ya de palabrerías que me muerdo por tenerte, desnúdate de una vez y abre bien esas piernas, quiero verte en esa cama ahora.

—Dije que lo haremos a mi manera —insistió.

—Y yo digo que te muevas ya —la sujetó de la cintura con fuerza—. Pagué por tenerte así que quien decide aquí soy yo.

La Emperatriz no iba a soportar su impaciencia más tiempo, si no actuaba rápido lo único que iba a conseguir era que todos los demás hombres llegaran de la isla y allí si luego los iban a sitiar ahí mismo. El Rabioso quiso besarla y ella lo esquivó.

—¿Te doy asco? —rugió molestándose.

—Es que es la primera vez que... estoy con un hombre como tú, dame paciencia —logró soltarse y separarse de él.

—Bien, porque me gustaste y me lo pides lo haré.

—Te veo con mucha tensión —fingió ella beber otra vez dándole la espalda—. ¿Por eso no estaban las otras aquí?

—Tengo muchos problemas y tengo que ver cómo diablos los arreglo.

—¿Llevas mucho tiempo siendo pirata? —caminó rodeando el camarote observando todo.

—Sí mucho, cuando dejé de ser un crío.

—¿Y es buena esa vida?

—Al menos para hacerse de alguna fortuna.

—¿Y tú tienes una?

—Si tanto te interesa verla primero me darás lo que quiero —en dos pasos se acercó a ella y sujetándole el brazo la lanzó a la cama, el vino se derramó en su ropa—. Es aquí donde quiero verte ya.

—¿Siempre eres tan impaciente? —se contuvo.

—Soy muy impaciente y si no quieres ver a un salvaje violándote será mejor que cooperes de una vez.

La mujer tragó fingiendo la sonrisa, lo cierto era que la furia le estaba encendiendo el cuerpo y era mejor acabar de una vez también.

—Está bien, muéstrame lo que tienes —lo retó.

El hombre sonrió y sin perder tiempo se quitó la camisa, se desabrochó el cinturón y sin más se sacó el miembro y se lo enseñó.

Ella tensó la mandíbula, su ira ya no podía dominarla ni controlarla.

—Ahora yo te mostraré lo que hago —le dijo sentándose en la cama de manera coqueta mostrándole la pierna desnuda, el hombre se saboreó.

Ella lo incitó a dar un paso atrás y buscando hincarse, el hombre creyó que se la iba a meter en la boca pero lo que ella hizo fue sacar una filosa daga de su bota y con agilidad dio el primer golpe. El hombre no dio crédito a lo que le pasó pero el grito de dolor que salió de su garganta hizo un eco desgarrador.

—¡Maldita perra del demonio! ¡¿Qué me has hecho?! —En respuesta al acto le pegó una cachetada a ella ante la furia pero no pudiendo seguir de pie, cayendo al suelo se retorció con las manos llenas de sangre.

La Emperatriz le había cercenado el pene y la sangre le borbollaba como la corriente de un río desbordado. El Rabioso estaba atontado sin saber qué hacer, el dolor que sentía era insoportable y antes de que siguiera gritando y alertara a los demás, ella le metió un trapo en la boca luego que se incorporara del golpe. Lo tomó desprevenido sino él, al menos le hubiera mordido los dedos hasta arrancárselos.

—Eso fue por mí —le dijo con furia, el hombre la miró atónito y sin poder reaccionar debido al dolor ella aprovechó para encajarle la daga en el pecho, brincó al sentir la cuchillada pero sin poder escupir el trapo—. Esta es por mi padre —insistió ella girándole la daga dentro de la carne, debía estarle atravesando el corazón. El hombre sólo la miraba gimiendo los gritos y maldiciéndola en sus adentros.

En ese momento ella se quitó la máscara y entonces el hombre pudo reconocerla, ella sonrió complacida.

—¡Gitana! —se oyó la voz de Barrabás tocando la puerta que estaba cerrada. El Rabioso sólo gemía los gritos, no tenía fuerzas para mover los brazos, el cuerpo entero ya le comenzaba a convulsionar.

—Quisiera quedarme hasta verte sufrir más y que te mueras de dolor —le dijo ella al Rabioso sonriendo con sadismo—. Pero desgraciadamente no puedo, yo tampoco tengo paciencia y debo cerciorarme de enviarte al infierno de una vez. Ésta es por Charles —le dijo con rabia sacando la daga del pecho para encajarle la navaja en la garganta, el hombre se estaba ahogando con su propia sangre—. Púdrete —le susurró con rabia. Con lentitud como quien corta carne de res ella le cortó el cuello, casi decapitándolo—. Por desgracia es la única forma de matar sin hacer escándalo —murmuró para sí.

Notó como al hombre le salía sangre hasta por la boca que el trapo había impedido que la escupiera, puso los ojos en blanco soltando unos últimos gemidos y al momento expiró. Ella sonrió complacida.

Estaba en un charco de sangre pero al fin había logrado uno de sus

propósitos.

—¡Gitana! —volvió a decir Barrabás dándole patadas a la puerta hasta que logró derribarla.

Lo que vio lo asustó, la mujer había cumplido. Ella estaba parada junto al cuerpo manchada de sangre y con la daga en la mano, lo miraba jadeante.

—Lo lograste —murmuró observando el cuerpo y cuando lo vio sin pene brincó hacia atrás—. ¡Ay Dios! ¿Y tenías que llegar al extremo? Creí que el grito era por otra cosa.

—Este perro me debía esa y si hubiera encontrado por aquí una bala de cañón le deshago la cabeza —le contestó buscando limpiar su arma para guardarla en su bota otra vez.

—Y te golpeó —la miró él, tenía amoratado el pómulo derecho y tenía una pequeña herida en el labio inferior, muy cerca de la comisura.

—No importa, ya me cobré todo.

—Bien, ahora vámonos.

—Saltaré al mar por la ventana.

—¿Qué?

—Sí me ven así sabrán que la ramera que te acompañó lo hizo, en cambio si huyo igual lo sabrán pero ustedes alegan que no sabían nada ni el por qué la ramera lo mató. Inventa lo que sea pero también intenta que te crean, creo que es la manera menos salvaje y así se evita un ataque, es mejor que crean que la ramera actuó sola así ustedes salen sin problemas.

—Pero los botes están ya esperando, ¡tus hombres y los míos van a actuar!

—Pues por los momentos hay que preservarles la vida, yo nadaré a los barcos, nos veremos después —le hizo ver luego que por fin se guardara la daga.

Y sin darle chance a seguir hablando, ella quebró el vidrio de una de las ventanas y subiendo como si nada decidida se lanzó al agua. Barrabás se acercó para verla caer.

—Esa mujer está loca —se dijo desconcertado por el cambio de planes.

En ese momento no tuvo más remedio que hacer lo que ella dijo y guardándose bien las monedas, mirando el cuerpo con satisfacción y desprecio caminó saliendo del camarote.

—Al diantre con todo —murmuró satisfecho y salió corriendo por los pasillos—. ¡Han matado al Rabioso! ¡Han matado al Rabioso! —gritó dándole de palmadas con fuerza a todas las puertas para alertarlos.

Subió corriendo las escaleras y al escándalo los hombres reaccionaron y

las ramera comenzaron a gritar asustadas. Salió a cubierta y siguió gritando lo que venía repitiendo.

—¡Han matado al Rabioso!

Todos los que estaban y escucharon corrieron hacia él, incluyendo sus hombres que sacaron sus espadas. Matt sintió el corazón en la garganta y se asustó más al no verla a ella por ninguna parte.

—¿Qué pasó? —preguntaron los que estaban de guardia algo más lúcidos.

—El Rabioso está muerto —contestó fingiéndose nervioso—. Lo han asesinado.

—¡Fuiste tú! —uno de los hombres lo sujetó con enojo.

—No, mírame, no tengo sangre, mira mis manos, estoy limpio.

—¡Lo destazaron como cerdo! —gritó otro que subía corriendo.

Para colmo la avalancha de mujeres descontroladas y llenas de terror subieron gritando, haciendo que ni ellos mismos se controlaran.

Los más allegados al tipo corrieron a verlo mientras que los otros trataron de controlar a las mujeres lanzándolas al suelo de la cubierta y que se quedaran allí hasta aclarar todo.

—Barrabás —sus hombres se acercaron en cuenta Matt.

—Ella lo hizo —les susurró—. Pero decidió saltar por la popa.

—¿¡Qué?! —Matt iba a correr hacia allá pero Barrabás lo detuvo.

—Ella cambió los planes, debemos hacernos los pendejos y hacerles creer a estos que no sabemos nada, es una manera de evitar una pelea. Ustedes síganme la corriente y no digan nada.

—Pero ella...

—Ella estará bien. —Barrabas lo tranquilizó—. Y por el bien de ella misma no arruines más las cosas.

Los hombres se apartaron y se hicieron los tontos. Barrabás los instó a acompañarlo. Bajaron al camarote haciéndose paso por todos los demás curiosos que no daban crédito a lo que veían. El cadáver del Rabioso de verdad parecía haber sido destazado como cerdo. Cuando Matt lo miró tuvo que controlarse, él no estaba acostumbrado a ver cosas así.

—Lo dejaron sin pene, casi le sacan el corazón y la cabeza pende de un hilo. ¿Quién carajos hizo esto? —preguntó uno de sus hombres.

No podían acercarse mucho debido al charco de sangre que se los impedía.

—¿Y la ramera? —preguntó uno.

—Todas están en cubierta —le contestó otro.

—Me refiero a la muñeca que andaba con Barrabás.

Todos los hombres lo miraron.

—Yo sólo vine a hablar con él y estaba muy molesto —se defendió ante la mirada con la que todos lo acusaban—. Mírenme, yo estoy limpio, estuviera lleno de sangre si lo hubiera matado, ¿no les parece?

—Alguien arrancó la puerta —dijo otro.

—Fui yo, el Rabioso se encerró y cuando lo escuché gritar no pude abrirla.

—¿Y por qué se encerró? —cuestionó otro.

—Porque se encaprichó con mi mujer y a mí me dejó afuera.

—¡Entonces fue ella!

Otro de los tipos que estaba en el camarote se acercó a la ventana y confirmó lo que el otro había dicho.

—Y saltó por aquí, algo se alcanza a ver en el agua y parece ser la máscara que andaba.

—¿Quién era esa mujer? —uno de los tipo furioso sujetó de la camisa a Barrabás.

—Sólo sé que le dicen “La Gitana” —le contestó apresurado, debía pensar rápido y evitar un zafarrancho entre todos.

—¿Y de qué burdel es?

—No lo sé, la conocí en la calle, la probé en un callejón y luego quedamos de vernos.

—¡Tú no eres de los que hacen eso! ¡No mientas! —los hombres parecían conocerlo bien.

—Les juro que sí.

—Lo único cierto es que aquí hay un muerto adornando y esto no se va a quedar así —sentenció otro.

—Barrabás tú y tus hombres no se mueven de aquí hasta que vengan los demás —le dijo el que lo tenía del cuello.

—¿Y qué? ¿Nos vas a encerrar? Te recuerdo que no estás tratando con ningún pendejo, aquí los jodidos son todos ustedes que no están ni en cantidad ni en sus cabales para pelear. Mi barco está aquí cerca y Prisco no despega el ojo del catalejo, por los momentos los superamos en número y fuerza, así que si me place puedo ordenar el abordaje del Calígula y sacarles las tripas a todos ustedes —con fuerza se liberó del que lo tenía sujetado sin que el otro volviera intentar tocarlo—. No sé quién diablos es esa mujer, me gustó y la probé, la llevaba a mi barco pero ahora agradezco que no, con seguridad fuera

yo el que estuviera en el lugar del Rabioso.

—Debe de trabajar para alguien —opinó uno.

—De seguro para algún corsario —indicó otro.

—O para algún gobernador y la enviaron como carnada —murmuró el tercero.

Cada uno sacaba sus propias conclusiones.

—Sí así fuera significa que de ninguna ramera debemos confiarnos y yo ya perdí mucho dinero por hacerle caso a mis pelotas —dijo Barrabás—. Síganme a cubierta, aquí ya comienza a apestar.

El hombre en sus adentros se moría de la risa, no sabía que podía actuar tan bien, el asunto le había resultado mucho mejor, de verdad que esa mujer era inteligente. Cuando todos estaban en cubierta y Barrabás pudo respirar mejor se calmó y volvió a su actuación, debía probar su ingenio.

—Bien —comenzó a decir ya más serio—. Quiero que todos ustedes me escuchen, es obvio que estamos en la mira de alguien que tiene un asesino a sueldo y dado el caso, no creo que sea la única mujer que se dedique a eso. Esa es su táctica y creo que me libré de una, fue mala suerte lo que pasó hoy aquí, cuando a alguien no le toca de verdad que simplemente no le toca pero siempre hay quien pague porque la Parca no pierde y hoy con su guadaña se llevó al Rabioso. Entiendo que a muchos de ustedes les afecte por ser parte de su tripulación y es obvio que a Salamandra no sólo le va a molestar sino que se va a volver a enfurecer. Hay que reconocerlo, hoy perdió a uno de sus mejores hombres pero el problema es el siguiente; el Rabioso estaba hoy en Tortuga y la mayoría de sus hombres cogiendo en tierra, su barco estaba sin defensas porque para colmo los que están aquí “también cogiendo” igual están ebrios así que cuando Salamandra lo sepa en su coraje no dudará en diezmarlos a todos ustedes por confiados y estúpidos.

Los hombres se asustaron y hasta la borrachera que sentían se les estaba yendo debido al susto, al igual las mujeres en cubierta que temblaban de frío y miedo sin dejar de llorar por su destino.

—Barrabás tiene razón —opinó uno—. La verdad es que si estamos todos jodidos, no debimos quedarnos aquí sino seguir avanzando, nada de esto hubiera pasado y el Rabioso estuviera vivo, siguiendo maldiciendo en su coraje pero vivo.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó otro.

—¿Y el contramaestre? —inquirió Barrabás.

—En Tortuga —le contestaron.

—Para empezar tienen que llevarse a estas mujeres otra vez a tierra —les ordenó—. Aquí la diversión ya se acabó y ellas tienen razón en orinarse del miedo.

—¿Y luego?

Barrabás miró al cielo, no estaba seguro de la hora pero intuyó que ya pasaba de la media noche.

—Les ordenan que se callen y no vayan con el escándalo —continuó—. También traigan a todos los demás así los tengan que arrastrar porque deben estar aquí, ¿alguien sabe dónde está Salamandra?

—Se quedó en las costas de Cuba —contestó uno.

—Será necesario ir a avisarle.

—¿Y quién lo hará? —preguntó otro—. Quien le dé la noticia es posible que se muera.

Todos murmuraron y reconocieron que era cierto, luego se volvieron y miraron a Barrabás.

—¿Quién? ¿Yo? —alzó las cejas.

—Eres el más indicado —le dijo el que lo había sujetado del cuello—. Tú trajiste esa ramera que mató al Rabioso así que te corresponde dar la cara.

Barrabás negó con fastidio rodando los ojos.

—Lo haré con una condición —les contestó fingiéndose resignado.

—¿Cuál?

—Que ya que voy a arriesgar pellejo y cuello al menos me nombren capitán del Calígula.

Todos ceñudos y desconfiados se miraron entre ellos.

—Cuando estemos todos lo decidiremos por voto —le contestó el mismo que le dijo que diera la cara.

—Bueno en ese caso espero, si ustedes no son gallinas y creen que se pueden enfrentar a la ira de Salamandra sin alguien de confianza que los guíe...

Todos volvieron a mirarse, lo cierto era que a Salamandra le tenían miedo.

—Ustedes deciden —insistió Barrabás—. O dan la cara solos y piensan que pueden seguir siendo parte de la tripulación de Salamandra y le sirven a él, sabiendo que tarde o temprano sin pensarlo se deshace de ustedes por no hacer su trabajo o...

—O te servimos a ti y nos conservamos vivos —le dijo otra vez el que lo tuvo del cuello.

—Así de simple —confirmó él—. Saben que tengo demasiados contactos y gente que me sirve, además de ser un poco más llevadero, creo que conmigo estarían mejor.

El tipo que lo tuvo del cuello ordenó que al menos las mujeres se fueran ya, las bajaron a los botes con rapidez, apenas y estaban algo cubiertas pero prefirieron irse así que volver a entrar a ese barco. En los mismos botes que llegaron en esos mismos las llevaban. Barrabás no era tonto, sabía que no sería fácil que lo nombraran capitán ni terminarse de ganar la confianza de algunos, podía conseguir la mayoría de votos y estar comandando un tiempo pero no sería por mucho. Esos tipos eran capaces de deponerlo en cualquier momento y con cualquier excusa, podían ser capaces de amotinarse y hasta lo podían matar como un acuerdo entre todos, lo cierto era que con tipos como esos no iba a confiarse. Sabía que en el fondo lo creían responsable y culpable de la muerte del pirata y eso jamás lo iban a hacer a un lado. Era mejor que pensara en otra cosa.

En ese momento sucedió lo que nadie se esperaba, apenas y los botes habían avanzado algo cuando un estruendo los asustó a todos. Las mujeres en el mar se abrazaron y gritaron otra vez mientras los tipos que remaban, miraban atónitos como una bala de cañón había atravesado el casco de la proa de lado a lado, que por poco y les pega a ellos mismos estrellándose en el agua, mojándolos a todos y amenazando con volcarlos. Al ver eso comenzaron a remar como locos para ir a refugiarse en tierra.

Quienes estaban en el barco ni siquiera fueron conscientes del ataque y los que estaban más cerca del balaustre, saltaron despavoridos al agua para intentar salvarse. Barrabás y sus hombres en cuenta Matt que se sentía sordo por el bombazo, seguían en medio de la cubierta cerca de la escotilla central, los demás corrían como ratas, unos buscando salvarse y otros buscando responder con el mismo fuego.

—¡Alto ahí! —Gritó la voz de un hombre al otro extremo—. ¡En nombre de Su Católica Majestad Don Felipe Rey de España quedáis todos arrestados! ¡El Calígula ha sido apresado! ¡Estáis sitiados!

Apenas y lograron ver a toda la Armada española señalándoles con largos mosquetes por arriba y los cañones por abajo.

Barrabás ni se lo pensó.

—Ustedes conmigo —les dijo a sus hombres—. Al agua todos, nadaremos hasta llegar a nuestros barcos pero no podemos dejar que nos atrapen.

Todos incluyendo Matt le obedecieron, corrieron a estribor y saltaron al

agua ante el humo y la lluvia de balas que pudieron sortear.

23. Reencuentro



El estruendo lo escucharon todos los demás y Christoff sintió que su corazón iba a estallarle dentro del pecho, estaban en botes pero seguían algo cerca de sus barcos. Con el catalejo se habían mantenido quietos al no ver ningún movimiento que les indicara avanzar y eso los desconcertó. Para colmo tenían al Calígula de frente a ellos, con la proa en su dirección pero por ser la noche algo oscura apenas y vieron que algo se acercó y menos se movieron creyendo que era otro barco pirata pero no era así, ese barco había atacado al Calígula sin contemplación y ahora ellos estaban allí sin saber qué hacer ni hacia donde moverse.

—¡Mi Emperatriz! —se puso de pie intentando saltar al agua.

—No Christoff —lo detuvo Herodes de inmediato.

—¡Van a apresarla! —rugió.

—Muchos saltaron, no dudes que ella también, hay que esperar.

El rubio estaba que no cabía en ese lugar, sentía el corazón en la boca y el cuerpo de todas las temperaturas.

—Que un bote regrese para alertar a los del barco —sugirió el Persa—. Por fortuna ese barco no nos ha visto debemos irnos o nos cazarán a todos.

Un grupo de hombres de Barrabás estuvieron de acuerdo y se movieron en dirección a los barcos. La oscuridad de la noche y el que no tuvieran ni un farol encendido les valió para pasar inadvertidos. Era mejor llevar a los barcos a la pequeña bahía que tenían atrás y esconderlos ahí.

—Yo no me iré sin saber de ella —sentenció Christoff.

—Pero ten paciencia —le dijo Herodes—. No actúes precipitadamente, si arruinas las cosas ella va a molestarse más. No pierdas la jodida cabeza por ella.

Esperaron un momento más mientras con la ayuda del catalejo miraban como el Calígula era abordado por hombres, todos vistiendo de la misma manera.

—Ese no es otro barco más, es un barco de la Armada —dijo Christoff

observando todo.

—¿Armada de qué? —preguntaron los hombres.

—No lo sé, no logro distinguir los colores de la bandera ni los escudos pero se parece a la española.

Al momento escucharon un chapoteo y se asustaron, los hombres y Barrabás llegaban cansados y sin fuerzas.

—¡Es Barrabás! —señaló uno.

Les ayudaron a subir, el Persa le ayudó a Matt y éste, jadeante del cansancio se quedó acostado. Barrabás y sus hombres subieron al otro bote.

—Debemos agradecer que no hay tiburones aquí —dijo Herodes.

—¿Qué pasó? —inquirió Christoff.

—De todo —le contestó Barrabás—. Y para colmo ese ataque.

—¿Qué barco es ese?

—Es la Armada española, esos malnacidos aparecieron de la nada. ¿No ven sus banderas con el aspa roja de los ejércitos del rey?

—¿Y ella?

Todos se miraron con desconcierto.

—Creí que estaba aquí —contestó Barrabás.

—¡No! —le contestaron a la vez Christoff, Herodes y el Persa.

—No es posible, ella hace ratos que dejó el barco.

Christoff volvió su vista hacia allá, miraba también el agua y comenzó a desesperarse de verdad.

—¿Cómo es que dejó el barco? —le preguntó el Persa.

—Esa mujer cambió los planes, se lanzó al agua por la ventana del camarote del Rabioso.

—¡¿Qué?! —Christoff ya no podía ni con su alma, furioso sujetó a Matt zarandeándolo como monigote—. ¿Y tú dónde estabas? Dijiste que ibas a cuidarla.

—A donde ella iba ya no podía ir yo —se defendió.

—Christoff cálmate —intervino Barrabás—. Debemos pensar y por los momentos no gritar, debemos agradecer que esos no han visto los barcos, hay que dar la vuelta y volver sin que nos vean.

—¡No me iré sin ella! —Volvió a gritarle a Barrabás—. Y a ti te voy a hacer trozos, ¿por qué la dejaste sola?

—Te digo que esa mujer cambió los planes.

—Si cayó al agua debió nadar —opinó el Persa observando las olas.

—Por eso la creímos aquí —insistió Barrabás.

—Ella sabía dónde estábamos, ¿por qué no ha venido? —murmuró el rubio sintiéndose sin fuerzas e imaginando lo peor.

—Esperemos un momento más —instó Barrabás algo preocupado—. No puede estar bajo el agua, es imposible. Miremos en silencio que rumbo toma ese barco.

—¿Y toda la tripulación? —preguntó el Persa.

—Unos saltaron también los otros no sé, es posible que ahora sean prisioneros y los llevarán a la horca.

—¿Qué hizo ella? —murmuró Christoff tragándose la desesperación.

—Lo mató —le contestó Barrabás—. Por fin esa mujer hizo lo que tanto quería y le dio muerte al Rabioso, lo destazó como cerdo.

—¿Qué? —todos lo miraron con asombro.

—Voy a contarles lo que pasó.

Mecidos por las olas siguieron en ese lugar hasta esperar que ella apareciera.



Los soldados que habían tomado el barco lo inspeccionaron y a los pocos rehenes que habían sometido ya los tenían atados e hincados en la cubierta, como dijo Barrabás les esperaba la horca y serían entregados a las autoridades por los delitos de robo, asesinato y traición, no sólo eran piratas comunes sino tripulación del Calígula y con eso ya estaban sentenciados. Cuando le informaron a su capitán lo que habían encontrado en uno de los camarotes, el hombre tuvo que bajar para cerciorarse por sí mismo. La escena fue grotesca, apenas y vio algo y salió.

—Bien merecido tiene lo que le pasó, a todo marrano le llega la navidad y a éste se le había tardado —dijo el hombre alzando el mentón con orgullo—. Tomen todo lo que pueda servir, inspeccionen bodegas, camarotes, galera, cocina, barriles, cajas y todo hueco que encuentren de proa a popa. Deben de tener buen botín, saquen todo y háganlo rápido que aún hay camino que seguir.

—¿Y el barco? —le preguntó su primer oficial.

—Lo hacen astillas después y que se vaya al fondo con todo y cadáver.

—A la orden capitán —le obedecieron con el tradicional saludo firme y con diligencia se movieron.

El hombre rápidamente regresó a su barco, tenía algo más importante que hacer.



La Emperatriz estaba furiosa, sorprendida y a la vez asustada por el destino de sus hombres. Al caer al agua llegó tan profundo que una corriente interna y bastante fuerte evitó que saliera a flote y nadara normalmente, atrapándola en su espiral y arrastrándola por otro rumbo y cuando por fin pudo salir a flote, aspirando grandes bocanadas de aire fue sólo para toparse con un grupo de botes con hombres desconocidos que de igual forma, la miraron y le apuntaron con sus armas pero al verla mujer le hablaron de manera amigable y le ofrecieron ayuda. Ella desconfió porque eran uniformados y supo que no eran gente común, sin embargo por el hecho de ser soldados se sintió algo confiada a la vez aunque en el fondo sabía que no era así. La subieron al bote más vacío y ordenaron llevarla al barco que estaba a unos cuantos kilómetros esperándolos. Cuando ese bote regresó con ella y la subieron al barco todos los hombres que la vieron se quedaron asombrados por su manera de vestir y entonces dedujeron que era alguna ramera que estaba en el barco que buscaban. De inmediato el capitán se encontró con ella y mirándola de pies a cabeza hecha un desastre sonrió. *“Porque tienes un hermoso cuerpo femenino me cercioro que no eres un bufón”* le había dicho, los hombres se rieron también y es que todo el maquillaje de la cara se le había corrido y estaba peor que un arlequín. Aunque el capitán fue consciente de las manchas que en su cuerpo tenía y eso no era pintura sino sangre. *“Llévenla a mi cabina”* había ordenado *“Y sigan el rumbo, ya los tenemos”* Sus hombres le obedecieron y él se fue con ellos, cuando se encerraron sólo los dos la mujer pensó que iba a tener que lidiar con el marino por creerla una ramera. *“Eres hermosa, a pesar de tu apariencia lo sigues siendo”* le dijo sacando unas mantas de un cajón que tenía y se las ofreció para que se secara y cubriera. *“¿Quién es usted?”* había preguntado ella, lo cierto era que el atractivo hombre le parecía familiar aunque usara peluca y eso la tranquilizó a medias. *“¿De verdad ya no me recuerdas Asturiana? Yo te reconocí de inmediato”* le contestó con otra pregunta muy sonriente y ella hasta dejó caer las mantas al suelo al reconocerlo también cuando él se quitó la peluca. El hombre que tenía enfrente no era otro más que Luis de Castro, ahora capitán de una flota, el mismo a quien le había entregado la virginidad años atrás y ahora el destino los volvía a poner cara a cara. *“Bienvenida al **Santa Trinidad**, mi barco”* sonrió.



Cuando el hombre regresó al barco y entró a su cabina la encontró a ella sin haberse cambiado con la ropa que le ofreció y mirando atenta por la

ventana.

—¿Qué haces? —le preguntó desconcertado—. Creí que te habías quitado esa escasa ropa mojada.

—Debo volver —le contestó ella mirándolo.

—¿A esa fétida letrina que llaman Tortuga? —Elevó una ceja—. ¿Siempre si decidiste el oficio y vives allí?

Ella se ofendió y lo miró con seriedad pero al ver que la mirada de él la recorría entera cayó en cuenta que estaba vestida como una, exhaló.

—No soy una ramera —le contestó.

—¿No?

—Sencillamente me encontraste en el momento equivocado.

—Y deberías agradecerlo, mis hombres dicen que te costaba respirar cuando te hallaron en el agua. Al menos esa pintura de tu cara se quitó, te ves mejor natural. —Al decir eso él no pudo evitar enfocarse en el golpe que se le notaba y que le inflamaba un poco el cachete. Tensó los labios con molestia.

—Estuve mucho tiempo en el fondo y este corsé me está matando, creo que tragué agua y estoy un poco sorda. —Sacudió ella la cabeza.

—¿Y puedo saber por qué nadabas a media noche? Estabas a casi una milla de tierra, es mucho —se sentó en un sillón.

Ella lo miró sin saber qué responderle, el estar atenta de sus hombres le había impedido planear su diálogo con él y del interrogatorio no se iba a librar.

—Estaba en el lugar equivocado —volvió a contestarle.

—Ya lo creo que sí —insistía él con el escrutinio, verla así hacía que sus recuerdos se avivaran.

—Debo irme —insistió ella.

—¿A dónde?

—Con mi familia.

—¿Hiciste tu vida?

—Sí.

El hombre exhaló, era de suponerse lo que él pensaba. Volvió a mirarla de pies a cabeza, tener otra vez a esa mujer lo excitaba porque el encuentro no sería como la primera vez sino mucho más excitante dada la experiencia de ambos, pero al enfocarse en la tela manchada de la falda lo hizo tensar los labios.

—Estabas en ese barco, ¿verdad? —inquirió con seriedad.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Por error.

—Asturiana te sugiero que me digas la verdad, ahora soy capitán, tengo bajo mi responsabilidad a cientos de soldados, marinos y oficiales y algunos navíos de la Armada Real, no vine solo. Soy una autoridad militar con el poder de su majestad para actuar como mejor me parezca y ese era un barco pirata, el barco de un malnacido que saqueó los navíos de la corona por años y aunque el tipo esté muerto ya, las cosas aún no cambian —volvió a mirarle las manchas de la falda—. ¿Tienes algo que quieras contarme?

—¿Significa que terminaré prisionera como esos hombres?

—¿Prisionera? —Frunció el ceño—. No, no eres prisionera, supongo que fuiste una víctima más, una de las tantas que este perro tenía en su lista, ¿quiso atacarte verdad? ¿Te raptó? ¿Él hizo que te vistieras así? ¿Ese maldito te pegó?

La Emperatriz alzó una ceja y evitó sonreír, podía valerse de las suposiciones del capitán, bajó la cabeza y pensó sus respuestas. Él se levantó de su sillón y caminó hacia ella, con osadía le acarició la mejilla y con la punta de los dedos le levantó el mentón para que lo mirara.

—Puedo protegerte Asturiana —le susurró con cálido aliento—. Jamás imaginé volver a verte y aún recuerdo todo como si hubiese sido ayer —le acarició el pelo mojado haciéndole un rizo a un lado de la cara como los otros que tenía a modo de juego seductor—. Como sea dejaste una huella en mí, ¿no hice yo lo mismo?

Ella evitó estremecerse.

—¿Lo dices porque... fuiste el primero? —le contestó y él sonrió.

—¿Qué no es suficiente? Creo que lo hice bien, ¿no crees?

—Y te lo agradezco —bajó la cabeza.

—Para mí fue un enorme placer —susurró cerca de sus labios, verle esa timidez lo excitaba más, se saboreó.

—Luis... —ella giró la cara para que no la besara—. Perdón, capitán.

—Estás más hermosa Asturiana —insistió—. No he olvidado el hechizo de tus ojos y no sabes cómo me encantaría...

—¿Tienes esposa? —le preguntó con seriedad. Él la miró y tensando los labios se apartó un momento. Ella notó que prefería callar—. Lo siento capitán —insistió ella—. Yo no seré la amante de un hombre casado.

—¿Y tú?

—Tengo mi pareja y está esperándome.

El hombre exhaló, era obvio que los años no pasaban en vano.

—¿Fuiste tú la que mató al tal Rabioso? —la miró fijamente.

—¿Por qué lo crees?

—Tú falda tiene sangre, el hombre estaba prácticamente destazado y la ventana de su camarote quebrada, ¿escapaste por allí verdad? Escapaste para salvar tu vida porque si los demás miraban lo que hiciste te atraparían y te harían lo mismo.

Ella debía poner a trabajar su mente, el tiempo apremiaba.

—Si te digo lo que sé... ¿vas a mandarme a prisión? —inquirió ella.

—Querida Asturiana, no voy a encerrarte por haber estado en un barco enemigo porque sé que estabas contra tu voluntad, tú eres una persona natural y ellos unos delincuentes, si los atacaste para defenderte estabas en tu justo derecho. Te recuerdo que soy militar y lo que yo diga nadie lo dudará, si yo digo que eres inocente aunque hayas matado a todos los piratas de ese barco lo serás. Para mí eres una heroína que ha actuado en favor de los intereses de la corona y por lo tanto ya te ganaste la gracia de su majestad, ellos eran los traidores, tú no.

La mujer tensó los labios, el hombre la creía un ciudadano común. ¿Qué pensaría si la supiera pirata también? ¿La salvaría por lo que significaba para él? Eso no iba a averiguarlo.

—Habla, no tengas miedo —la instó dándole seguridad—. Conozco esta clase de perros, sé que vienen a este lugar para servirse de todas las zorras que puedan encontrar pero también sé que no todos lo hacen de buena gana. Sé que hay algunos aberrados que disfrutan sólo el violar y someter a la mujer con la violencia y este Rabioso no era la excepción, ¿por eso te golpeó? ¿Quiso hacerlo contigo verdad? Y como no te dejaste forzar solamente te defendiste.

—¿Tú lo conoces bien? —preguntó con dudas.

—Lo conocía, querida, porque ya te encargaste de mandarlo al infierno y no lo niegues porque sé que así es. Ese perro era seguido por años y aún nos falta el manda más, uno que llaman Salamandra pero al menos este ya pagó por lo que hizo hace diez años.

La Emperatriz evitó abrir la boca pero sí abrió los ojos al oírlo y todo le pasó con rapidez por su mente. Él lo sabía, no era ajeno al suceso y quiso saber más pero para colmo un estruendo que sacudió el agua la asustó en el momento. Los cañones dispararon.

—¿Qué pasa? —corrió a la ventana.

—Tranquila —se acercó a ella y le sujetó los hombros al mismo tiempo que le ponía una de las mantas, la noche era muy fresca—. Los cañones están mandando toda esa pestilencia al fondo del mar.

—El estruendo va a alertar a todos los demás, más barcos piratas pueden aparecer aquí y entonces tu Armada será la que siga en turno.

—¿Crees que estoy solo? —Le acarició la barbilla—. Tengo al menos siete barcos más atrás de mí y todos están dotados del mejor armamento, cada uno de más de mil doscientas toneladas, de tres puentes con el mismo número de bandas en cada lado que los adornan quince cañones en cada banda por lado así que imagínate. Mis navíos son imponentes y veloces fortalezas flotantes con centenares de hombres adiestrados como soldados y marinos, se lo pensarán si quieren hacer alguna carnicería aquí, no Asturiana —insistía en la caricia ahora con el pulgar en sus labios—. Estas ratas al ver que la Armada Real de su majestad está aquí y que ya apresó al primero lo que harán será huir.

—Tengo que irme —murmuró evitando sentirse nerviosa.

—Ven conmigo ahora.

—No, déjame ir, diré que ustedes me salvaron, que gracias a ustedes estoy bien.

—¿Y no tienes miedo que los amigos que ese tipo dejó te hagan algo? Apenas y unos cuantos fueron apresados, los demás huyeron y lo peor, pueden reconocerte.

—Luis tengo que irme, mi familia no dormirá si no saben nada de mí. Mi... nana debe estar bajando a todos los santos por la angustia que debe tener.

—Al menos esperemos hasta el amanecer, ¿quieres comer algo?

En ese momento sintió que el barco se movía y eso la asustó más.

—Nos estamos moviendo —le afirmó mirándolo a los ojos.

—Buena observación querida, debemos movernos.

—¿Y en dónde piensas dejarme? Tengo que quedarme aquí.

—Corres más peligro.

—¿A dónde vas?

—Hacia La Habana.

La mujer abrió los ojos, era algo lejos, en definitiva no podía quedarse en ese barco y debía actuar rápido.

—No Luis, no puedo quedarme contigo, si me aprecias, si lo que pasó entre nosotros significa algo para ti dame un bote y deja que me vaya.

El hombre la miró con atención y tensó los labios, por supuesto que lo que pasó entre ellos significaba algo para él, jamás se imaginó que la experiencia con esa “virgen” iba a dejarlo marcado sin poder sacarla de su cabeza pero también sentía que si lo hacía era como ceder a un chantaje y eso no le gustó.

—Me dijiste que tenías algo que decirme —le recordó él.

—Te diré lo que quieras si me dejas ir, lo que te diga será muy útil para la corona española pero debes jurar que me vas a proteger porque si alguien se entera que yo te lo dije...

—Lo sé —la sujetó de los brazos queriendo alentarla—. Sé que no finges y estás asustada, ¿supiste algo más verdad? Estando en ese barco te diste cuenta de algo y por eso las cosas se complicaron, ese maldonado te atrapó en algo y seguramente antes de callarte para siempre iba a disfrutarte como el salvaje que era.

La mujer apenas y atisbó una sonrisa, la imaginación del hombre y sus suposiciones le estaban resultando mejor.

—Llévame ahora a un bote y sólo desde allí te lo diré.

—Si me dices todo delante de mis hombres no estarás segura, más de alguno dirá que se encontró a una mujer con ciertas características y que estuvo encerrada con el capitán del Santa Trinidad algo de tiempo.

—Igual puedes decir que te aprovechaste de dicha visita un rato, vivimos tiempos raros y supongo que no sería la primera que te cogieras en tus viajes sin importar montarle los cuernos a tu esposa.

—Cuidado Asturiana, no juegues con fuego, mi vida privada no es problema de nadie —le dijo con seriedad.

—Entonces creo que cometiste un error encerrándote conmigo aquí, ¿no te parece? —sonrió.

El hombre la miró molesto y separándose de ella caminó hacia la puerta.

—¡Teniente Ávila! —lo llamó con voz fuerte, ella se asustó, si la encerraban estaba perdida.

Buscó con la mirada algo en el lugar que le pudiera servir para escaparse pero lo único que había sobre la mesa eran adornos, instrumentos náuticos del capitán y un abrecartas. Lo demás eran estantes y libros.

Sabía que sus hombres estaban atentos observando todo desde su escondite lo que no tenía claro era si pensarían que ella estaba en el barco español. Sí la flota avanzaba hasta Cuba se la llevarían y sería muy difícil para ellos encontrarla. “*No es sólo usar la violencia sino la lógica*” le había dicho Charles una vez que decidió no atacar en una revuelta de piratas y la

marina, manteniéndose a distancia. *“Y la lógica te indica cuando llevas a tus hombres a un suicidio, usar la razón muchas veces es mejor”*

—Señor —el oficial se paró con firmeza ante él.

—Alístate uno de los botes más pequeños y ligeros, debemos continuar y no podemos llevar a la dama a su casa, ella está asustada pero sabe remar.

El teniente miró a la mujer con desconcierto y luego miró a su capitán otra vez.

—No es una zorra —le aclaró su superior al imaginar lo que pensaba—. Ese perro la había secuestrado y ella sólo huyó. No podemos cargar con ella, su familia la espera y aunque está consciente que puede correr más peligro quedándose aquí no le importa y yo, nada más puedo hacer.

El hombre asintió y los dejó. Luis se volvió a ella y extendió las manos.

—¿Y bien? ¿Contenta?

—Gracias —respiró aliviada.

—Vámonos, mientras caminamos me dices lo que sabes.

Al cabo de un momento, él mismo le ayudó a bajar y lo hizo solo él para tener más privacidad al hablar.

—¿Volveré a verte? —insistió él cuando ella ya estaba en el serení.

—Temo que sí —le contestó.

—¿Temes? —sonrió elevando una ceja.

—Temo que lo que una vez... hubo entre nosotros ya no signifique nada, temo que en determinado momento el destino nos enfrente de otra manera y nos vuelva enemigos.

—¿Por qué me dices eso? ¿Por qué tenemos que volvernos enemigos? Yo jamás te haría daño.

—¿Y si te obligaran? Eres un militar que sirve al rey, tienes un deber para con la corona.

—Asturiana te dije que iba a protegerte y lo haré, no tienes idea de la huella tan profunda que dejaste en mí. Además lo que acabas de decirme te vuelve aún más una heroína, esto nos hubiera llevado más años pero ahora gracias a ti el final está a las puertas. Por favor dime que te vas a cuidar y cuando esto termine...

—¿Cuándo esto terminé qué?

—Quisiera... que mantuviéramos algún tipo de contacto.

—Utiliza bien la información que te di —le dijo con algo de tristeza cuando se sentaba sujetando los remos—. No sé si volveremos a vernos, es más, ahora no sé si cometí un error al decirte esto y poner tu vida en riesgo, sé

que la mía está en riesgo también, esto es muy peligroso y si volviéramos a vernos...

—Ansiaré ese momento Asturiana y debes prometerme que también te vas a cuidar, no voy a negarte que deseo volver a tenerte, que en este momento... hubiese deseado que al menos... habláramos más sobre lo que ha sido nuestra vida pero sé que... no es lo apropiado ahora. Por los momentos estaré en La Habana al menos dos semanas, si necesitas algo búscame.

—¿Y si volviera a ti como otra persona? Como una delincuente y como una asesina...

—Yo lucharé para que nadie te toque.

“¿*Aún a costa de su posición?*” pensó ella. No estaba segura, era mejor decir adiós en ese momento.

—Recordaré el “Santa Trinidad” —le hizo ver con voz suave—. Gracias otra vez y que Dios preserve tu vida.

Se miraron un momento sin decir nada más, no era fácil la situación, él resignado se apartó del bote y hasta lo impulsó para que ella alcanzara las olas. La Emperatriz se mordió los labios y sin perder tiempo comenzó a remar, lo miró a distancia mientras lo hacía pero debía concentrarse en su labor. Miró los vestigios del Calígula que ardiendo terminaba de hundirse y al menos agradeció que ese paso ya estaba dado y el asunto concluido. Sacudiendo la cabeza remó con más fuerza impulsándose, le extrañaba no ver actividad pirata o al menos a lo que quedaba de la tripulación del Rabioso que seguía en tierra y sabía que ellos, ya estaban enterados de lo que pasó desde que se escuchó el primer cañonazo pero al alejarse entendió que debían tener miedo y no acercarse; el Santa Trinidad era un barco enorme sin mencionar los demás que lo seguían, unos cuantos bergantines no podrían hacer nada y menos con tripulación de borrachos. Lo cierto es que la flota española se había arriesgado en aguas de dominio netamente pirata y habían tenido suerte esta vez pero no estaba segura en una próxima por mucho poder que sus naves impusieran.

24. Consecuencias



La mujer remó acercándose a la bahía donde sabía que al menos su Emperatriz aún esperaba por ella pero para su sorpresa los barcos no estaban, metió los remos al bote y dejó que las olas la mecieran un poco tratando de mirar hacia todas partes con esa penumbra ya que esa noche les había privado de una luna. Se preguntaba lo que había sucedido y no tardó en deducirlo, era obvio que el ataque del Santa Trinidad hacia el Calígula hizo que se retiraran y más cuando de seguro vieron que lo que quedaba del barco se iba al fondo. Imaginó a Barrabás furioso y sabía que iba a exponerse a sus reclamos por tener la culpa, reconoció que el cambio de planes había afectado todo y eso era sólo culpa suya. Debía arreglarlo. Volvió a sujetar los remos y exhalando se puso en marcha a una orilla segura.

—Sé que deben preguntarse por mí y con seguridad estaban esperándome pero esos cañonazos hicieron que se movieran. Se retiraron para poder vivir hoy y seguir peleando mañana —se decía a sí misma.

Y con ese pensamiento siguió en su tarea, conocía a sus hombres y ni aún viendo al rey mismo iban a moverse y menos sin ella aunque a veces ella misma se los pidiera. El que las cosas se salieran de control hizo que tomaran una decisión y lo único que a ella le restaba era llegar a la playa y volver a su casa. Más de alguno debía estar ahí.



En Tortuga no se hablaba de nada más. El ataque al Calígula, el asesinato del Rabioso y el arresto de los hombres que estaban en el barco tenía con temor a muchos y furiosos a otros. Los que eran parte de su tripulación estaban atónitos y no se creían lo que había pasado, muchos se aglomeraron en el muelle y en la misma playa y lo único que podían ver a distancia eran las pocas llamas que flameaban sobre el agua y que indicaba que allí había estado el barco. Los que sobrevivieron hablaron de lo sucedido, regaron la noticia como pólvora, narraron sobre cómo saltando al agua se habían librado de que

los atraparan y a su vez, se habían librado de las balas aunque varios estaban heridos. Dijeron claramente que un enorme barco español les cayó por sorpresa aprovechando la oscuridad y que ellos apenas habían sido conscientes del primer cañonazo pero a todo eso jamás se imaginaron lo que momento antes había ocurrido; estaban seguros que la ramera que había llevado Barrabás con él era la asesina del Rabioso y nadie, absolutamente nadie podía tener la cabeza para pensar en las conclusiones a sacar. El tipo con el que Barrabás había hablado en el muelle no se lo creía y en parte, en sus adentros se culpó por haberlo instado a ir. Aclaró que el pirata había dicho que no pero oyendo todo lo que los demás decían, supo que siempre si había ido pero más terror le dio imaginar que la muñeca que llevaba con él era una despiadada y fría asesina. Los hombres que sobrevivieron y que aún estaban en la playa dijeron la manera en la que lo había hecho según lo indicaba el cadáver, el problema era que nadie más la conocía con las características que daban y el único que podía aclarar todo para bien o para mal era el mismo Barrabás. A la luz de faroles, antorchas y fogatas, en el muelle, en la playa, en las calles, en las tabernas y en los burdeles no se hablaba de nada más, ya que las ramerías que se habían salvado no pudieron quedarse calladas como se los ordenaron porque eran presas del pánico que habían vivido. Aún estaba oscuro, era bien entrada la madrugada, lo que todos tenían claro es que nadie iba a dormir y temían aún más por lo que ese amanecer les trajera.



La Emperatriz había logrado colarse en una especie de granja y cubriéndose con una capa que encontró en una cerca y robándose un caballo sin montura que estaba a la mano, sin pensarlo lo instó al montarse sobre él. Sujetándose de su crin, en esa oscuridad salió a todo galope rumbo a su propiedad.



El Capitán Luis de Castro cavilaba sentado en un sillón al lado de su cama en su camarote, al mismo tiempo que con lentitud se bebía una copa de licor. Jamás se imaginó volver a verla a pesar de haberla buscado desde que la hizo suya. Lo cierto era que esa mujer lo había marcado y bendecía el momento en que había decidido ir a ese burdel esa noche que la conoció. Lo creyó pasajero pero no era así, él continuó con su vida y ella con la suya, él tuvo que acceder a un matrimonio por conveniencia y ella también tenía una pareja pero

la diferencia radicaba en que ella si parecía quererlo y en sus muy adentros, eso le dolió a él. Verla otra vez y hecha más mujer hizo que todo el piso de la cubierta de su barco se le sacudiera y sólo rogaba porque estuviera segura en esa vida que había escogido porque lo que le había revelado era muy delicado y en cuanto de él dependiera iba a protegerla, tenía ingenio y descubrir un plan y a su vez tejer el cómo había obtenido información y le creyeran no sería difícil. Ahora sentía que su vida de repente le había dado un giro total y su papel como “héroe” ante el rey por haber mandado una de sus piedras al fondo del mar, iría más allá que una simple hazaña. Debía ser cauteloso y no poner en juego su posición pero más que nada, enfocar sus fuerzas a protegerla a ella en cuanto de él dependiera el asunto sin dudarlo.



A unos metros de la entrada a su propiedad ella bajó del caballo y volteándolo le dio una nalgada para que se regresara con su amo, el animal obediente como si supiera su parcial libertad trotó de regreso y ella aceleró el paso por el camino. No había reparado en el bote que tuvo que dejar en la playa, quien lo encontrara podía reconocerlo como español y por ende saber con quién asociarlo dado a la recién visita, había sido una mala idea pero no podía remar hasta su casa en él porque al rodear la playa iba a tardarse más y llegar entonces junto con los primeros rayos de sol. Mientras caminaba también pensó en su encuentro con Luis, tampoco jamás se imaginó volver a verlo y aunque estaba más hombre y atractivo ahora no era un simple teniente sino todo un capitán, el capitán del que su amiga le había dicho y el que había logrado ser. Él lo dijo, sabía lo de la masacre en Puerto de la Cruz y aunque no había dicho nada en cuanto a su conocimiento por Magdalena de la Torre para ella esa relación de amistad o lo que haya sido no le era desconocido. La Emperatriz se sentía aturdida, no sabía que tan mala había sido su decisión de cambiar el plan ya trazado y que si en vez de haber hecho el bien para los hombres había hecho todo lo contrario pero de algo estaba segura; el que hubiera una corriente fuerte bajo el agua y el que apareciera de la nada la flota española no era culpa suya. El único problema fue que todo no salió como esperaban con esa visita sorpresa como tampoco esperaban que abrieran fuego y mandaran al Calígula al fondo del mar, eso fue suficiente para que sus hombres tomaran la mejor decisión e irse del lugar aprovechando la oscuridad de la noche. Estaba segura que Barrabás se las había ingeniado como también estaba segura de que él, sus hombres y Matt se habían logrado escapar del

dominio español. Rogaba por eso, especialmente por Matt. Pensó en él por un momento y en lo que había pasado esa tarde en el muelle, sin querer se llevó una mano a sus labios y recordó el beso, se saboreó, como sea él había respondido, la había besado, lo instó a que la tocara y... también lo incitó a que le mostrara una erección. Sonrió, sin duda Dios se lo iba a descontar y por tentar a un hijo suyo la mandaría directo al infierno sin pase a un purgatorio. Siempre se había enorgullecido por tener cierta habilidad para manipular pero en este caso el asunto fue más allá de una actuación y ambos lo sabían, como también habían constatado que el disfrute había sido mutuo. ¿Iba a ocultarle eso al rubio? Lo cierto era que dado su carácter no era conveniente que lo supiera.

—¡Alto! —la voz de un hombre que le apuntaba con un arma la sacó de sus pensamientos de manera abrupta haciendo que se detuviera—. ¿Quién merodea en propiedad privada a altas horas de la madrugada?

La mujer se quitó la capa descubriéndose su rostro y mirándolo de frente.

—Tu señora —le hizo ver con firmeza.

Las pocas sirvientas que aguardaban despiertas esperándola, se alzaron a voces de alegría por toda la casa al verla entrar y una de ellas corrió a avisarle a Zafira, que al fin respiraría en paz.

—Quiero que preparen mi baño ahora y que toda esta ropa sea quemada —les ordenó cuando subía hacia su habitación—. También que alguien vaya a avisarle a mis hombres al fondeadero que estoy aquí, quiero que Christoff, Bram, Herodes, Goliat, Persa y Erik vengan y si Barrabás está con ellos también.

Otra de las sirvientas asintió y corriendo salió a decirle a los hombres afuera.

Cayó rendida en su cama luego del baño y con una serenidad que la satisfacía, no fue consciente del momento en que se durmió solamente con una taza de chocolate y pan de coco en el estómago. El agotamiento era bastante y terminó vencéndola.

Con los primeros rayos del sol se despertó, seguía cansada y algo desorientada, además algo adolorida de la cara debido al golpe pero no le importaba, estaba feliz. En su mente revoloteaban las imágenes de Matt y de Luis y con este segundo sonrió un momento, una vez más se enorgullecía de sus dotes actorales y las suposiciones de él le ayudaran aún más, no fue difícil fingirse una mujer frágil, asustada y lo mejor de todo era que él se lo había creído. Al menos no había olvidado su nombre y eso ya era ganancia para ella,

lo cierto era que jamás se imaginó volver a verlo y muy dentro de su corazón le dolía que se encontraran en otras circunstancias muy adversas. Él la creía una mujer común y no quería imaginar ni siquiera su cara, cuando supiera que también se había dedicado a la piratería porque como hombre iba a enfurecerse por su engaño pero ella no podía decir más, le dijo lo único que era conveniente... para ella y al menos esperaba ver los frutos de ese beneficio en poco tiempo.

—Niña —escuchó que alguien dijo tocando con timidez la puerta.

—Pasa Zafira —le dijo acomodándose en su cama.

La mujer entró con una bandeja, le llevaba café con leche, más pan de coco, zumo de naranja y unas quesadillas. Con cariño le puso la bandeja en las piernas, quería consentirla.

—No sabes lo tranquila que respiro ahora que te veo y te sé aquí, en tu casa.

—Gracias, lamento el susto que te hice pasar pero era necesario.

—Con verte feliz intuyo que todo salió bien, aunque ese golpe no me gusta.

La Emperatriz sonrió mientras bebía su café, saber que por fin había cumplido su deseo con respecto al Rabioso la tenía feliz.

—Niña Emperatriz, esa chica que mandaste... —comenzó a decir Zafira cambiando de tema.

—¿Dónde está? —inquirió.

—Me ayuda en la cocina, parece que le gusta mucho.

—Me alegra que los hombres hayan cumplido en traerla, ve que luego se le pague ese dinero a quien lo dio.

—Goliat la trajo, me dio el recibo que luego le daré a Santiago.

—Entonces a él, ¿y dónde están? Los mandé a llamar y que se vinieran a la casa.

—Ya están aquí pero yo quisiera saber si esa niña de verdad es confiable, ¿crees que es seguro que esté aquí?

—¿Te dijo algo?

—Sí, me dijo que eres su salvadora y me contó cómo te conoció. Al principio no sabía quién era la dueña de la casa pero al saberlo está aliviada y otra vez dice, en deuda contigo.

—Trata de que se quede callada y no hable más, con nadie, tampoco la envíes al mercado, es mejor que no salga de aquí, dile que si lo hace su vida podría correr peligro aún estando aquí. Ella no debe decirle a nadie más en

dónde me conoció ni cómo.

—Se lo hice ver desde que anoche que me lo dijo y juró callar por ti, pero niña me preocupas tú.

—Tranquila, no pienso irme a ninguna parte todavía, tengo más asuntos que arreglar en esta vida.

—Pero...

—Por favor dile a los hombres que me esperen en el despacho. Necesito hablar con ellos.

Terminó de beberse el café y poniéndose de pie buscó su ropa para cambiarse. Zafira obedeció y salió de la habitación. La trigueña no tuvo el valor para hablar nada más y era mejor que ella supiera las cosas por sus propios hombres.

Cuando entró a su despacho ya los hombres la esperaban. En parte se alegraron por verla bien pero también estaban asustados por su reacción ante las malas noticias que iban a darle. La Emperatriz los miró en grupo luego de darles los buenos días pero sin fijarse bien quiénes estaban y quiénes no.

—No sabes la alegría que sentimos al verte —le dijo Bram rompiendo la tensión—. Temimos perderte.

—Lo sé, yo tampoco dejé de pensar en ustedes y me disculpo por haber cambiado el plan pero siento que fue lo mejor, evitamos una masacre entre nosotros mismos —rodeó su escritorio y los miró.

—¿Y dónde estabas? Esperamos mucho por ti —le preguntó Matt.

—Por azahares del destino la corriente del agua me arrastró a otro lado hacia mar adentro y más al norte. Fui a dar con la flota española, estuve en el barco insignia y sólo logré salir con ingenio y porque... el capitán y yo ya nos conocíamos de tiempo atrás. Bendita casualidad.

—¿Tienes un golpe? —inquirió Bram al notarla—. No me digas que ese malnacido te dejó ese recuerdo.

—Fue lo único que pudo lograr hacerme y no me importa si es el precio por haberlo ya despachado para siempre. No veo a Barrabás, ¿dónde está? Quiero hablar con él y escuchar su versión de lo que sucedió cuando dejé el Calígula.

La Emperatriz los miró a todos con atención y algo no le gustó, aparte de sus expresiones.

—Barrabás tiene que lidiar con unos asuntos con respecto a la muerte del Rabioso, creo que por los momentos debe de estar en el muelle pero debe de ir a darle cuentas a Salamandra —le contestó Bram.

—Salamandra va a matarlo cuando se entere —dijo ella con el ceño fruncido notando que los demás no hablaban, sólo Matt y Bram—. ¿Dónde está Christoff? —inquirió con desconcierto al notar su ausencia.

Los hombres cabizbajos se miraron y hasta retrocedieron un paso atrás, sólo Bram y Matt estaban más cerca de ella. Eso poco le gustó a la mujer y hasta ese momento cayó en cuenta de que no se encontraba en el grupo, era el primero que la hubiera abrazado en cuanto la mirara, de hecho hubiera subido a su habitación y despertarla como a él se le hubiese ocurrido y hasta ese momento reparó en eso, el rubio no estaba con ellos.

—Acabo de hacer una pregunta —insistió ella—. ¿Debo volver a hacerlo? ¿Dónde está él?

—Emperatriz... —Bram comenzó a tomar la palabra con valor—. Debes tomarlo con calma.

—¿Tomar con calma el qué?

—Christoff...

—¿Christoff qué? —sintió que la sangre en el cuerpo se le heló y se le detuvo.

—Creemos que ha muerto.

—¡¿Qué?! —gritó ella sin poder creerlo.

—Cuando despertó aquí fue al barco y juntos navegamos para ir a donde se había quedado —le dijo Goliat.

—Se encontró conmigo en el Ulises y sin perder tiempo bajamos a los botes para ir por usted dado el caso esperando la señal —continuó el Persa.

—Estaba desesperado por saber de usted, yo mismo tuve que controlarlo estando en el bote —añadió Herodes—. Pero cuando sonó el primer cañonazo se desesperó más y supe que sería imposible detenerlo, lo peor fue cuando después de un momento vimos llegar nadando sólo a Matt, a Barrabás y a sus hombres y de usted nada. Eso lo descontroló más y cuando Barrabás contó lo que había pasado intuí que él no iba a conformarse ni a detenerse. Los que estábamos quisimos detenerlo pero no lo permitió, no nos hizo caso y lanzándose al agua desesperado nadó de vuelta hacia el Calígula.

—¿Qué? —la mujer ya tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Apenas y pudimos ver algo, él trató de escabullirse para no ser visto y lo vimos subir por un extremo cuando los últimos soldados españoles dejaban el barco por el otro pero... lo que no nos imaginamos pasó después.

La Emperatriz sintió que el corazón se le detenía en el pecho, al momento de golpe lo supo.

—Los cañones —continuó Bram—. Desde el barco también lo vimos, el navío español hizo astillas al Calígula con cañonazos y Christoff estaba allí buscándote.

La mujer no pudo más y cayendo sentada lloró con amargura.

—No, no, ¡no! —gritó odiándose a sí misma.

—No pudimos acercarnos después —insistió Herodes—. El barco ardió antes de hundirse y los españoles no se movían hasta verificar que nada sobreviviera y todo se terminara. Notamos que ningún bote del muelle ni tripulación del Rabioso, nadie, absolutamente nadie quiso acercarse más y mientras los barcos tampoco se fueran...

—No podíamos exponernos —añadió el Persa—. Barrabás no lo sugería.

—Y él mismo iba a tratar de utilizar sus contactos para saber de él entre los que sobrevivieron —dijo Bram—. Por eso amaneció allá, toda la madrugada se han atendido a los heridos que huyeron del Calígula y él mismo se comprometió por ti para ir a la zona e inspeccionar en persona lo que quedó del barco en la superficie.

La mujer se sujetaba la cabeza apoyada en su escritorio sin dejar de llorar, Matt sentía deseos de acercarse más y abrazarla pero sabía que ella no iba a permitirlo.

—Debí haberlo golpeado más fuerte —se reprochaba—. Yo intuí que Christoff iba a hacer una estupidez que evitara exponerme.

—Y aunque no nos hubiera encontrado siempre ese hombre hubiese buscado la manera de ir hasta allá, nada iba a detenerlo, él sabía los planes —le dijo Bram—. Si no lo hicimos nosotros menos estando solo. Fue una insensatez y su decisión, el problema estuvo en que nadie imaginó que el ataque a un barco vacío continuaría. Se mantienen las esperanzas de que haya sobrevivido pero...

—Es imposible —murmuró ella.

—Si cayó herido y algo lo aplastó impidiéndole salir a flote...

—¡Ya basta! —gritó golpeando su escritorio.

—Si Barrabás se entera de buenas o malas noticias mandará a alguien al barco y di la orden de que de inmediato nos vengán a avisar —dijo Herodes.

—Él no puede estar muerto, no puede estar muerto —repetía ella.

Todos se miraron y entendían perfectamente su sentir y reacción, ellos mismos no lo creían y lo peor era que tampoco ellos podían asomarse al muelle para averiguar las cosas de manera personal porque eran muy conocidos y si asociaban a los hombres de la Emperatriz el asunto iba a

complicarse más, era mejor que nadie los mirara por la playa y se hicieran los ignorantes con el tema que era escándalo en toda Tortuga. Nadie debía ni siquiera pensar en que la “Gitana” y la Emperatriz fueran la misma mujer y nadie debía saber que ella misma había dado muerte al Rabioso, eso sería exponer a gente inocente que dependía de ella y era necesario que por los momentos no se supiera nada, no al menos hasta que Salamandra estuviera también muerto. En ese momento una de las sirvientas tocó la puerta y entró.

—Otro de ustedes viene con noticias —dijo al mismo tiempo que el hombre entraba y ella salía.

—¿Qué pasó Fitz? —inquirió Bram.

—Barrabás cumplió enviando a uno de sus hombres con noticias.

—¿Y? —preguntó ella evitando estallar. El hombre la notó con las lágrimas y se dio cuenta que ya estaba enterada.

—La gente habla muchas versiones que son motivo de confusión, lo cierto es que entre los heridos que lograron salir del agua no está él, por ninguna parte aparece el cuerpo de Christoff pero hay dos cosas que suponen su destino.

—¿Cuáles? —preguntó Bram.

—Según las habladurías de la gente en la playa hubieron botes que intentaron acercarse al Calígula aún desafiando a los españoles, eran los más allegados al Rabioso que estaban furiosos por lo que pasó. Ellos pudieron ver a distancia cómo los soldados en cubierta subían a su barco todo lo que podían pero al parecer también los mismos piratas vieron subir a Christoff por el costado de la proa estribor y eso los alertó.

—¿Qué? —ella comenzó a suponer muchas cosas.

—Lo reconocieron como hombre de La Emperatriz y sólo esperaban tener la oportunidad de atraparlo pero el hombre logró escabullirse dentro del barco y poco después fue cuando los cañones hicieron lo suyo. Los que estaban en los botes retrocedieron y los voltearon para esconderse en el agua y hacer creer que eran vestigios al ver que el barco se hundía también pero supieron esperar con el poco oxígeno que los botes les daban.

—¿Qué es lo que en realidad se dice? —insistió ella apretando los dientes.

—Los rumores hacia el hombre de la Emperatriz son dos: o que bien murió tras la explosión por estar dentro del barco o que los hombres del Rabioso lo encontraron y se lo llevaron.

—¡No! —ella se puso de pie.

—Lo cierto es que ya todo el mundo sabe de su presencia en el lugar y cada quien saca sus propias conclusiones.

—Si esos tipos se lo llevaron el asunto es peor —opinó Bram—. Si Christoff sobrevivió y esos perros lo tienen como rehén, van a torturarlo hasta morir para que explique su presencia en el Calígula, en el caso de que esté vivo todavía.

—Si se lo llevaron no les bastará con torturarlo —añadió Goliat—. Sí lo encontraron se lo llevarán a Salamandra vivo o muerto.

La Emperatriz sentía que su mundo se le derrumbaba.

—Y lo único que Barrabás averiguó es que el Galeón estaba en las costas de Cuba.

—Él no podía quedarse allí, si estaba en ese lugar debió moverse ya, al menos hacia las islas de las Bahamas —expresó Herodes.

La Emperatriz sentía un cúmulo de cosas que no era capaz de poner en orden.

—Si le han llevado a Christoff a Salamandra necesitan un barco —opinó el Persa—. Lo que significa que de ser así ya llevan ventaja navegando.

—En el caso de que en realidad lo tengan, no podemos aferrarnos a suposiciones sería más peligroso —señaló Bram.

—Pero en caso de que sea así tiene sentido y se van a cobrar por lo que le pasó al Rabioso y por los hombres que los españoles se llevaron para que sean ejecutados —habló por fin Matt.

—La buena noticia es que Barrabás va a encontrarse con Salamandra —continuó Fitz—. Con lo que pasó logró hacerse de la confianza de algunos y si logra colarse sin problemas podrá averiguar el destino de Christoff y si se lo llevaron los demás.

La Emperatriz no podía procesar nada, escuchaba las opiniones de sus hombres pero eso no la colmaba. Sólo pensaba en su hombre y en la pérdida que significaba para ella pero no podía mostrar su entera debilidad frente a todos, ella era lo que era pero por ser mujer necesitaba desahogarse un momento para poder pensar con claridad. Se levantó de su silla y decidida los dejó a todos allí, corrió hacia su habitación para encerrarse un momento y gritar en soledad su dolor.

25. Pérdidas



En Tortuga no se hablaba de otra cosa, en las calles, en cada casa, en el mercado, en las tabernas, en los burdeles, en cada esquina y hasta en el mismo muelle. Anguila, el contacto que Barrabás tenía había estado atento a escuchar todo porque lo cierto es que esa era la noticia del día. Todos comentaban lo sucedido, tanto lo del Rabioso como lo del sorpresivo ataque de los españoles, en ambos casos les costaba creerlo pero una de las principales conjeturas era la identidad de la mujer que mató al pirata. Barrabás se las había ingeniado bien para hacer que le creyeran su engaño y cabe aclarar que sólo algunos podían creerle, no todos y el sentir en Tortuga comenzaba a dividirse en opiniones, unos a favor y otros en contra. Unos creían en la casualidad con él como lo alegaba pero nadie creía que esa mujer era una blanca paloma y que con todo planeado —utilizándola a ella por quien sabe quién— se había llevado a cabo el asesinato premeditado del Rabioso. La mayoría de los hombres eran de la opinión que ella buscaba ganarse la confianza de algún conocido cercano al Rabioso y que había visto en Barrabás la llave para acercarse, como mujer utilizó sus encantos logrando seducirlo con facilidad y el otro por creerla una más, demostró también ser un hombre como todos que a veces pierden la cabeza por unas curvas haciéndole más caso a las pelotas. El que creyeran las cosas así le favorecía a él aunque no faltara quien pensara más allá y llegaran a suponer que él no era del todo ajeno al asunto y hasta asociarlo a una complicidad que, ciertamente no extrañaría a nadie pero el meollo del asunto seguía teniendo la misma pregunta, ¿con quién? ¿Quién estaba interesado en la muerte del pirata? Las respuestas eran muchas, desde los mismos reyes hasta sus gobernadores, algún corsario enemigo, alguno que otro pirata que buscara ajustar cuentas e incluso entre los cuchicheos llegaban a decir que hasta el mismo Salamandra podía estar detrás y era algo que los asustaba más. Lo cierto era que el tipo ya estaba bien muerto y en el fondo de mar con todo y barco y los que vivieron para contar la historia iban a expandirla como el suceso del año, muchos iban a

alegrarse porque al fin el mundo se había librado de una de las peores lacras que había conocido pero también estaban las murmuraciones por el hombre de La Emperatriz y eso también suponía otras cosas; si él estaba en el lugar era porque ella estaba cerca y pudo haber sido la autora de todo también. Al Anguila le estaba resultando muy entretenido escuchar las conversaciones que todo el mundo se tenía y tan interesantes estaban, que no sabía a quiénes ponerle más atención. Vaya que la gente no era del todo tonta y al menos podían pensar, pero como todo rumor eso también podía dejar de ser creíble en determinado momento y volverse una historia más y para colmo cambiarle hechos y añadirle otros, volverlo un cuento y terminar exagerando todo. Lo cierto era que las diferentes versiones de todos estaban sirviendo al menos para entretener aunque los que lo vivieron en carne propia veían todo con más seriedad, ya que tendrían el suceso en la cabeza por el resto de su vida. Una cosa era atender a los heridos pero el haber recuperado algunos cuerpos les recordaba lo que la noche había dejado y los entierros que debían preparar.

La Emperatriz estaba deshecha, había entrado a su habitación rugiendo su rabia y lanzando todo por los aires, no podía creer lo que había pasado y tampoco iba a hacerse a la idea de haber perdido a su hombre. Se dio cuenta que Christoff significaba mucho para ella y se odió por no haberlo valorado como se lo merecía, lloró con fuerza, gritó el dolor y lo peor, estaba tan desesperada que pensaba mucho y a la vez nada, se sentía en un callejón sin salida. Christoff la había mal acostumbrado y ahora sin él, sí se sentía completamente desprotegida, sentía ese hueco en su corazón, se sentía vacía, mutilada como si un miembro de su cuerpo le hubiese sido arrancado y el dolor que sentía era insoportable. Nunca se imaginó no volver a verlo, era el primero en el que había pensado estando en el Santa Trinidad y en sus adentros era el primero a quien deseaba ver después de esa tarde. Quería pedirle disculpas por haberlo golpeado al suponerlo molesto pero era la única manera de detenerlo y dejar que ella siguiera con el plan y aún así, para él era su prioridad, lo más importante, se lo demostró muchas veces, para él ella era primero que nada. Eso ella lo sabía y por eso esa misma noche pensaba recompensarlo, se había despertado con ese deseo, ahora que se sentía plena por haber matado por fin a uno de los hombres que quería, deseaba disfrutar junto con Christoff ese triunfo y volver a ser su mujer, iba a entregarse a él para compensarle la desesperación que le hizo pasar pero ahora ya no era posible. La mujer lloró con amargura al recordarlo, debió considerar más en

serio la última conversación que tuvieron en esa misma habitación hace unos días, él le confirmó que su corazón era sólo suyo ¿y el de ella? Querer retroceder el tiempo era imposible, desear volver a ese momento era en vano, ella lo sabía, en el fondo de su corazón sabía que ese hombre era suyo, ¿por qué diablos perdió tanto el tiempo en negarlo en su estúpido orgullo? Ahora era tarde, muy tarde, recordar todas las escenas de ellos juntos que le pasaron por la cabeza en un momento la atormentaron más. No sólo era lo que compartían, no sólo era el compañerismo ni las aventuras vividas, ni la complicidad en todo, ni su fidelidad a ciegas hacia ella sino la más absoluta intimidad y entrega que los conectaba más y más cada vez. Él le demostró ser incondicional y posiblemente su amor, aún a costa de su vida y hasta el último momento. Él había dicho que moriría por ella y lo cumplió por amor.

—Christoff —murmuró su nombre cayendo derrumbada al suelo sintiéndose completamente sola. El sentido de su vida volvía a tener fisuras y se había ya quebrado.

Los hombres no se habían movido de la casa y estaban igual de quebrados que ella, habían perdido a un amigo, a un miembro de la familia, a un hermano, a un cómplice y ese vacío ya hacía mella en ellos. Ninguno se hacía a la idea de que el hombre estaba muerto, ni siquiera podían imaginarse salir de Tortuga sin él y para colmo, sentirse impotentes por no poder acercarse al lugar de los hechos les molestaba más, ellos no podían confiarse en la palabra de nadie y menos en todas las murmuraciones que unas indicaban una cosa y otras, otra, eso no los tranquilizaba ni los resignaba pero de algo estaban seguros; el cuerpo del hombre ni siquiera había logrado ser rescatado porque al reconocerlo más de alguno ya hubiera venido a la casa con el escándalo a dar parte y eso los frustraba más. ¿Qué debían esperar? Entendían el sentir de la Emperatriz, ella confirmaba que ese hombre era mucho más para ella, para nadie era secreto su relación. Los hombres sabían que ella lo favorecía y que sólo Christoff era el único que la visitaba en su camarote por las noches, quedándose con ella por largas horas y no precisamente para platicar, por eso entendían el dolor y el vacío en ella. Bram estaba bastante compungido también, recordar la obsesión del rubio por esa mujer lo hacía atisbar una media sonrisa, ella era su vida y al menos había cumplido su promesa a Charles de protegerla, debía estar satisfecho, ¿pero y el vacío de ella? Era una mujer que desde temprana edad debió conocer la muerte, había perdido sus seres queridos y Christoff pareció no ser la excepción, eso iba a amargarla

más y a cerrarle más ese carácter. Matt por su parte no sabía que más hacer, compartía la tristeza con los demás y aunque él y el rubio no se llevaron tan bien eso no impedía que se sintiera mal, la tripulación había perdido un buen elemento pero sabía que ella había perdido algo más, suspiró. Mientras algunas sirvientas les llevaban a todos atol y pan para que pasaran las penas, él apenas y probó algo, nadie tenía ánimos para nada ni quisiera para mover la quijada.

—Ella es fuerte, pasará mucho tiempo para que se resigne pero lo hará —murmuró Bram sólo para que Matt lo escuchara, ellos dos estaban más cerca.

—Me duele verla así —comentó el otro.

—Y es todo lo que resta —suspiró el médico—. Aprende a verla así, ella ya no permitirá tener a otro compañero, no a uno que haya llegado tan lejos como Christoff lo hizo. Ese testarudo se ganó ese lugar y cómo ves, fue necio hasta el final, por ella.

—La amaba, yo lo supe desde el principio, yo se lo dije a ella pero ella no lo tomó en serio.

—Y eso debe de estarle atormentando, sólo en momentos así podemos ver claramente pero añorar querer volver el tiempo de nada sirve, sólo hasta que perdemos aquello que no supimos valorar es que nos damos cuenta de lo mucho que significaba.

—Tengo que hablar con ella.

—No te lo aconsejo, ella no va a permitirlo, creo que te ha tenido mucha paciencia pero dudo mucho que te la siga mostrando si vas con algún sermón religioso. Ella perdió la fe desde esa noche en el Fuerte, desde que hizo morir a Isabel para dar paso a la Asturiana comenzó a hacer su voluntad como si así provocara a Dios sin importarle nada y desde que perdió a Charles... la Asturiana también murió para hacer surgir a la indomable Emperatriz, una mujer aún más diferente a la anterior. El ángel que se había rescatado decidió caminar hacia la oscuridad y volverse un demonio con cuerpo de mujer, cuyo único propósito era cumplir su venganza contra aquellos que le quitaron todo, primero su vida en La Española y luego la vida que Charles le dio. ¿Qué crees que hará ahora habiendo perdido a otra pareja? Axel fue diferente, no obstante lo superó, superó la pérdida del que había sido su hombre como también superó la pérdida del fruto de ambos que se gestaba en su vientre. Eso la volvió más dura, insensible, darle una oportunidad a Christoff fue una proeza.

—Pero lo hizo.

—E igual volvió a perder, esta vez será diferente porque si con el primero

sólo fueron meses con Christoff fueron años y eso pesa más que la costumbre. Su corazón está herido y sólo ella sabe cómo buscará sanarse esta vez.

—Pero a él no tiene que vengarlo, lo que pasó fue un accidente.

—La Emperatriz decidirá si fue un accidente y temo que ahora su odio lo enfoque hacia España —sonó preocupado.

—No puede hacer eso, es española.

—La chica que rescató Charles era la española, Isabel Heredia murió y nació Elizabeth Walker, te aseguro que a esa mujer en poco tiempo le hirvió más sangre inglesa que española.

—Pero las habladurías de la gente...

—Eso la está atormentando más y ten por seguro que la única forma de desviar los propósitos que está gestando en su mente sería que creyera a Christoff vivo y en poder de los hombres que le quedaron al Rabioso, si la hipótesis es real y se lo llevan a Salamandra...

—Ella entonces volcará su ira hacia el pirata.

—Y tendrá otro motivo para mandarlo de una vez al otro mundo.

—Iré a hablar con ella —se puso de pie.

—Matt... —murmuró Bram al verlo con los ojos bien abiertos diciéndole que se detuviera.

—Enfrentaré su furia ahora, no me importa pero algo se debe hacer porque tampoco vamos a quedarnos aquí sin hacer nada.

—No te metas.

—Al menos lo intentaré —caminó decidido a buscarla.

Como si fuera su propia casa caminó por ella sin temor y con la confianza en sí mismo que necesitaba. Subió los escalones y adentrándose a los pasillos superiores sabiendo cuál era la habitación de la mujer, miró salir a una Zafira con los ojos aguados por las lágrimas también, en sus manos llevaba de regreso una bandeja con té que ella había rechazado tomar.

—No quiere nada, no quiere tranquilizarse, está inconsolable —le dijo la trigüeña al hombre.

—Hablaré con ella.

—No querrá hacerlo, hablar es lo menos que quiere hacer.

—Pues entonces hablaré sólo yo pero si en mis manos está no permitiré que esté así.

—Será imposible muchacho, es mejor que esté sola y piense —le tocó un hombro antes de irse—. Ese hombre significaba mucho para ella aunque hasta ahora ella lo reconozca, ese es su dolor y ese remordimiento no la dejará en

paz por el resto de su vida. Contra eso no hay nada que pueda hacer, esas son cosas que el tiempo no logra curar, sólo disfrazar.

—Como le dije a Bram, si vine hasta aquí es para intentar hacer algo.

Zafira suspiró y su expresión le dijo que iba a perder su tiempo. Negó resignada y caminó con lentitud de regreso a la cocina. Matt exhaló y entró sin siquiera llamar a la puerta. La habitación estaba oscura, no tenía las ventanas cerradas pero si las cortinas corridas, notó en esa tenue luz que muchas cosas estaban en el suelo, unas rasgadas, otras quebradas y otras dadas vuelta, el lugar era un desastre como si hubiese sido azotado por un huracán. Creyó verla en su cama pero para su sorpresa estaba sentada en el suelo al pie de la misma, con las piernas abiertas, rodillas flexionadas y los brazos en ellas, su cabeza reposaba en el colchón, tenía la mirada perdida, absorta en quien sabe qué clase de pensamientos. Respiraba con lentitud, ya ni siquiera sollozaba, a su manera había logrado calmarse pero él no quería imaginarse lo que la mente de ella tejiera en esa aparente quietud y era necesario persuadirla de cualquier otra locura que esta vez sí pusiera en riesgo su propia vida porque como la miraba, parecía que nada le importaba y todo le daba igual. Matt con osadía se paró cerca de ella.

—No quiero ver a nadie —murmuró la mujer dándose cuenta de su presencia pero sin mirarlo.

—No es conveniente que estés sola, debes darte cuenta que no estás sola. Tus hombres están allá abajo preocupados por ti y esperando tus órdenes.

—¿Órdenes para qué?

—Para saber qué hacer, ellos no se resignan como tampoco quieren saber a su líder derrumbada, están confundidos sí pero sólo juntos se podrá encontrar una solución.

—Vete Matt —volvió a decir.

—No pienso dejarte sola, si quieres volcar tu ira y golpearme por desobedecerte hazlo, aquí estoy, no seré parte de tus hombres pero si en algo te sirvo...

—¿Sabes lo que le pasó al último que me colmó por hablar tanto? —le hizo saber interrumpiéndolo.

—No —respiró con calma.

—Su cabeza salió rodando —sentenció. Matt tragó al oírlo—. Debes aprender a respetar el deseo de alguien al querer estar solo y al no querer hablar.

—Entiendo que uno necesite en momentos así estar solo, pensar y meditar,

yo pasé por eso, especialmente cuando mi madre murió, me sentí devastado y necesité tiempo para superarlo porque entendí que se había ido para siempre. Todos hemos tenido pérdidas pero no debemos enterrarnos junto con ellos, debemos vivir y seguir adelante, ellos seguirán viviendo mientras su recuerdo siga latente en nuestra mente y corazón. El dolor pasa y las heridas sanan, todos hemos pasado por momentos así.

El hombre exhaló y se apartó, iba a complacerla y dejarla sola.

—Cicatrices —replicó ella, haciendo que él se detuviera—. Lo que el dolor te deja son las cicatrices de las heridas y no sanan, se quedan allí para recordarte siempre tu experiencia, para que nunca olvides ese camino que transitaste, para que como tormento nunca olvides a quien te amó y ya no está o a quien te odia y te marcó.

—Bien dices, son experiencias pero en nosotros está decidir qué hacer con eso, nosotros decidimos que sentimientos alimentar más, nosotros decidimos en qué convertirnos.

—¿Crees que soy egoísta? —inquirió ella—. ¿Crees que no merezco tener un tiempo para llorar mi dolor?

—Puedes tener todo el tiempo para hacerlo, nadie dice que no, pero no permitas que ese dolor te transforme en otra cosa, no permitas que avive ese lado maligno que los hombres tenemos. Las peores decisiones se toman en momentos de ira, de pena, de miedo y después ya no hay marcha atrás.

—Las peores decisiones... —murmuró ella sin siquiera parpadear—. ¿Crees que fue mi culpa lo que le pasó a él?

—No. —Matt de inmediato volvió a pararse cerca de ella—. No te atormentes creyendo eso, lo que pasó fue un accidente, yo fui testigo que Christoff no se podía dominar, hasta casi llegó a golpearme en su enojo si no es por Barrabás y los demás que lo detuvieron. Él, al saber que no estabas con nosotros me culpó a mí por no cumplir mi promesa de protegerte, lo que yo lamento es que él se haya ido con esa idea. No pudimos controlarlo cuando imaginó lo peor de ti, él tomó una decisión precipitada al sentirse desesperado y... —Matt notó cómo las lágrimas de ella seguían cayendo—. Nadie se imaginó tampoco que los españoles iban a terminar mandando el barco al fondo del mar.

La mujer no dijo nada, sus lágrimas seguían cayendo, a él no le gustaba verla así. Sabía que su recuperación llevaría tiempo pero él sentía el deber de levantarla de ese lugar y no dejar que se consumiera en esa debilidad.

—Estoy confundida —confesó ella antes de que él volviera a hablar—. Es

parte de la confianza y del orgullo creer que en determinada situación todo lo tienes bajo control pero eso mismo te ciega y te impide ver cuando las cosas están cambiando y yéndose por otro rumbo, un rumbo que igual crees poder manejarlo pero al llegar al final con vergüenza te das cuenta que no y entonces todo ha sido en vano. Por desgracia uno nunca sabe cuándo detenerse a tiempo ni teniendo todo frente a las narices.

—¿Te inquietan los rumores?

—No estoy en condición de tomar cada suposición como un acierto.

—Si me preguntas... yo no creo que él esté muerto.

La Emperatriz cerró los ojos y sus lágrimas siguieron rodando por sus mejillas.

—Debo reconocer que cuando murió mi padre... su muerte no me golpeó tanto como creí —admitió ella luego de un suspiro—. Mi vida cambió de manera radical pero lo superé gracias al apoyo que menos esperaba.

—¿El capitán Walker?

—Es extraño pero... siento que conocí más a Charles en pocos años mucho más de lo que creí conocer a mi padre toda mi vida y por eso, mis recuerdos gratos por muy irónico que parezca han sido gracias a Charles. Fue un gran hombre para mí, me lo demostró y aunque la vida que teníamos estaba llena de peligros... jamás imaginé el dolor que me causaría el perderlo para siempre.

Matt con disimulo levantó una silla y la acercó para sentarse próxima a ella, iba a escucharla y darle el aliento que necesitaba si ella lo permitía. Era mejor que ella se desahogara de la manera en la que lo quisiera pero era mejor hablar y luego, persuadirla de lo que sea que haya pensado por el bien de ella misma y sus hombres.

—¿Quieres desahogarte y contarme lo que pasó con él? —le preguntó con voz suave.

Ella cerró los ojos otra vez y luego de exhalar los abrió para volver a fijar su vista en la nada.

—Ese es mi odio hacia Salamandra —le dijo ella—. El maldito cobarde sólo encontró una manera de deshacerse de Charles.

—¿Cómo?

—Lo emboscó.

Matt notó como ella apretó los puños como si allí lo hubiese tenido y lo exprimiera como naranja hasta deshacerlo, recordó la escena con el cadáver del otro y supo que para ella le había resultado en enorme placer haber hecho

lo que hizo. Sacudió la cabeza asqueado.

—Ante mis ojos vi como El Emperador era tragado por el mar —continuó ella limpiándose una lágrima—. Había sido una lucha sin cuartel con muchos muertos a su paso, todos peleamos pero no siempre se gana y esta vez le tocó a él.

—¿Dónde fue?

—A unas millas de las costas de Martinica dentro del Mar Caribe, veníamos de Inglaterra y ya estábamos zarpando rumbo a Jamaica, habíamos estado allí a pesar del dominio francés pero creo que en cuestiones de transacciones comerciales todo lo que pudiera mover el dinero podía hacer amigos. Como sea... —ella se miró la cicatriz que tenía en la palma de su mano izquierda, la hoja del filo de un cuchillo que detuvo de esa manera en un ataque por poco y le corta toda la carne—. Al ocase mientras navegábamos no se tardaron en divisar a dos navíos, Charles fue avisado y con su catalejo los miró mientras yo me acercaba a él acariciando a mi Bill en mi cuello. Estaban al paso, esperándonos porque al tener las velas plegadas se dio cuenta que no se movían para encontrarnos, no tenían bandera insignia ni tampoco se miraba actividad dentro de ellos, eso le dio desconfianza al capitán porque al no haber ninguna señal de humo también le indicaba que no habían sido abordados. Simplemente parecía que no tenían la intención de acercarse ellos pero sí nosotros.

»Al principio él pensó en cambiar el rumbo y movernos más al noreste lo que significaba más horas de navegación pero también pensó que sería darles pie para que creyeran que les estábamos huyendo. Igual nos acercamos a algo de distancia siempre atentos a todo como lo ordenó él, todo fue silencio un momento, parecían barcos fantasmas abandonados hasta que los malnacidos hijos de puerca atacaron y comenzó la lucha, unos a cañones y otros, cuerpo a cuerpo. Algunas sabandijas salieron del agua y nos abordaron con facilidad, mientras que otros nos cayeron desde el aire con ganchos y sogas, ante el ataque lancé a Bill al suelo y el animalito corrió a gran velocidad para ir a esconderse. Eran dos barcos contra uno, aproximadamente ciento cincuenta hombres de los otros barcos contra setenta de nosotros, era mucha ventaja y para colmo oscurecía, aún no sé cómo supieron de nuestra ruta pero lo que si teníamos claro es que los compró Salamandra porque reconocimos a varios de sus hombres junto con los otros. El caso es que nos sitiaron y estábamos perdiendo, todos estábamos heridos de una u otra manera y entonces Charles ordenó que abandonáramos el barco, era la primera vez que lo decía pero vi

en sus ojos que él no iba a hacerlo.

»Le ordenó a Bram, a Christoff, al teniente Grant y a otros tantos de sus mejores hombres que me protegieran y me sacaran de allí porque si lograban hacer que nos rindiéramos de igual forma iban a matarnos a todos y él sabía que para torturarlo, yo sería la primera en ser ejecutada frente a sus ojos y eso jamás lo iba a permitir. Noté la mirada que le dio a su contramaestre y éste sin decir nada se abrió paso entre los demás, ordenó alistar algunos de los cañones que estaban en cubierta con las balas encadenadas y bajó corriendo hacia las bodegas, por alguna razón intuí lo que iba a hacer. “*Ven conmigo*” le pedí a Charles, sus ojos se le aguaron y acarició mi cara un momento. “*Volveremos a vernos capitana Walker*” me contestó dándome un fuerte beso en la frente.

La mujer detuvo su relato y sus lágrimas volvieron a caer, cerró los ojos con fuerza y apretó los labios. Matt notó que era difícil para ella narrar lo sucedido, no se atrevía a tocarle una mano para alentarla, lo que hizo fue bajarse de la silla y sentarse en el suelo frente a ella, mucho más cerca para que se diera cuenta que ahí estaba él.

—Yo sabía que no iba a ser así, al decirme eso se estaba despidiendo — continuó ella reponiéndose y evitando que las lágrimas y el nudo en la garganta la ahogaran—. Le rogué que todos dejáramos el barco pero él no cedió, jamás iba a dejar a su Emperador a merced de nadie, prefería verlo hecho astillas y él morirse junto con su barco antes que verlo en poder de otros. Les ordenó a los demás que me sacaran de allí y ante mis gritos desgarradores clamando su nombre, lo vi dedicarme una última mirada entre la tristeza y la satisfacción que no sabría describir. Sus hombres no querían obedecerle y el primero en revelarse fue el teniente Grant, le dijo que él se quedaba junto a él para pelear hasta el final. Los demás me arrastraron en medio de una lluvia de balas, humo y el sonido de espadas chocando, los hombres se abrieron paso con valentía y habiendo lanzado un bote y yo sin poder buscar a Bill, todos saltamos al agua por la proa estribor. Aún así esos malnacidos no dejaban de disparar al agua por lo que tuvimos que nadar sumergidos mientras otros arrastraban bajo el agua el bote, el asunto era alejarnos por lo que Charles pensaba hacer.

—Pólvora —adivinó Matt.

—Ya estaban asediados y no había otra salida, alejados salimos a flote sólo para ver lo que pasaría; los cañones del Emperador los dirigieron no sólo a los cascos del enemigo sino a su mástil los cuales cayeron privando a los

otros de sus velas porque Charles tenía lista su venganza y tampoco les iba a permitir vivir. Se aprovecharon de nuestro viaje comercial para saber cómo atacarnos y al estar el Emperador en medio de dos naves menores que lo sometían con cañones listos, Charles ordenó hacer lo mismo. Aprovechando que los tres barcos estaban casi pegados, los otros no se imaginaron lo que les pasaría, al activarse todo el fuego cuando ya casi toda la tripulación estaba diezmada sucedió lo que era lógico. Los tipos lanzaron más cañonazos para según ellos terminar el trabajo sin imaginar que también sería lo último para ellos, al instante se produjo una gran explosión siendo el núcleo el Emperador y llevándose consigo a los demás, el propósito de Charles era que ninguno de esos perros viviera y pronto sus barcos también comenzaron a hundirse entre las llamas.

Matt suspiró bajando la cabeza, la mujer había pasado experiencias terribles y peligrosas, mas sin embargo allí estaba y él deseaba con todas sus fuerzas lograr que ella dejara esa vida. Ahora que estaba libre de una relación podía intentar persuadirla de olvidar esa vida y vivir una nueva... junto a él.

—Ese día se perdió un gran hombre —murmuró él negando con pesar.

—El mejor para mí y mi Bill junto con ellos, fue un sacrificio para que nosotros pudiéramos vivir —se limpió las lágrimas.

—¿Y ustedes? ¿Qué pasó después?

—A distancia y mientras Bram me vendaba mi mano herida con un pedazo de la tela de la camisa de Christoff que se había rasgado, vimos ya en el bote como esas sanguijuelas heridas se retorcían salpicando en el agua como truchas en la red, luchando por vivir pero no tenían los recursos para hacerlo y su tiempo llegaría tarde o temprano.

—Pero ustedes también estaban en medio del mar.

—Y por un momento creí que pereceríamos también pero a la señal de humo escuchamos las campanadas de otro barco que se acercaba. No voy a negarte que pensamos lo peor y creímos que sería nuestro fin de haber sido más piratas como ellos, no teníamos la manera de ver si era el Galeón o cualquier otro perro de Salamandra que llegaba a reforzar a los otros porque el sol ya se estaba ocultando y sin saber dónde exactamente estábamos y la ubicación de la costa más cercana, no tuvimos más remedio que esperar también pero gracias a Dios se trataba de un barco con bandera británica que navegaba desde las Islas Vírgenes y aunque se acercaron para inspeccionar todo, nosotros tuvimos que rendirnos.

»Al vernos heridos les dio más desconfianza que lástima así que yo misma

hablé con ellos y les hice ver que el barco en el que mis hombres y yo viajábamos había sido atacado por piratas. Nos permitieron subir pero nos rodearon en la cubierta hasta que el mismo capitán nos encontró y después de escudriñarnos por completo y ver lo heridos que estábamos hizo la pregunta que yo temía. “¿Nombre del barco y de su capitán?” preguntó con firmeza y yo con el mentón alzado le contesté sin titubear: “El Emperador y Charles Walker” el hombre abrió los ojos sin poder creerlo y yo pensé que allí mismo nos iban a encerrar para llevarnos prisioneros quien sabe a dónde pero no fue así. Me dijo que lo conocía y preguntó por él, con lágrimas le dije que no había sobrevivido y él, al ver mi expresión también se llenó de incredulidad y confusión, como también de miedo. No era posible que el que consideraban “legendario” ya no estuviera entre los vivos, me recordó que era un corsario al servicio de Inglaterra y que había perecido en el cumplimiento de su deber ante la corona, como sea eso nos alentó porque nos recibieron en el barco y nos trataron bien. Al acercarnos más notamos como algunos todavía estaban vivos en el agua pidiendo clemencia, el capitán me preguntó qué hacer con ellos y al ver que ninguno era de los nuestros con lágrimas en mis ojos sentí como la furia me subió como llamas por el cuerpo y sin dudarlo le respondí; “*Mátenlos a todos*” el hombre asintió y le dio la orden a su tripulación, dispararon sus mosquetes y en un momento todo volvió a ser el silencio que había sido antes del ataque. Entre los escombros reconocí lo que quedaba del Emperador, algunos mástiles, velas, tablas y al ver eso mis lágrimas seguían cayendo, ese barco había sido mi hogar en los últimos años y me era imposible creer que ya no existía. Vi flotar la parte frontal del timón, era el suyo y supliqué que lo subieran, al menos algo de él debía quedarse conmigo y me complacieron.

Matt recordó el retrato del hombre y el timón que decoraba en su salón de bitácora y ahora lo entendía todo mejor. Inclusive hasta el sentido de la fecha que tenía.

—Charles pereció junto a casi toda su fiel tripulación en las aguas del Caribe, el atardecer del veintinueve de Enero de mil setecientos veintidós — murmuró ella sin fuerzas.

26. De la oscuridad a la luz



Matt no concebía la vida que esa mujer había tenido y vivido y en sus adentros le dolía, todas esas experiencias parecían haberla hecho más fuerte e implacable pero en realidad no era así.

—Cuando llegamos a La Española por primera vez como todas las personas creímos que sería la oportunidad de una nueva vida —la voz de ella lo sacó de sus pensamientos para darle su atención otra vez—. Yo casi no lo recuerdo pero veía a mis padres felices y a mi hermano también, como niños lo veíamos como una auténtica aventura y en cierto modo fue así. Llegamos de España directo a una hermosa casa de la que mi madre se enamoró, mi hermano y yo corríamos por los jardines o por la playa cuando íbamos y mi padre era feliz también al vernos así, era el mejor apoyo para él. Hicimos una vida diferente, logramos adaptarnos y así pasaron los años pero un día mi madre tuvo un sueño extraño, esa mañana la notaba pensativa y a mis escasos ocho años le pregunté por qué estaba triste, me dijo que no era nada, que sólo había sido un sueño pero que para estar más tranquila ya no nos permitiría ir a la playa.

»Como te imaginarás yo brinqué y la noticia por poco y me hace llorar pero se acercó a mí, me sentó en su regazo y me abrazó con ternura, me dijo que era por nuestro propio bien. Le pedí que me dijera y lo hizo; dijo que soñó que estábamos en la playa, que ella se había bajado del carruaje y que al ver la belleza del mar no se cansó de alabarlo, no tenía tantas palabras para calificar esa hermosura caribeña, le dijo que era bello, precioso, cristalino, incomparable, magnífico y tantas otras cosas que dice que mi padre sonriente le preguntó: “¿Alabas a un hombre o al mar?” Ella sonrió también pero una anciana de las que estaba cerca hilando unas redes la contradijo: “Cuidado, ella es muy celosa” mis padres con desconcierto la miraron sin entender y la mujer aclaró; “La mar es hembra y es muy celosa y como una mujer herida es capaz de hacer cualquier cosa” dice que mi padre no reparó en esas palabras y nosotros menos que entendimos pero a ella si le dio miedo y su

entusiasmo disminuyó. Para colmo al acercarnos a la playa de arena blanca miramos un grupo de personas que rodeaban algo y con burlas lo atacaban con palos, piedras, arpones y lo que pudieran tener. Dice que con cuidado nos acercamos y vimos que aporreaban a un pobre y extraño animal, nunca lo había visto, era enorme, plano y liso, no parecía un pez. Apenas y movía lo que parecían aletas de la misma forma en la que se mueven ondeando los vuelos de un vestido y un pequeño agujero que parecía ser la boca la movía a modo de boquear, abriéndola y cerrándola con desesperación, lo habían volteado boca arriba para herirlo más. Estaba en la playa y fuera del agua iba a morir, notó que en la parte inferior le sobresalía algo como una cola que movía con pocas fuerzas.

»Mi padre no quiso intervenir y abrazándonos ordenó mejor volver a la casa ante la desagradable escena, obviamente luego de ver ese animal no nos iba a dejar nadar pero al momento los gritos de todos nos asustaron más. Dice mi madre que apenas y pudo ver como el oleaje subió de repente y el enorme animal se había incorporado y con toda la fuerza y furia estaba atacando a quienes le estaban haciendo daño, los demás también corrieron despavoridos, ese animal a los que pudo atrapó con su larga cola y como si de una lanza se tratara, los traspasó matándolos. Dice que ante el terror los que pudimos ver mientras corríamos, notamos como el animal había dejado la playa llena de sangre, de cuerpos y como si nada, había vuelto al agua desapareciendo. Desde ese momento y a raíz de ese sueño mi madre ya no volvió a mirar el océano con los mismos ojos y para colmo la voz de la anciana le hacía eco en su mente; *“Ella también venga a sus hijos y arrebatada lo que no puede tener”* mi madre dijo que no podía quitarse de la cabeza la visión de todos los cuerpos sin vida que estaban en la playa, la arena estaba teñida por la sangre.

Matt la miraba asustado, sabía a qué animal se refería, había sido un sueño extraño pero no para subestimar y entendió el temor de su madre.

—La mar es hembra y vengativa —insistió ella en susurros.

Matt la miró, lo dijo de una manera extraña como si lo asociara con ella y recordó que se llamó “hija del mar” a sí misma. En momentos de pena y soledad la cabeza no se está quieta y la mente trabaja más que en cualquier otro momento, debido a lo sucedido con Christoff ella había traído a memoria muchas cosas pero también con seguridad avivar más planes hasta concretarlos y eso le asustaba. Él sentía que muy en el fondo dentro de ella aún dormía la señorita Isabel y que Elizabeth, la Asturiana, la Emperatriz o quien fuera era la bestia que había surgido de ella misma para dominarla

paulatinamente, para posesionarse, para hacerle ver el mundo con otros ojos y para hacer suya una maldición que ella jamás pidió tener. Ella se obligó a vivir de esa manera no porque no tuviera otra sino para demostrarse a sí misma que podía ser alguien diferente y pelear con valor, para tener en sus manos su propio destino sin permitir que éste la azotara y la hirieran otra vez pero no fue así. Sabía que podía correr pero siempre sería alcanzada, sabía que el huir no le valía de nada porque siempre sería perseguida. Ella parecía haber metido en un saco toda su existencia para según, guardarlo y despojarse de eso pero tampoco había sido así, la vida que escogió sólo hizo que dicho saco fuera llenándose más y más para -sin darse cuenta- hacer de eso algo muy pesado que llevaría cargando sobre sus espaldas siempre. Jamás ella olvidaría lo que fue, ni lo que la había rodeado, siempre tendría en su mente su antes y después, pasado y presente convivían juntos en una lucha constante, en un conflicto que la consumía, ella no hizo morir a Isabel, simplemente la disfrazó convirtiéndola en una muerta en vida y su decisión sólo fue el principio de su propia destrucción.

—En tu corazón... ¿Qué sientes? —inquirió él con voz suave.

—¿Qué? —reaccionó.

—En este momento, ¿qué es lo que tu corazón te dicta?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Imagino que venganza como siempre pero también escucha a tu razón que debe decirte otra cosa.

—¿Qué según tú?

—Que pienses con claridad y con tranquilidad, que no actúes por instinto precipitado porque ya tienes un ejemplo claro sino con calma. Busca en lo más profundo de tu corazón y encuentra la respuesta. ¿Qué sientes?

—Me estás confundiendo Matt, no te aproveches de mi conflicto ni me instes a tomar una decisión equivocada. Me dicen que Christoff murió o que tal vez no, tanto puede estar su cuerpo en el fondo del mar como siendo prisionero para Salamandra. La gente no es tonta, saben que esos rumores y suposiciones llegarán a mí y que van a hacerme una fisura desde adentro que terminará por quebrarme después, eso buscan, deshacerme. Saben que sólo tengo dos opciones; o me resigno y sigo mi vida como si nada creyendo lo primero o decido tomar las cosas a mi modo y enfrentarme a lo que sea con tal de aferrarme a la esperanza de saberlo vivo.

—Y ellos te conocen bien y saben lo que harás, sea verdad o mentira van a estar esperándote porque como sea la muerte de ese pirata tampoco la van a

dejar pasar. Bien puedes pelear por recuperar a Christoff o también pelear por nada y lo peor, perecer en semejante empresa sin sentido sin nunca llegar a saber la verdad.

La mujer tragó y una lágrima rodó de nuevo, jamás había sentido estar en una amenaza sin salida que la lanzara sin titubear al peligro. La perturbación que sentía, esa inquietud que la abrumaba y que le estaba impidiendo realizar sus propósitos le molestaba todavía más y odiaba con todas sus fuerzas estar así, ya que su primera reacción sería lo más natural.

—Das por hecho que de verdad lo capturaron y por ende me asocien con lo que pasó —murmuró ella.

—No hay que descartar nada, debes prepararte para todo y aunque no lo tengan... con que se hayan dado cuenta de su presencia al verlo fue suficiente para asociarlo a ti.

—Eso era justo lo que estaba evitando —se sujetó la cabeza—. Fue por eso que después decidí cambiar los planes, creí que era mejor hacer creer que era una simple ramera la que había asesinado al Rabioso y que el asunto no pasara de allí, pero lo pensé tarde, ya cuando estaba encerrada en el camarote con él. Sé que todos los hombres estaban listos para atacar y abordar el barco para reforzarnos pero ese enfrentamiento hubiese sido peor y al reconocernos ya no nos íbamos a librar de las consecuencias. No me importaba que me señalaran como la autora del asesinato, es más quería que el rumor se esparciera y que llegara a oídos de la Salamandra para que por fin supiera que aquí estaba yo, pisándole los talones y acabando con sus ratas pero eso era pensar en mi ego sin reparar en todos ustedes. Fui una estúpida —volvió a poner la cabeza en el colchón con los ojos cerrados—. Debí haberlo pensado así desde el comienzo, posiblemente Christoff se hubiera controlado en su actitud y acatar el plan sin contradecirme.

—Dudo que lo hiciera, con el sólo hecho de saberte disfrazada de ramera fue suficiente para no estar de acuerdo en nada. Ese era a ciencia cierta todo su malestar es por eso que no iba a cambiar porque en eso tú no ibas a ceder.

—Era la única manera de acercarme al cerdo ese sin que me reconociera.

—Y eso él no lo concebía. Prefería abordar el barco, enfrentarse a todos cuerpo a cuerpo y pelear antes que permitir tan siquiera que ese tipo te deseara al verte vestida así.

—Los planes eran lograr entrar al Calígula, matar y luego del escándalo pelear con todos y lograr diezmar a los que estaban en el barco, después retirarnos como si nada antes de que los demás regresaran y se dieran cuenta

pero yo cambié las cosas creyendo salvarlos y lo que hice fue volver el asunto peor y él... tampoco lo aceptó. Jamás imaginé que mi decisión fuera a afectarme tan directamente. Yo sólo pensé en todos ustedes y en protegerlos.

—Y él nunca dejó de pensar en ti, su prioridad también era protegerte pero su impaciencia tuvo consecuencias.

—E igualmente lo perdí.

—Su problema fue no verte cuando nosotros llegamos a los botes y eso lo complicó. ¿Dónde estabas?

—Al caer de la popa me sumergí tan profundo que me vi atrapada en una corriente, una espiral que con fuerza me arrastró más al norte y eso me impidió salir a flote, creí que sería mi fin. La presión me apretó más el cuerpo y la cabeza pero gracias a Dios la misma fuerza que me arrastraba me sacó de la corriente y viéndome libre del torbellino comencé a nadar en esa profundidad oscura para salir a flote, era lo único que me importaba, necesitaba volver a respirar antes de perder el conocimiento bajo el agua. Cuando lo hice inhalé como nunca antes lo había hecho, estaba algo aturdida pero al menos mis pulmones ya recibían aire, el problema fue que ya no me vi sola, estaba rodeada por unos botes y por soldados que no reconocí apuntándome con sus armas. Como me vieron mujer cedieron un poco y subiéndome a uno de los botes me llevaron de regreso por dónde venían. Se trataba de un enorme barco español, el principal de una flota, lo que no me imaginé fue lo que pasó después.

—¿Te hicieron prisionera? ¿Cómo escapaste de ellos? Cuando ese barco lanzó sus cañones hacia nosotros arruinó la tertulia que Barrabás había logrado hacer para ganarse a la tripulación que seguía allí y le habían creído su cuento. Los atacantes se presentaron como españoles y si no hubiéramos escapado en medio de una lluvia de balas con seguridad nos atrapan también como hicieron con los que quedaron.

—De haberme atrapado no hubiese logrado escapar, no de ellos.

—¿Entonces? Te esperamos mucho tiempo, todavía un poco luego de que terminaran de mandar al otro barco al fondo.

—El destino volvió a ponerme a... un antiguo conocido y eso me valió.

—¿A quién?

—Se llama Luis de Castro.

—¿Algún soldado?

—Más que eso, es capitán, Luis fue... —ella se mordió los labios y bajó la cabeza algo apenada—. Fue el primer hombre que conocí... realmente

como hombre.

—¿Cómo? —frunció el ceño.

—Cuando era virgen él fue el primero —contestó sin más.

—Oh... —alzó las cejas.

—En ese tiempo era sólo un teniente pero ahora es capitán y es la cabeza de toda esa flota que ahora navega hacia La Habana.

—¿Y te dejó ir así sin más? —la miró con desconfianza.

Ella mostró una ligera sonrisa que más pareció mueca.

—Él no sabe quién soy.

—No entiendo.

—Sólo sabe que me dicen Asturiana e ignora a lo que me dedico.

—¿No sabe que eres pirata?

—No y la verdad no quisiera imaginar el momento cuando llegue a saberlo.

Matt soltó el aire, por alguna razón estaba nervioso.

—Entiendo que por lo que pasó entre ustedes él cedió y más sin saber quién eres —le dijo él—. Pero entiende que no es un hombre cualquiera y cuando se sepa burlado...

—Lo sé —lo interrumpió ella con tristeza—. Cuando él lo sepa mi suerte cambiará, aún habiéndole dado la llave para destruir a Salamandra y según él, confirmar mi compromiso con España, algo que agradeció. A pesar de eso... sé que las cosas cambiarán, por ley somos enemigos y su deber será primero.

—¿Y a cambio de eso te dejó ir? ¿Qué le dijiste?

La mujer levantó la cara y lo miró.

—Le dije exactamente lo que me dijo Barrabás, el negocio que se movía entre la autoridad del Nuevo Puerto Palos y el pirata, a espaldas del mismo rey.

—¿Y te creyó?

—La información fue útil y él sabrá cómo usarla, además...

—¿Además qué?

—Tengo como comprobarlo —ella enfocó su vista a los gaveteros de su tocador con disimulo—. Barrabás no mintió y el gobernador tampoco podrá negarlo aunque lo intente.

Matt la miró asustado y sin entender, lo cierto era que ella tenía en su poder las pruebas del soborno y si con eso lograba que decenas de barcos españoles con centenares de hombres cazaran por fin a Salamandra aún a costa de revelar su propia identidad, lo iba a hacer. En el Caribe no existía pirata

más odiado por el rey Felipe y por el rey Jorge que ese al que llamaban Salamandra.

—Luis pensó que el Rabioso me había raptado y que por haberme enterado de algo turbio lo maté en defensa propia antes de que él lo hiciera primero conmigo —continuó ella al notarlo callado—. Me valí de sus suposiciones para volver todo a mi favor y fue así como siguiéndole el juego logré que me dejara ir, al haber matado a esa lacra les hice un favor, uno por el cual según él nadie va a detenerme ni a juzgarme.

—Para nosotros fue difícil tomar la decisión de movernos luego de los cañonazos y la desaparición de Christoff, pensábamos en ti y en él pero al ver aparecer de entre las sombras a toda la flota española lo mejor fue volver manteniendo la esperanza de que al menos tú si estabas bien. Barrabás no se equivocó al creer que ellos te tenían pero confió en que tu ingenio y encantos podrían liberarte. Si me preguntas... yo no he podido ni siquiera cerrar los ojos pensando en ti y cuando nos avisaron que ya estabas aquí... por alguna razón sentí vivir otra vez.

Ella lo miró fijamente un momento y luego bajó la cabeza, lo cierto era que se habían besado, que él la había tocado, que ambos lo habían disfrutado y que ambos habían reaccionado de la misma manera al deseo pero ninguno quiso decir nada más, ni tocar el tema.

—Pero él cumplió su promesa y eso debes tenerlo en el corazón —pareció corregirse él de inmediato—. Dijo que moriría por ti y lo hizo.

La mujer sintió de nuevo el golpe del remordimiento en su pecho y evitando llorar más delante de él se puso de pie, él la secundó creyéndola molesta. Ella apenas y logró sostenerse sólo para ver todo negro y desplomarse sin fuerzas, siendo sostenida por los brazos de Matt.

El hombre asustado la levantó en sus brazos y apresurado la llevó a la cama, logró acostarla con cuidado y sin perder tiempo salió a la puerta y al pasillo para a gritos llamar a Bram. De inmediato volvió a meterse a la habitación y a sentarse al lado de la mujer que estaba tan pálida y amarilla como los pergaminos.

—Isabel, Isabel... —la llamó asustado sujetándole una mano, estaba fría como cualquier cadáver.

Por un momento se perdió al observarla y apartándole el pelo de la cara la miró fijamente, no podía negar lo que sentía, apenas y la conocía y ya la sentía marcada en él, deseaba con todas sus fuerzas hacerla ya desistir de seguir en esa vida pero sabía lo inútil que le iba a resultar siquiera intentarlo.

Volvió a recordar el momento que se besaron, ese breve momento en el que la sintió suya y de nadie más, ese momento en el que para bien o para mal, por juego o realidad ella también le había correspondido y sintió que su corazón comenzaba a tener el mismo conflicto con el que seguramente ella también batallaba. Lo cierto era que en las últimas horas que tenía de estar en esa isla se había olvidado por completo del hombre que él era.

Al momento reaccionó de sus pensamientos al escuchar el trote de todos que llegaban corriendo acompañando al médico.

—¿Qué pasa? —preguntó Bram asustado. Los demás con las armas listas se dispersaron por la habitación creyendo otra cosa.

—Se ha desmayado —le contestó.

Bram miró a la mujer en la cama y apartándose Matt procedió a verla sentándose a su lado, le tomó el pulso de la muñeca y del cuello.

En ese instante también entró Zafira asustada, seguida por dos sirvientas más.

—¿Qué le pasa a la niña? —inquirió con preocupación.

—Erik dice que se desmayó —le contestó Bram—. Lo cierto es que está pálida y débil.

—Y cómo no va a estarlo, casi no ha comido.

—Y si no se alimenta como debe de ser se pondrá peor —opinó Matt.

—Dudo que lo haga hasta no tener clara la situación con Christoff —dijo Bram acomodándole el cuello en las almohadas—. Es su desaparición y el no saber nada de él lo que puede acabar con ella. Salgan todos por favor, estamos asfixiando la habitación, corran esas cortinas y abran las ventanas, es sólo un desmayo, ya volverá en sí. Zafira por favor tráigale algo, atol o sopa, lo que sea pero hay que hacer que coma.

Los hombres salieron más tranquilos de la habitación mientras las sirvientas hacían lo que el médico sugirió. Cuando sólo se quedaron él y Matt el pelirrojo notó que la expresión de Bram no era para nada de tranquilidad.

—Es algo más, ¿verdad? —inquirió el pelirrojo—. ¿Está enferma?

Bram exhaló y con otra de las almohadas más pequeñas comenzó a darle aire al cuerpo de la mujer.

—En este momento no sé qué sería peor, si al saber la noticia se hubiera desmayado diría que no soportó la impresión pero conociendo lo fuerte que es, como ves no le afectó de esa manera y tardó mucho en hacerlo.

—No te entiendo. ¿No crees que sea sólo debilidad? Ya Zafira lo dijo, no ha comido bien. Ella estaba sentada ahí al pie de la cama, se puso de pie y

seguramente se mareó, perdió el conocimiento y la sostuve en mis brazos para que no cayera al suelo.

Bram lo miró y volvió a exhalar, en ese momento la misma Zafira entraba con una bandeja llevándole un tierno y suave trozo de pan y una escudilla de porcelana conteniendo un delicioso y caliente caldo de gallina con verduras y en una jarra le llevaba fresca agua de melón.

—¿Despertó? —preguntó acercándose y poniendo la bandeja en la mesa de al lado.

Como si la hubiese escuchado, la mujer comenzó a reaccionar.

—¿Emperatriz? —Bram le sostuvo la mano, ya la temperatura era cálida.

—¿Qué pasó? —se sujetó la cabeza.

—¿Te duele? —insistió el médico.

—Sí.

—Iré por el unguento de menta —dijo Zafira dirigiéndose a un mueble de gavetas—. Se lo pondré en la frente y eso le ayudará.

—¿Qué es ese olor? —ella preguntó arrugando la nariz.

—Comida —le contestó él—. Es necesario que comas algo, estás débil y por eso te desmayaste.

—¿Me desmayé? —preguntó con asombro al mismo tiempo que miraba a Matt.

—Niña Emperatriz te traje un rico caldo de gallina, quiero que te lo comas todo —le dijo Zafira señalándolo.

Sólo bastó con ver el plato para que a la mujer se le revolvieran las tripas, sin saber cómo saltó de la cama con agilidad para aferrarse de un lavado que estaba cerca de la ventana y sin poder detenerse vomitó lo poco o nada que en su estómago cargaba. Bram corrió a sostenerla al igual que Zafira hasta que haciendo esfuerzos sacó todo. Matt tragó sabiendo ya lo que pasaba sin que se lo dijeran. Cuando ella ya no pudo vomitar nada más se limpió la boca con un lienzo que colgaba de la parte baja del lavado y tranquilizándose sujetó un jarrón con agua y bebiendo un poco se enjuagó la boca, cuando la escupió se limpió con el dorso de la mano dejando la misma un momento en sus labios y volvió a la cama, solamente se sentó dándole la espalda al plato y a Matt.

—Sacaré el lavado —dijo Zafira removiéndolo de su pedestal de metal. La mujer también intuyó todo y no sabía si reír o llorar. Rápidamente salió de la habitación.

Bram se limitó a suspirar, al igual que Matt, el médico seguía frente a ella

y el otro a sus espaldas.

—Dilo Bram —susurró ella sintiendo una serie de cosas dentro de su ser que no sabía cómo ponerlas en orden.

Bram miró a Matt y le contestó sin remedio.

—Son los síntomas y no creo equivocarme, parece que estás embarazada otra vez.

Ella jadeó llevándose una mano a la boca sin poder retener las lágrimas, ¿podía ser el destino y la vida más injusta?

Avances

Segunda Parte



Cavilando cada quien en sus pensamientos estaban cuando ese silencio les fue interrumpido por uno de los hombres de la Emperatriz que vigilaba la entrada principal y que llegaba con noticias. La sirvienta que lo recibía le indicó que la señora estaba indispuesta pero que sus hombres estaban reunidos en el salón por lo que entonces se apresuró a donde estaban ellos. Al verlo todos le dieron su atención.

—Han llegado ciertas noticias —comenzó a decir—. Se han producido una serie de ejecuciones en Port Royal, han cazado sin piedad a varios piratas indiscriminadamente, sin importar que sean ingleses, españoles y hasta franceses. Las órdenes provienen expresamente del rey Jorge debido a lo que sucedió con un barco inglés.

Todos los hombres se miraron, Matt tragó sintiéndose tenso.

—Piratas que nada han tenido que ver según sus alegatos, no han sido escuchados y los han ahorcado uno tras otro a modo de hacer presión contra los demás y que hablen lo que saben —continuó—. El rey quiere que se dé con el responsable del crimen a su barco mercante y que pague por la masacre que cometió contra personas inocentes.

—¿Y han hablado? —inquirió Bram—. ¿Alguno que sepa algo dijo lo que sabe?

—Los que murieron sólo alegaban inocencia y los que permanecen encerrados esperando su turno sólo le atribuyen el hecho a una sola persona.

—¿A quién? —preguntaron a coro.

—A Salamandra.

Los hombres de la Emperatriz se miraron con algo de tensión.



El *Monsieur* como era conocido tampoco era ajeno a lo que ya acontecía en Tortuga pero el que ya le hubiese llegado notificación de lo que pasaba en Port Royal lo tenía de mal humor y su “*encanto francés*” se le había ido al carajo.

—Oh mon Dieu —murmuró en su marcado acento francés luego de leer la

nota y de la misma manera hablaba su español—. Sólo esto faltaba ya, que hasta su majestad Luis meta también las narices en este asunto y yo que creí que esta cloaca no le importaba, apenas es un niño todavía.

—¿Monsieur? —preguntó uno de sus hombres.

—Las cosas no están bien —exhaló con desgane—. El rey inglés ha ordenado una cacería, el rey español ha ordenado una cacería y para colmo ahora también se une nuestro Luis a la misma empresa. Me pregunto si también compiten para saber quién será el mejor —dijo con sarcasmo.

—¿Cacería?

—¿Y qué crees que están haciendo ya los ingleses en Port Royal? ¿Tertulia de bocadillos al sonido de monsieur Haendel? Se han colgado a varios ya, acusándolos simplemente por ser piratas sobre un abordaje a un barco inglés en el que no sólo robaron sino que mataron a todo el mundo.

Se llevó una mano a la cabeza.

—Ese suceso ya se sabía —le dijo el otro.

—Sí, ya sé que se sabía, lo que no nos imaginamos eran las consecuencias y a cómo yo lo veo serán muchas más.

—Yo creí que con lo del par de muertos hallados el asunto se hubiera acabado.



—Si yo puedo contribuir a liberarla de ese peso lo haré. Si puedo liberarlos a ustedes de una cacería también lo haré, creo que tengo el poder.

—¿Y qué harás si se puede saber?

—Diré lo que sé Bram, todo lo que sé.

—¿Y qué más sabes? —inquirió con curiosidad.



En la mañana a primera hora una comitiva de guardias montados y armados hasta los dientes llegaron a la propiedad de la Emperatriz otra vez, eso desconcertó a quienes resguardaban la propiedad.

—¡Alto ahí! ¿Qué pasa? —preguntó uno deteniéndolos, no eran menos de quince.

—¡Abran esos portones en nombre del gobernador! —contestó el que iba a la cabeza.

Al ver que la cosa se ponía tensa todos prepararon sus armas.



—Me preocupa que tus mejores hombres ya no estén contigo.

—Me duele dejar a Christoff —frunció el ceño evitando que la voz se le quebrara—. Pero no puedo hacer nada más, nadie aquí da razón de él, pero cuento con los demás y sé que al menos en esta última hazaña pelearán conmigo.

—El que no lo tengas ni a él ni al pelirrojo me preocupa más.

—Erik... —suspiró—. Creo que él decidió su camino y dejará la tripulación. Navegaremos hasta Nassau para dejarlo allá y luego de que yo acabe con lo mío regresaré por ti.

La trigueña la miró con algo de desconcierto.

—¿Dices que vas hasta Nassau por él? Creo que ya te ahorró el viaje.

—¿Qué quieres decir? —se puso de pie luego de arreglarse las botas.

—Que se fue desde anoche mismo.

—¿Qué? —le mujer sintió un escalofrío en el cuerpo.



La mujer no estaba convencida, ni así le informaran en ese momento que el tipo se había muerto, ni así se iba a colmar, era algo que quería hacer ella para cobrarse de una vez por todos los muertos de la tripulación del Emperador esa fatídica tarde de Enero. Bajó la cabeza suspirando.

—Vive por tu hijo Emperatriz —insistió él levantándole la barbilla para que lo mirara—. Eres Elizabeth Walker, Charles te dio ese nombre y apellido, los documentos que pagó para que se emitieran te avalan como su hija y heredera, hónralo siendo feliz como él lo quería, que a esa sabandija pronto le llegará su hora.

La mujer parecía haber cedido en mansedumbre y eso lo hacía feliz, hasta que uno de los guardias entró acompañando a un hombre de Barrabás que había llegado.

—Señora, la buscan —le señaló al tipo.



—Señora —la tímida voz de Titina los desconcentró de la plática.

—¿Sí? —se giró para verla.

—Debo hablar con usted, alertarla.

—¿Alertarme?

La mulata se acercó más para hablar en susurros.

—De ese tipo que está en la cocina.

—¿Quién?

—Uno que usted ordenó que le dieran de comer.

—¿Qué con él?

—Me parece reconocerlo.

—¿De dónde? —le dio la atención.

—De Dominica, hice lo posible porque no me mirara pero fue inútil, él se fijó en todas las que estábamos allí y a mí me miraba con algo más de insistencia y tengo miedo.

La mujer soltó todo el aire y se sujetó el pelo y la cabeza.



—Busco al gobernador —les habló de manera firme, hasta saludar se le olvidó.

Los hombres lo miraron con algo de desconfianza de pies a cabeza. Bram le había prestado ropa decente para no tener pinta de pirata.

—¿Inglés? —inquirió uno al reconocerle el acento.

—Sí.

—¿Y quién lo busca y para qué?

—Lo siento, es un asunto muy personal que sólo lo hablaré con él.

Los hombres se rieron a carcajadas, Matt se desconcertó al verlos.

—¿Y es que piensas que vas a ver a tu tía? —le preguntó otro—. Estás preguntando por el gobernador no por cualquier hijo de vecino y el hecho que también seas inglés no te da la seguridad de que él quiera concederte una audiencia.

—Les aseguro que si me la dará porque le conviene hasta al mismo rey y si su majestad se entera que dejaron ir una valiosa información creo que todos ustedes se quedarán sin trabajo.

Los hombres cambiaron el semblante a uno más serio, uno de ellos se acercó a él y volviendo a verlo de arriba a abajo con menosprecio, luego le vio la cara de frente provocándolo.

—¿Por qué un peón como tú tiene la seguridad de que el gobernador le invitará a tomar té? —le cuestionó con sarcasmo evitando enojarse.

—Llévame a él y te lo mostraré —le contestó con firmeza.



—¿Estás seguro? —le preguntó Prisco viéndolo decidido a bajar cuando se arreglaba la ropa.

—No tengo opción, debo hacerlo yo, no voy a exponer a nadie más,

ustedes atentos y por favor no hagan ninguna estupidez en mi ausencia, recuerden donde estamos.

—¿Pero y si no regresas?

—Entonces sabrás que me han capturado y que me tienen encerrado.

—Te van a matar Barrabás.

—Y no intenten nada, no me busquen, si lo hacen se exponen todos, recuerden siempre dónde están, aquí los piratas no tienen ninguna oportunidad.



Luis volvió a mirarlo con más atención, nunca antes lo había visto.

—¿Nombre? —ordenó al sujeto mirándolo seriamente.

—Alejandro Quiñones —le contestó el interesado.

—¿Español?

—Sí.

—No lo pareces tanto.

—Nací allá pero crecí en el Caribe.

—¿Y qué quieres hablar conmigo que no puede esperar?

El hombre miró al soldado dándole a entender que no iba a hacerlo delante de él. Luis le permitió dar un par de pasos y el hombre sacando un papel de su chaqueta sin mangas se lo dio. Luis frunció el ceño pero lo sujetó y desdoblándolo lo leyó. Separó las cejas y tensó los labios cuando lo hizo, luego exhaló. Se adentró sólo para volver a sacar su chaqueta y luego salió junto con ellos.

—Sígueme —le ordenó al hombre al mismo tiempo que se volvía al otro—. Puedes volver al barco.

El soldado obedeció y el otro lo siguió como quiso, era imposible dormir si no tenía la respuesta que había leído en ese papel.



—Zafira cálmate. ¿Qué pasó? —Bram la sujetó de los brazos.

—Ay Diosito, algo me pasó por la cara, una sombra oscura, lo vi, lo sentí.

En ese momento la misma “sombra” volvió revoloteando cerca hasta posarse en la parte alta de una de las vigas. Ahora pudieron verla mejor.

—¡Ay Dios! —la mujer se puso más nerviosa—. Que se vaya, que se vaya.

Comenzó a agitar una manta que llevaba atada a la cintura.

—Zafira sólo es una mariposa.

—No es cualquier mariposa Bram, es muy grande y negra, muy negra, es

un presagio, está diciendo que pronto habrá luto en esta casa, por favor haz que se vaya —la mujer comenzó a llorar.

—Zafira no seas supersticiosa ni llames las desgracias.

—No es eso, es la verdad, lo sé, ese animal trae las malas noticias de que algo va a pasar, viene a advertirnos. Escucha mis palabras Bram, ¡haz que se vaya!

La mujer comenzaba a descontrolarse por el miedo y al parecer, el animal tuvo pena por ella que mejor prefirió alzar vuelo otra vez.



En el bergantín ya habían notado el barco que se aproximaba hacia ellos, por un momento el vigía que lo miraba se asustó pero luego lo reconoció.

—¡Se acerca un barco hacia nosotros! —gritó desde la cofa señalándolo.

Todos los que estaban en cubierta se alertaron, Prisco fue el primero en reaccionar y subir corriendo hacia la popa.

—¿Quién es? —preguntó algo preocupado.

—¡Parece que es La Emperatriz!

Esta vez, todos se movieron para ver.

—¿Estás seguro? —insistió Prisco.

—Sí, es su barco.

El contramaestre lo miraba venir, tensó la boca.



—¿Dónde estoy? —preguntó con desconfianza.

Dos tipos más salieron de la nada y lo sometieron, uno sujetándolo del cuello y el otro de los brazos, le amordazaron la boca y le ataron las manos hacia atrás.

—Está con nuevos amigos señor Brown —le contestó uno de ellos.

Matt quiso forcejear pero no lo dejaban, comenzó a gemir los gritos y el hombre lo sujetó del cuello otra vez.

—Será mejor que coopere porque no tenemos mucho tiempo —lo empujaron casi arrastrándolo en dirección a la playa, miró que en la oscuridad había un bote y otros tipos en él, supo que iban a llevárselo y él al oponerse al secuestro, comenzó a forcejear otra vez—. Sea sensato señor Brown, está entre amigos, ya le dije y mi capitán demanda que lo llevemos con él, ahora usted es propiedad nuestra.

Lo metieron al bote y otros dos lo sometieron para que se quedara quieto a punta de pistolas, Matt obedeció sintiendo que su vida ya pendía de un hilo...

Itxa Bustillo es una escritora hondureña, nacida en Tegucigalpa encontró la pasión por la lectura y escritura desde pequeña. Dedicada a escribir historias con más ahínco desde el 2011 fue hasta el 2013 que publicó su primer libro “El Príncipe de Bórdovar” lo que llegó a convertirse a su vez en el primero de una saga y desde entonces no ha parado de escribir. Para el 2014 incursiona en un género y estilo diferente al publicar “APS Minerva” el primer libro de una serie de romance/erótico/contemporáneo teniendo también desde a finales del 2012 una historia paranormal que se publicó primero como entregas gratuitas y que luego colgó en Amazon como la prueba de una primera parte y fue hasta el 2016 que se publicó la historia completa llegando a estar en los primeros lugares en los géneros de fantasía oscura, en Amazon América, España y México y manteniéndose allí por más de un año. En el 2014 también escribe una breve autobiografía y para el 2015 su segunda historia de suspenso paranormal “El Broche” también tiene aceptación y recepción teniendo como peculiaridad el ser la primera obra “novela corta” y que omite las escenas sexuales.

En este 2017 “La Emperatriz” nace como un experimento de ficción histórica y es la primera obra de la colección de Itxa Bustillo que aborda un tema como lo es la piratería en el Caribe, algo diferente a sus demás trabajos. Un reto porque también la autora fue más allá de su estilo y vocabulario, mostrando una historia real combinada con la ficción o una historia ficticia dentro de un marco en la historia real como también lo ha hecho con otros trabajos siendo esto ya un sello para ella.

Para saber más de la autora síguela en sus redes sociales y en su sitio web.



Itxa Bustillo
AUTORA — ESCRITORA
itxabustillo.wix.com/itxabustillo